

El Ordo Divino de Cranmer

La destrucción del Catolicismo
a través del cambio litúrgico

MICHAEL DAVIES



Edición revisada y aumentada

Reconocimientos

Estamos en deuda con David y Charles por permitir citar “Devon” de W.G. Hoskins, sus capítulos XIV y XV, con Basil Blackwell & Mott por permitir utilizar material de “Eucharistic Sacrifice and the Reformation”, de Francis Clark, y al Profesor James Hitchcock por permitir citar su libro “The Recovery of the Sacred”.

Título original: *Cranmer's Godly Order (The destruction of Catholicism through liturgical change – Part one of Liturgical Revolution)*

Se ha utilizado para la presente traducción la edición de 1995, de Roman Catholic Books. P.O. Box 2286. Ft. Collins, CO 80522-2286

Traducción: Gustavo Nózica

CONTENIDOS

INTRODUCCION DEL AUTOR

I. Et Incarnatus Est

La Encarnación es la base de nuestra fe-Removiéndose la realidad histórica de la Encarnación desaparece el Cristianismo-Cristo ofrecido por los pecados de todo el género humano satisface a través de su Pasión y muerte-Diferentes modos de ver la naturaleza de la Expiación en la teología Católica y Protestante-Distinción entre la suficiencia y la eficacia de la Expiación-Los méritos de la Pasión de Cristo distribuidos por su Iglesia-La Iglesia es la prolongación de su Encarnación en el tiempo-Es el Cuerpo Místico de Cristo-Cristo requiere la cooperación de los miembros de su Cuerpo Místico en el trabajo de la Redención-A través del sistema de los sacramentos la Iglesia media los frutos de la Pasión al género humano-El *opus operatum*.

II. La doctrina Católica de la justificación

La clave de la Reforma Protestante es la doctrina de la justificación por la Sola Fe-No se puede apreciar el ataque a la Misa sin comprender esta doctrina-La enseñanza de la Iglesia Católica-La justificación no es simplemente la remisión del pecado sino la santificación del alma a través de la gracia-Por medio de la gracia nacemos de nuevo y participamos de la vida divina de Dios-El pecador coopera con Dios-La fe es necesaria para la justificación-También son necesarias las buenas obras-Las buenas obras se realizan en cooperación con los méritos adquiridos por Cristo-La dignidad del Cristiano.

III. Sola Fides Justificat

La doctrina Protestante de la Justificación por la Sola Fe-Los Protestantes creen que la naturaleza humana se convirtió en algo esencialmente corrupto después del pecado original-El alma de los pecadores no se transforma por la gracia sino por la sola cobertura de la justicia de Cristo-El hombre se hace justo simplemente por la no-imputación de los pecados-El hombre no puede adquirir méritos por las buenas obras-Los elegidos reciben su justificación directamente de Dios-Lutero agrega por su cuenta “sola” a Romanos 3:28-La interpretación de Lutero de este texto es incompatible con muchos textos de las escrituras-Condena la Epístola de Santiago como una “epístola insignificante”-La teología de Lutero un reflejo de su personalidad melancólica-Una combinación de pesimismo y optimismo fácil: aunque la naturaleza humana siga siendo malvada, el pecado no puede separar de Dios al hombre justificado-Lutero reemplaza la infalibilidad de la Iglesia con su propia y personal infalibilidad-El hombre puede asir o arrebatarse su propia salvación teniendo fe en su propia fe-Tratar de escapar del pecado no tiene sentido- Porque los elegidos reciben su justificación directamente de Dios, rechaza el concepto de gracia mediada a través de los ministros de la Iglesia-El rechazo del sistema sacramental es una consecuencia lógica de la doctrina Protestante de la justificación-La destrucción de la misa es una prioridad para los Reformadores-La enseñanza Católica de que la misa es el medio principal de aplicación de los méritos de la muerte de Cristo es atacado como una blasfemia.

IV. La doctrina Católica sobre la Eucaristía

La Eucaristía está en el centro de la fe Católica-Es el más grande los sacramentos dado que contiene al mismo Cristo-Es la perpetuación del Sacrificio de la Cruz-El significado

de sustancia y cambio sustancial dentro de la teología Católica-El juramento de Berengario-La Eucaristía es Sacrificio y Sacramento-No deroga el Sacrificio de la Cruz-Los frutos de la misa dependen parcialmente de la santidad de la Iglesia, particularmente del Papa y del clero-Durante la Reforma la creencia en la misa fue la piedra de toque de la ortodoxia Católica-Fue sobre la misa que los Reformadores dirigieron todas sus fuerzas para atacarla.

V. La blasfemia más horrible

Los heresiarcas Protestantes no eran reformadores sino revolucionarios-Era una prioridad la destrucción de la misa antes que la destrucción del papado-El derrocamiento de la misa sería el derrocamiento de la Iglesia-Los propios textos de los Reformadores prueban que estaban unidos en el odio a la misa.

VI. La doctrina Protestante sobre la Eucaristía

Parte 1: El rechazo del Sacrificio.

Los Reformadores Ingleses adoptaron la doctrina de la justificación por la sola fe de sus contemporáneos continentales-La misa es reducida a una mera conmemoración o memorial-Los Reformadores comprendían perfectamente la doctrina Católica sobre la Misa y la rechazaron-Ningún hombre puede aplicar los méritos de la muerte de Cristo a otro-La única forma aceptable del sacrificio es la alabanza, adoración, acción de gracias y la humilde sumisión a la voluntad de Dios-“El “verdadero uso” de la Cena del Señor a ser restaurado seleccionando aquellas partes de la Misa que puedan ser interpretadas en un sentido Protestante y con la composición de nuevas fórmulas-Los nuevos servicios son mostrados como un retorno a la simplicidad primitiva-Como no hay sacrificio no puede haber sacerdocio-El Ministro no tiene ningún poder que no tenga el laico-Es presidente, no sacerdote.

VII. La doctrina Protestante sobre la Eucaristía

Parte 2: El rechazo de la Transubstanciación.

Los Reformadores Protestantes disienten sobre la naturaleza de la presencia de Cristo en la Eucaristía-Influencia de los Reformadores continentales sobre Cranmer-La doctrina de los Reformadores anticipada en Wycliffe-Su doctrina de la no-presencia de Cristo en los elementos consagrados-La Eucaristía significa a Cristo pero solo como un signo-No existe diferencia entre las enseñanzas sobre la Eucaristía de Wycliffe y las de Cranmer y Ridley-El significado de “sacramentarismo” y “virtualismo”-Los Reformadores Ingleses más cerca de Zwilingo y Calvino que de Lutero-Cristo no puede ser ofrecido en la Misa porque no está objetivamente presente-El pan y el vino no son transformados y Cristo no está presente en ellos-La teoría de Cranmer de la presencia “espiritual” de Cristo-Los hombres malvados no reciben a Cristo en la Santa Comunión-La explicación de Cranmer para el término “consagración”-El rechazo de la Presencia Real Objetiva involucra un rechazo al sacerdocio en el sentido Católico-Síntesis del pensamiento del Cranmer-Ridiculiza la devoción del pueblo Católico.

VIII. La Revolución Litúrgica

Los cambios en la liturgia reflejan la doctrina de la Justificación por la Sola Fe-Imposición de los cambios litúrgicos a los feligreses por medio del poder civil-Revisiones radicales precedidas de ritos ambiguos-Se conserva la forma exterior de la Misa para engañar a los fieles-La mayoría del clero inglés utiliza el Servicio de Comunión de 1549 como si fuera la Misa antigua-El principio *Lex orandi, lex credendi*-El servicio de Comunión de 1549 abierto a ser interpretado como una sinaxis-La

exigencia Protestante de volver a la simplicidad primitiva encubre el cambio doctrinario radical-La composición de nuevos servicios rompe completamente con la tradición de la Iglesia.

IX. Los Principios de la Reforma Litúrgica

La veneración y preservación de las tradiciones litúrgicas es una característica del Catolicismo. El cambio litúrgico invariablemente causa desasosiego-Las antiguas liturgias no fueron producidas sino a través de un desarrollo gradual a lo largo de los siglos-Los principios que deben regular los cambios en cualquier tipo de ley-La esencia de la rebelión radica en la abolición de las costumbres establecidas-La historia prueba que nada es más dañoso para cualquier religión que interferir con su liturgia-Las costumbres litúrgicas establecidas son respetadas por el derecho canónico de la Iglesia Católica-El deseo de despojarse del pasado es incompatible con el Catolicismo.

X. La Reforma y el Misal de san Pio V

Identidad sustancial entre el rito Romano con el Sarum y otros “usos” ingleses-San Pio V basa su reforma en el respeto a la tradición-Como se desarrolló la Misa Romana-San Pio V permite la continuación en uso de otros ritos establecidos de la Misa-Las posteriores revisiones del Misal de san Pio V conservan la liturgia de la Misa inmodificada-El rito Romano es el más venerable de todas las liturgias-La importancia del Canon- Tributo a la Misa Romana.

XI. Medidas Preparatorias

La vida religiosa en Inglaterra durante el ascenso de Enrique VIII-Disolución de los monasterios-La ascensión de Eduardo VI-Las etapas preparatorias de la campaña contra la Misa-La campaña de prensa-La subversión en los sermones-Modificaciones a la Misa tradicional-La vernáculo y la audibilidad-Comunión bajo ambas especies-La introducción de nuevas plegarias en la antigua Misa-Antiguas ceremonias abolidas-Destrucción de las imágenes-Ley de Capellanías-Altars reemplazados por mesas-La orientación hacia el norte.

XII. Un Ingenioso Ensayo de Ambigüedad

Análisis del servicio de Comunión de 1549-Su esencia descansa en una cuidadosa trama de ambigüedades-Puede ser interpretado como una Misa o la Cena del Señor Protestante-Su característica principal es la omisión planificada del lenguaje sacrificial de la antigua Misa-Análisis en detalle de estas omisiones-La Santa Comunión recibida en la lengua en el servicio de 1549-Bucer censura esta práctica-Imposición de la comunión en la mano por el servicio de 1552-La transubstanciación especialmente repudiada por la “Rúbrica Negra”-Vestimentas-El calendario-La vernáculo.

XIII. El Sacerdocio y el Rito de Ordenación

La negación del estatus sacerdotal es una consecuencia lógica de la negación de la naturaleza sacrificial de la Misa-Las enseñanzas del Concilio de Trento-La composición de un nuevo servicio de Comunión seguido por la composición de un nuevo rito de Ordenación-Se excluyen las referencias al sacrificio en el nuevo Ordinal-El Ordinal de Cranmer transforma al sacerdote en un Ministro de la Palabra-Las órdenes Anglicanas declaradas inválidas por el Papa Pablo IV en 1555-La misma materia es confirmada de modo irrevocable por el Papa Leon XIII en 1896-La evaluación que hizo el Obispo Bonner en 1555.

XIV. “Ordo Divino” o “Juego de Navidad”

La Rebelión del Oeste de 1549-Un levantamiento popular en contra del cambio litúrgico-Una clara evidencia del verdadero sentimiento de los fieles comunes-Los rebeldes son ridiculizados-Sus demandas-Cranmer responde-La derrota-El nuevo servicio de Comunión es impuesto por la fuerza.

XV. “Creer como Tus Antepasados”

Una resistencia “no-violenta” a los cambios-El clero conservador interpreta el nuevo servicio como una Misa-La antigua Misa en Latín es celebrada en secreto-Bonner en prisión-Misales y todo lo que haya sobrevivido de la antigua Misa son masivamente destruidos en esta “puramente destructiva” etapa de la Reforma Eduardiana-Las reformas carecen de apoyo popular-Como la Reforma afectó una parroquia-Castigos severos para los que rechacen aceptar la liturgia reformada-Bajo Northumberland, los Reformadores Ingleses hicieron todo lo que podían haber hecho en cualquier ciudad de Suiza o Alemania-Las reformas son seguidas de una actitud anti-religiosa e inmoral en todo el país.

XVI. El Modelo del Compromiso

La aceptación a ciegas de una autoridad legal es el factor clave en la falta de una resistencia abierta a las reformas-El clero inglés estuvo subordinado a la corona muchos siglos-Wolsey un típico prelado inglés, un hombre de Estado más que un hombre de Iglesia-El compromiso en materia de principios es entendible pero es un error-Los historiadores Católicos condenan el nuevo servicio por sus omisiones-Remover las oraciones existentes es una acción más significativa que la de afirmar algo-La consecuencia lógica del compromiso fue la casi total ausencia de resistencia al servicio explícitamente Protestante de 1552-Después del ascenso de Isabel I solo un pequeño número permaneció fiel-El Protestantismo fue impuesto bajo Isabel I por hombres que eran sacerdotes y habían dicho la Misa-La fe Católica en Inglaterra fue preservada por los jóvenes que iban a los seminarios en Europa.

Apéndice I: El Opus Operatum

Apéndice II: El Artículo Treinta y Uno

Apéndice III: Los Cambios en las palabras de la Consagración

Apéndice IV: La Cuestión de la Validez

Apéndice V: Personalidades de la Reforma

Apéndice VI: Tabla Cronológica

Bibliografía

Introducción del autor

Cinco años atrás se imprimía la primer edición de “El Ordo Divino de Cranmer”, esta sexta edición ha sido revisada a tal punto que bien podría decirse que se trata de un libro nuevo. Además de una cuidada revisión y corrección la misma ha aumentada en un sesenta por ciento con material muy valioso.

Al margen de los agregados realizados sobre algunos capítulos hay tres nuevos apéndices. El primero analiza la cuestión de si desde un punto de vista católico los servicios de Comunión de Cranmer podrían ser utilizados en una consagración válida; el segundo provee unas reseñas biográficas de algunas de las personalidades mencionadas o citadas en el libro con el fin de hacer de ellos algo más que meros nombres; y el último apéndice trae una tabla cronológica en donde se detallan los eventos mencionados en el libro para poder contextualizarlos en el lugar y tiempo históricos de la Reforma Inglesa como un todo.

“El Ordo Divino de Cranmer” no pretende ser una historia integral de la Reforma en Inglaterra, sino mostrar por el análisis del *Prayer Book* de 1549 de Tomas Cranmer, el grado en que la fe del pueblo católico puede ser cambiada simplemente con cambiar la liturgia. Se incluye bastante material que permite contextualizar los cambios litúrgicos de Cranmer en su correcta perspectiva histórica y teológica. La manera en que oramos refleja, y en gran medida, determina lo que creemos. En el estudio quizás más autorizado relativo a la Reforma Inglesa que se haya escrito hasta el momento, Monseñor Philip Hughes expresa:

El *Prayer Book* de 1549 fue el signo claro de cómo un hombre quería que se llevara a cabo una revolución doctrinal, que efectivamente sucedió, y todavía sigue en progreso. Una vez que estos nuevos ritos sacramentales, por ejemplo, empezaron a formar parte del hábito del pueblo inglés la sustancia de la reforma doctrinal, victoriosa en el norte de Europa, transformaría también a Inglaterra. A penas se notaría, en tanto el tiempo pasaba, las creencias guardadas como cosas antiguas en un relicario, los ritos, ahora en desuso, mantenidas aquellas

creencias con vida solo en los afectos interiores de los hombres, desaparecerían –sin la necesidad de una acción misionera sistemática de prédica en su contra.¹

En la introducción que hace el Profesor C. H. Williams a su importante colección de documentos relacionados a este período tiene dudas sobre “si puede pretenderse que un historiador trate la historia de estos cambios con suficiente distancia”, y continúa, “quien por otra parte argumentaría que tal actitud es indeseable². Ciertamente en lo que insiste es en la adhesión escrupulosa a los hechos sin importar como uno pueda interpretarlos.

Desde un punto de vista fáctico este libro resulta tan útil para los estudiosos Protestantes de esta Reforma como para los Católicos. Las creencias que llevaron a los reformadores ingleses a repudiar al catolicismo y establecer una nueva religión en su lugar son analizadas en detalle, y en la mayoría de los casos, en sus propios términos. Esto pone en claro que ellos comprendían perfectamente lo que enseñaba la Iglesia Católica respecto a materias tan importantes como la Eucaristía, rechazando por completo esta doctrina.

El libro tiene más referencias que las habituales en trabajos de este tipo, pero estas bien pueden ignorarse si lo prefiere el lector. El propósito de estas citas al final de cada capítulo es el de asistir a los estudiosos del período que quieran consultar las fuentes citadas. Un buen número de lectores de la primer edición me dijeron que encontraron estas referencias como uno de los aspectos más útiles del libro.

Desafortunadamente la mayoría de las fuentes que he citado no suelen conseguirse ahora en las librerías debiéndose acudir a las bibliotecas.

Hay, sin embargo, cuatro libros excelentes que cualquiera interesado en este periodo puede adquirirlos. El primero, “*The Oxford Dictionary of the Christian Church*” que tiene información adicional en la mayoría de los ítems tocados en este libro desde la voz “Chantry”³ hasta los “Uniformity, Acts of”. El segundo es “*The Stripping of the Altars*”, de Eamon Duffy, que provee de una efectiva refutación a la teoría que sostiene que el catolicismo medieval tardío en Inglaterra era decadente y próximo a colapsar ante el primer cambio efectivo que se diera. Este libro es la pintura más detallada hasta el momento de lo que era la vida religiosa del pueblo

inglés justo antes de la Reforma, y la manera en que fue destruida.

El tercer libro *“The Popes”*, abarca una biografía de todos los papas desde san Pedro en adelante; y leyendo aquellas de los papas que reinaron en el siglo XVI puede ubicarse en su contexto europeo a la Reforma Inglesa. El cuarto, *“Eucharistic Sacrifice and the Reformation”* que es el estudio más profundo escrito hasta ahora sobre las diferencias en la teología Eucarística que yace en el corazón de las controversias de la Reforma.

Quisiera agradecer sinceramente a Norah Haines y a James Carroll en la ayuda que me brindaron en la confección de esta nueva edición.

Michael Davies
1 de febrero de 1995
San Ignacio, Obispo y Martir

¹ P. Hughes, “The Reformation in England”, vol. II (Londres 1950), p.111.

² C. H. Williams (Editor), “English Historical Documents, 1485-1588”, vol. V, (Londres, 1967), p.36.

³ N. del T. “chantry”: donación para decir misa por los fundadores de una capilla.

Et Incarnatus Est

*Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis:
et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti
a Patre, plenum gratiae et veritatis
(Juan 1:14)*

El Cardenal Newman escribió que si le pidieran resumir en un sola enseñanza la base de nuestra Fe: “diría que la Encarnación es el aspecto central del Cristianismo, de donde surgen las tres grandes características de su doctrina, los sacramentos, la jerarquía, y la ascética”.¹ Dios Hijo unió su divinidad con nuestra naturaleza humana para que, como lo expresa una bella oración del Ofertorio, “podamos tener parte en Su divinidad”. La teología católica pone un gran énfasis sobre el hecho que la Encarnación dependió de la cooperación de Nuestra Señora. El pecado de Adán puso a los hombres contra Dios perdiéndonos así el derecho al cielo. El *Fiat* de María puso en movimiento el curso de los eventos que revertirían esa situación. Por medio de su *Fiat* Nuestro Señor Jesucristo entró en nuestro mundo, explica el Papa san León:

“Cuando vino el tiempo preestablecido para la redención del género humano, Nuestro Señor Jesucristo entró en este bajo mundo, bajando de su trono celestial y no obstante ello no abandonando la gloria de Su Padre, nació en un nuevo orden del ser, por un nuevo nacimiento. Nació en un nuevo orden porque invisible en su propia esencia, El se hizo visible a nosotros; incomprensible, se dispuso a ser comprendido; existente antes que el tiempo existiera El comenzó a ser en el tiempo; Señor de todas las cosas, tomó la forma de un sirviente; ocultando la gloria de Su majestad; Dios insensible al dolor no rechazó convertirse en un hombre que puede sufrir, y siendo inmortal someterse a las leyes de la muerte”²

Todo está vinculado con la Encarnación y es un misterio que Dom Gueranger nos aclara:

“La palabra de Dios, cuya generación es anterior al día de la estrella (salmo 109, 3), nace en el tiempo –Dios es un niño- una virgen se convierte en la madre y continua virgen- elementos divinos se mezclan con aquellos que son humanos –y lo sublime, la inefable antítesis, manifestada por su Bienamado discípulo en aquellas palabras de su evangelio, ET VERBUM CARO FACTUM EST, son repetidas en miles de modos diferentes en todas las oraciones de la Iglesia- y justamente por esto encarna admirablemente todos las profecías, que unen en una Persona la naturaleza del Hombre y la naturaleza de Dios”.³

La religión cristiana está fundada sobre la realidad de la Encarnación como un hecho histórico. Remuévase esa realidad y no queda nada, como dejó en claro el Cardenal Newmann:

“La Encarnación es el antecedente de la doctrina de la Mediación, y el arquetipo tanto del principio de los sacramentos como de los méritos de los santos. De la doctrina de la Mediación sigue la Expiación, la Misa, los méritos de los mártires y santos, su invocación y *cultus*. Del principio de los sacramentos surgen los sacramentos propiamente dichos; la unidad de la Iglesia, y la Santa Sede como su tipo y centro; la autoridad de los concilios; la santidad de los ritos; la veneración de los lugares santos; los santuarios; imágenes, cálices, mobiliario y vestimentas...

Debes aceptarlo todo o rechazarlo todo; la atenuación no hace sino debilitarlo, y amputar a un mutilado”.⁴

La religión cristiana se levanta conforme un hecho histórico, ya que en un momento dado en el tiempo el Verbo de Dios toma por Si mismo nuestra humanidad, nuestra pobreza, nuestra nada, para darnos a cambio el poder de hacernos hijos de Dios. Esta enseñanza sobre la cual Católicos y Protestantes estarían de acuerdo, presumiendo que ninguno hubiera sucumbido a la infección del Modernismo, pues el Modernismo tiene a la realidad de la Encarnación como su

blanco principal en tanto, según su cálculo correcto, es la piedra angular de toda la fábrica de la doctrina cristiana.

En donde los Católicos no-modernistas y los Protestantes estarían en desacuerdo sería en el énfasis dado al rol de la Santísima Virgen Maria en la Encarnación, aunque en lo que respecta a la realidad histórica de la Encarnación, y de su estatus como hecho fundador de nuestra religión estarían de acuerdo.

Crucifixus Etiam Pro Nobis

Así como los Católicos no-modernistas y los Protestantes están de acuerdo sobre la realidad y la importancia de la Encarnación, también estarían de acuerdo en que el Verbo Encarnado redimió al género humano por el ofrecimiento que hizo de Si mismo en la cruz del Calvario. El pecado es el culpable del rechazo de la gracia que Dios ofrece gratuitamente al hombre. Y esto es más que una ofensa, es una perversión de la naturaleza pues es intrínsecamente antinatural para la criatura rechazar la voluntad de su Creador. El significado de la Redención puede ser rastreado mucho tiempo atrás en dos raíces Hebreas que significan “liberar al esclavo amado”.⁵ Todo el género humano ha tenido y tiene necesidad de redención, como resultado tanto del pecado original y de la culpa incurrida por cada individuo cuando acepta la impiedad de su estado de caído por el pecado personal. La teología occidental sostiene que Jesucristo ha satisfecho de modo superabundante la culpa de los pecadores muriendo por todos. Santo Tomás enseña que:

“Propiamente satisface aquel que muestra al ofendido algo que ama igual o más que aborrece el otro la ofensa. Ahora bien, Cristo, al padecer por caridad y por obediencia, presentó a Dios una ofrenda mayor que la exigida por recompensa por todas la ofensas del género humano”.⁶

La Escritura y toda la tradición Cristiana consideran que la Pasión de Cristo es el único sacrificio expiatorio que salvó al mundo.

“Porque el amor de Dios, ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo al tiempo debido, murió por los impíos. A la verdad, apenas hay quien entregue su vida por un justo; alguno tal vez se animaría a morir por un bueno. Mas Dios da la evidencia del amor con que nos ama, por cuanto siendo pecadores, Cristo murió por nosotros. Mucho más pues siendo ahora justificados por su sangre... Pues si como enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más después de reconciliados seremos salvados por su vida... De esta manera, como por un solo delito (vino juicio) sobre todos los hombres para condenación, así también por una sola obra de justicia (viene la gracia) a todos los hombres para justificación de su vida”. (Romanos 5)

Gabriel Biel, que murió en 1495, ha sido tenido como el último de los doctores medievales. Era la fuente más autorizada y más leída sobre la Misa al tiempo de la Reforma, y resumió la doctrina cristiana de la Expiación en uno de sus sermones:

“Considerando el tema en si de la redención. Cuando hace mucho tiempo, Nuestro Señor ofreció Su Pasión redimió a toda la raza humana de una sola vez de la maldad del diablo; abrió las puertas cerradas del cielo con la llave de Su Cruz, con el derramamiento cuantioso de Su sangre El limpió todas las cosas”.⁷

Hay diferencias de opinión entre la teología Protestante y la Católica no en el hecho de la satisfacción de nuestros pecados de una vez y para siempre realizada por Cristo en la Cruz sino en la forma en que lo hizo. La Iglesia no ha emitido un pronunciamiento final sobre la materia, y es desde hace mucho objeto de especulación entre las diferentes escuelas de teología dentro de la Iglesia.⁸

La diferencia principal entre Católicos y Protestantes, particularmente en el tiempo de la Reforma, se apoyaba en la idea que se hacían los Reformadores sobre la Pasión de Cristo como un castigo sustituible exigido para reivindicar la justicia divina. “Esta es la cosa más terrible de todas”, escribió

Lutero, “que Cristo fuera castigado y puesto en el tormento por Dios, y que tomara sobre Si Mismo la ira de Dios... pues nada más podría haber aplacado la ira de Dios sino un sacrificio tan grande como este: el Hijo de Dios”.⁹ El Dr. Francis Clark explica que asumir el sacrificio de Cristo esencialmente como una pena sustituta que ha aplacado la ira de Dios a partir de la elección de Si mismo, es asumir, luego que esto es algo que sucedió en el *pasado*. Y no podría sino haber una agradecida memoria de semejante sacrificio. “La Iglesia no podría a través de un rito sacramental perpetuar su realidad ni mediar su eficacia a los hombres”.¹⁰

La teología católica basada en san Anselmo explica el sacrificio de Cristo como una satisfacción delegada y libremente ofrecida por Nuestro Señor, que realiza el desagravio mediante Su dignidad personal por la ofensas cometidas por Sus semejantes los hombres al divino honor. El valor moral de un acto ante Dios no deriva solo del contenido del acto, sino por la dignidad del agente. En este caso, siendo el agente Jesucristo, Dios y hombre, la dignidad del acto es infinita y divina, y en consecuencia más que suficiente para compensar la gloria de la cual Dios fue privado por el pecado. La aceptación del sacrificio de Cristo por Dios como satisfacción de la ofensa provocada por el pecado –hecho que está muy claramente expuesto en numerosos pasajes de la escritura– significa que como representante de la humanidad, El nos redimió ofreciendo una satisfacción infinita por los pecados del mundo.¹¹

No fue el sufrimiento físico y la muerte de Cristo lo que agradó a Dios sino el amor y la obediencia que inspiró Su Pasión. Esto lo resume muy bien san Bernardo cuando dice “*Non mors sed voluntas placuit sponte morientis*”.¹² (“No fue Su muerte que fue agradable a Dios sino que El mismo se ofreciera libremente por su propia voluntad”).

Aunque la Pasión de Cristo fue en si misma suficiente para reparar los pecados del mundo y redimir a todos los hombres, no se sigue de esto que todos los hombres serán redimidos. Se debe hacer una distinción entre la suficiencia y la eficacia de Su gran acto de expiación. Los frutos de la Pasión están a disposición de todos, pero serán eficaces solo para aquellos que libremente cooperen con la divina gracia para alcanzar su salvación personal. Esto mismo se expondrá con mayor detalle en el capítulo II. Tratando la cuestión sobre la

suficiencia y la eficacia en relación a la consagración del vino durante la Misa, el “Catecismo del Concilio de Trento” establece:

“Si miramos su valor, deberemos confesar que el Redentor vertió Su Sangre por la salvación de todos, pero si miramos a los frutos que el género humano ha recibido de esto, fácilmente nos encontraremos que no pertenecen a todos, sino a muchos de la raza humana (*non ad omnes, sed ad multos...*) Con razón, por lo tanto, no se utilizaron las palabras “por todos” (*pro universis*), ya que en su lugar se habla de los frutos de la Pasión, y para los elegidos solo son los frutos de salvación de Su Pasión”.¹³

Mystici Corporis Christi

A través de la Encarnación del Hijo de Dios, los hombres se convirtieron en Su hermano de carne, y fueron capaces de recobrar su herencia perdida, por medio de Su gran acto redentor en la Cruz, El no solo aplacó la ultrajada justicia del Padre, sino que mereció un inmenso tesoro de gracias para el género humano. Es sostenido por igual por Católicos y Protestantes que la Pasión de Cristo fue suficiente para redimir a todos los hombres de una vez y para siempre. Pero es en la cuestión de cómo estos méritos han de ser aplicados a los hombres lo que divide radicalmente a los Reformadores de la Iglesia Católica. Sobre esta cuestión se apoya la base de la Reforma, y es fundamental darse cuenta que la Reforma fue esencialmente una disputa relativa a esta doctrina. Aquellos que estudien los textos de los Reformadores verán que su interés principal rondaba cuestiones de creencia más que de conducta. No hay dudas respecto a la necesidad de una reforma que tenía la Iglesia en el siglo XVI, tal como aconteció en muchos momentos de su historia. El interés de un de los papas más santos, como Gregorio Magno, era, precisamente hacer que los miembros del Cuerpo Místico de Cristo vivieran lo más ajustadamente posible al modelo fijado y querido por su Cabeza.

Aunque los Reformadores atacaron los abusos que existían dentro de la Iglesia esto fue hecho mayormente desde una perspectiva de propaganda. El ataque principal, la razón de

ser de la nueva religión era el rechazo a aceptar especialmente la enseñanza Católica. Dios puede conferir los méritos ganados por Cristo directamente sobre cada hombre individualmente sin el uso de ningún intermediario, pero Su plan es que estos méritos puedan ser distribuidos normalmente por medio de Su Iglesia visible, el Cuerpo Místico del cual Cristo es la cabeza y el Espíritu Santo el alma, que da a los miembros humanos la gracia requerida para cooperar con su Cabeza en Su trabajo redentor. Dios ha elegido redimirnos a través de la Encarnación que requirió la cooperación del *Fiat* de Maria.

El podría habernos redimido de otro modo sin el requerimiento de la cooperación humana, pero fue Su voluntad la de redimirnos por medio de la Encarnación. Reflexionando sobre la Encarnación se hace más fácil comprender lo que explicó el Papa Pio XII como uno de los aspectos más desconcertantes del misterio de la Iglesia. El Papa Pio escribe que es por cierto sorprendente “que Cristo requiera de Sus miembros”. Deja en claro que Cristo requiere de esta ayuda no por necesidad sino como una opción (así como optó encarnarse con la cooperación de Nuestra Señora).

“Nuestro Salvador quiso ser asistido por los miembros de Su Cuerpo Místico en la realización de la labor de la Redención. Esto no se debe a ninguna necesidad o insuficiencia en El, sino más bien a que El así lo ha ordenado para mayor honor de Su Esposa inmaculada. Muriendo en la Cruz, concedió a Su Iglesia el inmenso tesoro de la Redención sin ninguna cooperación de su parte; pero en la distribución de este tesoro El no solo comparte este trabajo de santificación con su Esposa sin mancha, sino que en cierta forma quiso que surgiera desde su trabajo”.¹⁴

El Dr. Clark explica que:

“La concepción católica de la religión cristiana bien podría ser descripta como “encarnacional”, en el sentido que la Iglesia, transformando el mundo por la vida divina de la gracia que fluye en ella desde Cristo su cabeza, es una extensión perpetua de la encarnación de Cristo”.¹⁵

El propósito de Cristo en la aplicación de los méritos de Su Pasión son entonces el de perpetuar la Encarnación a lo largo del tiempo hasta Su vuelta. Y hace esto no solo por medio de los efectos de la Encarnación sino prolongando la Encarnación, pero prolongando la Encarnación en sí misma, y esta prolongación de la Encarnación es la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, que es el mismo Cristo viviendo y actuando a través de Sus miembros que transforman el mundo por la divina vida de la gracia. Cristo no solo ha comunicado Su santidad y méritos sino Su poder de santificación a Su Iglesia jerárquica.

“Dotada del sacerdocio de Cristo, la Iglesia a través de sus ministros tiene la función de mediar para todos los hombres, los frutos de la obra de salvación completamente suficiente de Cristo. Esta es la “obra”, *opus operatum* del sistema sacramental”.¹⁶

Es este concepto de la Iglesia y de sus sacerdotes mediando entre Dios y el hombre, dispensando la Gracia ganada sobre la Cruz a través de los sacramentos que provoca la furia de los Reformadores Protestantes. Es por lo tanto importante que los católicos tengan un claro entendimiento del concepto del *opus operatum* –que se explica en el Apéndice I.

¹ DCD, Ch. I, Sect. I, 3, p. 36.

² Breviario Romano, Fiesta de la Anunciación, II Nocturno, Lectura VI.

³ “The Liturgical Year”, traducido por Dom Lawrence Shepherd (Maryland, 1950), Vol. II, p. 6.

⁴ DCD, Ch. II, Sect. III, 2, ps. 93-4.

⁵ CDT, ver las voces: “Expiación”, “Redención y Satisfacción”.

⁶ ST, III, Q. XLVIII, art. II. (Para esta cita la edición presentada por el Maestro General de los Predicadores Damián Byrne O.P., B.A.C. 4ed. marzo 2001, p.423).

⁷ ESR, p. 554.

⁸ En CDT, en la voz “Expiación” se resumen varias teorías.

⁹ Comentario sobre Isaías 53: 5-10; citado en ESR, p.109.

¹⁰ ESR, ps.109, y 110.

¹¹ CDT, ver voz “Satisfacción”.

¹² De erroribus Abaelardi, nro. 21 (PL, CLXXXII, col. 1070).

¹³ CCT, p.227.

¹⁴ Encíclica, “The Mystical Body of Jesus Christ” (CTS, Londres, 1955), nro. 42, p. 27.

¹⁵ ESR, p.103; TCC, p. 693.

¹⁶ ESR, p. 103.

La doctrina Católica de la Justificación

“Ex inimico amicus”

La clave de la ruptura de la Reforma con la enseñanza tradicional Católica se encuentra en su doctrina de la Justificación por la Sola Fe. Fue una consecuencia lógica del rechazo a la Iglesia también rechazar todo el concepto sacramental católico. Su odio por la Misa no puede ser apreciado adecuadamente sin un entendimiento de su teoría de la justificación, pero antes conviene aclarar que es lo que la Iglesia enseña sobre la materia. En un estudio breve como este no es posible analizar la enseñanza Católica con mucha profundidad, y así temáticas complejas como la eficacia de la gracia y la predestinación no serán tratados aquí.

La justificación involucra el establecimiento de una buena relación entre Dios y el hombre a la luz de su Caída, en el camino de hacer al hombre justo a la vista de Dios. En la teología católica esto es alcanzado por la adquisición en el hombre de una nueva vida con nuevos poderes, y nuevos privilegios; una participación en la naturaleza divina mediante la inhabitación de la Santísima Trinidad que culmina con la visión beatífica, la participación en el conocimiento y el amor de Sí mismo, por la unión (no identidad) con el Hijo, el Verbo de Dios. La nueva vida otorgada al hombre justificado es la vida de la gracia, y en cualquier lugar que se mencione la gracia en este capítulo se referirá a la gracia santificante a menos que sea mencionada específicamente la gracia actual.

El gran beneficio de la justificación, como todo lo que implica, escribió el Cardenal Newman, “es esta singularidad: el traslado del alma, *del* reino de la oscuridad, *al* reino de Cristo”¹. El Concilio de Trento enseña que:

“A esta disposición o preparación, síguese la justificación misma que no es sólo remisión de los pecados [Can. 11], sino también santificación y renovación del hombre interior, por la voluntaria recepción de la gracia y los dones, de donde el hombre se convierte de injusto en

justo y de enemigo en amigo (*ex inimico amicus*), para ser heredero según la esperanza de la vida eterna [Tit. 3, 7].²

Cristo causa de la gracia

Trento enseña que mientras la causa final (fin último) de la justificación es la gloria de Dios:

“la (causa) meritoria, (es) su Unigénito muy amado, nuestro Señor Jesucristo, el cual, cuando éramos enemigos [cf. Rom. 6, 10], por la excesiva caridad con que nos amó [Eph. 2, 4], nos mereció la justificación por su Pasión santísima en el leño de la cruz [Can. 10] y satisfizo por nosotros a Dios Padre”.³

Cristo nuestro Señor es la causa de la gracia y el primer y más grande don de la gracia. El es nuestro Emmanuel, “Dios con nosotros”; perdón y redención son los dones que El nos dio. Por la gracia somos adoptados como hijos de Dios, no adoptados en un sentido legal sino en los términos de un nuevo nacimiento. La familia que adopta un niño solo puede darle su apellido y los derechos propios a la filiación pero no pueden concebirlo por su cuenta de modo que se convirtiera de ese modo en un niño de su propia sangre.

Mediante la gracia somos engendrados nuevamente y realmente participamos de la vida divina de Dios; nuestra naturaleza es “divinizada” por la participación en la naturaleza divina. Podemos, como dice esa bella oración del ofertorio, el *Suscipe, sancte Pater*, “participar de la Divinidad de Aquel que se dignó hacerse participante de nuestra humanidad”. Mediante la gracia podemos “adoptar” al Hijo de Dios y convertirnos en “herederos de Dios y herederos con Cristo” (Romanos 8: 17) y compartir con El, el impresionante privilegio de llamar al Creador “¡Abba! ¡Padre!”. Por su naturaleza el hombre es un sirviente de Dios y debe llamarlo “Señor”. Ahora por el don de la gracia el se ha convertido en una “nueva criatura”, una criatura celestial que es capaz de llamarlo “Padre”. Santo Tomás de Aquino enseña que el don de la gracia en el hombre es la obra más grande y noble de Dios, mayor que la excelencia de toda la creación de la naturaleza.⁴

La Gracia es un rayo de luz divina, una belleza celestial que llena el alma que estampa la imagen de Cristo con el sello del Espíritu Santo. El hombre en gracia participa de la naturaleza divina, recibe privilegios divinos, eternidad, felicidad, perfección, y santidad. Liga al hombre a Dios de un modo que jamás hubiera sido posible descubrir a no ser por la revelación divina, haciéndonos niños ante el Padre celestial, hermanos y hermanas de Cristo –muriendo y resucitando con El participando de Su herencia.

El hombre en gracia sabe que Dios es su padre y el Cielo su casa. Sabe que Cristo es su hermano que se le adelantó para prepararle un lugar donde estar; la gracia conforma solo “los primeros frutos” del Espíritu Santo a seguir para la completa redención del cuerpo y el alma, la felicidad eterna y la participación en la gloria de Dios. La gracia es la promesa de la visión beatífica, y el hombre imbuido de la verdadera esperanza en esta felicidad eterna lleva en su corazón la semilla del Cielo.

La santidad es el atributo más alto de Dios, y algo que solo El posee con derecho. Con su propia naturaleza el hombre puede ser bueno, justo, pero nunca santo. El ángel más grande no es santo por naturaleza. Los ángeles que están ante la majestad de Dios cubren su rostro y no dejan de clamar: “Santo, santo, santo es el Señor de los cielos”. La palabra “santo” se ha devaluado y ha venido a describir meras virtudes o piedad. Aunque en realidad solo Dios es santo, nosotros también fuimos hecho santos por medio de la gracia que nos incorpora en Cristo así como se incluyen ramas al tronco de la vid. La vida de la gracia es la vida de Cristo. En el Cuerpo Místico, Cabeza y miembros comparten la misma vida, la misma santidad.

Preparación para la justificación

Trento nos enseña que Dios prepara el alma del adulto para la justificación ofreciéndole la gracia actual del llamado al arrepentimiento.

“Por la que son llamados sin que exista mérito alguno en ellos, para que quienes se apartaron de Dios por los pecados, por la gracia de Él que los excita y ayuda a

convertirse, se dispongan a su propia justificación, asintiendo y cooperando libremente [Can. 4 y 5] a la misma gracia, de suerte que, al tocar Dios el corazón del hombre por la iluminación del Espíritu Santo, ni puede decirse que el hombre mismo no hace nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; ni tampoco, sin la gracia de Dios, puede moverse, por su libre voluntad, a ser justo delante de El [Can. 3]”.⁵

El pecador justificado recibe las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad con el don de la gracia santificante. Pero la fe no es solo una virtud teologal infusa con gracia, sino parte en la preparación necesaria para su recepción. La fe es el primer paso que el pecador debe dar en el camino de la gracia, sin el, es imposible dar el segundo paso. La fe sola nos puede inducir a buscar la gracia y a encontrarla. La fe es la estrella matutina que brilla en la oscuridad de nuestras almas, sin la cual no podemos ir a Dios. “Sin fe es imposible ser grato, porque es preciso que el que se llega a Dios crea en El y que es remunerador de los que le buscan” (Heb. 11:6). Este texto es citado por el Concilio de Trento que enseña:

“(los adultos) se disponen para la justicia misma [Can. 7 v 9] al tiempo que, excitados y ayudados de la divina gracia, concibiendo la fe por el oído [Rom. 10, 17], se mueven libremente hacia Dios, creyendo que es verdad lo que ha sido divinamente revelado y prometido [Can. 12-14] y, en primer lugar, que Dios, por medio de su gracia, justifica al impío, por medio de la redención, que está en Cristo Jesús (Rom. 3, 24)”.⁶

El don de la fe puede seguir existiendo en quien ha perdido el derecho a la gracia santificante por un pecado mortal del que no se ha arrepentido. Aunque esa fe es una fe muerta y permanece muerta hasta que el pecador se arrepienta. El Concilio de Trento enseña que los hombres deben primero reconocer su condición de pecador por medio de la fe en la revelación divina:

“Al tiempo que entendiendo que son pecadores, del temor de la divina justicia, del que son provechosamente sacudidos [Can. 8], pasan a la consideración de la divina misericordia,

renacen a la esperanza, confiando que Dios ha de serles propicio por causa de Cristo, y empiezan a amarle como fuente de toda justicia y, por ende, se mueven contra los pecados por algún odio y detestación [Can. 9], esto es, por aquel arrepentimiento que es necesario tener antes del bautismo [Act. 2, 38]; al tiempo, en fin, que se proponen recibir el bautismo, empezar nueva vida y guardar los divinos mandamientos”.⁷

El significado de la justificación ya fue explicado, y, como fue resaltado por el Concilio de Trento, no se trata simplemente de la remisión (perdón) de los pecados sino de la santificación y de la renovación interior del hombre. Ciertamente, la distinción que puede hacerse entre justificación y santificación es, en cierta medida, teórica: los dones de la gracia santificante claramente santifican al pecador tal como lo dice su nombre. La gran diferencia entre la teología Católica y la Protestante de la gracia es, como analizaremos en el próximo capítulo, que la primera explica a la gracia como algo *positivo* inherente en el alma del hombre justificado, quien no la posee en su condición de no justificado. Es una cualidad positiva que agrada a Dios *en El Mismo* pues la ha “puesto” en Cristo. Los Reformadores niegan eso.

La transformación por la gracia

No existe una analogía posible que siquiera pueda darnos una idea cercana de la transformación del alma por la gracia. Una espada de hierro en el fuego sigue siendo de hierro aunque adquiere nuevas cualidades, calor, luz, el poder de quemar. Hay una leyenda sobre un tallo de rosa dibujado en una madera de brezo que cuando es el mes de junio y se la enciende huele a rosas, la cual pasando por las manos del jardinero, este sonrió y dijo: “Su belleza no se debe a lo que viene de ti, querida madera de brezo, sino a lo que pongo en ella”. Las maravillas de las gracias de Dios en Su pueblo no se debe a lo que ellas son por naturaleza, fuego abrasador, sino a lo que puso en él: a Cristo, fuente y causa de la gracia y su primer y más grande don.

Trento nos enseña al respecto:

“Así, pues, a los hombres de este modo justificados, ora conserven perpetuamente la gracia recibida, ora hayan recuperado la que perdieron, hay que ponerles delante las palabras del Apóstol: Abundancia en toda obra buena, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor [1 Cor. 15, 58]; porque no es Dios injusto, para que se olvide de vuestra obra y del amor que mostrasteis en su nombre” [Hebr. 6, 10].⁸

La fe sin obras esta muerta, como deja en claro Santiago:

“¿De qué sirve, hermanos míos, que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura la fe de ese tal puede salvarle? Si un hermano o hermana están desnudos y carecen del diario sustento, y uno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, más no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿Qué aprovecha aquello? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta como tal” (Santiago 2:14-17).

Aunque la justificación por sí misma, el don de la gracia santificante, no puede ser meritosa, el hombre justificado puede ser merecedor e incrementar la gracia por buenas obras. Este incremento no se producirá solo por sus esfuerzos, lo concede Dios en su liberalidad como recompensa. Los Reformadores negaron semejante posibilidad en tanto que sostenían que esto haría a Dios deudor del hombre, claramente una situación imposible. Sin embargo hay dos modos por los cuales podemos con justicia esperar una recompensa de otro: habiéndole servido en algo que lo coloque en situación de obligación hacia nosotros, o, porque esta persona nos haya prometido una recompensa que podemos merecer conforme la ejecución de ciertas acciones. Es según esta última modalidad que podemos merecer y crecer en gracia, porque se trata de una recompensa liberalmente ofrecida por un Señor bondadoso y abundante. San Pablo claramente creía que podía recibir semejante recompensa cuando escribió: “He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe. En adelante me está reservada la corona de la justicia, que me dará el Señor, el Juez justo, en aquel día, y no sólo a mí sino

a todos los que hayan amado su venida” (2 Tim. 4: 7-8). Las palabras “corona de justicia” expresan muy claramente la idea de la recompensa que ha sido merecida y es debida en justicia. Como lo explica el Concilio de Trento “Cristo promete que quien diere un vaso de agua fría a uno de sus más pequeños, no ha de carecer de su recompensa” [Mt. 10, 42].⁹ Las enseñanzas de la Iglesia tal como fueron definidas por este concilio dicen que las buenas acciones hechas con la asistencia de Dios por quien sea miembro vivo de Cristo merece verdaderamente crecer en gracia y la vida eterna.

Las buenas obras en Cristo

Las buenas obras de un hombre justificado no son de ningún modo algo realizado aisladamente de Cristo de lo cual pueda exigir algún tipo de crédito personal. Estas buenas obras son meritorias solo, y precisamente, porque son en un sentido muy real acciones de Cristo, actividades de la nueva vida divina de la gracia, de lo cual no podemos jactarnos ya que es Cristo quien nos alcanza los frutos (Rom. 3:27).

Cristo se ha hecho El mismo Cabeza de la nueva humanidad. Quiso hacer de la humanidad redimida un solo cuerpo, y así lo hizo con la extensión y la consumación de Si mismo. La gracia es la vida en Cristo: las buenas acciones de los miembros del Cuerpo Místico son hechas con Cristo, pues la vida de la gracia es una vida de cooperación entre Cristo y Sus miembros:

“Permaneced en Mi, y Yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede por sí mismo llevar fruto, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mi. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en Mi, y Yo en él, lleva mucho fruto, porque separados de Mi no podéis hacer nada... En esto es glorificado mi Padre: que llevéis mucho fruto, y seréis discípulos míos” (Juan 15: 4,5,8).

Tampoco están nuestras buenas obras aisladas de las propias de los otros miembros del Cuerpo Místico. La incorporación en Cristo nos incorpora dentro de todos Sus miembros, esa comunión de gracia es la que llamamos

Iglesia. El último fin de la Santa Comunión no es simplemente la unión del alma individual con Cristo sino la unidad del Cuerpo Místico. Santo Tomas de Aquino pone muy claro esto mismo en su oración de preparación para la Santa Comunión:

“Haz que yo reciba no sólo el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, sino también la virtud y la gracia del sacramento. Si, oh Dios clementísimo, pueda yo recibir de tal modo el Cuerpo de tu Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo, que encarnó en la Virgen Maria, que merezca ser incorporado a su Cuerpo Místico y ser contado entre sus miembros”.

El Papa san León nos exhorta en el sermón de Navidad:

“Agradecemos a Dios Padre por medio de Su Hijo en el Espíritu Santo, quien tuvo piedad de nosotros en el gran amor que nos tiene, y quien, cuando estábamos muertos en el pecado, nos hizo vivir en y con Cristo, para que en El podamos convertirnos en una nueva criatura, nuevamente formados. Renunciemos a nosotros mismos y que todo lo que hagamos, y habiendo recibido una parte en la filiación de Cristo, dejemos lejos las obras de la carne. Cristianos, reconozcan su dignidad, ya que habiendo recibido parte en la naturaleza divina, estén atentos a no volver a caer en vuestra anterior bajeza. Consideren de quien es ese cuerpo del cual son miembros, y Quien es su Cabeza. Recuerden como fueron ganados de la oscuridad y puestos en el reino de luz de Dios. A través del sacramento del Bautismo se han convertido en templos del Espíritu Santo. Estén atentos de no echar a tan gran Invitado con las malas acciones, sujetándose una vez más a la esclavitud del Diablo. La Sangre de Cristo fue para rescatarlos, y te juzgará con justicia, Quien te redimió con misericordia”.¹⁰

¹ J. H. Newman, “Lectures on justification” (Londres, 1874), p.101.

² D. 799.

³ Idem.

⁴ ST. I-II, Q.CXIII, art. 9, ad.2.

⁵ D. 797.

⁶ D. 798.

⁷ Idem.

⁸ D. 809

⁹ D. 810.

¹⁰ Incluido aparte de las tres oraciones finales, en el Breviario Romano, Nocturno 2do, Lectura VI, Día de Navidad.

Sola Fides Justificat
La doctrina Protestante
Sobre la justificación por la sola fe

*“Si cae esta doctrina se cae todo
con ella”*

*Martin Lutero, “Conversaciones de
sobremesa”*

Todo lo que se pretende aquí es bosquejar los principios generales de la doctrina Protestante de la justificación diseñada por Lutero y enseñada de distintas formas por los líderes de la Reforma. Hubo, por supuesto, diferencias de opinión entre ellos, y especialmente en el caso de Lutero no está siempre muy claro que es lo que estaba enseñando. Como es normal entre las sectas cuando comienzan a subdividirse sus disputas internas eventualmente devinieron más feroces que la oposición mantenida con el cuerpo del cual se habían separado. El Calvinismo no se expandió en un primer momento a expensas de los Católicos sino de los Luteranos en el norte de Alemania, y el nombre “Reformado” empezó a ser utilizado por primera vez cuando se opusieron a los Luteranos no a los Católicos.¹ Antes de 1570 algunos Luteranos estrictos comenzaban incluso a alegar que el Catolicismo era más ortodoxo que el Calvinismo.²

Mientras que Lutero no llegó al grado de rechazar todo el sistema Católico ese rechazo fue inevitable en las conclusiones lógicas seguidas de sus principios. Por otra parte quedó fuera de discusión que la tesis básica de los Reformadores continentales sobre la justificación fue la adoptada por Cranmer y sus asociados. Esto se prueba tanto por sus escritos como en los estudios realizados sobre este período. En su libro “Thomas Cranmer Theologian”, G. W. Bromiley escribe:

“Difícilmente pueda pretenderse en esta materia de la justificación que Cranmer tuviera algo nuevo que decir. Sus principales puntos son paralelos a los sostenidos por

Lutero y Zwilingo, como de Calvino y otros escritores contemporáneos”.³

La Iglesia Católica enseña que el pecado original causó una herida en nuestra naturaleza poniendo en el alma una resistencia al bien. “Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rom. 7:19). Pero un alma que está anhelante de aceptar la asistencia de la gracia de Dios puede luchar contra el pecado. Lutero enseñaba que tras la caída de Adán la naturaleza del hombre se había convertido en algo esencialmente malo, permaneciendo siempre en ese estado de maldad; por lo que la naturaleza humana no sería sino una masa de corrupción, y ni siquiera la Sangre Redentora de Cristo podría limpiarla o curarla: el hombre no podría contribuir absolutamente en nada a su propia salvación. Dios nos justificaría transfiriendo la culpa por la que somos objeto de castigo a la cabeza de Su propio Hijo. Calvino fue muy explícito en este punto:

“Dado que las conciencias aterradas no encuentran descanso sino en el sacrificio y en las abluciones para expirar sus pecados, estamos correctamente encaminados a eso, y la muerte de Cristo se nos exhibe como la fuente de vida. Ahora por nuestra culpa somos pasivos de maldición ante el tribunal celestial de Dios, la condenación de Cristo ante Poncio Pilatos el gobernante de Judea está indicada en primer lugar para que podamos saber que sobre una persona justa fue infligido el castigo que era para nosotros... Esa es nuestra absolución, que la culpa, que nos hizo pasivos del castigo es transferida a la persona del Hijo de Dios. Por lo que debemos recordar particularmente esta satisfacción, dada la cual no tuvimos que pasar una vida entera de terror y ansiedad, como si fuéramos perseguidos por una justa venganza de Dios, la que fue transferida al mismo Hijo de Dios”.⁴

Cristo ha tomado la culpa de los pecadores sobre El mismo, expiando sus pecados con Su Sangre aplacando al Padre. Aunque las almas de los pecadores no están purificadas, los méritos ganados por Cristo son aplicados a ellos y los pecados disculpados por Dios. Las almas de los pecadores

siguen siendo horribles en si mismas, pero son recubiertas con las vestiduras de la justicia de Cristo.



Lutero

Como fue explicado en el capítulo I, los Reformadores enseñaban la sustitución del sujeto de castigo, realizada con Cristo en la cruz, quien en lugar de culpar al género humano pagó la pena exigida por la justicia divina. Cristo fue puesto en el tormento por Dios y así tomó sobre El mismo el enojo de Dios. Como resultado de esta sustitución en el sujeto de la pena, Cristo por los pecadores, los elegidos, es decir, aquellos a los que Dios había predestinado para la salvación gozan de la imputación de los méritos de Cristo en lugar de sus pecados. El hombre se convierte en justo a la vista de Dios simplemente por la no-imputación de pecado.

Pero esta teoría Protestante es completamente incompatible con la doctrina Católica de la santificación interior que borra

el pecado y justifica al pecador ante Dios, por efecto de su cooperación con la gracia mediada a través del sistema sacramental, por medio del cual los méritos ganados para nosotros en el Calvario son mediados a través de la Iglesia, que es la prolongación de la Encarnación en el tiempo. Cranmer sostiene lo contrario:

“El mismo Cristo en su persona se sacrificó por nuestros pecados sobre la cruz... Y los beneficios de esto no radica en un poder que ningún hombre pueda dar a otro, sino que cada uno debe recibirlo de las manos del mismo Cristo, por su propia fe y creencia, como dijo el profeta”.⁵

Para un Protestante, la justificación significa una declaración para que el hombre sea justo: para el Católico significa que lo hace justo.⁶ La gracia para los Reformadores no era algo en el hombre sino exterior al alma. Existía solo en la divina voluntad de Dios y se trataría de una sentencia aprobada por el Juez divino que imputa la bondad de Cristo a los elegidos. La justificación no era un cambio interior por el cual el alma cambia en una cosa sagrada, sino una mera no-imputación de los pecados. La fe no significaba una aceptación firme de la revelación divina (ver capítulo II) sino una convicción personal e individual que los méritos de Cristo habían sido aplicados a él. El pecador es liberado del castigo debido por el pecado, pero no del pecado.⁷ Para un Protestante el alma de san Francisco de Asís, o de santa Teresita de Lisieux, son masas de corrupción ocultas bajo el manto de la rectitud de Cristo. Para un Católico sus almas agradan a Dios por ellas mismas habiéndose transformado por completo en la morada de la gracia santificante, siendo esto posible, y profundizado, por su libre cooperación. La gracia no es una mera imputación, como mantienen los Protestantes, sino que es realmente distribuida.

Lutero demolió un sistema doctrinario desarrollado a lo largo de quince siglos sobre la base de su interpretación personal de Romanos 3:28: “Porque nosotros estimamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley”. San Pablo estaba argumentando contra aquellos que querían imponer entre los cristianos las ceremonias legales de los Judíos, como es puesto en claro en el siguiente versículo en donde pregunta “¿Acaso Dios es solamente el Dios de los judíos?

¿no lo es también de los paganos? No hay elasticidad posible de la imaginación para que las palabras en griego puedan ser traducidas “por la sola fe”, y así es que Lutero agregó “sola” por su propia cuenta. La respuesta que daba a todos por esto era tan burda como lo que sigue:

“Si un papista lo molesta con la palabra “sola”, díglele directamente que el Dr. Martín Lutero dice que: “Los papistas y los burros son la misma cosa, *sic volo, sic jubeo, stat pro ratione voluntas*”. Por lo que no debemos ser los discípulos o los pupilos de los papistas, sino que por el contrario sus maestros y jueces. Debemos fanfarronear y martillar sobre sus cabezas de burro, y así como Pablo desafió al santurrón de sus días así también desafiaré a estos burros míos”.⁸

Sigue diciendo:

“Me disculpo de no haber agregado la palabra “todos” para que pudiera leerse “sin todas las obras de todas las leyes”, y así hacer que se escuche en voz alta y de modo completo. No obstante esto ya estaría en mi Nuevo Testamento, aunque todos los papistas-burros se vuelvan locos por eso, no me moverán de mi posición”.⁹

La interpretación de Lutero de Romanos 3:28 no puede reconciliarse con textos de la escritura como Mateo 5:20, 48; 7:14, 21; 10:22, 38; 19:17; 25:34-44; Juan 5:28; 14:15; 15:10, 14; Romanos 2:6-10, 13; 8:17; 1 Juan 2:3-4; 3:6, 9; Revelaciones 20:12. Y es particularmente incompatible con la Epístola de Santiago citada en el capítulo anterior, y aún así Lutero la condenó como una “epístola insignificante”^{*} removiéndola de la Biblia.¹⁰ Fe era lo único que contaba. Las buenas obras no valían de nada, es más eran imposibles desde el momento que todas las acciones del hombre estaban malditas por la fuente de las que brotaban: la naturaleza humana, que es esencialmente corrupta a causa del pecado original.

La teología de Lutero es en gran medida una expresión de su personalidad. Según la mitología luterana sus ojos vieron la corrupción del papado y la maldad del catolicismo cuando fue

^{*} “a right strawy epistle”.

enviado a Roma por su orden para realizar unos trámites en 1511. En la iglesia de la Santa Croce se le ocurrió la idea de que la salvación se logra por la sola fe. Los propios escritos de Lutero muestran que en el tiempo en que realizara aquella visita él era “locamente papista”.¹¹ Entre esta visita y su rebelión en 1517 creció considerablemente su reputación como profesor y predicador. Era un hombre de indudables dotes como orador. Se involucró tanto en la enseñanza y la predicación que apenas pudo dedicarle tiempo a la oración. “Raramente tengo tiempo para terminar el Oficio diario, o decir Misa”¹². Hallaba la oración “como un martirio: agotadora y molesta”¹³. Lutero también atribuyó su abandono de la oración por sufrir “las tentaciones de la carne, el demonio, y el mundo”¹⁴. Más que someterse a la dirección de sus superiores en sus conflictos espirituales dispuso de “modos propios” que no fueron sino desaprobados:

“Había veces cuando era presa de una casi desesperante melancolía, y de repentinos ataques, que recurría a ayunos extravagantes y penitencias que lo reducían a una condición de cansancio e irritabilidad. Contaba como sus superiores le reprochaban su terquedad y extravagancias, y confesó que tenían razón. Pero una teoría comenzó a tomar forma en su mente que parecía ofrecerle una solución a sus problemas. Los que escuchaban sus sermones y conferencias, pronto dirían que Lutero como predicador y profesor, estaba aventurando doctrinas extrañas. En septiembre de 1516 lo vimos relacionado con la defensa de una declaración formal realizada en su clase, una teoría nueva sobre los (efectos) resultados del pecado original: “El hombre se convirtió en un árbol corrupto que no puede sino hacer el mal” y si “es falso que la voluntad del hombre sea libre y pueda decidir uno u otro camino”. Nuestras voluntades no son libres sino esclavas”.¹⁵

Esta teoría de la corrupción total de la naturaleza humana por el pecado original es parte de una nueva religión en la cual el pecador es absuelto de la obligación de usar la gracia divina para alcanzar la virtud, porque los actos virtuosos ya no podrían contribuir a su salvación más que las malas acciones. Lutero aceptaría todas las consecuencias de su

teoría: “Se un pecador si quieres y peca con el cuerpo (*pecca fortiter*), pero cree aún con el cuerpo, y alégrate en Cristo que es el conquistador del pecado”¹⁶. Atreverse a pecar y atreverse a creer debían existir al mismo tiempo, así escribió: “Desde el momento en que el cordero arrojó lejos los pecados del mundo, el pecado ya no separa a los hombres, aunque cometan impurezas miles de veces al día y asesinen también a veces”.¹⁷

“Con esta teoría ya no hubo ninguna necesidad de rezar, la que había encontrado como un “martirio”, ninguna necesidad de luchar contra la tentación. No podría existir tampoco ningún mérito: el hombre debía vivir despreocupado como quisiera en la certeza de la salvación. Esa era una de las ideas que le surgieron a Lutero en el medio de los conflictos y problemas interiores, y ese fue el camino que eligió”.¹⁸

La nueva religión inventada por Lutero fue una que se adaptaba a los requerimientos de lo que el Diccionario de Oxford de la Iglesia Cristiana denomina “su propia naturaleza apasionada y melancólica”, y que también dice:

“La ansiedad sobre su salvación le causó muchos escrúpulos, y el hecho que la rutina de la vida religiosa lo haya desanimado y por el contrario no le trajera alivio y confianza al punto de abandonar deberes de la vida religiosa como la recitación del Oficio Divino y la celebración de la Misa... Sus emociones controlaban completamente su capacidad de juicio. Con su gran dominio del lenguaje y su exitosa oratoria ganó un nutrido auditorio popular, aunque al momento de entrar en controversia le venían los escrúpulos y dudaba de la envergadura de sus argumentos, y la posibilidad de evaluar una evidencia conflictiva, de un modo desapasionado, era extraño a su naturaleza. Sus doctrinas centrales eran un espejo de su temperamento y de sus propias experiencias. Su profundo pesimismo lo llevó a afirmar la depravación total del hombre y la inutilidad de la razón humana, en tanto que su necesidad personal de un “Dios amable” lo llevó a crear la doctrina de la imputación de los méritos de Cristo por la sola fe,

sin ningún tipo de cooperación humana... el hombre, de hecho, está totalmente bajo el poder del mal y no puede hacer nada sino pecar. La justificación es... alcanzada en el hombre mediante una suerte de ficción legal, conforme a la cual Dios tiene a los hombres pecadores como justos, debido a los méritos de Cristo, aunque en realidad permanezcan (los hombres) tan pecadores como antes. En el himno *Aus tieffer Not schrey ich zu dyr*, Lutero expresó su pensamiento: *Es ist doch unser Tun umsonst, auch in dem besten Leben* ("Todo lo que hacemos es en vano, incluso llevando la mejor de las vidas").¹⁹

El Padre E. Towers también considera que la teología de Lutero se originó como respuesta a sus problemas personales:

"Frente al fracaso de controlar su carácter violento y sensual, Lutero se involucró en una teoría que es una mezcla de pesimismo y optimismo fácil. Sostenía que por la caída de Adán nuestra naturaleza había devenido esencialmente mala y que así seguiría siéndolo: una masa de corrupción, y que incluso la sangre redentora de nuestro Salvador ni la limpiaba ni la curaba, extremando tanto su teoría que llegó a la conclusión de que todas nuestras acciones son pecaminosas, no excluyendo las que vemos como virtuosas. Aquí entonces surge el permiso del sistema, y entonces no surge sino un fácil optimismo. Pues Lutero enseñaba que si solo lo queremos tendremos la completa seguridad que los méritos de Cristo nos serán aplicados, nuestros pecados ignorados, como si lo fueran por Dios; nuestras almas seguirían siendo abominables en si mismas pero Dios las cubre con los méritos de Cristo para que sean vistas por El como siendo las nuestras; nuestros pecados no nos son "imputados" pero si los méritos de Cristo".²⁰

Lutero reemplazó la enseñanza infalible y autorizada de la Iglesia por su propia infalibilidad personal con que interpreta la Biblia. En teoría, concedió el derecho a todos los creyentes a hacer esto: "En materia de fe cada cristiano es para si mismo Papa e Iglesia y no puede decretarse nada o conservarse algo que resulte en amenaza de la fe"²¹. Pero en

la práctica fue la interpretación de Lutero la que debía aceptarse: “Aquel que no acepta mi doctrina no puede salvarse. Porque ella es de Dios y no mía”.²² Seguramente Lutero no creía en la libertad universal de opinión en materia religiosa. De modo que los que estuvieran en desacuerdo con él, tanto Católicos como Protestantes eran “cerdos emperrados”, “imbéciles”, “amigos del infierno”.²³ Su interpretación de la Biblia era la mismísima verdad, el resto mentiras y falsas ilusiones.



Biblia de Lutero

Resulta sorprendente que algunos Reformadores que estaban en desacuerdo con él observaron cínicamente que en definitiva había sido una ganancia muy pequeña deshacerse del Papa de Roma si tenían que poner en su lugar al Papa de Wittenberg.²⁴

Aunque en teoría, las enseñanzas de Lutero sostienen que Dios es quien justifica al hombre, una doctrina que sostuvo explícitamente en frecuentes ocasiones, también se pueden

leer pasajes en sus escritos que hacen aparecer a la Justificación por la Fe como una forma de auto-justificación en la cual es el hombre quien actúa y Dios quien responde. “Debes asumir como una verdad constante que él se ha entregado por nuestros pecados, también, que tu eres uno de aquellos por cuyos pecados él se ha entregado. Esto es la fe que te justifica (haec fides te justificat) y hace que Cristo more, viva y gobierne en ti”.²⁵ “Cree que él será la salvación y la misericordia para ti, y lo será sin ninguna duda”.²⁶ En un sermón predicado el 29 de junio de 1519, Lutero dijo: “Si un hombre duda, y no está firmemente convencido que tiene la misericordia de Dios, él no la tiene. Como si cree, entonces si la tiene. Por lo tanto nadie puede saber si está en la gracia de Dios y si Dios le es propicio excepto por la fe. Si lo cree, está bendecido; si no está condenado”.²⁷ “Mientras crea tiene la misericordia de Dios”, este es el optimismo fácil a que hacía referencia el Padre Towers, que no solo hace posible a los creyentes estar seguros de su salvación, sino de ser ellos mismos los instrumentos de esa salvación. La naturaleza esencialmente egocéntrica de la fe de Lutero fue puesta de relieve en un libro del Dr. Paul Hacker, un intelectual luterano convertido, que en su primer edición de 1970 iba con un prólogo del ahora Cardenal Ratzinger. Dr. Hacker observa que desde los últimos meses de 1517 hasta el final de su vida:

“De acuerdo a él (Lutero), estaba adecuadamente justificado y no simplemente por la fe en Dios o Cristo. Solo la reflexión habilitada por la certeza de la acción salvífica de Dios significa “para mí” hace la salvación, y su reflexión trae consigo su efecto de infalibilidad... el mismo Lutero definió a la fe enseñada por él como “fe aprensiva” en el sentido de “apoderarse de la fe” (fides apprehensiva). Esto significa que la fe no solo comprende el mensaje de salvación sino de la salvación en sí misma, o incluso el mismo Cristo”²⁸

El Dr. Hacker considera que la creencia reflexiva de Lutero puede ser descripta como “una fe en la propia fe”.²⁹ Explica como después de su muerte, Lutero había llegado al punto de sostener que el hombre podía agarrar o tomar por la fuerza su justificación de Dios por la fe:

“En su última conferencia, sostuvo que: “La fe toma por la fuerza (arripit) los méritos de Cristo, y afirma (o “postula”, “statuit”) que fuimos liberados por su muerte”. Ahora, un hombre que quiera “tomar por la fuerza”, que reclama, o se arroga un don deja de considerarlo un don puro. La parte aquí del hombre en la salvación es agotadora y sobre enfatizada. Lutero no se dio cuenta de esto. Sin embargo el nuevo concepto de fe inevitablemente inició un desarrollo en el cual la religión devino en una orientación hacia el hombre y eventualmente centrada en el hombre. La reflexividad, el temor y la drasticidad de esta clase de fe constituyó la semilla del antropocentrismo en religión y del idealismo en filosofía. La semilla creció exuberantemente.³⁰

Una vez que es posible ser justificado por la sola fe, solo será capaz de “arrebatarse” la salvación, no habiendo ninguna necesidad de la Iglesia para que medie la gracia de Dios a los hombres, como tampoco de los esfuerzos incesante por la perfección que es el fin que la Iglesia Católico pone delante de cada uno de sus hijos. El individuo simplemente se arroja a la misericordia de Dios con ninguna intermediación humana, y podrá estar seguro de que es el recipiente de esa misericordia por su propia fe reflexiva que es la de tener fe en su propia fe. Henri Rondet hace un excelente resumen de la esencia del Luteranismo:

“Lutero nos dice que nos debemos rendir a tratar de escapar del pecado. Debemos abandonarnos a Dios, no seguir preocupándonos de nosotros mismos, considerarnos inaceptables de toda cura, y arrojarnos a la misericordia divina. Dios no puede cambiar el corazón del hombre. Pero puede cerrar Sus ojos y actuar como si se tratara de otro corazón. Puede tener al pecador por justo y cubrirlo con los méritos de Cristo como un camuflaje. El pecado permanecerá, no será destruido pero no le será más atribuido. Por lo que no tiene sentido afligirse más por las obras. Las prácticas externas y las preocupaciones relativas a la perfección no son sino fariseísmo. Somos como mercenarios queriendo conquistar el cielo con nuestro débiles soplos.

Simplemente el hombre no puede merecer ante Dios. La gracia, entonces, es la certeza de que tenemos que ver con un Dios que nos mira por encima de nuestros pecados como si fuéramos justos. Dios favorece al hombre y lo considera como santo en razón de los méritos del Redentor”.³¹

Para ser justos con los Reformadores debería subrayarse que en ningún momento la corriente principal de los Protestantes ha interpretado la doctrina de la justificación como una licencia para pecar. Han llevado una vida piadosa como signo para convertirse en los elegidos. Han habido, por supuesto, algunas sectas extremas, que derivaron una doctrina que sintieron como conclusión lógica, en otras palabras que todo estaba permitido. El ejemplo más claro fue el reino apocalíptico establecido por los Anabaptistas de Munster en 1534, en donde John Leyden gobernó como un rey con sus dieciséis esposas, y las ejecuciones estaban a la orden del día. Estas sectas fueron reprimidas sin piedad tanto por Católicos como Luteranos, en realidad estos últimos fueron sus más fieros oponentes al margen del hecho que los Anabaptistas no estaban haciendo sino implementando los principios utilizados por Lutero, Calvino y los otros Reformadores exitosos. Estos principios fueron explicados por Monseñor Philips Hughes:

“Los hombres tienen el derecho de formar sus propios grupos religiosos, de unirse o no a un grupo, dejarlo cuando quieran; que estos grupos son iguales en sus derechos y no se sujetan a ninguna autoridad sino a lo que ellos mismos elijan, que los grupos son libres de elegir el modo de rendir culto, que cada individuo es libre de elegir lo que creará”.³²

El concepto de la Iglesia mediando la gracia a través de los sacramentos fue anatema no solo para Lutero sino para el resto de los Reformadores Protestantes. Era axiomático a su teología que ningún hombre, ningún poder sacerdotal, ni tampoco nada en la creación podría ser capaz de hacer algo bueno en orden a la salvación o producir efectos intrínsecos en el alma del hombre. La “gracia” de la justificación era mantenida por ser esencialmente el favor de la voluntad

divina, y ninguna Iglesia, ni sacerdote podría tener una parte eficaz en la mediación de la gracia para los otros:

“La doctrina de un sacerdote sacrificador, cuyo ministerio es un medio objetivo para la asistencia de las almas cristianas en alcanzar la justa relación con Dios fue tenida por los Reformadores como una instrucción intolerable dentro del santuario inviolable de la fe salvadora, en donde cada hombre experimentaba su certidumbre personal de gracia”.³³

Una vez realizado el decreto divino de la absolución este era absoluto. Una vez que el hombre había sido justificado por medio de los méritos salvíficos de Cristo su salvación estaba asegurada. Es todavía una práctica corriente la de “nacer de nuevo” entre los Protestantes y preguntarles a aquellos con que se topan si están “salvos”. En lo que respecta a la misa, los Protestantes insisten que el sacrificio que hizo posible la imputación de los méritos de Cristo a los elegidos es algo que ya fue realizado en el pasado, y podría ser conmemorado en un memorial de acción de gracias que podría estimular la fe de los elegidos, pero, y esto es axiomático para la doctrina Protestante, los elegidos recibieron su justificación directamente de Dios. La consecuencia inevitable de aceptar la Justificación por la Fe fue perfectamente sintetizada por el estudioso alemán P. Arnold cuando dijo que “en general hirió el corazón del sistema católico de los sacramentos, y en particular a la misa”.³⁴

En un estudio sobre el sistema católico sacramental el Padre C. C. Martindale, S.J. explica que:

“Si uno se pone a buscar una sola palabra en la que cristalizar la tradición católica sacramental, pienso que esa sería “eficacia”. Los sacramentos son, como hemos visto, eficaces por si mismos. Y esto fue lo que atacaron los Reformadores. El sacramento como una cosa totalmente inerte. No podían eliminar todos los sacramentos (de hecho es lo que sucede hoy en día con los Quakeros y el Ejército de Salvación) aunque se despojaron de cinco de los siete y luego se extinguieron de los dos que quedaban todo su valor intrínseco o fuerza. Toda la “obra” es hecha por el receptor que a

cuestas de su confianza en Dios se pega la palabra “fe”, y sobre la base de esa fe se alcanzaba el bien dentro de él”.³⁵

Monseñor Hughes observa que una vez que los Protestantes ganaron el poder político:

“Los más evidentes, por no decir espectaculares, cambios fueron, por supuesto, los cambios en los servicios públicos de la religión. Estos fueron los cambios que provocaron la impresión -generalmente hostil- que tiene el hombre contemporáneo y que ocupa en gran modo a las controversias de nuestro tiempo. Pero aún más importante fue la nueva teoría religiosa que presuponían estos cambios de la cual brotaron”.³⁶

Los Reformadores con razón sentían que la misa estaba en el corazón de la fe Católica, y que por lo tanto la destrucción de la misa era prioritaria mucho más que la cuestión del papado, pues destruyendo la misa “sacarían de raíz del cuerpo de la Iglesia su corazón”.³⁷ El odio que los Reformadores sentían por la misa está documentado en el capítulo V. El Dr. Francis Clark escribió después de leer “Esclavos de Babilonia” de Lutero (1520) que:

“En este manifiesto está claro que el rechazo de Lutero al sacrificio del altar surge de su primer intuición: su evangelio de la Justificación por la Sola Fe, de la oposición que proclamó entre la palabra de Dios que anuncia el decreto divino de perdón a los hombres, quienes no pueden hacer nada sino recibirlo, y por el otro lado la eficacia objetiva del sistema Católico de los sacramentos por el cual la gracia es transmitida a los hombres para que participen en la vida divina y del cual la Iglesia, sus sacerdotes y miembros son privilegiados en tener parte activa en el poder de Cristo en la transmisión de esa vida a otros”.³⁸

John Bale, un Obispo Eduardiano de Ossory, en uno de sus ataques más moderados a la misa, expresó la opinión de todos los Reformadores cuando insistió en que: “La misa no es ningún sacrificio, ni tampoco una obra buena, sino una profanación blasfema de la santa cena del Señor, una manifiesta maldad, una horrible idolatría, y una apestosa

abominación”³⁹. John Bradford, capellán del Obispo Ridley, también manifestó el consenso Protestante cuando dijo que se “dejarán atrás por lo tanto esas abominables doctrinas, de que el sacrificio de la misa es el medio principal por el cual aplicar la muerte de Cristo a los vivos y a los muertos: en donde todos pueden ver que mienten atrevidamente. Pues, la palabra de Dios en el ministerio no pertenece a los muertos (pues ¿quien sería tan loco de ir a predicar a las tumbas de los muertos para que los muertos escuchen?) del mismo modo tampoco los sacramentos”.⁴⁰

¹TR. p. 137.

² Idem, p. 144.

³ G.W. Bromiley, “Thomas Cranmer theologian” (Londres, 1956), p. 36.

⁴ J. Calvin, “Institutes of the Christian Religion” (Londres, 1844), ps. 404-5.

⁵ CW. Vol. I, p. 47.

⁶ CDT. Vol. III, p.180.

⁷ RIE. Vol. I, p. 142n.

⁸ Idem., p. 19.

⁹ ML. ps. 19-20.

¹⁰ ODCC. P. 724.

¹¹ ML. p. 5.

¹² Idem., p. 6; ODCC. p. 847.

¹³ Idem., p.6.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Idem. p.7.

¹⁶ Idem. p. 8.

¹⁷ Idem. p. 9.

¹⁸ Idem.

¹⁹ ODCC. ps. 847-8.

²⁰ TCC. p. 550.

²¹ Werke, V, p. 407.

²² Werke, X, II, p. 107.

²³ ML. ps. 9-10.

²⁴ Idem. p. 10.

²⁵ Werke, II, p. 458.

²⁶ Idem. p. 491.

²⁷ Idem. p. 249.

²⁸ P. Hacker, “The ego in faith” (Chicago, 1970), p. 10.

²⁹ Idem. p. 11.

³⁰ Idem. p. 20.

³¹ H. Rondet, “The grace of Christ” (Newman Press, 1967), p. 279.

³² PHR. p. 158.

³³ ESR. p. 143.

³⁴ Citado en ESR. p. 364.

³⁵ TCC, p. 753.

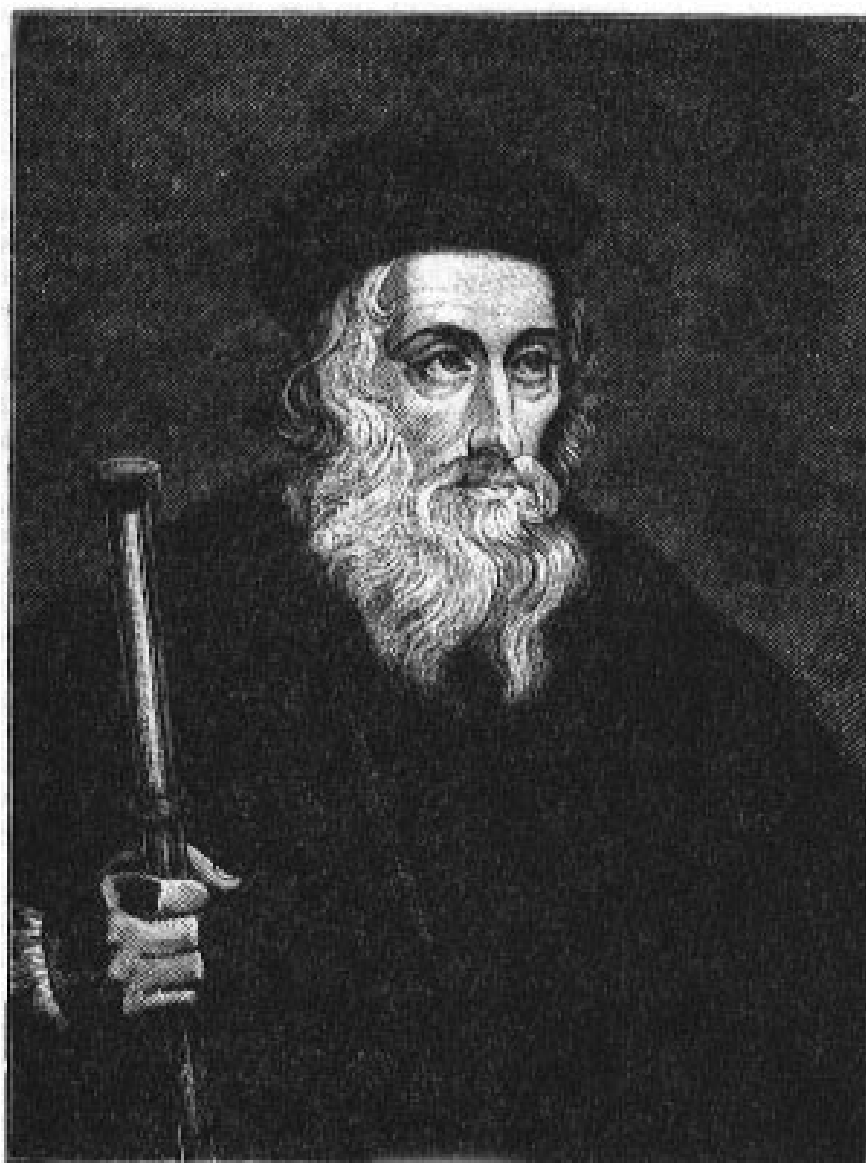
³⁶ RIE. Vol. II, ps. 83-4.

³⁷ ESR, p. 107.

³⁸ Idem. ps. 340-41.

³⁹ J. Bale, “Select Works” (PS Cambridge, 1849), p. 153.

⁴⁰ J. Bradford, “Letters, Treatises, Remains” (PS Cambridge, 1853), p. 289.



John Wycliffe

John Wycliffe (1330-1384) es la “estrella matutina de la Reforma”, anticipó en casi cada detalle la doctrina Eucarística que fuera adoptada después por el consenso de los Reformadores Protestantes del siglo XVI.

La doctrina Católica sobre la Eucaristía

*Cristo es ofrecido hoy y El Mismo como sacerdote se ofrece
El Mismo en orden a remitir nuestros pecados
San Ambrosio¹*

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana así como Cristo es la figura central en la religión Cristiana. Siendo también un sacrificio es el más grande de todos los sacramentos en tanto contiene al mismo Cristo, mientras que en los otros sacramentos Cristo actúa y aplica los méritos de Su Pasión para un propósito particular. Santo Tomas de Aquino señala que el resto de los sacramentos están ordenados a este sacramento como a su fin.² No solo simboliza o representa la Pasión y muerte de Cristo sino que la contiene –la misa es el Sacrificio de la Cruz, un hecho que santo Tomas ilustra citando a san Ambrosio: “En Cristo se ofreció una sola vez el sacrificio eficaz para la vida eterna ¿Qué hacemos entonces nosotros? ¿Acaso no le ofrecemos todos los días como conmemoración de su muerte?”.³ “La Pasión del Señor es el sacrificio que ofrecemos”, escribió san Cipriano.⁴ Nada de lo que se escriba exageraría la importancia de la Eucaristía. Es el centro de la vida cristiana así como Cristo es la figura central de la religión cristiana.

Los sacerdotes en la Iglesia son ordenados, no principalmente para predicar el evangelio, ni para confortar al que sufre con las verdades consoladoras de la religión, ni para liderar reclamos sociales, sino para ofrecer el Sacrificio de la Misa, para consagrar la Eucaristía.

Si los católicos en el pasado –y en el presente también– pensaron que no hay nada en el arte, y la arquitectura suficientemente bello como para decorar sus iglesias es porque la Iglesia Católica es la casa del Rey de reyes, la casa de Cristo verdaderamente presente en el Sacramento de la Eucaristía. Si los católicos, incluso los más pobres, están listos para privarse ellos mismos incluso de confort para apoyar a su clero, esto es porque piensan que a cualquier costo el Sacrificio de la Misa debe seguir ofreciéndose, el Sacramento de la Eucaristía, el alimento de las almas

cristianas, debe ser siempre administrado. La devoción a la Eucaristía no es una práctica piadosa incidental de los católicos, sino que es la misma esencia de la vida católica.⁵

La Transubstanciación

Menos Lutero, que es un caso particular, todos los Reformadores negaban la Presencia Real y Objetiva de Cristo en la Eucaristía, algunos afirman una “real presencia” y utilizan lo que pareciera un lenguaje realista que podría ser interpretado en un sentido católico, pero lo que todos ellos niegan enfáticamente es una presencia objetiva, es decir, que el pan y el vino se conviertan realmente en el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo después de la consagración, diferenciándose del pan y el vino corrientes en su sustancia. Es necesario tener una idea clara del significado de la sustancia dentro del contexto de la teología Eucarística Católica para comprender apropiadamente la incompatibilidad entre las doctrinas Católica y Protestante. Los términos *cambio sustancial*, o, *presencia sustancial*, convienen a la enseñanza católica con mayor precisión que el término *presencia real*. Sabemos que Nuestro Señor está presente siempre que hayan dos o más reunidos en su nombre. Esa presencia es categóricamente *real*, pero categóricamente no es *sustancial*. La palabra sustancia, *substantia* en latín, fue tomada por los teólogos escolásticos de la filosofía de Aristóteles.

A veces se dice que este término ya no se debería utilizar dado que muchos elementos de la teoría Aristotélica y su lectura escolástica han sido desechados por los científicos modernos. Pero el sentido en que se utiliza el término en la teología Eucarística trasciende toda teoría particular de la ciencia y la filosofía. *Substantia* hace referencia a la permanente y subyacente realidad de todo lo que existe que hace que algo sea eso que es y no otra cosa. Así por ejemplo podemos hablar de la sustancia del pasto, que es lo que hace que sea pasto y no una flor, un árbol, un insecto o un pájaro. La sustancia del pasto podría, quizás, ser referida como la “pastidad” del pasto. Cuando las vacas comen pasto este se transforma luego en leche, porque una sustancia fue cambiada en otra.

La sustancia o lo que realmente subyace de algo puede ser contrastado con sus accidentes o apariencias. Los accidentes es aquello que perciben los sentidos, como el color, tamaño, o gusto. La sustancia de un objeto puede permanecer sin cambio aún cuando sus accidentes cambien. El agua, por ejemplo, no solo puede ser un líquido sino un sólido cuando se congela, o, un gas, al calentársela en el fuego; pero su sustancia o naturaleza subyacente o realidad permanece inalterada. Si se nos pregunta que es esto lo único que podemos decir es que es agua, H₂O.

El milagro de Caná involucró un cambio en la sustancia. A la pregunta por lo que había en las jarras antes del milagro, la respuesta habría sido “agua”. La respuesta después del milagro sería “vino”. Un cambio en la sustancia es por lo general acompañado por un cambio en los accidentes. Cuando las uvas se convirtieron en vino perdieron sus accidentes, o, las apariencias de uvas y tomaron aquellos del vino.

Es solo en la Eucaristía que hay cambios en la sustancia mientras los accidentes permanecen inmodificados. Si nos preguntamos que es lo que el sacerdote sostiene en sus manos antes de pronunciar las palabras de la consagración la respuesta es “pan”. Una vez que haya pronunciado la respuesta es “el Cuerpo de Cristo”. El hecho que lo que sostiene en sus manos antes de la consagración retenga todos los accidentes exteriores, o apariencias de pan, no va en contra de nuestra creencia de que es realmente el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor.*

Nuestra base para la aceptación del dogma de la transubstanciación es la fe en las enseñanzas de Nuestro Señor, quien pudo cambiar agua en vino y alimentar a cinco mil personas con algunas pocas rodajas de pan y pescado. El

* Porque el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo es hecho presente por el poder de las palabras de la consagración (ex vi verborum) tal como están en el Cielo en este momento, debiendo estar acompañados (concomitari) de todo aquello que está unido a Su verdadero Cuerpo al momento que son pronunciadas las palabras, esto es, Cuerpo, Sangre, Alma, y Divinidad, y todo está presente bajo ambas especies. Esto se conoce como la doctrina de la concomitancia (per concomitantiam). La divinidad de nuestro Señor está unida con Su humanidad en virtud de lo que es conocido como la unión hipostática (la unión permanente de la naturaleza humana con la naturaleza divina de Dios Hijo, esto es, una persona pero dos naturalezas). Dos consecuencias se siguen de la doctrina de la concomitancia, la primera, que las consagraciones por separado del pan y del vino simbolizan la muerte de nuestro Señor, pero no hay una separación real de Su Cuerpo y Sangre en la Misa. La segunda consecuencia práctica es que debido a que Cristo por entero esta verdaderamente y sustancialmente presente bajo ambas especies, así los fieles al comulgar bajo las apariencias de pan verdaderamente reciben a Cristo por entero, no menos que el sacerdote que también bebe del cáliz.

sublime himno de santo Tomas de Aquino *Adoro te devote* expresa perfectamente esta fe.

*Adóro te, devóte, latens déitas
quæ sub his figúris vere latitas.
Tibi se cor meum totum súbiicit*

Te adoro con devoción Dios
escondido, oculto verdaderamente
bajo estas apariencias. A ti se somete

quia te contéplans totum déficit

Mi corazón por completo, y se rinde.

*Visus, tactus, gustus in te fállitur,
sed audítu solo tuto créditur;
credo quidquid dixit Dei Fílius:
nil hoc verbo veritátis vérius.*

Al juzgar de ti se equivocan la vista,
el tacto, el gusto, pero con el
para creer con firmeza; creo
todo lo que ha dicho el Hijo de Dios; nada
es más verdadero que esta palabra de
verdad

*In Cruce latébat sola déitas,
at hic latet simul et humánitas;
ambo tamen credens atque cónfitens,
peto quod petívit latro pænitens.*

En la cruz se escondía sola la
divinidad, pero aquí también se
esconde la humanidad; creo y
confieso ambas cosas, y pido lo que pidió
el ladrón arrepentido⁶.

Lo que importa para el católico no es como tiene lugar la transustanciación sino creer que sucede, y creerlo porque, como lo explica santo Tomas: “Nada puede ser más verdadero que la palabra misma de Dios”. Una exposición contemporánea de la doctrina católica de la Presencia Real puede encontrarse en la encíclica “Mysterium Fidei” del Papa Pablo VI (1965). El Papa Pablo cita un comentario muy pertinente de san Ambrosio de Milán (339-397) sobre el cambio de la Eucaristía: “«Por lo tanto, la palabra de Cristo, que ha podido hacer de la nada lo que no existía, ¿no puede acaso cambiar las cosas que ya existen, en lo que no eran? Pues no es menos dar a las cosas su propia naturaleza, que cambiársela”. Santo Tomas Moro hizo un comentario similar en relación a la negación de la transustanciación por John Frith, un Protestante de convicción Lollarda que fuera ejecutado por herejía en 1533. Frith argumentaba al mejor estilo de John Wyclif*, que las palabras “Este es Mi Cuerpo” no podían tomarse literalmente ya que el cuerpo de Cristo no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Moro le

* En el capítulo VII se puede leer sobre Wycliffe y el Lollardismo.

contestaba que todas las cosas son posibles para Dios: “Dios es todopoderoso y por lo tanto puede hacer todas las cosas...se ve que este joven no asistió mucho a sus clases del colegio ahí se hubiera enterado de todo lo que puede hacer Dios”.⁷



Imagen perteneciente al Misal de Sarum impreso en París por Jean de Pré el 30 de septiembre de 1500. Manifiesta la creencia católica en la Presencia Real mostrando a un sacerdote sosteniendo en sus manos al Mismísimo Cristo quien con las manos juntas suplica al Padre, arriba en la apertura de los cielos.

En su encíclica “Mysterium Fidei” el Papa Pablo VI cita varios testimonios de la patrística para probar cuan claramente la doctrina del cambio sustancial era enseñada por los Padres de la Iglesia, aún cuando no utilizaran el término transustanciación. Precisamente explica lo que debemos creer en relación a la Presencia Real citando las palabras de

su predecesor san Gregorio VII, en el siglo XI, en la declaración que el santo redactó para Berengario, que había negado la presencia sustancial de Nuestro Señor en la Eucaristía*.

A continuación el juramento prestado por Berengario:

“Yo, Berengario, creo de corazón y confieso de boca que el pan y el vino que se ponen en el altar, por el misterio de la sagrada oración y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Jesucristo Nuestro Señor (*substantialiter converti in veram et propriam ac vivificatricem carnem et sanguinem Iesu Christi Domini nostri*), y que después de la consagración son el verdadero cuerpo de Cristo que nació de la Virgen y que, ofrecido por la salvación del mundo, que pendía en la cruz y está sentado a la diestra del Padre; y la verdadera sangre de Cristo, que se derramó de su costado, no sólo por el signo y virtud del sacramento, sino en la propiedad de la naturaleza y verdad de la sustancia, como en este breve se contiene, y yo he leído y vosotros entendéis. Así lo creo y en adelante no enseñaré contra esta fe. Así Dios me ayude y estos santos Evangelios de Dios”.⁸

En evidente continuidad con el juramento de Berengario se encuentra el anatema del Concilio de Trento, expresado como una respuesta directa a la doctrina de los Reformadores Protestantes: “Si alguien niega que el Cuerpo y la Sangre, juntos con el Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por lo tanto, Cristo por entero está verdadera, real y sustancialmente contenido en el sacramento de la santísima Eucaristía, pero dice que Cristo está presente en el sacramento solo como un signo o figura, o por Su poder: sea anatema”.⁹

En “The teaching of the Catholic Church” (“La enseñanza de la Iglesia Católica”), Canon G. D. Smith explica que:

* Berengario de Tours (1010-88) fue un teólogo escolástico cuyas enseñanzas pusieron en duda la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía. Por lo que fue requerido por san Gregorio VII para que hiciera una declaración en la que afirmara la creencia ortodoxa que había sido puesta en cuestión como base de la ortodoxia católica. Berengario después atacó la fórmula que había firmado, aunque antes de su muerte se reconcilió con la Iglesia a través de san Gregorio.

“Por el sacrificio el hombre se ofrece a sí mismo y su vida a Dios su soberano Señor y Creador; por los sacramentos, Dios, se da sí mismo, El se brinda y hace participar al hombre en Su propia vida divina. En el sacrificio una corriente de tributo fluye del hombre hacia la Fuente eterna de todo ser; por los sacramentos la gracia santificante desciende copiosamente sobre las almas de los hombres. Esta doble corriente, de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, fluye suave y contundente en el Sacrificio y Sacramento Eucarístico. Como el acto culminante de la vida de Jesucristo sobre la tierra fue el Sacrificio que ofreció en el Calvario a Su Padre eterno así también el acto central del culto católico en la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, es el Sacrificio Eucarístico, la Misa que El instituyó con el fin que sea una conmemoración y renovación perpetua de aquel sacrificio. Del mismo modo que fue por medio de la humanidad sagrada de Cristo que Dios misericordiosamente condescendió en transmitirnos la vida divina de la gracia, así el Sacramento de la Eucaristía, que verdaderamente contiene esa humanidad viva y viviente, retiene el lugar principal entre los sacramentos instituidos por Cristo para nuestra santificación.

Verdadera, real, y sustancialmente presente sobre el altar bajo las apariencias de pan y vino, Cristo nuestro Sumo Sacerdote se ofrece El mismo, Víctima infinita, a Su Padre a través del ministerio de Sus sacerdotes. Este es ciertamente un sacrificio con una dulce fragancia, en el cual Cristo, Dios y hombre, ofrece a Su Padre una adoración infinita, una plegaria de eficacia sin límites, propiciación y satisfacción superabundantemente suficiente por los pecados de todo el género humano, una acción de gracias de esta única manera proporcionada a la generosidad ilimitada de Dios a los hombres. Y luego ante este don infinitamente agradable que a través de Cristo el hombre hace a Dios, entonces se sucede el más precioso regalo de Dios: la Víctima inmaculada, divinamente aceptada y ratificada, es puesta ante los hombres para que sea su alimento celestial. Por medio de Cristo es que nos damos a Dios. Por medio de Cristo, Dios nos da su propia vida para que tomemos parte en Su divinidad. La Víctima del Sacrificio Eucarístico

ofrecida al hombre bajo la forma de alimento, es el augusto Sacramento de la Eucaristía”.¹⁰

El Papa Leon XIII en su encíclica “*Caritatis studium*”, del 25 de julio de 1898, dirigida a los Obispos de Escocia, explicó que la esencia y naturaleza de la religión implica la necesidad del sacrificio, señalando que los sacrificios descritos en el Antiguo Testamento anunciaban y simbolizaban el Sacrificio de la Cruz que se continua en la Misa, por lo que:

“Están en un serio error los que rechazan el Sacrificio de la Misa sobre la base de que aminora la realidad y eficacia del Sacrificio llevado a cabo por Cristo cuando estuvo clavado en la cruz “ofrecido de una sola vez para quitar los pecados del mundo” (Heb. 9:28). Esta expiación del pecado fue perfecta y completa, tampoco hay otra expiación presente en el Sacrificio de la Eucaristía que esa misma...Fue el plan divino del Redentor que el Sacrificio una vez sobre la Cruz debiera ser perpetuo y perenne. Se hace perpetuo en la santísima Eucaristía, la cual no es una mera figuración o conmemoración vacía de realidad sino la realidad misma, aunque con diferente apariencia”.

El Padre Joseph Jungmann escribe:

“Cuando Cristo en la cruz exclamó su *Consummatum est*, pocos eran los que lo advirtieron, menos los que se dieron cuenta que su frase anunciaba un momento decisivo para el género humano, que su muerte abrió las puertas de la vida eterna, a través de las cuales, desde ese momento, todos los hombres de la tierra podrían pasar. Ahora, este evento sale al encuentro del género humano que tanto lo anhela, a través de la institución de Cristo que lo conserva y guarda celosamente para las generaciones venideras para que puedan ser testigos concientes de este evento incluso en los últimos siglos y en las más remotas naciones, y puedan mirarlo con santo arrebató”.¹¹

Al margen del hecho de que en cada misa Jesús sea el Sumo Sacerdote que ofrece el sacrificio, es ciertamente una obra, algo en que el hombre tiene parte y que contribuye a su

salvación. La misa no es solo el Sacrificio de Cristo sino el Sacrificio de la Iglesia. El Sacrificio puede ser ofrecido solo por medio del ministerio de Sus sacerdotes. Este es un aspecto del misterio al que me he referido en el capítulo I, que Cristo requiera a los miembros de Su Cuerpo Místico, que haya querido salvar al género humano con su ayuda. No solo las gracias ganadas por Cristo son aplicadas por medio del esfuerzo de los hombres, sino que no es solo Cristo quien se ofrece en la misa: nosotros también somos requeridos a ofrecernos como víctimas con El.¹² “Así como la Iglesia es el cuerpo de esta cabeza”, escribió san Agustín, “a través de El aprende a ofrecerse ella misma”.¹³ Incluso más, aunque el valor intrínseco de la misa, como el de la Cruz, es infinito, siendo Cristo Sumo Sacerdote y Víctima Sacrificial, su valor se limita en cuanto a los frutos de cualquier misa particular:

“El valor de la misa depende de la mucha o poca santidad del papa reinante, los obispos, y del clero en todo el mundo. Cuanto más santa sea la Iglesia en su miembros (especialmente el papa y el episcopado) más agradable será su Sacrificio a los ojos de Dios... con Cristo y la Iglesia está asociado en tercer lugar el sacerdote celebrante, a través de cuyo representante Cristo ofrece el Sacrificio. Si se trata de un hombre de una gran devoción, santidad, y pureza, se incrementarán los frutos, que lo beneficiarán tanto a él como a aquellos en cuyo favor ofrezca la misa. Por lo tanto a los fieles los guía un buen instinto cuando prefieren que la misa la celebre un sacerdote bueno y santo más que uno indigno...en cuarto lugar deben ser mencionados aquellos tienen parte activa en el Sacrificio de la Misa, como por ejemplo, servidores, sacristán, organista, cantores, y finalmente toda la congregación”.¹⁴

No es necesario decir que la aplicación de los frutos de la misa por los vivos por quienes se celebra la misa o que participan son recibidos conforme sus propias disposiciones (ver Apéndice I). “Esta ausencia de disposición no existe entre la almas del purgatorio, y con ellas, por lo tanto, el efecto deseado, sea el alivio a sus sufrimientos, o el acortamiento del tiempo de purgación, debe producirse infaliblemente”.¹⁵ La eficacia en este último caso será gobernada por la

santidad y el fervor de la Iglesia como un todo, por sus miembros involucrados particularmente en ofrecer esta misa, y según muchos teólogos, también cuenta el grado y fervor de caridad existente en el alma por quien se ofrece la misa.

“Una vez que los líderes Protestantes adoptaron la doctrina de la Justificación por la sola Fe, y pasaran por alto la realidad de la gracia santificante como también la vida sobrenatural del alma, no hubo sino una la pérdida de la creencia en la operatividad y la producción de la gracia de los sacramentos. Evaporándose el concepto de la Presencia Real y la transustanciación, y la Eucaristía tuvo que perder por entero su carácter sacrificial siendo retenida simplemente como un memorial de la última cena por medio del cual el alma es movida a orar y permitir de algún modo estar en comunión y recibir a Jesucristo... Así pues no es una sorpresa que en gran medida, *la creencia en la misa se convirtiera en la piedra de toque de la ortodoxia católica*, y que en los siglos posteriores en la controversia con el Protestantismo los teólogos Católicos hayan usado toda su fuerza argumentativa y todos sus recursos para su defensa”. (Cursiva del autor).¹⁶

No cabe duda en cuanto a que los Reformadores Protestantes se daban cuenta plenamente que era la misa lo que importaba. La enseñanza de que cada misa produce frutos que pueden ser aplicables tanto a los vivos como a los muertos fue, por sobre todo, lo que provocaba la furia de los Reformadores y por eso dirigieron todas sus fuerzas a atacar la misa. Esta era la “buena obra” por excelencia, por cuyo ofrecimiento los hombres en el presente cooperaban con Cristo, y contribuían a su propia salvación cumpliendo con la orden que El dio en la última cena. San Juan Fisher preguntó: “¿Pero que palabra expresa mejor la noción de “operación” y “obra” que Cristo diciendo “Hagan esto...”?”.¹⁷ La creencia de que la misa constituía un verdadero sacrificio era totalmente incompatible con la doctrina de la justificación de los Reformadores, debiéndola por lo tanto rechazarla, tal como se explicará en el capítulo VII.

¹ “De officiis ministrorum” lib. 1, cap.48 (PL. Vol. XVI, col. 101).

² ST. III, Q. 65, art. 3.

³ Idem. Q.83, art. 1.

⁴ Epist. LXIII, n. 17 (PL. vol. IV, col. 388-9).

⁵ TCC. p. 840.

⁶ N. del T. en la versión original Michael Davies presenta una traducción al inglés hecha por el P. Fortescue.

⁷ “The works of st. Thomas More” (edición de 1551), p. 841.

⁸ D. 355.

⁹ Idem. 883.

¹⁰ TCC. p. 839.

¹¹ J. Jungmann, “The mass of the Roman rite” (Londres, 1959), p. 135.

¹² Encíclica “Mediator Dei”.

¹³ “City of God”, L. X, cap. XX.

¹⁴ Phole-Preuss, “The sacraments” (Londres, 1916), vol. II, ps. 388-9. M. de la Taille, “The mystery of the faith”, vol. II (Londres, 1950), tesis XXVI, ps. 233-41. TCC. ps. 914-5.

¹⁵ TCC. ps. 915-6.

¹⁶ Idem. p. 893.

¹⁷ “Opera”, edición de Würzburg, 1597. Citado en ESR, p. 108.



Ulrico Zwilingo (1484-1531)

La teoría de Zwilingo de la presencia Eucarística puramente simbólica proveyó de base a los “Treinta y Nueve Artículos” de la Iglesia de Inglaterra.

“La blasfemia más horrible”

“Estamos acostumbrados al sacrificium missae, “El sacrificio de la Misa”, que era la blasfemia más horrible, porque iba contra la dignidad de Cristo y de su pasión, a diferencia de este sacrificio de acción de gracias que todos pueden hacer que llama con un corazón fiel a Dios en nombre de Cristo”.

Hugh Latimer¹

El término de “Reformadores” es un tanto inapropiado para los heresiarcas Protestantes. Término que se volvió común en las historias de la Reforma, y es completamente equívoco ya que no hace falta un estudio muy profundo para darse cuenta de que aquellos no eran reformadores sino revolucionarios –hombres que desde un principio pretendieron derrocar la religión existente y reemplazarla con una que ellos mismos habían fabricado con los argumentos de que se conformaba con las enseñanzas y la práctica del cristianismo primitivo. Monseñor Hughes explica:

“La manía de pretender que toda el futuro se reconstruirá históricamente a partir de sus propias concepciones de lo que entienden por la gloria primitiva, caracterizó a estos revolucionarios, así como caracterizó a los otros, a los rebeldes sociales y políticos, del mismo modo que a los religiosos”.²

Una vez que tuvieron el poder intentaron inspirar en los fieles comunes el mismo odio a la Iglesia de Cristo que inspiró su propio celo fanático. Eran religiosos revolucionarios, con un sentido muy afilado de lo que es la revolución sintieron que el primer paso en la consolidación de su poder era precisamente el de inspirar el odio hacia el antiguo orden. Citando al obispo Protestante John Jewel, Mons. Philip Hughes explica:

“Le dicen al pueblo que la antigua religión “es una iglesia idólatra... que no solo es una ramera (como dice la escritura) sino que es inmunda, asquerosa, una prostituta vieja (pues tiene ya muchos años)... la mas

inmunda y asquerosa ramera que jamás se haya visto... la prostituta más grande de todas las prostitutas, la madre de la idolatría que nombra san Juan en su Revelación...”³

Como la mayoría de los Reformadores eran sacerdotes no es de sorprender que vieran a la Misa como lo más importante: ya que fue contra la Misa que lanzaron la furia de sus ataques más que contra el papado.⁴ Este punto es especialmente subrayado por el historiador alemán J. Lortz:

“Para la Iglesia Católica el ataque al papado no fue el evento más funesto que pasó durante la Reforma, sino vaciar sus misterios de su objetiva fuente de poder”.⁵

Uno de los más sobresalientes y perceptivos campeones contemporáneos de la Misa fue el teólogo alemán John Cochlaeus (1479-1552). Bien señaló que atacando a la misa Lutero estaba atacando al mismo Cristo “ya que El es el verdadero fundador y perfeccionador de la Misa, el verdadero Sumo Sacerdote de la Misa y también el que es sacrificado tal como lo reconocen todos los autores cristianos”.⁶ Con igual exactitud diagnosticó la contradicción que había en el corazón de los heresiarcas que se pretendían “reformadores”. “Justamente son tenidos culpables de herejía no quienes buscan los remedios de lo que está mal, sino aquellos que se proponen abolirlo todo a causa del abuso”⁷. Aconsejó a sus colegas católicos apologistas a no concentrar sus mayores esfuerzos en defender la primacía del papa sino a defender la Misa, una tarea que era mucho más vital, ya que atacándola, “Lutero amenazaba con separar de raíz el corazón del cuerpo de la Iglesia”.⁸

Los mismos Reformadores estaban furiosamente divididos entre si en relación a la doctrina de la Cena del Señor, pero unidos en rechazar la interpretación sacrificial que siempre había sido enseñada por la Iglesia Católica.⁹ Lutero tuvo la honestidad suficiente de admitir la naturaleza tradicional de esa enseñanza y el apoyo que a esta dieron los “Padres fundadores, y tantas autoridades siendo una costumbre tan difundida y observada constantemente en todo el mundo”. Su respuesta fue “...rechazarlos a todos antes que admitir que la misa es una obra o un sacrificio”.¹⁰ Lutero evaluaba la

situación con mucha precisión cuando sostenía que: “Una vez que la misa haya sido derrocada, diré que hemos derrocado a todo el dominio papal”.¹¹ John Bradford, capellán del Obispo Ridley, observó con gran percepción que lo que aquel denominaba “la hedionda misa con los ajos y las cebollas de Egipto” no podría coexistir con la Cena del Señor Protestante:

“Ya que o la misa hace a un lado la práctica correcta de la cena del Señor, o la cena del Señor hace a un lado a la misa: porque es en la cena del Señor cuando la congregación reunida recibe el sacramento bajo ambas especies, como Cristo instituyó; en cambio en la misa un sacerdote, como un patán, hace todo solo, y bendice a la congregación con el cáliz vacío, diciendo, *Ite missa est*, después de la orden del papa”.¹²

El odio de los Reformadores a la Misa puede ser ilustrado con algunos ejemplos entre muchísimos:

LUTERO: “Declaro que todos los burdeles (aunque Dios los ha reprobado severamente) todos los homicidas, asesinos, ladrones y adúlteros han causado menos abominación que la misa papista”.¹³ Las misas “son el punto más alto de la idolatría y la impiedad”, y el mal introducido por el mismo Satanás. “Es verdaderamente sobre la misa como una roca que todo el sistema papal se construye, con sus monasterios, sus obispados, colegiaturas, sus altares, ministerios, doctrina, esto es, sus tripas. Todo esto no puede caerse hasta que caiga su sacrílega y abominable misa”.¹⁴

CALVINO: “Satanás se ha empeñado en oscurecer, corromper y adulterar la sagrada cena de Cristo, la que al menos en su pureza no pudo ser preservada en la Iglesia. Más la perfección atroz de la abominación fue su establecimiento como signo, por el cual no solo sería oscurecida y pervertida, sino también borrada y abolida para desaparecer de la vista y la memoria de los hombres. Me estoy refiriendo a ese pestilente error que ha cegado a todo el mundo que persuade a la creencia de que la misa es un sacrificio y una oblación que procura la remisión de los pecados... Se cuán profundamente arraigada se encuentra esta peste, la apariencia de bien que asume, el refugio que brinda bajo el

nombre de Cristo, y como las multitudes pretenden creer en toda la sustancia de la fe comprendiendo una simple palabra *misa*. Pero cuando ya ha sido muy claramente demostrado por la palabra de Dios, que esta misa, aunque adornada y pintada, es el insulto más grande ofrecido a Cristo, suprime y oculta su cruz, consigna su muerte al olvido, nos priva de los beneficios de ella, e invalida y destruye el sacramento que fue dejado como memorial de esa muerte; ¿Habrá una raíz tan profunda que una poderosa hacha, quiero decir la palabra de Dios, no pueda cortar en pedazos y erradicar? ¿Habrá un barniz tan espeso para esta luz que no pueda acaso detectar el mal que yace detrás?”.¹⁵

CRANMER: “¿Pero en que nos beneficia acabar con el rosario, las absoluciones, las peregrinaciones, y todas esas cosas papistas, si las dos raíces principales permanecen intactas? Mientras sigan estando volverán de nuevo todos los impedimentos anteriores a la cosecha del Señor y corromperán el rebaño. El resto no es sino ramas y hojas cuyo corte no es sino podar el árbol o la maleza, dejando que el cuerpo siga estando de pie y las raíces bien firmes en la tierra; pero el cuerpo del árbol y sus raíces es la doctrina papista de la transubstanciación, de la presencia real de la carne y sangre de Cristo en el sacramento del altar (así es como lo llaman), y del sacrificio y oblación de Cristo hecha por el sacerdote para la salvación de vivos y muertos”.¹⁶

“El Papa Honorio III ordenó que los *sacerdotes enseñaran esmeradamente al pueblo de tanto en tanto que cuando ellos levantaban el pan, llamado hostia, el pueblo debía arrodillarse, y del mismo modo debían reverenciar la hostia cuando el sacerdote se la llevara a un enfermo*. Estas son las órdenes de Roma que bajo la pretensión de santidad llevan al pueblo al más completo error y la idolatría: no trayéndolos por el pan a Cristo sino a Cristo al pan.

No dejen que crean en que Cristo está corporalmente en el pan a todos los que amen y crean en Cristo, hagan en cambio que levanten sus corazones al cielo y que le rindan culto a El que está ahí sentado a la derecha de su Padre. Hagan que le rindan culto en ellos mismos, que son su templo, en quienes mora y vive espiritualmente: de ningún modo dejen que ellos lo adoren como estando corporalmente en el pan. Porque él

no está ahí, ni si quiera espiritualmente, como lo está en el hombre, ni tampoco corporalmente, como lo está en el cielo, sino solo sacramentalmente, como algo que puede decirse formalmente (figurativamente) como su significado”.¹⁷

BRADFORD: “Vemos que la misa está directamente en contra de Cristo, en contra de su sacerdocio y por lo tanto de su reino, en contra de su muerte y sacrificio, y por lo tanto en contra de nuestra redención, en contra de su culto y del verdadero servicio, en contra de la fe, en contra de la plegaria, del arrepentimiento y del ministerio de la palabra de Dios, en contra de sus mandatos, institución y evangelio. Les pido que me digan ¿Qué puede ser peor que esto? Si alguna vez hubo un ídolo ¿Quien sino Belcebú el jefe de los ídolos el que tramó esto? Si el anticristo tuviera un hijo o una hija esta misa sería algo más pestilente y pernicioso: bajo el nombre de Cristo destruye a Cristo, bajo el título de servicio de Dios destruye el servicio de Dios, bajo el color de la iglesia destruye a la iglesia... no puede ser querida ni tolerada de ningún modo ya que es detestable y monstruosa; y esto es aún más detestable, y execrable bajo el manto de amigos de Cristo y de su iglesia, es el enemigo más grande y cruel”.¹⁸

BULLINGER: “Los hombres tienen que taparse los oídos para dejar de escuchar estas palabras de “misa solemne” y “misa rezada”. En la misa solemne aparecen las mismas abominaciones que en la rezada. En ambas se encuentra la institución y el mandato de Cristo pervertido; en ambas es adorado en el pan; en ambas se veneran a ídolos; en ambas, especialmente en el servicio de los santos, se pide la ayuda de las criaturas; en ambas aparece el infame Canon, que es la parte más larga de la misa. No hay nada en ella de mucha antigüedad, nada de la simplicidad apostólica”.¹⁹

¹ H. Latimer, “Works”, vol. I (PS. Cambridge, 1844), p.455.

² RIE. Vol. II, p.158.

³ RIE. Vol. III, p.102.

⁴ ESR. p.107.

⁵ J. Lorz, “Die Reformation in Deutschland”, vol. II (Freiburg-im-Breisgau, 1941), p.229.

⁶ Citado en ESR. p.337.

⁷ ESR. p.64.

⁸ Idem. p.107.

⁹ Idem. p.101.

¹⁰ Werke, vol. VI, ps.512, 522-4.

¹¹ Idem. vol. Xb, p.220.

¹² J. Bradford, "Letters, Treatises, Remanins" (PS. Cambridge, 1853) p.316.

¹³ Werke, vol. XV, p.774.

¹⁴ "Against Henry, King of England", 1522, Werke, vol. X, p.220.

¹⁵ J. Calvino, "Institutes of the Christian Religion", vol. II (Londres, 1838), Libro IV, Cap. 18, n.1, ps.517-8.

¹⁶ CW. Vol. I, p.6.

¹⁷ Idem, vol. I, p.238. ("...as a thing may be said to be in the figure, whereby it is signified")

¹⁸ Bradford, op.cit. nota 12, p. 317.

¹⁹ "Two Epistles of H. Bullynger, with consent of all the learned men of the church of Tyrgury" (Londres, 1548).



Tomas Cranmer (1489-1556)

La doctrina Protestante sobre la Eucaristía

Primera parte: El rechazo del Sacrificio

“...el error más hediondo y atroz que jamás se haya imaginado”
Tomas Cranmer¹

La aceptación de la doctrina de la Justificación por la Sola Fe implica necesariamente el rechazo de la naturaleza sacrificial de la misa. Los Reformadores enseñaban que la oblación del Calvario había aplacado el enojo de Dios de una vez y para siempre, asegurando un decreto irrevocable de perdón a sus hijos predestinados. La religión era esencialmente el encuentro del individuo con la libre opción de Dios de hacer a un lado sus pecados e imputárselos a la rectitud de Cristo en su lugar.² “La fe en la promesa de Dios es una cuestión para cada uno por separado”, escribió Lutero, “y no puede ser aplicada o comunicada a ningún otro”.³ Esta doctrina fue aceptada por los Reformadores Ingleses que rechazaban por completo el concepto de Iglesia como extensión de la Encarnación, mediadora de la gracia de Cristo a los hombres en el tiempo, y sobre todo, a través del Sacrificio de la Misa. “Difícilmente se pueda pretender que en esta materia de la justificación Cranmer haya dicho algo nuevo. Todas sus opiniones tienen su paralelo, antes que él, en Lutero y Zwilingo como en Calvino y otros escritores contemporáneos”, explica el Dr. G. W. Bromiley en “Thomas Cranmer Theologian”⁴. La celebración de la Eucaristía no podía ser más que un memorial o conmemoración del sacrificio-pena, en el sentido comúnmente aceptado a estas palabras, trayéndose el evento conmemorado a las mentes de la congregación. No pudiendo haber un eficaz sacrificio presente.⁵

Los términos “memorial” y “conmemoración” dentro de la teología católica son usados con absoluta ortodoxia. La misa es ciertamente el memorial del Señor, pero es un memorial que nos ha legado el mismo Cristo cuando dijo: *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*. Los Protestantes tienen servicios de memorial en los cuales se

conmemora la memoria de algunas personas muertas, pero en la teología Católica la Pasión de Cristo es conmemorada haciendo presente a la Pasión. El Memorial comprende la Pasión: es la Pasión. No lo entienden así los Protestantes, como lo explica el Dr. Messenger:

“Todos los Reformadores estaban de acuerdo en repudiar la doctrina católica, aceptada hasta ese momento, del ofrecimiento del Cuerpo y la Sangre de Cristo por el sacerdote en la misa, en memoria de la Pasión, y que la misa es en ese sentido un sacrificio”.⁶

No cabe duda que los Reformadores entendían plenamente la doctrina que rechazaban. Cranmer era un teólogo entrenado que sabía perfectamente la importancia de los cambios que había introducido.⁷ Cuando murió en la hoguera no solo repudió su retractación y denunció al papa como anticristo sino que repitió su doctrina Protestante de la Eucaristía.⁸ La claridad con que entendía la doctrina católica que rechazaba se nota cuando sostuvo lo siguiente:

“Es una cosa maravillosa ver los subterfugios y la cautela con que los papas anticristos tapan sus malvados errores... Porque los papistas para excusarse dicen que no realizan un nuevo sacrificio, ni otro sacrificio que el que hizo Cristo (porque no son tan ciegos, pero ven entonces que después deberían añadir otro sacrificio al sacrificio de Cristo y entonces hacen a su sacrificio imperfecto): pero ellos dicen que hacen el mismo sacrificio que hizo Cristo. Y ahí es cuando se caen de cabeza en el más apestoso y hediondo error que jamás se haya imaginado”.⁹

Joan Bradford, capellán del obispo Ridley, denunciaba que la Iglesia Católica mentía atrevidamente con su “doctrina abominable de que la misa es el medio principal para aplicar la muerte de Cristo a vivos y muertos”, pero explicaba la doctrina que atacaba en términos tan claros que un apologista católico contemporáneo apenas tendría que agregar algo:

“En lo relativo al sacrificio, ellos enseñan que “aunque nuestro Salvador efectivamente realizó un sacrificio entero y perfecto, propiciatorio y satisfactorio para los pecados de todo el mundo, de una vez y para siempre, esto es de modo cruento, sin embargo en su cena ofreció el mismo sacrificio a su Padre pero de modo incruento, lo que quiere decir, en voluntad y deseo... este sacrificio incruento es el que ordenó a su iglesia que se ofreciera en recuerdo de su sacrificio cruento como el medio principal, de modo tal que su sacrificio cruento fuera aplicado tanto a los vivos como a los muertos: así como el bautismo es el medio por el cual es aplicada la regeneración por el sacerdote a los niños o niñas que son bautizados. Por eso, la cena de Cristo es para ellos no solo un sacramento sino también un sacrificio, y que no solo es para ser aplicado sino que también es propiciatorio, porque aplica el sacrificio propiciatorio de Cristo a quien quiera el sacerdote o ministro, ya sea que esté vivo o muerto; y en este último, desde un comienzo, los padres estaban acostumbrados a la celebración de la cena como memorial de la muerte; y también en este sacrificio se trata de un sacrificio de toda la iglesia, siendo los muertos miembros de la iglesia, por caridad, ya que no pueden sino esperar que se ofrezca por ellos y estos otros no pueden sino rezar por aquellos según el modelo de la iglesia, porque “es todo lo mismo” dijo Judas Macabeo, “rezar por los muertos para que puedan ser librados de sus pecados”. En lo que están de acuerdo todos los doctores, dicen ellos”.¹⁰

Como ya se dijo para los Reformadores la cena del Señor era un mero servicio de memorial en el que Cristo era recordado, por lo tanto, todos sus esfuerzos fueron puestos en atacar el principio por el que era posible para el sacerdote ofrecer la misa y obtener beneficios para otras personas ya sean vivas o muertas. La creencia de que la misa puede beneficiar a otras personas, particularmente a las almas del purgatorio, se sintetiza en el concepto de las “buenas obras” que si era aceptado cancelaba la teoría de la justificación; y si esta caía, todo caería. Esto es puesto de relieve en 1540, en la “*Apología Confessionis*” de Melachthon:

“Había una opinión que prevalecía en la Iglesia sobre la Cena del Señor como una obra que cuando se la celebraba por el sacerdote, merecía la remisión de los pecados, ya sea como culpa o castigo, para él como para los otros, y esto *ex opere operato*...Y de nuevo, cuando se la aplicaba a los muertos era satisfactoria...Y ese es el modo en que ellos entienden el “sacrificio”, cuando dicen que la misa es un sacrificio, a saber, una obra que cuando es aplicada para otros amerita para estos la remisión de la culpa y el castigo, y esto *ex opere operato*... Y de este modo entienden que el sacerdote hizo una oblación en la misa por los vivos y los muertos... Pero la Pasión de Cristo fue oblación y satisfacción, no solo respecto al pecado original sino que también para el resto de los pecados... En la institución de la Cena del Señor, Cristo no ordena a los sacerdotes ofrecerla para los vivos y los muertos... Es mucho más absurdo que la misa sea aplicada para liberar las almas de los muertos, pues la misa fue instituida para que sea un recuerdo, esto es, para que aquellos que practiquen la Cena del Señor puedan por el recuerdo de los beneficios de Cristo, asentar y robustecer su fe, y confortar sus conciencias aterradas”.¹¹

Esta doctrina luterana también se encuentra en los escritos de Cranmer:

“La misma persona de Cristo realizó el sacrificio por nuestros pecados en la cruz... y por lo tanto ningún sacerdote, hombre, ninguna criatura sino él, ni tampoco él hizo de nuevo lo mismo. De esto se sigue que los beneficios no están en poder de ningún hombre para que los de a otro, sino que cada uno debe recibirlo de las manos de Cristo mismo, por su propia fe y creencia, como dijo el profeta”.¹²

“Cualquiera puede percibir fácilmente que el ofrecimiento que hace el sacerdote en la misa, o el destino que hace de su servicio a su gusto, para los que estén vivos o muertos, no puede merecer ni para él mismo ni tampoco para aquellos que dice, la remisión de sus pecados; semejante doctrina papista es contraria al evangelio e

injuriosa al sacrificio de Cristo. Porque si solo la muerte de Cristo es la oblación, sacrificio y valor por el cual nuestros pecados son perdonados, luego el servicio del sacerdote no puede tener el mismo oficio (que Cristo). Por lo cual es una abominable blasfemia otorgar este oficio o dignidad al sacerdote que pertenece solo a Cristo; o afirmar que la iglesia tiene necesidad de tal sacrificio: sería como decir que el sacrificio de Cristo no fue suficiente para la remisión de nuestros pecados o incluso que su sacrificio debería colgar del sacrificio del sacerdote...

Pero todos estos sacerdotes que pretenden ser como sucesores de Cristo haciendo el sacrificio por él, son sus más apestosos y horribles adversarios. Porque nunca ninguna persona hizo el sacrificio de Cristo, sino solo él... todos los sacerdotes papistas que presumen de hacer cada día el sacrificio de Cristo, necesitan hacer del sacrificio de Cristo algo vano, imperfecto, e insuficiente, de otro modo el sacrificio de ellos es en vano, al cual agregan el sacrificio que ya es de por si suficiente y perfecto”.¹³

Este punto es expuesto más enérgicamente por John Hooper, obispo de Gloucester, en *“Brief and clear confession of the Christian Faith”*:

“La santa cena del Señor no es un sacrificio, sino solo un recuerdo y conmemoración del santo sacrificio de Jesucristo. Por lo cual no debe rendírsele culto como a Dios, ni como Cristo ahí contenido; quien solo debe ser adorado en la fe, sin el resto de los elementos corruptibles. De igual modo creo y confieso que la misa papista es la invención y el decreto del hombre, el sacrificio del Anticristo, y el abandono del sacrificio de Jesucristo, esto es, de su muerte y pasión; y aquello es un fétido e infecto sepulcro, que oculta y encubre el mérito de la sangre de Cristo; y por lo tanto la misa debe ser abolida y la santa cena del Señor restaurada y establecida en su perfección de nuevo”.¹⁴

Esta creencia de que la “santa cena del Señor” es solo un memorial, conforme al uso generalizado que tiene esta

palabra, fue un concepto machacado una y otra vez por los Reformadores. Cranmer escribe:

“Su santa Cena fue mandada para este propósito, que cada hombre comiendo y bebiendo de ella pudiera recordar que Cristo murió por él, y así poder ejercitar la fe y confortarse con el recuerdo de los beneficios de Cristo, y así dar en Cristo de corazón gracias, y darse más llanamente en él.”¹⁵

Los Reformadores utilizaron en ocasiones palabras como “ofrecimiento”, e incluso “oblación” pero siempre en un sentido diametralmente opuesto al uso de esas palabras en la teología católica, tal es el caso de expresiones como *presencia sacramental*, la *consagración* del pan y del vino, o pan que es Cuerpo de Cristo, y el vino Su Sangre. (El uso Protestante de estos términos es analizado con detalle en el capítulo VII).

Cranmer sostiene que:

“Hay otra clase de sacrificio que no nos reconcilia con Dios, sino que nos reconcilia a través de Cristo, para dar testimonio de nuestros deberes en Dios, y para mostrarnos agradecidos en él. Y por lo tanto estos pueden ser llamados sacrificios de alabanza, adoración, y acción de gracias”.¹⁶

El sacrificio de “alabanza y adoración” consiste en “la humilde confesión de todos los corazones penitentes, su reconocimiento de los beneficios de Cristo, su acción de gracias por lo mismo, su fe y consuelo en Cristo, su humilde sumisión y obediencia a la voluntad de Dios y sus mandamientos”.¹⁷

En contraste con esto:

“Que el sacerdote diga o cante la misa como se hacía en otros tiempos no era ni un sacrificio propiciatorio ni tampoco un sacrificio de alabanza o adoración ni de ninguna manera permitido ante Dios, sino que era algo abominable y detestable; lo cual puede ser verificado en los dichos de Cristo: “Aquello que parece recomendable ante los hombres es una abominación ante Dios”.¹⁸

Un liturgista Anglicano contemporáneo, el Profesor Edgard Ratcliff, explica que en el “Prayer Book” de 1549 Cranmer había “dejado de creer en la doctrina tradicional del Sacrificio de la Misa y sostenía que el sacrificio Cristiano tal como lo enseñaba la escritura consistía en una oblación de alabanza y acción de gracias y en nuestro propio ofrecimiento”.¹⁹ Monseñor Hughes dice que “Cranmer tenía por la teología de la misa tal odio apasionado como si se tratara de un enemigo rugiente”²⁰. Su doctrina que era la doctrina en general de todos los Reformadores la resume, desde el punto de vista de un autor católico, el Dr. Messenger en los mismos términos que el Profesor Ratcliff:

“En la santa comunión hay un “sacrificio” de alabanza y acción de gracias, y un “ofrecimiento” de nosotros mismos, esto es, trayendo a la mente, el Sacrificio de la Cruz. Pero no hay ningún ofrecimiento de Cristo ya sea por el sacerdote o el pueblo”.²¹

Este es el mismo juicio al que arriban (en relación a las enseñanzas de Cranmer) los obispos Católicos de la provincia de Westminster en su vindicación de la encíclica “*Apostolicae Curae*” en 1898. Ellos señalaban que:

“Aunque para defenderse de los argumentos de la Patrística expuestos por sus oponentes, Cranmer dijo que creía en un sacrificio conectado con la Santa Comunión, solucionándolo de la siguiente manera: como un sacrificio en el que la persona que lo ofrecía no ostentaba título de representante terrestre de Cristo, que el oferente del Cuerpo y la Sangre de Cristo no eran sino el pueblo cristiano actuando en su propio nombre, y ellos mismos la cosa ofrecida por medio de la alabanza y la acción de gracias por los beneficios de la redención, su obediencia a la Ley de Dios y el sometimiento de todas las pasiones malvadas”.²²

La concepción Protestante de la “Cena del Señor” necesitaba de una acción inmediata y drástica con la que pudiera ganarse el apoyo de aquellos que detentaban el poder político estatal. Cranmer escribía:

“En vista a que en tales misas es manifiesta la maldad y la idolatría, en las que solo el sacerdote lleva a cabo la oblación satisfactoria y la aplica a vivos y muertos a su voluntad y placer, todas estas misas papistas han de ser dejadas de lado en forma manifiesta por las iglesias cristianas, debiéndose restaurar el uso verdadero de la Cena del Señor; en donde el pueblo piadoso reunido en asamblea pueda recibir el sacramento, cualquiera por si mismo, y declarar que recuerda que beneficios ha recibido por la muerte de Cristo, y para testimoniar que es un miembro del cuerpo de Cristo, alimentado con su sangre y bebiendo su sangre espiritualmente”.²³

La restauración del “uso verdadero de la Cena del Señor” era un objetivo a alcanzar, con la utilización tanto de aquellas partes de la Misa Católica que podían ser interpretadas en un sentido Protestante, y con el agregado de fórmulas completamente nuevas, sumadas bajo la apariencia de una “restauración del Cristianismo primitivo”,²⁴ el retorno a lo que los Reformadores tenían por la “pureza y simplicidad primitiva, en contraste con la corrupción y el error de los últimos tiempos del catolicismo”.²⁵

El rechazo Protestante a la naturaleza sacrificial de la misa claramente necesitaba un rechazo de la concepción Católica del sacerdocio. En donde no hubiera víctima ni sacrificio no habría necesidad de un sacerdote. “Así es como Cranmer creó un rito de comunión que despojado de la idea de sacrificio en el verdadero sentido de esta palabra, y así es como removió del Ordinal (el rito utilizado para la ordenación de sacerdotes) toda mención al poder de la consagración”.²⁶ Los obispos explicaron en su “Vindicación” (de la Bula “*Apostolicae Curae*”) que:

“No había ningún lugar en el sistema de Cranmer que reconozca en el ministro Cristiano el poder de consagrar y ofrecer el Cuerpo de Cristo, ni que requiriese algún orden para llevarlo a cabo. De otra manera habría entrado en flagrante contradicción consigo mismo al no considerar al ministro Cristiano como alguien con los mismos poderes que un laico, y solo por encima del pueblo conforme a intereses de orden público, para guiarlos, instruirlos y presidirlos en las devociones”.²⁷

Cranmer sostiene que:

“Cristo no hizo ninguna diferenciación entre el sacerdote y el laico por la cual el sacerdote pudiera realizar la oblación y el sacrificio de Cristo para los laicos, y comer la cena del Señor él solo y distribuirla y aplicarla como quisiera. Cristo no hizo tal diferencia, sino que la diferencia que hay entre el sacerdote y el laico en esta materia es solo en el ministerio; que el sacerdote como un ministro común de la iglesia, hace, suministra y distribuye la cena del Señor a los otros, y estos la reciben en sus manos.

Pero la verdadera cena que fue instituida por Cristo y dada a toda la iglesia, no ha de ser ofrecida y comida por el sacerdote en beneficio de otros hombres, sino por él para ser entregada a todos los que apropiadamente la soliciten. Así como en la casa de un príncipe los oficiales y los ministros preparan la mesa, y sin embargo otros, igual que ellos después, comerán la carne y beberán la bebida, así hacen los sacerdotes y los ministros, preparan la Cena del Señor, leen el evangelio, y repiten las palabras de Cristo, pero toda la gente dice “Amen”. Todos recuerdan la muerte de Cristo, todos dan gracias a Dios, todos se arrepienten y se ofrecen ellos mismos en oblación a Cristo, todos lo tienen a él por su Señor y Salvador, y se alimentan espiritualmente de él, y así comen el pan y beben el vino de esta cena mística”.²⁸

En otras palabras, el ministro no era un sacerdote que ofrece un verdadero sacrificio, sino un presidente, un hombre que no posee ningún poder que no pueda reconocérsele a la congregación, sino que simplemente actúa como su representante presidiendo el servicio de comunión, distribuyendo el pan y el vino.

Se dijo que Edmund Plowden fue el abogado más grande y honesto que trabajó durante el reinado de Isabel I. La reina lo admiraba tanto que llegó a ofrecerle el cargo de Lord Canciller si renunciaba a su fe Católica. Plowden rechazó este soborno. En una ocasión que estaba defendiendo a un cliente acusado de escuchar Misa trayendo a colación que el rito había sido llevado a cabo por un “agente provocador” disfrazado de

sacerdote. “¡El caso está viciado de nulidad!, dijo de repente. “(Como) ¡no hay sacerdote, no hay misa!”.²⁹

La actitud de los Reformadores ingleses hacia la naturaleza del sacrificio de la Misa se encuentra perfectamente expresada en el Artículo 30 de los “Cuarenta y dos Artículos” de 1553 que básicamente se trató de un texto escrito por Cranmer³⁰:

“El ofrecimiento de Cristo se hizo de una vez y para siempre, (el mismo) es la redención perfecta, la pacificación del disgusto divino, y satisface por todos los pecados de todo el mundo tanto el original como el actual: y no hay otra satisfacción para el pecado que solo esa. Por lo cual el sacrificio de las misas, en las cuales, se decía comúnmente que el Sacerdote ofrecía a Cristo por los vivos y los muertos para la remisión de la pena o el pecado, son fábulas falsas y engaños peligrosos”.³¹

Por increíble que parezca, algunos Anglicanos que desean restaurar la creencia Católica en la Iglesia de Inglaterra han argumentado que este artículo (ahora el Artículo 31 de los “Treinta y nueve Artículos”) no estaba dirigido en contra del Sacrificio de la Misa en si mismo, una interpretación que bien podría haber sido suscripta por algunos católicos irenistas. Aunque no hay lugar para la ambigüedad en las palabras del artículo, el mismo permite hacer una interpretación muy clara de la creencia de aquellos que lo forjaron. El Apéndice II suministra un análisis detallado del artículo 31.

¹ CW. Vol. I, p.348.

² ESR. p.139.

³ Lutero, “De abroganda missa privata”, en “Opera Latina” , Frankfurt, 1872, Vol. VI, p.163.

⁴ G.W. Bromiley “Thomas Cranmer Theologian” (Londres, 1956), p.36.

⁵ ESR. p.145.

⁶ RMP. Vol. I, p.203.

⁷ EBCP. P.253.

⁸ A.G. Dickens, “The English Reformation” (Londres, 1964), p.270.

⁹ CW. Vol. I, p.348.

¹⁰ John Bradford, “Letters, Treatises, Remains” (PS. Cambridge, 1853), p.270.

¹¹ RMP. Vol. I, ps.136-7.

¹² CW. Vol. I, p.47.

¹³ Idem. vol. I, p.348.

¹⁴ J. Hooper, “Later Writings” (PS. Cambridge, 1852), p.32.

-
- ¹⁵ CW. Vol. I, p.352.
¹⁶ Idem. vol. I, p. 346.
¹⁷ Idem. vol. I, p.352.
¹⁸ Idem.
¹⁹ CDT. Vol. III, p.362.
²⁰ PHR. p.222.
²¹ RMP. Vol. I, p.434.
²² VAC. p.72.
²³ CW. Vol. I, ps.349-50.
²⁴ RIE. Vol. II, p.158.
²⁵ RMP. Vol. I, p.380.
²⁶ CDT. Vol. III, p.362.
²⁷ VAC. p.62.
²⁸ CW. Vol. I, p.350.
²⁹ George Godwin, "The Middle Temple" (Londres, 1954), p.69.
³⁰ TNA. p.12.
³¹ Idem. p.84.

La doctrina Protestante sobre la Eucaristía

Segunda parte: El rechazo de la Transubstanciación

“Ellos enseñan que Cristo está en el pan y en el vino: pero nosotros decimos (de acuerdo a la verdad), que él está en aquellos que dignamente comen el pan y el vino”.

Tomas Cranmer¹

Todos los Reformadores Protestantes del siglo XVI negaban que la misa fuera un sacrificio, y con excepción de Lutero, también rechazaban cualquier Presencia Real Objetiva de Cristo en los elementos consagrados. Así suele ser muchas veces con los revolucionarios, resulta más que fácil descubrir lo que rechazan más que lo que proponen como reemplazo. Al mismo tiempo que el Profesor Owen Chadwick explica como Zwilingo consideraba a los sacramentos como simples signos de un convenio entre Dios y el hombre, y no un medio de la gracia, observa que: “En sus primeros años como Reformador, tanto él como su amigo Oecolampadius de Basle, estaban muy involucrados en decir lo que no era la Cena del Señor de modo que raramente y con renuencia describían lo que era”.²

En este capítulo se explicará como contrariamente a lo que dicen algunos escritores Anglo-Católicos, Cranmer y sus compañeros Reformadores en Inglaterra comprendían perfectamente la doctrina Católica sobre la Eucaristía y la rechazaron en su totalidad. Algunos escritores Anglo-Católicos sostienen que estos se limitaron a rechazar algunas (pretendidas) aberraciones medievales, y que suscribirían la doctrina Católica en el sentido que es explicada por la Iglesia hoy. Pero además de la inexactitud histórica de semejante argumento es injusto porque se hace una concesión a hombres que preferían arder en las llamas antes que aceptar que Cristo está sustancialmente presente en la Eucaristía o que la misa es un sacrificio.

Este capítulo también mostrará como los Reformadores Ingleses aceptaron las teorías más radicales de sus colegas continentales, y como rehusaron aceptar cualquier forma de

presencia objetiva o sustancial de Nuestro Señor en los elementos consagrados, repudiando incluso lo dispuesto por Lutero en su teoría de la consubstanciación. En referencia a la doctrina Católica se utilizará en este libro el término “presencia sustancial” más que el de “Presencia Real” por las razones ya explicadas en el capítulo IV, ya que tanto el concepto de Presencia Real, y una terminología eucarística realista, fueron empleados con cierta frecuencia entre los Protestantes que repudiaban por completo la doctrina Católica.

Ya se mencionó que los Reformadores Ingleses se hacían eco de sus colegas más radicales en el continente. La mayoría de los historiadores de la Reforma Inglesa aceptan el alto grado en que Cranmer y otros Reformadores Ingleses habían sido influenciados en sus doctrinas eucarísticas por los Reformadores que estaban en el continente como Calvino, Bucer y Zwilingo, quienes insistían en que el pan y el vino utilizado en la Comunión no experimentaba un cambio sustancial. Incluso después de su “consagración” no diferían de ningún modo del pan y el vino utilizado en las comidas ordinarias. Se explicará al respecto en el capítulo XII como el ex-dominico Martín Bucer tenía más influencia sobre Cranmer que cualquier otro Reformador continental. Cranmer lo invitó en 1549 para que realizara una crítica del “Prayer Book” de 1549, la que escribió en latín y fue conocida como la *Censura*. En su Servicio de Comunión de 1549, Cranmer incluyó una rúbrica instruyendo al ministro a tomar solo la cantidad de pan y vino “que sea suficiente para las personas que vayan a recibir la santa Comunión”. En la *Censura* Bucer insistió, congruente con su punto de vista, que como no hay ninguna presencia de Cristo *en* el pan y el vino, no hay razón para que lo que sobre después de la Comunión no pueda ser utilizado en la comida de todos los días:

“Esto estimula la superstición en algunos lugares, que si algo de pan y de vino sobra después de la comunión estaría mal destinarlo para el uso común, como si al margen del uso que se le da en la comunión permaneciera algo espiritual inherente al pan en si mismo y al vino... El pan y el vino, aún cuando hayan ocupado su lugar en la mesa del Señor, no son más

santos más allá de su uso en la comunión, la que instituyó el Señor, más que cualquier otro pan y vino (*nihil habere in se sanctitatis plus, quam alium panem et vinum*)”.³

Cranmer respondió a esta crítica agregando una rúbrica a su rito de Comunión de 1552, instruyendo al ministro a: “Si queda algo de pan y vino, el ministro los tomará para su propio uso”.

La influencia de Wycliffe

Mientras que la influencia de los Reformadores del continente es ahora universalmente aceptada, es menos reconocida la magnitud en que los Reformadores del siglo XVI, no solo los Reformadores ingleses sino también sus mentores en el continente, fueron influenciados por las doctrinas de un sacerdote inglés del siglo XIV: Juan Wycliffe que merece el título de “Estrella matutina de la Reforma”.

“Se ha dicho que Cranmer no ha enseñado a sus compatriotas ningún error del que estos no estuvieran ya al tanto. Wycliffe pedía la secularización de las propiedades de la Iglesia. De acuerdo a él, la Iglesia no debía poseer ningún bien temporal, y cualquiera que los alejara de la Iglesia estaría haciendo una buena obra, además, el rey, tendría derechos absolutos sobre las posesiones de la Iglesia como sobre la jerarquía. Estos buenos consejos no pasaron desapercibidos a Enrique VIII que ordenó que Oxford investigara los artículos condenados de Wycliffe para poder enterarse de los argumentos que utilizaba en contra de la riqueza del clero y los monjes, y las razones que había dado en relación al sometimiento de la jerarquía al poder real”.⁴

Wycliffe anticipó en casi todos sus detalles la doctrina eucarística adoptada por el consenso de los Reformadores del siglo XVI a excepción de Lutero. Las enseñanzas de Wycliffe fueron conservadas en Inglaterra por sus seguidores, conocidos como “Lollardos” (*Lollards*), todavía activos al comienzo del siglo XVI tal como lo muestran los registros judiciales. Wycliffe enseñaba que la Escritura era la única

fuentes de doctrina, a la cual nada podía agregar ninguna autoridad eclesiástica. Si la Iglesia agregaba algo o se desviaba de la Biblia entonces la Iglesia se equivocaba. El criterio de Wycliffe para decidir cuando ocurría una desviación de la verdad bíblica fue su interpretación personal de la Escritura. Condenó a la Iglesia Católica de error porque creyó que su doctrina de la transubstanciación contradecía la de la Biblia, la cual, sostenía, enseña que después de la consagración eucarística las sustancias del pan y el vino permanecen completamente inmodificadas.

Wycliffe insistió en que la pretensión de la Iglesia Católica de predicar la infalibilidad pierde toda credibilidad cuando enseñó un error tan manifiesto:

“Por esto queda claro que la Iglesia Romana puede errar en artículos de fe, como ha sucedido. Segundo está claro que no hay que creer algo necesariamente porque la Iglesia de Roma declare que eso es Católico o herético y que por lo tanto verdadero tal como dice”.⁵

“Nadie”, dice Wycliffe, “debe creer incluso a los Papas en materia de fe excepto según el grado en que sus pronunciamientos se funden en la Escritura. Pero sobre la Escritura ninguna razón ni tampoco revelación puede la iglesia Avinonense (papal) fundamentar la transubstanciación”.⁶ En su libro *“The Lord’s Supper from Wycliffe to Cranmer”*, el teólogo anglo-evangélico Canon D. B. Knox menciona:

“En su positiva exposición del significado de la Cena del Señor, Wycliffe se anticipó con claridad a la doctrina sólida a la Reforma Inglesa y Suiza, enseñada en el continente por Zwilingo y Calvino, y en Inglaterra por Frith, Joye, Tyndale y Cranmer que fuera incorporada a los dos libros de plegarias Eduardianos (Prayer Books)... El origen de la ideas no es siempre una labor fácil de bosquejar, pero no hay razón para dudar que la doctrina Inglesa de la Cena del Señor deriva directamente de la enseñanza Lollarda de Wycliffe”.⁷

Canon Knox pone de relieve que solo los Reformadores Ingleses habrían sido influenciados por las enseñanzas de

Wycliffe directamente a través de la tradición Lollarda, pero indirectamente a través de los Reformadores Suizos. Wycliffe ejerció una considerable influencia en el continente durante su tiempo, particularmente en Bohemia. En 1382, Ana, hermana de Wenceslao IV, rey de Germania y Bohemia, se casó con Ricardo II de Inglaterra. De los numerosos Bohemios que acompañaron a Ana, una gran cantidad fueron altamente influenciados por las ideas de Wycliffe llevándolas consigo de vuelta a su país, en donde hicieron un gran impacto sobre Juan Huss. En muchos aspectos Huss fue un discípulo de Wycliffe, y en los primeros diez capítulos de su tratado más importante sobre la Iglesia "*De Ecclesia*" "se lee más bien como una antología de la obra de Wycliffe sobre el tema".⁸ La universidad de Praga, de la cual Huss era el rector, se convirtió en un bastión de las doctrinas de Wycliffe.⁹ Las enseñanzas de ambos fueron censuradas por el Concilio de Constanza (1414-17). Más de doscientas proposiciones de Wycliffe fueron condenadas, además de ordenarse la remoción de su cuerpo de tierra consagrada (había muerto en 1384).¹⁰ Huss tradujo al checo el libro más influyente de Wycliffe el "*Triagolus*". El "*Triagolus*" fue impreso en Basilea en 1525 y a los pocos años fue ingresado ilegalmente en Inglaterra.¹¹

Wycliffe sostenía que: "cuando vemos la hostia debemos creer no que ella es el cuerpo de Cristo, sino que el cuerpo de Cristo está sacramentalmente oculto en ella".¹² Canon Knox explica que con "sacramentalmente" Wycliffe quiere decir como un signo o una figuración, y que especialmente sostuvo que Cristo no quiso que creyéramos que el pan actualmente se convierte en Su Cuerpo, cuando dijo estas palabras, como tampoco esperó que creyéramos que Juan el Bautista fuera realmente Elías cuando lo llamó por su nombre (Mateo. 11:14).¹³

La doctrina eucarística de Wycliffe tiene tres axiomas fundamentales que pueden ser observados también en las enseñanzas de los Reformadores ingleses y continentales con excepción de Lutero:

1. Nuestro Señor está presente en la Cena y no en el pan y en el vino, cuya sustancia no es diferente de la del pan y el vino utilizados a diario en las comidas. La distinción entre la Cena, como una acción, y los elementos

sacramentales utilizados en ella es de crucial importancia.

2. El cuerpo de Nuestro Señor está en el cielo y en ningún otro lugar.
3. Los malvados no tienen parte en el cuerpo de Cristo en la Santa Comunión.

El tercer punto da origen a la doctrina de Wycliffe sobre la “doble ingesta” del sacramento. La primera es la ingesta física que alimenta al cuerpo, la segunda es la ingesta espiritual a través de la cual, por la fe, las almas reciben el alimento espiritual. Wycliffe enseñó que: “la recepción espiritual del cuerpo de Cristo no consiste en recibir corporalmente la hostia consagrada, sino (recibir) el alimento del alma con una fe fructífera conforme a lo cual nuestro espíritu queda alimentado en el Señor”.¹⁴ El alimento espiritual deberá ser independiente del sacramento en tanto “consiste en una pía y graciosa ponderación de cómo Cristo sufrió por la raza humana”.¹⁵ La fe es el ojo del alma, y es a través de la fe que recibimos el cuerpo de Cristo. El “ojo de la fe” es la frase que hizo famoso a Wycliffe como también la utilización del término “signo eficaz” (del pan y del vino), un término que reproducirá Cranmer en los “Treinta y nueve Artículos”.

Los sacramentos pueden ser descriptos como signos eficaces dentro del contexto de la ortodoxia católica precisamente en los efectos que ellos significan. Son signos exteriores de la gracia interior, pero en el caso de la Eucaristía no solo efectúa aquello que significa sino que contiene lo que significa. Los signos visibles del pan y el vino significan y contienen a ambos el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero para Wycliffe, y sus sucesores del siglo XVI, la eficacia del signo consiste en traer a nuestras mentes la vida de Cristo: “Es un signo eficaz para evocar la memoria de la vida de Cristo”.¹⁶ Bajo ninguna circunstancia Wycliffe aceptaría que tenga lugar algún cambio en el pan y el vino en si mismos: “Es cierto que en tanto sigue siendo pan no es realmente el cuerpo de Cristo sino su signo eficaz”.¹⁷

Wycliffe y sus seguidores Lollardos son a veces llamados como “Sacramentarios”, una designación que ha sido utilizada para aclarar que no rechazaban del todo la posición católica. Esto resulta un útil recordatorio para tener en cuenta que cuando los Protestantes utilizan terminología

católica no lo hacen necesariamente conforme al sentido católico, y lo más seguro es que no lo hagan, o que incluso el pretendido intento excluya la creencia católica. No es menor el dato sobre el interés de Lutero en utilizar el término “Sacramentarios” para describir a Reformadores como Zwilingo y Oecolampadius que mantenían que el pan y el vino recibido en la Santa Comunión eran el Cuerpo y la Sangre de Cristo solo en lo “sacramental”, esto es, en un sentido metafórico. “La palabra así viene a ser utilizada comúnmente en el siglo XVI para todos aquellos que negaban la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía”.¹⁸ Canon Knox subraya el hecho que:

“Los lectores contemporáneos notarán que los Reformadores siempre usan la palabra sacramento para indicar un signo. Para ellos las palabras signo y sacramento eran sinónimos. Cuando hablan de un sacramento quieren decir un signo y cuando dicen “sacramentalmente” dicen “como un signo”.¹⁹

El mismo autor insiste en que no hay ninguna diferencia entre Wycliffe, sus discípulos Lollardos, y Ridley o Cranmer en la comprensión de la relación del pan y el vino y la presencia del cuerpo de Cristo:

“La presencia del cuerpo de nuestro Señor en los elementos es una presencia sacramental, esto es, una presencia solo como signo. No hay diferencias entre los escritores ingleses de la Reforma de la Cena del Señor en relación a la doctrina de la presencia de Cristo en el sacramento. Todos eran Sacramentarios”.²⁰

Este es un hecho que es necesario tener en cuenta cuando los lectores Anglo-Católicos afirman que los proto-Anglicanos no habrían rechazado la verdadera doctrina Católica mientras eran Sacramentarios. Canon Knox atribuye esta errónea interpretación a no “distinguir entre realismo y lenguaje realista”.²¹ El verdadero punto de vista de los Reformadores fue claramente manifestado por el Obispo Hooper. La Santa Cena “debía ser utilizada como una comunión distribuida a todos los hombres bajo ambas especies, y no como una misa de ese Dios blasfemo; en donde se rinde honor al pan y no a

Dios, no siendo esto una idolatría menor que la de hacer su Dios al sol, o las estrellas”.²² La manera en que esta actitud se reflejó en la célebre “Rúbrica Negra” y en el Artículo XXIX de los “Cuarenta y dos Artículos” de 1553 será analizada en detalle en la última sección del capítulo XII.

Las teorías de los Reformadores de cómo Cristo está presente para los creyentes durante la Cena del Señor son tan variadas y complejas que resulta imposible discutir las a todas en detalle. La situación se va complicando con los frecuentes y posteriores desarrollos que tienen estas teorías. En relación al “tipo de creencia de Cranmer en la Presencia Real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento”, se queja el Cardenal Gasquet, “resulta muy dificultoso determinar con precisión el tiempo exacto en que tiene lugar la modificación de un pensamiento”.²³ Canon Knox no está de acuerdo con Gasquet al respecto, afirmando que Cranmer “tenía solo dos posiciones en relación a la presencia de Cristo en el sacramento, esto es, la antigua posición de la transubstanciación y la reformada, o de Zwilingo, que adoptó en seguida de publicarse la primer edición de su Catecismo”.²⁴ Knox sostiene que las vacilaciones observadas por Gasquet y otros historiadores tienen sus explicación en los intentos de Cranmer por expresar la misma doctrina pero con mayor precisión: “Las primeras explicaciones habían probado ser menos claras de lo que podían ser en una temática en donde Cranmer estaba ansioso en que no hubiera ninguna ambigüedad”.²⁵ En un análisis pormenorizado las diferencias de opinión entre Gasquet y Knox no son más que semánticas. Lo que si está fuera de duda es que la explicación de Cranmer sobre la presencia Eucarística cambió con los años volviéndose cada vez más Zwilinguiana. Si esto se debió a la vacilación o a un deseo de esclarecimiento no es de importancia.

El Cardenal Gasquet comenta, después de examinar las diferentes teorías sobre la presencia Eucarística, que las corrientes de pensamiento en el siglo XVI podrían ser tipificadas básicamente en dos grandes grupos: aquellos que sostenían la Presencia Real y aquellos que sostenían la ausencia real.²⁶ Messenger explica:

“La forma más elevada –y rechazada por la doctrina Católica- fue la teoría de la Consustanciación,

argumentada por Lutero. La más baja sería el punto de vista simbólico opuesto por Zwilingo de acuerdo al cual el pan y el vino solamente “representan” al Cuerpo y la Sangre de Cristo. Entre estos dos extremos hay toda clase de puntos de vista intermedios, tal como los de Bucer, Melanchthon y Calvino, que podrían ser descriptos como puntos de vista “virtualistas” de la Presencia”.²⁷

El concepto de “virtualismo” describe la creencia de que la virtud de la Pasión de Cristo reside en el sacramento por medio de la fe. Bucer rechazó la posición luterana por la cual algo de Cristo residía, en, o, bajo las especies del pan y el vino como también rechazó fuertemente la doctrina católica.

“Planteaba que la verdadera expresión debía ser la preposición “con”. El divino don no había sido dado “en” o “bajo” las formas del pan y el vino: tal como decía Zwilingo. Sino que fue dado en una indisoluble conjunción “con” ellos: así como el pan se da al cuerpo así los dones divinos pasan al alma del fiel”.²⁸

Los historiadores anglicanos han aceptado el alcance que tuvo esta teoría en las propias explicaciones de Cranmer sobre la Presencia Real, e incluso han llegado a describir sus puntos de vista como “Zwilingo-Calvinistas”.²⁹ El mismo Cranmer explica que el cuerpo de Cristo está presente en aquellos que reciben dignamente el sacramento en el sentido que “la *virtud* y el beneficio del cuerpo de Cristo que fue crucificado por nosotros, y de su sangre que fue vertida por nosotros, están realmente y efectivamente presentes en todos aquellos que reciben debidamente los sacramentos...”

Tanto Zwilingo y Calvino sostenían que el Cuerpo y la Sangre de Cristo no estaban objetivamente contenidos en el sacramento y por lo tanto no podían ser ofrecidos por el sacerdote. Por consiguiente el concepto de una oblación Eucarística fue lógicamente amarrado y limitado a lo que describieron como el “culto del pan” al que nunca se cansaron de condenar.³⁰

Este punto de vista es sostenido enfáticamente en la “Breve declaración sobre la Cena del Señor” de Ridley: “Esa clase de oblación sostenida sobre la transubstanciación, y su sobrina

germana^{*}, son la misma cosa, y crecen ambas sobre la misma base”.³¹ También agrega que si el sacramento “fuera el propio cuerpo natural de Cristo, nacido de Virgen;... luego el sacramento debería ser adorado con el honor debido al mismo Cristo por la unidad de las dos naturalezas en una persona: luego si el sacerdote ofrece el sacramento, debe ofrecer ciertamente al mismo Cristo”.³² Clark comenta al respecto:

“Esta observación es otro ejemplo de cómo los Reformadores Ingleses comprendían perfectamente la doctrina de la Misa a la que se oponían. En el caso de Ridley no se opone a una noción general sobre la Pasión y muerte renovadas de Cristo sobre el altar, sino a la creencia de una presentación ritual, ante Dios Padre, de Cristo objetivamente presente”.^{†33}

Clark resume la posición de los Reformadores Ingleses como sigue:

“Compartiendo con todos los Reformadores las doctrinas de la salvación y la fe que había dictado el primer rechazo luterano de la Misa, los líderes de la Reforma Inglesa compartían con los Suizos otras objeciones: tales como que la oblación de Cristo en el altar era en cualquier caso imposible porque no está ahí objetivamente presente”.³⁴

Ciertamente los puntos de vista de Cranmer eran más cercanos a los de Zwilingo y Calvino que a los de Lutero, quien hasta el final de su vida creyó que Cristo estaba realmente presente en lo que recibía el comulgante de manos del ministro, y no en el alma del comulgante en tanto su receptor.

^{*} N. del T.: del texto original de Ridley no se infiere mayor referencia al significado de “it german cousin” (“su sobrina germana”) seguramente se esté refiriendo a la denominada “misa alemana de Lutero”, según su alineación al eje doctrinario de Zwilingo y Calvino tal como lo describe el mismo Davis unos renglones arriba. En el capítulo VIII el autor analiza el uso hecho por Lutero de la palabra “misa”.

[†] Algunos apologistas Anglo-Católicos sostienen asombrosamente que Cranmer y sus socios no rechazaban las verdaderas enseñanzas Católicas sobre el sacrificio y la Presencia Real, sino solo algunas aberraciones originadas en la edad media, tales como la teoría de que Cristo sufre y muere de nuevo en cada misa. Clark prueba en su libro “Eucharistic Sacrifice and the Reformation” que no solo los Reformadores Ingleses comprendían la auténtica doctrina Católica al pie de la letra y que la rechazaron en su totalidad, sino que las supuestas aberraciones no existían fuera de la imaginación de los polemistas anti-Católicos.

“Para Zwilingo, aquello que recibía el comulgante es pan y vino y no más que pan y vino. La Eucaristía fue divinamente instituida, enseñaba, para que sea una conmemoración alegre de la venida de Cristo y un acto público de acción de gracias por los beneficios que ha traído al hombre”.³⁵

Bucer enseñaba que:

“El pan y el vino son símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo en los cuales él mismo se ofrece a nosotros. Además de este uso ellos son como cualquier otro pan y vino porque no hay ningún cambio en su naturaleza y Cristo el Señor no es ofrecido en ellos sino en las intenciones las cuales son firmes en la fe”.³⁶

La clave para tener en cuenta cuando se discuten todas las aristas del “Virtualismo” o “repcionismo” es que por más realista que sea el lenguaje utilizado para describir la presencia Eucarística, se trata de una presencia espiritual en las mentes de los fieles, y no de una presencia objetiva en los elementos consagrados. El Cardenal Gasquet escribe:

“La “Presencia Real” es una frase ambigua y como cualquiera que esté familiarizado con los escritos polémicos de este período reconocerá, que podían ser utilizados tanto en la doctrina Católica hasta en las congregaciones de Zurich y Génova.”³⁷

Se viene insistiendo por esta razón en el término de “substancial” más que en el de “real” de conformidad a las enseñanzas del Catolicismo, que aparece en la Declaración jurada de Berengario citada en el capítulo IV, ya que una vez que las palabras de la consagración fueron dichas el pan y el vino sobre el altar se convierten en:

“El verdadero Cuerpo de Cristo que nació de la Virgen, que pendía en la Cruz como ofrenda para la salvación del mundo, y que está sentado a la diestra del Padre, y la verdadera Sangre de Cristo que salió de su costado”.

Los Reformadores eran adeptos a utilizar la terminología Católica de una manera que negara por completo la creencia Católica. La presencia substancial de Cristo en la Eucaristía es por cierto una presencia sacramental, pero, tal como ya fue explicado en relación al término “Sacramentario” usado por Wycliffe y sus seguidores, cuando los Reformadores usan las palabras *presencia sacramental* la utilizan para rechazar cualquier *presencia substancial* verdadera. En un informe sobre el estado de la religión en Inglaterra hacia fines de 1550, Daniele Barbaro, un diplomático veneciano comentaba:

“Hay diversas sectas por todo el país, en donde, debe decirse que reina la confusión de lenguas, el comportamiento licencioso y disoluto, un azote manifiesto de Dios, dándose refugio a toda clase de apostatas fugitivos de Francia, Italia y Germania. Y teniendo vuestro embajador que dar algún nombre a estas herejías, en tanto que el líder de estos seguidores consideran a la Misa idolatría por la consagración, y en tanto no admiten la Presencia Real, pienso que deberían ser tenidos como Sacramentarianos”.³⁸

Cranmer enseñaba en relación a la presencia Eucarística de Nuestro Señor que: “está aquí sacramentalmente y espiritualmente”, pero dejando en claro que esto significa de que El no está presente substancialmente, y que “Cristo en su naturaleza humana esta substancialmente, realmente, corporalmente, naturalmente, y sensiblemente presente con su Padre en el cielo...” y en ningún otro lugar más. “Ellos (los papistas) dicen que se recibe a Cristo en la boca y que ingresa con el pan y el vino, pero digo, que nosotros (que seguimos las escrituras y los escritos antiguos) decimos que lo recibimos en el corazón y que ingresa por la fe”.³⁹ Con este claro rechazo de la enseñanza Católica, Cranmer, y muchos otros, pusieron de manifiesto abiertamente el dominio que tenían del punto de vista Católico y su completo rechazo. De nuevo él mismo explica:

“Siempre que ore la Iglesia está presente Cristo, y cuando se congreguen en su nombre, y el pan y el vino son hechos para nosotros como cuerpo y sangre de Cristo (tal como consta en el “*Book of Common Prayer*”) pero no por

el cambio de su sustancia de pan y vino en la sustancia del cuerpo y la sangre natural de Cristo, sino conforme a la divina (“godly”) utilización que se hace de ellos al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo... Y por eso nosotros en el libro de la santa comunión no pedimos en absoluto que el pan y el vino sean el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que para nosotros lo son en ese santo misterio”.⁴⁰

Cuando Cranmer utiliza los términos “presencia espiritual” quiere significar que aunque el Cuerpo de Nuestro Señor está en el cielo es capaz por su poder innato de producir ciertos efectos espirituales en las almas creyentes en la tierra. Y es muy preciso en este tema en el prefacio de su tratado sobre la Cena del Señor:

“Además, cuando digo y repito muchas veces en mi libro que el cuerpo de Cristo esta presente en aquellos que dignamente reciben el sacramento, que nadie mal entienda mis palabras, y vaya a pensar que quiero decir que aunque Cristo no esté corporalmente en el exterior con signos visibles lo esté (corporalmente) en las personas que lo reciben debidamente, debo advertir al lector, que no quiero significar tal cosa, esto es que la fuerza, la gracia, la virtud y el beneficio del cuerpo de Cristo que fue crucificado por nosotros, y su sangre que fue derramada por nosotros este realmente y efectivamente presente en todos aquellos que reciban debidamente el sacramento: sino que por todo esto entiendo su presencia espiritual, de la que él dijo: “Estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos”; y “en donde dos o tres se congreguen en mi nombre, ahí estaré yo en el medio de ellos”; y “aquel que coma mi carne y beba mi sangre vivirá en mí, y yo en él”. Ni tampoco es menos verdadero que esté corporal o realmente presente en el debido servicio de la Cena del Señor más que en el debido servicio del bautismo, lo que es decir, en ambos espiritualmente por la gracia. Y en donde sea en la escritura se dice que Cristo, Dios o el Espíritu Santo está en cualquier hombre, lo mismo se entiende espiritualmente por la gracia”.⁴¹

En la vindicación que hicieron los obispos Católicos de la Bula "*Apostolicae Curae*" citan este pasaje y comentan lo siguiente:

"Nada puede ser más decisivo que esto. Estando presente espiritualmente, El nos dijo, que está presente por la gracia; y estar presente por la gracia significa que la gracia, no el Cuerpo, de Nuestro Señor, está realmente en el alma. Esto es lo que nosotros, Católicos, debemos decirnos a nosotros mismos de la presencia de Nuestro Señor en aquellos que se congregan en Su nombre, o en aquellos que son bautizados. Pero atribuir a la presencia en la Santa Eucaristía la misma clase de presencia Divina que la del Bautismo no es ciertamente hablar de la Presencia Real y Objetiva que sostiene y profesa la Iglesia Católica".⁴²

En su vindicación, los obispos Católicos enfatizaron en la doctrina explícita de Cranmer que se hacía eco de la de Wycliffe, que "el malvado no recibe el cuerpo y la sangre en el Sacramento", y la razón es que "ellos (el Cuerpo y la Sangre de Cristo) no pueden ser comidos y bebidos sino por el espíritu y la fe por lo cual los hombres impíos quedan al desamparo, no siendo más que muchedumbre y carne".⁴³ Cranmer explica que el cuerpo de Cristo "no puede sino ser comido espiritualmente creyendo y recordando los beneficios de Cristo, reflexionando en ellos en nuestra mente, creyendo que así como el pan y el vino sirven de alimento y nutren nuestros cuerpos, así Cristo alimenta y nutre nuestras almas".⁴⁴ Los obispos Católicos remarcaron que la creencia de Cranmer respecto a que el Cuerpo y la Sangre de Cristo solo podían ser recibidos espiritualmente por medio de la fe es una idea totalmente incompatible con la doctrina Católica:

"En otras palabras, esta fe, sola por la cual se recibiría verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor, no es la fe tal como la comprenden los Católicos sino que se trata de ese ilusorio sentimiento de seguridad de luteranos y calvinistas denominado la "justificación por la fe", descrita como la fe que los malvados son incapaces de tener.

Claramente esta doctrina no es la doctrina de la Presencia Real Objetiva, pues la Presencia es una presencia que existe tanto para el indigno y el escéptico como para el justo. La actitud, ciertamente, de estas dos clases de comulgantes será diferente (el malvado y el justo que comulgan) y así también serán los efectos (diferentes) en sus almas. Pero la presencia en si misma es la misma para ambos”.⁴⁵

Messenger sintetiza la doctrina de Cranmer, que se muestra tan cercana a las ideas de Wycliffe:

“El Cuerpo de Cristo está “naturalmente” solo en el cielo. “Espiritualmente”, esto es, por la gracia, habita en el alma humana, y es allí adentro recibido mediante la fe. No está presente en el pan y el vino sacramental sino como en algo que podría decirse que viene a ser figura de aquello que pretende significar. No parece exagerado describir esta idea como doctrina de la Ausencia Real”.⁴⁶

Cranmer escribe:

“Ahora, dado que como ya ha sido manifiesta y llanamente declarado y probado, que Cristo llamó pan a su cuerpo, y vino a su sangre, y que estas sentencias eran alocuciones figurativas, y que Cristo, como corresponde a su humanidad y a su presencia corporal, ascendió al cielo con toda su carne y sangre, y que no está aquí sobre la tierra, y que la sustancia del pan y del vino perduran y son recibidas en el sacramento, y que aunque permanezcan han cambiado sus nombres, por lo que el pan es llamado el cuerpo de Cristo, y el vino su sangre, y la causa por la cual sus nombres cambiaron es esta que debemos poner nuestros corazones y mentes en estas cosas que vemos en las cosas que creemos y están arriba en el cielo, de donde el pan y el vino obtienen sus nombres, aunque no sean en acto las mismas cosas”.⁴⁷

Aunque Cranmer algunas veces utilice la palabra “consagración” demuestra holgadamente cuan lejos está del uso del mismo término en el sentido católico cuando explica

que la “consagración” del pan y del vino para la Santa Comunión no tiene más efecto sobre sus sustancias más que la consagración del agua para el bautismo tiene sobre la sustancia del agua.

“La consagración es la separación de cualquier cosa de su uso profano y mundano para un uso espiritual y divino (*godly*) . Y así cuando el agua corriente es tomada para otros usos y se la utiliza para el bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, entonces se puede decir correctamente que es agua consagrada, lo cual es lo mismo que decir, que se hizo una utilización santa del agua. Del mismo modo, cuando el pan y el vino corrientes son separados para ser utilizados en la santa comunión, aunque las porciones de pan y vino separadas sean iguales a las anteriores están sin embargo, ahora, lo que se denomina consagrados, o pan santo y vino santo. No que el pan y el vino tengan o que puedan tener alguna santidad en ellos, sino que serán utilizados para un oficio santo y representan cosas santas y divinas”.⁴⁸

Messenger comenta, y la mayoría de los ministros Anglicanos podrían acordar con él en que:

“Debe asumirse que no se requiere de ningún poder sobrenatural o autoridad entonces para “consagrar” el pan y el vino, pues todo lo que se requiere es una cierta delegación o nombramiento. Sea como sea no parece haber aquí ningún poder que cualquier laico común no posea”.⁴⁹

La negación de la Presencia Objetiva Real lleva inevitablemente a rechazar el sacerdocio tal como es comprendido por los Católicos, porque si no hay Presencia Real no puede haber sacrificio y si no hay sacrificio no hay sacerdocio, porque la función del sacerdote es la de ofrecer el sacrificio. En 1976, un teólogo Anglicano, el Reverendo Colin Buchanan, hizo una presentación sumaria de la doctrina de Cranmer sobre la Eucaristía, basado casi por completo en sus textos originales. Entre los puntos que señala de las enseñanzas de Cranmer se encuentran los siguientes:

1. Aquellos que coman el cuerpo de Cristo tienen inevitablemente vida eterna (Juan 6.53), pero aquellos que coman “este pan” indignamente se condenan (1 Cor. 11.29). Por lo tanto solo los “dignos” comen el cuerpo de Cristo en el sacramento, y los malvados reciben el signo sacramental pero *no* lo que significa. Esta posición lo separa tanto de los Romanos como de los Luteranos.

2. Es necesaria una comprensión común para ambos sacramentos, el bautismo y la comunión. Y todos están de acuerdo en que no hay nada “en” o “debajo” del agua sino el Espíritu Santo que actúa por medio de su administración, por lo que está claro que no hay nada “en” o “debajo” del pan y el vino independientemente de su recepción, sino Dios que actúa por medio de su administración. Estas posiciones son contrarias tanto a la transubstanciación y a cualquier presencia objetiva Luterana”.⁵⁰

Resulta necesario insistir en que la apreciaciones del señor Buchanan sobre la doctrina de Cranmer se corresponden exactamente con aquellas esbozadas por los historiadores católicos citados en este capítulo. No es ninguna exageración decir que Cranmer odiaba la doctrina católica de la Presencia Real, que una vez siguió. La profundidad de este odio se nota con el ridículo con que describió a la piedad tradicional de los Católicos humildes cuya única falta era creer en lo que él alguna vez había creído. Se burla de la forma en que “corren”, dice, “de altar en altar, de consagración en consagración, mirando, amontonándose, contemplando esa cosa que el sacerdote tiene en sus manos”. Y continua:

“¿Qué es lo que mueve a los sacerdotes tener suspendido tan alto este sacramento sobre sus cabezas; o que la gente le diga al sacerdote “Manténgalo arriba, Manténgalo (a nuestra vista”, y que un hombre le diga a otro “Arrodíllate antes”, o que diga, “Hoy he visto a mi Creador”, o “No puedo estar en paz sino cuando veo a mi Creador una vez al día”? ¿Cuál es la causa de todo esto, por la cual el sacerdote y el pueblo tan devotamente piden por el sacramento y se arrodillan ante su vista, sino que adoran esa cosa visible que ven con sus ojos y tomaron por el mismo Dios?”.⁵¹

En este pasaje Cranmer rinde a su pesar tributo a la profunda y fervorosa devoción Eucarística de los fieles comunes, una devoción que tan bien la expresa una plegaria rimada de John Lydgate (1500) para ser recitada en la elevación:

“Salve Jesus, nuestra salud, nuestro alimento espiritual,
Salve bendito Señor aquí en forma de pan,
Salve, por haberte ofrecido a los hombres en la cruz,
Por nuestra redención con Tu Sangre roja,
Herido el corazón con la cabeza de una lanza.
Ahora gracioso Jesus, por Tus cinco llagas,
Concédeme Tu misericordia antes de que muera
Santa Comunión (Clean housel) y confesión mientras esté con
vida”.⁵²

¹ CW, vol. I, p.52.

² TR, p. 79.

³ Bucer, p. 40.

⁴ GC, p. 11.

⁵ Knox, p.10.

⁶ Idem, ps.10-11.

⁷ Idem, ps. 12-13.

⁸ H. Oberman, “Luther” (Fontana Books, London, 1993), p.54.

⁹ ODCC, p.679.

¹⁰ Idem, p.337.

¹¹ Knox, p.13.

¹² Idem, p.14.

¹³ Idem.

¹⁴ Idem, p.17.

¹⁵ Idem, ps.17-18.

¹⁶ Idem, p.18.

¹⁷ Idem.

¹⁸ ODCC, p.1220.

¹⁹ Knox, p.40.

²⁰ Idem, p.43.

²¹ Idem.

²² “Early Writtings”, PS, p.139.

²³ EBCP, p.129.

²⁴ Knox, p.68.

²⁵ Idem, p.69.

²⁶ EBCP, p.131.

²⁷ RMP, vol. I, p.202.

²⁸ TR, p.81.

²⁹ Una lista de estos historiadores es citada en ESR, p.162.

³⁰ ESR, ps.111-12.

³¹ M. Ridley, “Works” (PS Cambridge 1841), p.23.

³² Idem, ps.11-12.

³³ ESR, p.160.

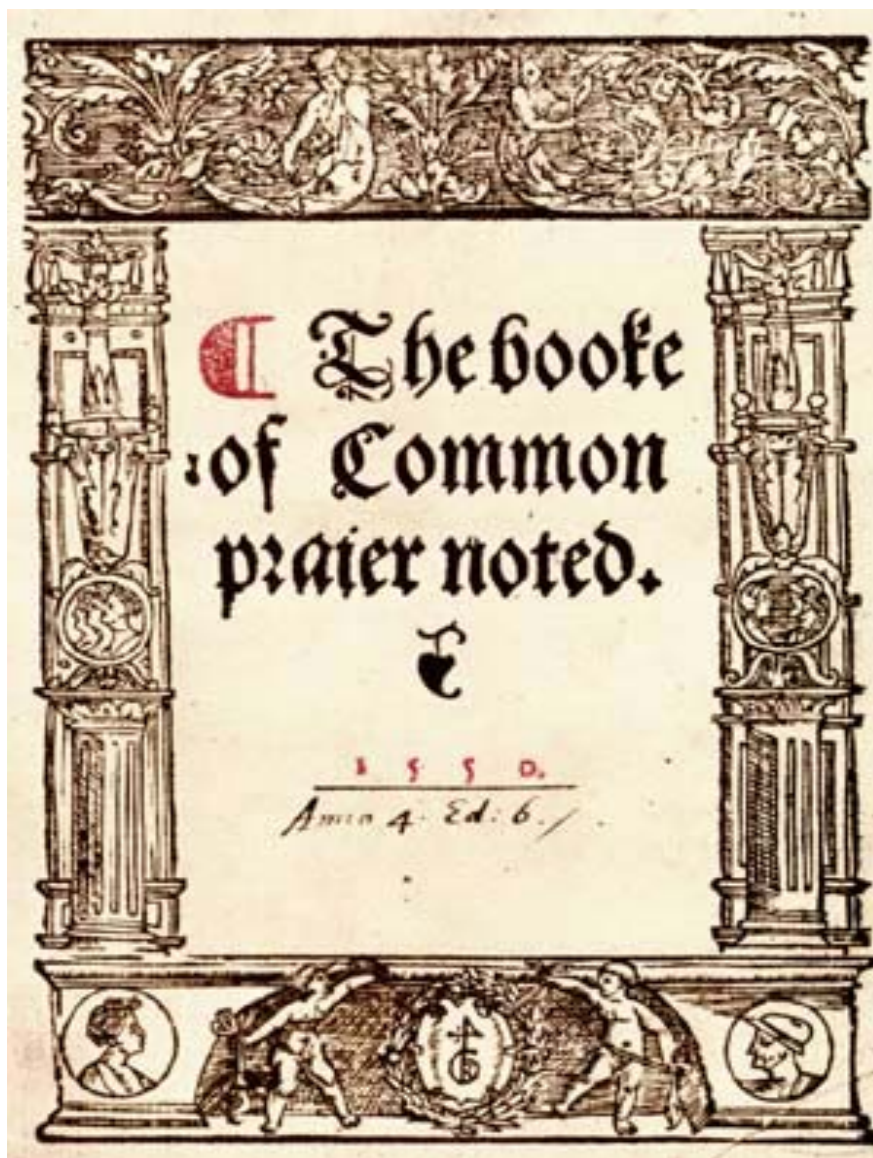
³⁴ Idem, p.159.

³⁵ PHR, p.150.

³⁶ Bucer, p.42.

³⁷ EBCP, p.275.

-
- ³⁸ Idem.
- ³⁹ CW, vol. I, p.57.
- ⁴⁰ Idem, p.79.
- ⁴¹ Idem, p.3.
- ⁴² VAC, p.70.
- ⁴³ CW, vol. I, p.203.
- ⁴⁴ Idem, vol. I, p.204.
- ⁴⁵ VAC, p.60.
- ⁴⁶ RMP, vol. I, p.429.
- ⁴⁷ CW, vol. I, p.138.
- ⁴⁸ Idem, vol. I, p.177.
- ⁴⁹ RMP, vol. I, p.436.
- ⁵⁰ C. Buchanan, "What Did Cranmer Think He Was Doing?" (Grove Books, Bramcote, 1976), p.4.
- ⁵¹ CW, vol. I, p.229.
- ⁵² ESR, p.555.



Portada del *Book of Common Prayer* de 1550.

La Revolución Litúrgica

“De un modo apenas perceptible, según pasaban los años, las creencias legadas de antiguo vivas en la cabeza y en el corazón del pueblo por los ritos que ahora están en desuso desaparecerían: sin la necesidad de ningún esfuerzo misionero sistemático que se proponga una prédica en su contra”.

Monseñor Philip Hughes¹

Ya se ha demostrado que los fundadores de las diversas denominaciones Protestantes eran más revolucionarios que reformadores. Su preocupación no radicaba en reformar el orden existente sino en introducir uno nuevo. Monseñor Hughes nota que todos los revolucionarios están motivados por un espíritu común:

“La manía de asegurar que la historia futura comenzará con la reconstrucción de una gloria primitiva tal como ellos la imaginaron, caracteriza a toda tipo de revolucionarios, los rebeldes sociales y políticos como también los religiosos... (que) están determinados a destruir todo lo que se encuentre entre ellos y la restauración del Cristianismo primitivo tal como consideran que debiera ser”.²

El historiador Protestante Maurice Powicke observa sarcásticamente que los Reformadores eran “hombres más familiarizados con las prácticas de la Iglesia antigua que con las creencias y las costumbres de sus padres”.³ El Cardenal Gasquet considera que los revolucionarios están más prestos a destruir que a construir:

“En toda comunidad hay quienes están más ansiosos y prestos al cambio, y algunas circunstancias se combinaron para hacer de esto el caso durante los breves años del reinado de Eduardo. Los motivos de unos pocos, que también pretendían ser leves, fueron al final tenidos por respetables, sinceros y honestos. Sus tendencias reformistas habían sido frenadas por la mano fuerte de Enrique, pero ahora esos hombres tenían libertad para

hablar y se amparaban en la libertad para actuar. El grueso de los innovadores no eran sino una pandilla desafiante para quienes la destrucción y la libertad para controlar habían sido desde un comienzo factor de atracción, cuyos instintos están siempre en contra de la autoridad y la tradición”.⁴

Monseñor Hughes bien pone la atención sobre las razones doctrinales que motivaron a los Reformadores Protestantes para cambiar de liturgia:

“El más evidente de los cambios, por no decir espectacular, fueron, por supuesto, las alteraciones de los servicios públicos de la religión. Esos fueron los cambios que han impresionado más –y de un modo negativo- a los contemporáneos, y sobre estos generalmente giran las controversias de nuestro tiempo. Pero aún más importante fue la base de la nueva teoría de la religión que suponían estos cambios y en que se originaban”.⁵

Ya se ha visto en capítulos anteriores que la “base de la nueva teoría de la religión” con la doctrina de la Justificación por la Sola Fe como su base axiomática era radicalmente incompatible con la teología católica, particularmente con la de la Misa que subraya la transubstanciación y el Sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Cristo. “Consecuentemente, todas las escuelas de los Reformistas escribieron nuevos ritos de Comunión”.⁶

El renombrado historiador de la liturgia anglicana, el Dr. Brightman, explica que todo lo que significara oblación es repudiado en los cuatro tipos de ritual producidos por los Reformistas continentales de Wittenberg, Estrasburgo, Génova, Zurich y Colonia.⁷ Debe también notarse que esto fue así también en las reformas llevadas adelante por Cranmer que brevemente trataremos en este capítulo y en detalle en los capítulos XI al XV.

Tanto en materia litúrgica como doctrinaria, las innovaciones Protestantes fueron impuestas sobre el común de la gente por clérigos que gozaban del apoyo del poder civil. Maurice Powicke acepta de hecho este punto por completo:

“La Reforma en Inglaterra fue una transacción parlamentaria. Todos los cambios importantes fueron hechos bajo estatutos, y las acciones del Rey como cabeza suprema de la Iglesia fueron llevadas a cabo bajo el título y en virtud de los poderes dados a él por estatuto. Se administraron acciones disciplinarias, ya sea mediante cortes civiles, comisiones especiales, o autoridades eclesiásticas, de acuerdo con las normas emanadas de los estatutos o en virtud de una autoridad habilitada por el Rey en el Parlamento. Como regla general los cambios propuestos eran primero sometidos a una Convención o a un grupo de consejeros, que a veces era formado por un cuerpo mixto de eclesiásticos y laicos, a veces solo eclesiásticos, pero cualquier discusión preliminar o las decisiones de la Convención o de los consejeros requerían sanción parlamentaria o aprobación real”.⁸

Había poca voluntad de cambios en relación a la misa de los fieles, y algunas veces hasta una fuerte oposición a que estos tuvieron lugar. En la introducción al primer *Prayer Book* (1549) de Cranmer, el Dean de Bristol, Douglas Harrison admite:

“No es para sorprenderse que se haya topado en todas partes con una recepción poco entusiasta, y en las zonas rurales hubo una violenta oposición, en la Inglaterra Este, y en Devon y en Cornwall, en donde diez mil “fornidos y valientes personajes” marcharon sobre Exeter solicitando sus antiguos servicios en Latín”.⁹

Para no sobre-alarmar a los fieles los primeros servicios Protestantes de Comunión tendieron a ser medidas interinas, ritos ambiguos que pudieran allanar el camino hacia revisiones más radicales a ser introducidas en un momento más oportuno. A tal fin la estructura básica y muchas de las plegarias de la Misa Romana fueron conservadas en donde hacía falta, y hasta algunas veces en latín.

“La construcción de una nueva liturgia estaba muy lejos de lo pensamientos de Lutero... que prefería hacer un mejor uso de la Misa Romana, por una razón, como insistió tantas veces, en razón de las debilidades, esto es,

para no alienar innecesariamente al pueblo de la nueva Iglesia con la introducción de novedades. Del antiguo rito solo eliminó todo lo que hacía alguna referencia al carácter sacrificial de la Misa. El Canon, por ejemplo, y el Ofertorio. Y también pensó que sería mejor retener la palabra “Misa”.¹⁰

Monseñor Hughes comenta en relación a la transformación de la vida religiosa en Sajonia:

“Que la misa debía desaparecer porque la misa era una blasfemia fue ciertamente el primer principio. Pero desde que Melanchthon dijo, “El mundo está tan apegado a la misa que parece imposible arrancársela al pueblo”, Lutero deseó que la apariencia exterior del servicio fuera cambiado tan poco como fuera posible. De modo tal que la gente común nunca advirtiera que había habido algún cambio, decía Lutero, y todo sería logrado “sin escándalo”. “No hay necesidad de predicar sobre esto a los laicos”. Incluso la comunión debía ser dada bajo una sola especie a aquellos que de otro modo no recibieran el sacramento. Las formas y las apariencias eran comparativamente poco importantes, y en sus últimos años Lutero pudo decir “Gracias Dios... nuestras iglesias están tan organizadas que un laico, italiano, o español, dijo, que no entendiera nuestra prédica, mirando nuestras Misas, coros y órganos, campanas, etc., pudiera decir que... no hay diferencias entre las nuestras y las suyas”.¹¹

No es necesario aclarar, que aunque los otros Reformadores también comenzaran sus revoluciones con medidas interinas, ritos ambiguos, las diferencias entre sus ritos finales y la Misa pronto sería aparente a cualquier laico familiarizado con el rito anterior. Como Lutero, Cranmer incluyó la palabra “Misa” en la descripción que hizo del servicio de Comunión en 1549: *“La Cena del Señor y la Santa Comunión comúnmente denominada la Misa”*.¹²

Un residente español en Cambridge, Francisco Dryander, escribiendo a los Protestantes de Zurich en relación a este servicio escribió:

“Pienso, sin embargo, que no puedo culpar algunas puerilidades que deben soportarse para que el pueblo no se vea ofendido con una gran cantidad de innovaciones. Estas trivialidades, pues eso son, en breve serán corregidas”.¹³

En relación a estas “puerilidades” Bucer explica que:

“Se las deberá conservar por un tiempo, para que el pueblo que todavía no haya sido instruido en Cristo, pueda cambiar de opinión ante la extensión de las innovaciones que pudiera sofocarlos antes de ser persuadidos. Sin embargo esta circunstancia nos recuerda que todos los servicios en las iglesias deben ser leídos y cantados en la lengua vernácula, para que la doctrina de la justificación sea pura y sanamente enseñada, y la eucaristía administrada de acuerdo a lo ordenado por Cristo, se abolirán las misas privadas”.¹⁴

Darwell Stone escribe que:

“Es probable que el *Prayer Book* de 1549 representara más aquello que podía ser enseñado en ese tiempo más que reflejar lo que el Arzobispo Cranmer y los que actuaban con él deseaban, a lo que cabe agregar que a la fecha de su publicación ya se estaba pensando una revisión del texto en una aproximación más directa con la posición de los Reformadores más extremos”.¹⁵

Canon E. C. Ratcliff hace la misma observación: “Sus promotores lo veían como una medida transitoria, que prepare el camino a medidas que encarnaran más ajustadamente las opiniones de la reforma”.¹⁶ Clark escribe:

“En el primer y más crítico período de Cranmer, y sus amigos, este vio que sería más sabio introducir la Reforma por etapas, gradualmente, preparando la mente de los hombres hacia cursos más radicales por venir. De tanto en tanto la compulsión o la intimidación fue necesaria en orden a mitigar la oposición, aunque su política general fue la de primero neutralizar a la masa conservadora del pueblo, para privarlos de sus líderes de

mentalidad-Católica, y luego, acostumbrándolos por grados al nuevo sistema religioso. Cranmer deploraba el celo imprudente de Hooper, que innecesariamente provocaba a los conservadores y endurecía la posición de esa gran cantidad de gente, que podían ser conducidos por las buenas y lograr que cedieran mediante la ambigüedad y las medidas transitorias”.¹⁷

Así en Inglaterra como en Alemania “en la primer liturgia reformada, no se veía una purga definitiva de las referencias al ofrecimiento de Cristo en el sacramento, y se conservaba en mucho un parecido con el servicio tradicional. Incluso las vestimentas fueron conservadas para escándalo de algunos Reformadores intransigentes”.¹⁸

Una gran cantidad del clero “se empeñó en sacar lo mejor de una situación pésima, utilizando el nuevo servicio de Comunión como si fuera el mismo de la antigua Misa, que por supuesto, no había pretendido serlo”.¹⁹ Esto había alcanzado tal magnitud que llevó a Bucer a decir que: “La Ultima Cena se celebra en muchos lugares como una Misa, sin que la gente sepa que difieren en mucho más que en el uso de la lengua vernácula”.²⁰

Un principio aceptado en relación al culto litúrgico es que el punto de vista doctrinal del corpus Cristiano debe necesariamente estar reflejado en el culto. Los ritos litúrgicos deben necesariamente reflejar lo que contienen. No es necesario para la posición católica que un rito sea sospechado porque exprese contradicción, la supresión de plegarias que han expresado litúrgicamente al rito es más que suficiente para ser causa de preocupación.

Este principio se encarna en la frase “*legem credendi lex statuat supplicandi*” (“que la ley del que reza establezca la ley de la fe”), en otras palabras la liturgia de la Iglesia es una guía segura de su enseñanza. Lo cual es usualmente presentado en la forma abreviada de “*lex orandi, lex credendi*” y puede traducirse libremente como significando que la manera en que la Iglesia rinde culto (*lex orandi*) debe reflejar lo que la Iglesia cree (*lex credendi*).

Sería por cierto un error esperar ser capaces de deducir un sistema de doctrina de los libros litúrgicos del Cristianismo, e intentarlo sería una interpretación equivocada del principio

mencionado. El estudio de la liturgia es quizás más útil como estudio de fondo de la creencia doctrinal, pero en donde hay cambios, particularmente cuando hay omisiones, la doctrina que sustenta a la liturgia revisada resulta más clara. Cuando se aplica este principio a los servicios Protestantes, revela claramente como encarnaron la posición doctrinal de los Reformadores. “Tanto en el nuevo servicio de Comunión, como en el nuevo rito de ordenación, no es tanto lo que se expresaba sino aquello que se suprimía lo que daba significado al todo”.²¹ Este factor fue considerado de suma importancia por el Papa Leon XIII en su encíclica “*Apostolicae Curae*” cuando enunció que las ordenaciones anglicanas eran inválidas.²² Sus observaciones relativas al rito de ordenación de Cranmer son igualmente aplicables a sus servicios de culto.

“Ellos (los Reformadores Anglicanos) sabían muy bien la íntima relación que hay entre la fe y el culto, *lex credendi* y *lex supplicandi*; y por eso, bajo el pretexto de restaurar el orden de la liturgia a su forma primitiva, la corrompieron en muchos aspectos hasta hacerla conforme con los errores de los innovadores. Como resultado de esto, no solo en todo el Ordinal (rito de ordenación) no hay una clara mención del sacrificio, de la consagración del sacerdocio, de su poder para consagrar y ofrecer sacrificio, sino que como ya lo hemos indicado, todo esto, y cuestiones similares, si se lo encuentra en las plegarias del rito Católico, las cuales no fueron completamente rechazadas pero si removidas intencionalmente y sacadas de raíz.

En cuanto a lo que se refiere al *Prayer Book* de 1549 no importa demasiado el hecho que una mentalidad conservadora como la de Gardiner pudiera utilizarlo como si fuera la Misa antigua, lo que es importante destacar en cambio es el hecho que podía ser interpretado por aquello para lo cual se lo había escrito: el servicio de Comunión pretendido por los Reformadores continentales, nada “más que una comunión o sinaxis”.²³ Por sinaxis entendían una asamblea de gente congregada bajo la presidencia de un ministro para celebrar el memorial del Señor en una cena conmemorativa en donde Cristo se haría presente en el modo

en que siempre está presente cuando dos o más se reúnen en Su nombre. Tal como lo explicaba Cranmer:

“Cristo está presente siempre que la iglesia ore, y se congregue en Su nombre. Y el pan y el vino sean hechos el cuerpo y la sangre de Cristo para nosotros (tal como se enuncia en el “*Book of common prayer*”) pero no por un cambio de sustancia del cuerpo y la sangre naturales de Cristo sino que por el uso divino que hacen sus receptores del cuerpo y sangre de Cristo”.²⁴

Las supresiones y los agregados hechos a los nuevos servicios de Comunión expresan cabalmente la teología Protestante, en completa conformidad con la regla “*lex orandi, lex credendi*” que justificaron los Reformadores como un retorno a la práctica primitiva, un punto que fue expuesto al principio de este capítulo. El preámbulo de la Ley de Uniformidad sostiene que los compiladores tuvieron “también la mirada puesta en la pureza y sinceridad de la religión Cristiana enseñada por la Escritura, como en los usos de la Iglesia Primitiva”.²⁵ El Padre Messenger explica:

“Esto por supuesto, solo significa que, como todos los Reformadores Protestantes, Cranmer pretendía un retorno a lo que estimaba como la pureza y la simplicidad primitiva en contraste con la corrupción y el error de los últimos tiempos del catolicismo”.²⁶

Respecto a la cuantiosa literatura teológica escrita a lo largo de los siglos y que no podía reconciliarse con sus nuevas doctrinas reformistas, ellos, simplemente la ignoraron.²⁷ Lutero escribió que:

“Es imposible que la Eucaristía de la misa pueda ser aplicada y comunicada a los otros. ¿Qué me interesa que todo el mundo papista diga lo contrario y presuma de actuar en consecuencia?”.²⁸

Durante un tiempo, los Reformadores dijeron que no había necesidad de uniformidad litúrgica entre las diferentes iglesias. Sostenían que la diversidad de ritos, tradiciones, normas y políticas debían existir entre las iglesias. Tal

diversidad “ni disuelve ni quiebra la unidad que es un Dios, una fe, una doctrina de Cristo y de Sus sacramentos, preservada y guardada en estas iglesias sin superioridad o preeminencia de ninguna iglesia por la ley de Dios sobre otra”.²⁹ Pero una vez que los Reformadores pudieron implementar sus servicios empezaron a preocuparse en la necesidad de uniformidad.

La Iglesia Católica nunca insistió en la uniformidad litúrgica. Justamente los muchos ritos autorizados dentro de la Iglesia fueron permitidos para que pudieran conservarse costumbres propias, rituales y lenguajes litúrgicos sin la interferencia de Roma. Incluso dentro del mismo rito Latino hubo un grado considerable de pluralidad de formas de conformidad con la diversidad de costumbres, o en otras palabras, no es que había ritos independientes pero si variantes del Rito Romano. Los Misales Dominicano y el *Sarum* son un ejemplo. Tal como se verá en el capítulo X estos usos dentro del rito latino no diferían del Misal de san Pio V en ningún punto de importancia.

“La primer impresión del lector católico contemporáneo después de la lectura de estos Antiguos Usos Ingleses será, suponemos, de sorpresa ya que se encontrará como en casa con estos. Estos son completamente diferentes al servicio de “Comunión” de la iglesia ahora establecida (Anglicana), por lo que estamos convencidos de que si fueran aquellos reintroducidos entre nosotros, mañana nuestro pueblo apenas sentiría alguna diferencia”.³⁰

Lo que los Reformadores intentaban justificar con su reclamo de pluralidad de formas era el derecho a dar un paso sin precedentes en la historia de la cristiandad, el derecho a fabricar nuevos servicios. Y eso hubiera sido una completa ruptura con la tradición –más cuando la liturgia se desarrolla a través de un proceso de natural evolución. Algunas ceremonias y plegarias fueron gradualmente dejadas de lado con el transcurso de los siglos, por ejemplo la “Plegaria de los Fieles” o la práctica de tener dos lecturas antes del Evangelio. Otras fueron agregadas, como el Ultimo Evangelio. Cualquier intento con romper abiertamente con algún uso tradicional debería automáticamente levantar la sospecha de los ortodoxos, aún cuando se opondan motivos plausibles. En

este caso, los nuevos servicios eran manifiestamente el intento de expresar las creencias de la nueva religión.

Con el fin de refutar a la Bula “*Apostolicae Curae*” (ya mencionada) los Arzobispos Anglicanos emitieron una respuesta oficial, que fue respondida por el Cardenal Vaughan y sus compañeros obispos de la Provincia de Westminster en un libro titulado “*Vindicación de la Bula “Apostolicae Curae”*”. Así del mismo modo que el Papa León, los obispos Católicos dieron una gran importancia a la cuestión de las omisiones, no solo en el rito de Ordenación sino también en el servicio de Comunión.

“Para decirlo brevemente, si se compara el “Primer Libro” de Eduardo VI con el Misal, se podrán detectar dieciséis omisiones que tenían como propósito evidente eliminar la idea de sacrificio. Por otra parte, mientras que aún después de esta drástica operación quedaban algunas pocas frases y rúbricas a las que se aferraba Gardiner tratando una comprensión acorde a la Presencia Real Objetiva y al Verdadero Sacrificio, todas estas frases y rúbricas fueron modificadas en la edición revisada del *Prayer Book* de 1552”.³¹

El Anglicanismo sostiene que sus servicios focalizaban en la simplicidad y en el retorno a las costumbres primitivas con un lenguaje vigoroso. Los obispos Católicos también advirtieron sobre la falta de derecho de las iglesias locales o nacionales de disponer sus propios ritos.

“No pueden omitir ni reformar nada en las formas cuyas tradición inmemorial hemos heredado. Pues tales costumbres inmemoriales, ya sea o no que en el curso de los siglos vean incorporados agregados superfluos, deben, en consideración a la fe en la Iglesia como guarda divina de estas, que a fin de cuentas a conservado todo lo que es necesario, de modo tal que adhiriéndonos fuertemente a los ritos que nos han sido legados podamos siempre sentidos seguros, mientras que si omitimos o cambiamos algo, podremos quizás estar abandonando precisamente ese elemento que es esencial. Y este buen método es el que la Iglesia Católica ha seguido... Por el cual en los primeros tiempos a las iglesias locales se les autorizó

agregar nuevas plegarias y ceremonias reconocidas... Pero la sustracción de ceremonias y costumbres previamente en uso, e incluso la remodelación de los ritos existentes de modo drástico, es una proposición que no tiene ningún antecedente histórico fundado, y que nos parece absolutamente increíble. Por esto, Cranmer, pensando este recurso sin precedentes, actuó, en nuestra opinión, con la más inconcebible precipitación”.³²

La comparación detallada entre el Misal y el *Prayer Book* de 1549 sugerida por los obispos Católicos será emprendida en el capítulo XII. Se podría argumentar que como el Misal (el de san Pio V) no fue promulgado sino hasta 1570 difícilmente se lo podría comparar con un servicio de Comunión publicado en 1549, pero, como ya se ha explicado, las diferencias entre el Misal de san Pio V y los usos medievales eran solo incidentales. Un estudio de la reforma de san Pio V demostrará que este gran santo observó meticulosamente los principios que gobiernan el desarrollo litúrgico que se citan en la “Vindicación de los Obispos Católicos”. Antes de considerar la reforma de aquel Papa y la violación de estos principios por los Reformadores Protestantes, analicemos los principios en sí mismos.

¹ RIE, vol. II, p.111.

² RIE, vol. II, p.158.

³ Pow, p.94.

⁴ EBCP, p.67.

⁵ RIE, vol. II, p.83.

⁶ RMP, vol. I, p.203.

⁷ Idem.

⁸ Pow, p.34.

⁹ FSPB, p.xii.

¹⁰ H. Grisar, “Luther” (London, 1913-17), vol. V, p.145.

¹¹ PHR, p.114.

¹² FSPB, p.212.

¹³ OL, vol. I, p.350.

¹⁴ Idem. vol. II, ps.535-6.

¹⁵ D. Stone, “History of the Doctrine of the Eucharist” (London, 1909) vol. II, p.139.

¹⁶ E.C. Ratcliff, “The Book of Common Prayer in the Church of England; its making and revisions, 1549-1561” (London, 1949), p.15.

¹⁷ ESR, p.194.

¹⁸ ESR, p.184.

¹⁹ RMP, vol. I, p.414.

²⁰ Idem. vol. I, p.415.

²¹ ESR, p.192.

²² En una nota a pie de página, en la edición de 1968 de la encíclica, Clark comentó: “El mismo Papa Leon XIII explicó la naturaleza y el alcance de la Bula en noviembre de 1896 en una carta al Cardenal Richard, Arzobispo de Paris en donde dijo: “Fue nuestra intención por lo tanto emitir un juicio definitivo y aclarar absolutamente una cuestión tan grave”. Agregando: “Todos los Católicos están obligados a recibir nuestra decisión con el mayor de los respetos, como válida para siempre, firme e irrevocable (*pepetu firman, ratam, irrevocabilem*)”. “Anglican Orders, Final Decisión” (CTS, London, 1968), p.22.

²³ RMP, vol. I, p.266.

²⁴ CW, vol. I, p.79.

²⁵ RMP, vol. I, p.380.

²⁶ Idem.

²⁷ RIE, vol. II, p.158.

²⁸ “De abroganda missa privata”, Opera Latina (Frankfurt, 1872), vol. VI, p.162.

²⁹ RMP, vol. I, p.293.

³⁰ W. Addis & T. Arnorld, “Catholic Dictionary” (London, 1925), p.534.

³¹ VAC, p.54.

³² Idem, p.42.

Los Principios de la Revolución Litúrgica

“Nunca menospreciamos la fe de nuestros padres sino que la conservamos tal como la recibimos. Dios quiso que la verdad fuera de pastor en pastor, de mano en mano, sin ninguna novedad evidente. Ese es el modo en que reconocemos lo que siempre hemos creído, y de acuerdo a esto, lo que siempre deberá ser creído. Esto significa que la verdad y la promesa que derivan de una autoridad podría desaparecer por completo en el momento en que sea descubierta alguna interrupción”.

Bossuet, “Carta Pastoral a los nuevos católicos de la diócesis”

“Las formas del culto público son realmente el centro y el corazón de la vida religiosa del pueblo Cristiano”, escribió el Cardenal Gasquet.¹ Este es un hecho que la Iglesia Católica siempre ha tenido muy en cuenta, y sus tradiciones litúrgicas han sido respetadas como prácticas sagradas.

Incluso “aquello que llamamos los “arcaísmos” del Misal son la expresión de la fe de nuestros padres la que es nuestro deber cuidar y legar a la posteridad”, explicaba Dom Cabrol, “padre” del movimiento litúrgico.² Cuando san Pio X escribió su encíclica “*Pascendi Dominici Gregis*” expuso las doctrinas y los métodos del Modernismo, y halló necesario repetir la condena hecha por el Concilio de Nicea dirigida a los que “desafiaban al modo de los herejes, ridiculizando las tradiciones eclesiásticas para inventar novedades de alguna clase... o emprender por malicia o artimaña el derrocamiento de tradiciones legítimas de la Iglesia Católica”.

Mientras era todavía Anglicano el Cardenal Newman observaba con su acostumbrada agudeza que nada más que daño podría causar interferir con las formas establecidas del culto:

“Concediendo que las formas no vienen directamente de Dios sino que por su uso prologando se nos hacen divinas; pues el espíritu de la religión las ha penetrado y desarrollado de tal modo que destruirlas para la gran multitud de los hombres, es desestabilizar y desalojar el mismo principio de la religión. En la mayoría de las mentes la costumbre está tan identificada con la noción

de religión que una no puede ser extirpada sin la otra. Su fe no soportaría el transplante”.³

El mejor principio para utilizar como base en cualquier reforma litúrgica de revisión es el de “¡no conviene hacer!” Este es un principio tradicional sobre el cual la Iglesia católica en oriente y occidente ha basado su actitud frente a los cambios en la exterioridad de las formas del culto público. (Los principios que se analizarán en este capítulo tienen menor injerencia en materias tales como la del Breviario). El sentimiento manifestado por Bossuet encuentra su eco en un perceptivo análisis de las implicaciones sociológicas de la reforma litúrgica escrito en 1974 por el Profesor James Hitchcock. Formula como un principio que:

“Aunque el catolicismo esté abierto al cambio, manifiesta una firme predisposición hacia la estabilidad y hacia la preservación del pasado. Esto es porque una de sus tareas principales en el mundo es la de dar testimonio de la realidad de la eternidad, por lo que cultiva aquello que es intemporal, perdurable, y estable para que sirvan como indicadores de la eternidad”.⁴

También observa el Cardenal Gasquet:

“Un católico que vea en la liturgia viva de la Iglesia Romana las formas esenciales que permanecen tal como eran hace 1400 años no puede sino sentir un aprecio personal por estos ritos sagrados cuando salen a su encuentro con toda la autoridad de los siglos. Cualquier manejo rudo de estas formas puede provocar un dolor profundo en aquellos que las conocen y utilizan. Pues vienen de Dios a ellos, a través de Cristo y mediante la Iglesia. Pero (estas formas) no atraerían tanto cuando no fueran sino santificadas por la piedad de muchas generaciones que las hayan rezado con las mismas palabras y hayan encontrado en ellas estabilidad en la alegría y consolación en el dolor”.⁵

Aunque las normas litúrgicas están subsumidas en la normativa eclesiástica deben estar reguladas por los mismos principios por los que se podría juzgar una ley humana. Las

plegarias en la misa y las rúbricas que regulan su celebración son generalmente la codificación de prácticas ya establecidas en la costumbre. “Las liturgias no se hacen, crecen en la devoción de los siglos”, nota el Profesor Owen Chadwick en su historia de la Reforma.⁶ Solo los herejes han intentado reformas radicales de la liturgia.

Las plegarias básicas, los gestos y las rúbricas de las cuales han nacido varios ritos no son producto de la creación de comités y comisiones instaurados para elaborar formas litúrgicas. Sería imposible encontrar evidencia de algún tipo de comisión litúrgica en la Iglesia primitiva que decidiera por ejemplo si es apropiado para el sacerdote besar el altar de tanto en tanto, seleccionar los momentos más apropiados para hacerlo y luego componer rúbricas para garantizar que el sacerdote actúe según estas instrucciones en el futuro. Lo que sucedió en cambio es que el sacerdote besaba el altar en algunos momentos como producto de las costumbres que se habían desarrollado naturalmente, y eventualmente este gesto recibe más tarde su codificación formal como rúbrica.

Las genuflexiones en el “*Incarnatus*” tanto en el Credo como en el Ultimo Evangelio comenzaron como actos de piedad popular en la devoción a la Encarnación, que es la base de nuestra fe. Estas genuflexiones devinieron usos generales mucho antes de que fueran codificadas como rúbricas. Hugh Ross Williamson explica que:

“Una de los argumentos de la Iglesia contra la amenaza del Catarismo fue la institución en 1285 de la recitación del Ultimo Evangelio por el sacerdote en su vuelta del altar a la sacristía. Su genuflexión ante la secuencia “el Verbo se hizo carne” era la garantía de que no era un Cátaro encubierto y que en la Misa que acababa de celebrar había tenido la intención de realizar la transubstanciación”.⁷

Es interesante notar que esta costumbre se encuentra en liturgias tan diversas como en el rito Romano y el *Sarum*. De modo similar, la elevación y la adoración de la Hostia consagrada fue una reacción popular tanto del clero como del pueblo en contra de la negación de la Presencia Real. El sonado de las campanillas en algunos lugares de la Misa tenía el fin práctico de enterar a aquellos que no pudieran ver

el altar de los momentos más significativos de la Misa. El “Lavabo” surgió de la necesidad práctica del sacerdote de lavar sus manos después de recibir las ofrendas de los fieles. Resultaba natural que acompañara la acción con una plegaria, ¿y que oración podría ser más apropiada que los versos 6-12 del Salmo 25?

Santo Tomás de Aquino nos asegura que el Espíritu Santo protege a la Iglesia del error en el desarrollo de las costumbres y normas litúrgicas.⁸ Un análisis de cualquier ley humana –constituciones, normas litúrgicas, reglas relativas a los juegos, reglas gramaticales- hace evidente que ninguna tiene un valor intrínseco en si mismo sino que son simples medios para un fin, y ese fin es el bien común de aquellos para quienes las leyes están ordenadas. No existe ningún mérito especial en manejar del lado derecho o izquierdo, pero es ciertamente una cuestión de bien común que todos los que conducen un automóvil tengan el volante del mismo lado. Santo Tomás de Aquino define a la ley como “una orden cuya razón es el bien común, hecha por quien tiene el cuidado de la comunidad”.⁹

El consenso de las autoridades católicas acuerdan con santo Tomás en su exposición de la naturaleza de la ley humana, a saber, que ya sea eclesiástica, o civil, es un acto de autoridad pública que tiene derecho a exigir obediencia, pero que debe conformarse a la razón y que debe ser visto, por aquellos para quienes se pretende, tanto como un bien como un beneficio.¹⁰ Santo Tomás, siguiendo a otros autores, advierte que el cambio en cualquier legislación existente no debe ser hecho sino con extrema precaución, particularmente en donde se involucren cambios de costumbres establecidas por mucho tiempo. En apoyo de esta idea cita los Decretales: “Es una vergüenza ridícula y abominable que toleremos la violación de las tradiciones que desde la antigüedad recibimos de nuestros mayores”. Y agrega “en tanto es legítimo cambiar una ley en cuanto con su cambio se contribuye al bien común. Ahora bien, por sí mismo, el cambio de las leyes comporta ciertos riesgos para el bien común. Porque la costumbre ayuda mucho a la observancia de la ley, tanto que lo que se hace en contra de la costumbre ordinaria, aunque sea más llevadero, parece más pesado”.¹¹

Discutiendo el tema del cambio de las leyes santo Tomás sostiene que hay dos razones diferentes que avalan un

cambio justo. La primera reside en la naturaleza del hombre, que teniendo una naturaleza racional se guía gradualmente por la razón, de lo menos a lo más perfecto.¹² La segunda razón debe encontrársela en las acciones que están sujetas a la regulación de la ley, y que pueden cambiar de acuerdo a la necesidad de las circunstancias. Todo cambio en la ley debe ser determinado según una *necesidad evidente* del bien común, ya que el cambio de la ley está supeditado a su contribución en el bienestar de la comunidad.¹³

“Es bien sabido”, dice Salleron, “que en las sociedades establecidas un procedimiento revolucionario probado lo constituye el retorno a las fuentes. Ya no se trata de podar el árbol para que brinde mejores frutos; se lo siega al ras del suelo so pretexto de devolver todo el vigor a sus raíces”.¹⁴ Pacal observó que la costumbre es equitativa por la sola razón que están consensuadas y que cualquiera que trate de ir hacia atrás con ellas a los primeros principios las destruirá:

"El arte de agitar y subvertir a los Estados —escribe Pascal— está en conmover las costumbres establecidas, profundizando hasta sus fuentes para señalar su falta de autoridad y de justicia. Es necesario, se dice, recurrir a las leyes fundamentales y primitivas del Estado, que una costumbre injusta ha abolido”, Se trata de una jugada segura para perderlo todo, nada parecerá justo cuando se practique un ejercicio de esta clase”.¹⁵

Incluso cuando un cambio en la ley produzca un gran beneficio este implicará también algún daño en el bien común en cuanto que un cambio en la ley, deja de lado una costumbre, y la costumbre es siempre una gran ayuda para la observación de las leyes. Cualquier cambio en una ley individual disminuye la fuerza y el respeto que se le da a la ley en general por la sencilla razón de dejarse de lado una costumbre.

Por lo dicho hasta aquí en relación a la importancia atribuida por santo Tomás de Aquino al mantenimiento de las costumbres existentes a menos que se exija un cambio por una necesidad abrumadora. Con una profunda mirada psicológica agrega que esto resulta verdadero incluso cuando las innovaciones contrarias a las costumbres son menores,

porque, aunque en si mismas sean menores, aparecerán importantes a la estimación general. De esto saca una conclusión general: la ley nunca debe cambiarse a menos que el bien común encuentre en la modificación al menos una adecuada compensación por el daño que le ocasiona la derogación de una costumbre.¹⁶ Observa el Profesor Hitchcock que violamos este principio en detrimento nuestro: “La caída del sentido de tradición en la Iglesia debilita severamente no solo su continuidad con los siglos pasados sino su coherencia con el presente”.¹⁷ A la misma conclusión arriba también el Johannes Wagner, Director del Instituto de Liturgia de Trier, cuando explica que:

“La historia ha probado cientos de veces que no hay nada más peligroso para la religión, de lo que resulte descontento, incertidumbre, división y apostasía mayor que interferir con la liturgia y consecuentemente con la sensibilidad religiosa”.¹⁸

Suarez, otra autoridad en la materia, insiste en que una ley será razonable cuando el legislador no se limite simplemente a demandar algo que los sujetos a la que se le aplique encuentren imposible, sino que la ley no debe incluso ser demasiado pesada, dificultosa, o desagradable, teniendo en cuenta la fragilidad humana. Tampoco debería (la ley) contradecir ninguna costumbre razonable porque la costumbre es una clase de “segunda naturaleza” y lo que es aborrecible “es considerado moralmente imposible”. El mismo autor subraya la necesidad de que las leyes tengan permanencia –no en el sentido de que nunca puedan ser abolidas, sino que de ocurrir el cambio sea conforme a circunstancias que pongan de manifiesto que determinada ley ya no es más justa. De modo que si la legislación busca trabajar por el bien común debe tener como objetivo la estabilidad y uniformidad dentro de la comunidad.¹⁹

Cuando exista la menor duda en cuanto a los beneficios que pueda originar un cambio en las leyes habrá que considerar seriamente el daño que resultará del cambio de una costumbre, pudiendo resultar de esto que sea mejor conservar la legislación vigente. Siendo por ejemplo la práctica aceptada el derecho de propiedad, en caso de duda, el derecho de propiedad será prioritario, más fuerte, que la

consideración de su abolición. El Profesor Hitchcock nos muestra como este principio opera en la legislación litúrgica:

“La manipulación de los símbolos sagrados para incrementar el sentido de la liturgia tiende a destruir su sentido y a alienar a los participantes del culto de la Iglesia”.²⁰

En su Constitución “*Auctorem Fidei*” (28 de agosto de 1794) el Papa Pío VI condenó al pseudo-Sínodo de Pistoya por su deseo de retornar a lo que según explicaban eran las fuentes primitivas para simplificar los ritos, la utilización de la lengua vernácula, y toda la Misa dicha en tono audible. El Papa puso especial énfasis en el hecho de que el Sínodo había sugerido un conflicto entre los principios que deben regular la celebración litúrgica y el orden *en uso actual* aceptado y aprobado por la Iglesia. Los cambios propuestos fueron condenados como “falsos, perturbadores del orden prescripto para la celebración de los misterios y fácilmente provocadores de varios otros males”.

La historia de muchas denominaciones Cristianas está repleta de instancias de ruptura, y hasta cismas, respecto a cambios en las costumbres establecidas, cambios que muchos modernos comentadores mirarían como triviales. La separación de los “Viejos Creyentes” de la Iglesia Ortodoxa Rusa es un ejemplo típico. Lo que prueban estos incidentes es ciertamente la agudeza de la mirada de santo Tomás en relación a los efectos nocivos de cambiar el *status quo* sin que existan razones abrumadoras para ello. De nuevo el Profesor Hitchcock explica que:

“El rechazo de los rituales tradicionales pone al individuo fuera de su comunidad y en consecuencia en una experiencia alienante, no tendiendo a aumentar su felicidad o sentido sino lo contrario”.²¹

Tal es la reverencia de la Iglesia Católica para con las tradiciones legítimas que cuando una costumbre es observada de modo continuo por un período mínimo de cuarenta años se le otorga la fuerza de la ley en el Derecho Canónico de la Iglesia, aún cuando nunca hubiera sido expresamente codificado. Esta costumbre solo puede ser

abolida mediante una legislación expresamente formulada a tal fin, y cuando exista alguna duda la ley más reciente debe ser tenida en cuenta en relación a la más antigua, y en tanto sea posible reconciliada con esta última: en otras palabras, cuando existan dudas puede observarse la ley que existía.

Incluso cuando una norma nueva contenga de modo manifiesto una cláusula que se sobreponga y contraríe a la ley, o, la costumbre, no puede reemplazar una costumbre de cien años, o, inmemorial, vigente a menos que la nueva norma haga referencia a ella expresamente. El testimonio de los grandes doctores católicos se refuerza con la opinión de Rousseau, que no precisamente simpatizaba con la Iglesia, “Por encima de todo es la antigüedad de las leyes lo que las hace santas y venerables. El pueblo pronto desprecia aquellas que cambian constantemente”.²² “Los rituales sagrados”, nota el profesor Hitchcock, “no pueden ser reformados sustancialmente sin provocar una seria desarticulación en la sociedad que ellos simbolizan”.²³

La aplicación de estos principios a los cambios litúrgicos de la Reforma Protestante son claramente explicados en la declaración de los obispos Católicos de la Provincia de Westminster en apoyo de “*Apostolicae Curae*”. Refiriéndose a las reformas de Cranmer, los obispos Católicos remarcan que las iglesias locales no están facultadas para diseñar nuevos ritos:

“No pueden omitir ni reformar nada en las formas cuyas tradición inmemorial hemos heredado. Pues tales costumbres inmemoriales, ya sea, o, no, que en el curso de los siglos vean incorporados agregados superfluos, deben, en consideración a la fe en la Iglesia como guarda divina de estas, que a fin de cuentas a conservado todo lo que es necesario, de modo tal que adhiriéndonos fuertemente a los ritos que nos han sido legados podamos siempre sentirnos seguros, mientras que si omitimos o cambiamos algo, podremos quizás estar abandonando precisamente ese elemento que es esencial... Pero la sustracción de ceremonias y costumbres previamente en uso, e incluso la remodelación de los ritos existentes de modo drástico, es una proposición que no tiene ningún antecedente histórico fundado, y que nos parece absolutamente inaudito”.²⁴

Los efectos sobre la vida religiosa en Gran Bretaña después de las reformas Protestantes es uno de los tantos ejemplos que reflejan la verdad de la sentencia que dice que “interferir con los ritos públicos es interferir con la verdadera fábrica del estado” (Confusio). Esto, obviamente no implica la imposibilidad de una reforma litúrgica, pero la reforma necesita no depender de una remodelación drástica de los ritos existentes, porque de lo contrario se estaría llevando a cabo una revolución litúrgica del tipo descrita en el capítulo VIII, y el principio *lex orandi, lex credendi*, explicado en ese capítulo, muestra claramente que cualquier cambio en el modo en que rendimos culto inevitablemente se acompaña de un cambio en lo que creemos. El profesor Hitchcock explica bien la incompatibilidad total de una reforma radical de la liturgia Católica con la naturaleza y las tradiciones de la Iglesia:

“La alteración radical y deliberada del ritual lleva inevitablemente a una alteración radical también de las creencias. Esta alteración radical causa una pérdida inmediata de contacto con el pasado vivo de la comunidad, que pasa a transformarse en una carga agobiante. El deseo de despojarse del peso del pasado es incompatible con el Catolicismo, que acepta a la historia como un desarrollo orgánico desde sus raíces más antiguas y que expresa su aceptación con profundo respeto por la Tradición”.²⁵

El hecho más evidente de que las alteraciones radicales del ritual llevan a alteraciones radicales en la creencia, es, por supuesto, la reforma de Cranmer tal como lo señala Monseñor Hughes:

“De un modo apenas perceptible, según pasaban los años, las creencias legadas de antiguo vivas en la cabeza y en el corazón del pueblo de los ritos que ahora están en desuso desaparecerían: sin la necesidad de ningún esfuerzo misionero sistemático que se proponga una prédica en su contra”.²⁶

Se puede, ciertamente, reformar la liturgia de acuerdo a los principios enunciados en este capítulo, principios basados no solo en la enseñanza de los grandes Doctores Católicos sino en la sabiduría general de la humanidad. Una reforma así fue la hecha por san Pio V con la promulgación de la Bula “*Quo Primum*” en 1570. Antes de analizar esta reforma en detalle podría pensarse en aquello que expone Tolstoy en “Ana Katerina”:

“Supone que quieras hacer un jardín en el frente de tu casa, y que justo en la entrada hay un árbol de varios siglos. Por más antiguo y enmarañado que sea no lo vas a cortar para plantar unas cuantas flores ¿no es así? sino que planearías plantar tus flores alrededor del viejo árbol. No puedes hacer crecer un árbol como ese en un año”.

Quizás el criterio más simple para distinguir una reforma litúrgica como la del Papa san Pio V y otra revolucionaria como la de Tomas Cranmer sea que esta última toma su hacha con gran gusto para derribar cualquier árbol en su camino, por más antiguo y nudos que tenga.

¹ EBCP, p.182.

² Introducción a la edición de Cabrol del Misal Romano.

³ J. H. Newman, “Ceremonies of the Church”, incluido en “Newman Against the Liberals: 25 Classic Sermons by John Henry Newman (Roman Catholic Books Box 255, Harrison, NY. 10528), p.147.

⁴ RS, p.70.

⁵ EBCP, p.183.

⁶ TR, p.119.

⁷ H. R. Williamson, “The Great Betrayal” (Devon, 1970), p.8.

⁸ ST, III. Q. IXXXIII, art.V.

⁹ ST, I, IIae. Q. XC, art. 4.

¹⁰ En el artículo del Padre Raymond Dulac, aparecido en el “*Courrier de Rome*” (nro. 15) se citan in extenso los autores principales.

¹¹ ST, I, IIae. Q. XCVII, art. 2.

¹² Idem., art.1.

¹³ Idem., art.2.

¹⁴ Louis Salleron, “La nueva misa”, Sección I, Capítulo II, p.14, ed. Iction, 1978, Buenos Aires.

¹⁵ “*Pensée 108*”, traducción al inglés por M.Turnell, “*Paschal’s Pensées*” (London, 1962), p.140.

¹⁶ ST, loc. Cit. supra. nota 11.

¹⁷ RS, p.75.

¹⁸ “*Reformation aus Rom*” (Munich, 1967), p.42.

¹⁹ “*De Legibus*”, t.5 & 6.

²⁰ RS, p.79.

²¹ Idem, p.86.

²² Citado en el “Courrier de Rome”, nro. 15.

²³ RS, p.132.

²⁴ VAC, p.42.

²⁵ RS, p.59.

²⁶ RIE, vol. II, p.111.

La Reforma y el Misal de san Pio V

“La cosa más bella a este lado del cielo”

Padre Faber

El Dr. Adrián Fortescue escribió que:

“Una liturgia uniforme en toda la Iglesia nunca ha sido un ideal Católico. Nadie quiere reemplazar la liturgias de oriente, o las de Milán y Toledo por la de Roma. Pero es un ideal razonable que aquellos que usen en rito Romano puedan usarlo uniformemente en una forma pura”.¹

En el tiempo del Concilio de Trento había una gran cantidad de usos locales. Una proliferación de ritos locales, tales como el rito de *Sarum* en Inglaterra que se desarrolló durante la edad media. Un análisis de los misales medievales muestra que prácticamente cada catedral tenía algunas prácticas litúrgicas propias, lo mismo sucedía con muchas órdenes religiosas como los Dominicos, Carmelitas y Cartujos. Como se refirió en el capítulo VIII, estas eran meras variaciones del rito Romano y no deben ser confundidas con esas otras tradiciones tan importantes como la Mozárabe o la liturgias Ambrosianas que bien pueden ser tenidos como ritos diferentes. Fortescue explica que:

“En todo lo que es importante, *Sarum* (y el resto de los ritos medievales) eran simplemente Romanos, el rito que todavía usamos. No solo todo el orden y la configuración eran la misma, sino que todas las plegarias principales eran también las mismas. El elemento esencial, el Canon, fue palabra por palabra el mismo que el nuestro. Ningún obispo medieval se hubiera atrevido a tocar la plegaria Eucarística”.²

La Reforma Protestante estimuló en cierto grado una reforma litúrgica que de todos modos había sido necesaria. Fortescue observa que:

“Naturalmente los Reformadores Protestantes hicieron estragos con la antigua liturgia. Esto fue así por completo en el plano conceptual (la Presencia Real, el Sacrificio Eucarístico, etc.). Sustituyendo para los nuevos servicios de Comunión uno que expresara sus teorías rompiendo por completo con la evolución histórica de la liturgia. El Concilio de Trento (1545-1563) en oposición a la anarquía de esos nuevos servicios quiso que la Misa Romana fuera celebrada de modo uniforme en todas partes. Los usos medievales locales habían durado demasiado tiempo, volviéndose muy floridos y exuberantes, y en su variedad causaban confusión”.³

En la sesión dieciocho el Concilio designó una comisión para examinar al Misal, para revisarlo y restaurarlo “de acuerdo a la costumbre y al rito de los Santos Padres”, utilizando para ese fin los mejores manuscritos y otros tantos documentos. “Cumplieron su tarea muy bien”, comenta Fortescue. El 14 de julio de 1570, el Papa publicó el Misal reformado con la Bula “*Quo Primum*”. Su título fue: “*Missale Romanum ex decreto ss. Concilii Tridentini restitutum*”.⁴ San Pio es honrado por la Iglesia como un instrumento elegido por Dios “*ad conterendos Ecclesiae hostes et ad divinum cultum reparandum*”. Esa reforma fue llevada a cabo en un todo de acuerdo a los principios enunciados en el capítulo IX. No puede haber un contraste más grande con la revolución descrita en el capítulo VIII. Hasta el tiempo de san Pio V la historia del rito Romano venía desarrollándose de un modo gradual y natural. El Padre David Knowles, un intelectual británico de renombre al momento de su muerte en 1974, explica que:

“El Misal de 1570 fue efectivamente el resultado de lo instruido por Trento, pero de hecho fue más bien respecto al Ordinario, Canon, Propios de cada tiempo una réplica del Misal Romano de 1474, el cual en su orientación repite en todo lo esencial la práctica de la Iglesia Romana en la época de Inocencio III, y el mismo derivado del uso

de san Gregorio Magno y sus sucesores en el siglo VII. En síntesis, el Misal de 1570 fue en lo esencial el que se utilizaba en la liturgia Europea medieval que incluye a Inglaterra y sus ritos”.⁵

Fortescue considera que el reinado de san Gregorio Magno marca una época en la historia de la Misa, siendo que nuestra liturgia data en lo esencial de ese tiempo:

“Hay, además, una tradición fiable que refiere que san Gregorio Magno fue el último en tocar la parte esencial de la Misa llamada Canon. Benedicto XIV (1740-1758) dijo que “Ningún papa ha agregado o cambiado el Canon desde san Gregorio”.⁶

Si esto es así o no, no es de gran importancia, e incluso si algunos agregados menores tuvieron lugar después, quizás algunos “Amen”, lo que cuenta es que existió una tradición en la Iglesia Romana de más de mil años conforme a la cual no podía modificarse el Canon. El Cardenal Gasquet explica:

“El hecho de un Canon inmodificado durante trece siglos, es el testimonio más resonante de la veneración en que se lo ha tenido y del escrúpulo que ha inspirado tocar tan sagrada herencia que nos viene de la más remota antigüedad”.⁷

Aunque el rito haya seguido desarrollándose después del tiempo de san Gregorio, Fortescue observa que:

“Todas las modificaciones posteriores fueron conformes a los arreglos antiguos, y las partes más importantes no fueron modificadas. En líneas generales el texto de la Misa que tenemos data del tiempo de san Gregorio, su orden y arreglos, como una tradición sagrada que nadie ha osado tocar excepto en detalles sin importancia”.⁸

Entre estos agregados:

“Las plegarias dichas al pie del altar forman parte de lo último que se ha agregado. Se desarrollaron en la edad media en las preparaciones privadas y no estaban

formalmente inscriptas antes del Misal de san Pio V (1570)".⁹

Aunque fueron muy utilizadas antes de la Reforma, tal como lo prueba el hecho que tanto Lutero como Cranmer consideraban necesaria la abolición del "*Judica me*" que hace referencia al sacerdote yendo hacia el altar de Dios, y el "*Confiteor*" –como se analizará en el capítulo XII en relación al servicio de Comunión de 1549 de Cranmer.

"El "Gloria" fue introducido gradualmente, al principio solo para ser cantado en las fiestas en las misas de obispos. Probablemente haya sido una costumbre Galicana. El "Credo" llegó a Roma en el siglo IX. Las Plegarias del Ofertorio y el "Lavabo" fueron introducidos más allá de los alpes apenas antes del siglo XIV. El "Placeat", la Bendición y el Ultimo Evangelio fueron introducidos gradualmente en la Edad Media".¹⁰

Debe aclararse que en relación a estas plegarias casi siempre se trataba de oraciones muy utilizadas litúrgicamente mucho antes de su incorporación oficial en el rito Romano. El "*Suscipe, sancte Pater*" puede ser rastreado por ejemplo en el libro de plegarias de Charles the Bald (875-877).¹¹ Sería un error concluir que en relación a la liturgia Romana o a cualquier otra liturgia que una forma más antigua habría sido mejor. No debe sorprendernos que en tanto el rito Romano se extendía en Occidente en los siglos VI, VII, y VIII y gradualmente suplantara a los ritos existentes al mismo tiempo fuera influenciado por aquellos. La fusión entre el rito Romano original con elementos Galicanos explica el emergente de muchos ritos medievales derivados, aunque no fueran ritos en si mismos (autónomos) sino que más bien eran variaciones del rito Romano. El Canon, por supuesto, permaneció inmodificado. Habiendo sido el rito Romano totalmente satisfactorio tanto para los sacerdotes como para el pueblo, resulta improbable que los elementos incorporados de los ritos Galicanos lo hubieran hecho eventualmente en la liturgia de la misma Roma. Se trata entonces de una forma del desarrollo de la liturgia totalmente conforme con los principios enunciados en el capítulo IX. También debe notarse que las plegarias que se incorporaron al Misal

Romano después de san Gregorio Magno fueron las primeras en ser rechazadas por los Reformadores, lo cual es muy sorprendente dada la claridad de su contenido doctrinario que provocaron que la Iglesia las aceptase guiada por el Espíritu Santo. Esta tendencia del rito a expresar más claramente lo que contiene está perfectamente de acuerdo con el principio "*lex orandi, lex credendi*".

La exposición, muy autorizada, de la doctrina Católica editada por Canon George Smith explica que:

"A lo largo de la historia del desarrollo de la liturgia sacramental, la tendencia siempre ha sido hacia el acrecentamiento –los agregados y la acumulación como esfuerzo por obtener una más clara y perfecta significación del simbolismo".¹²

Lo cual está completamente de acuerdo con la tercer característica que el Cardenal Newman describe como parte de un verdadero desarrollo: el poder de la asimilación.

"En el mundo físico, todo lo que tenga vida se caracteriza por el crecimiento, por lo que crecer de ningún modo significa dejar de vivir. El crecimiento se sirve tomando para sí la sustancia de los materiales externos, y esta absorción o asimilación es completada cuando los materiales apropiados pasan a pertenecerle o ingresan a su unidad... Un proceso plasmado de eclecticismo, conservadorismo, asimilación, robustecimiento, un poder unificador, que es en esencia la tercer prueba de un desarrollo de los fieles".¹³

Estos agregados no solo enriquecieron a la Misa doctrinalmente como lo explica Fortescue:

"Si alguien aventurara alguna crítica a estos agregados desde un punto de vista estético, sería que son excesivamente alegres. El antiguo rito Romano, a pesar de su dignidad y simplicidad arcaica, tenía la desventaja de no tener mucho brillo. Las liturgias Orientales y Galicana son en cambio muy floridas para nuestro gusto y muy largas. Los pocos elementos no-Romanos en nuestra Misa no van en desmedro de su dignidad y al

contrario le otorgan mayor variedad y una emoción grave que la hace más bella.¹⁴

Ya debe estar bastante claro que existe una diferencia radical entre el tipo de reforma llevada a cabo por san Pio V y la acción “sin precedentes” de los Reformadores Protestantes en la creación de “sus propios ritos” que fue contundente y justamente condenados por los obispos Católicos de la Provincia de Westminster en el pasaje citado en la conclusión de los capítulos VIII, y IX. Sobre la naturaleza de la reforma de san Pio V veamos lo que Fortescue explica en relación a la parte de la misa que mencionamos, las plegarias al pie del altar.

“La confesión de los pecados es también una preparación común a muchos ritos. Fue el Misal de san Pio V que finalmente fijó las plegarias del celebrante en la forma que hoy conocemos. Hace mucho que existían en esa o en combinaciones similares, todas con un conjunto alternativo de plegarias. Los revisores de la comisión Tridentina solo adoptaron la uniformidad en el uso de una de las formas más difundidas”.¹⁵

Comentando la Bula “*Quo Primum*” el Padre Raymond Dulac observa que:

“Es característico de un gran líder que cuanto más firme es en imponer obligaciones más escrupuloso será respecto a los derechos, no simplemente en relación a los derechos generales y absolutos de una persona abstracta, sino respecto a los derechos históricos de los individuos y de las comunidades en particular, incluso cuando estos hayan sido adquirido solamente por costumbre”.¹⁶

El Papa Pio V permitió la conservación del rito cuyo uso tuviera doscientos años como también los de las ordenes religiosas como los Dominicos, Carmelitas y Cartujos. Después de confirmar el derecho de las ordenes religiosas, capítulos, etc., en la posesión pacífica de sus Misales, san Pio V les permitió a estas comunidades renunciar a estos a favor del propio (de san Pio) “*si iisdem magis placeret*”: “si su Misal (el de san Pio) les placía más”. Pero con la condición: que esta

preferencia fuera aprobada por sus obispos o superiores como por “todo el capítulo”. Aquí de nuevo, el Papa, mientras favorece el uso de su propio Misal, en ciertos casos no desea infringir los derechos establecidos, y efectivamente, permite que estos tengan prioridad.

Cabe mencionar que estos Misales mencionados son casi idénticos con el Romano teniendo apenas algunas variaciones menores. La Misa traída a Inglaterra y Gales por sacerdotes martirizados durante el reinado de Isabel I fue de hecho la de san Pio V, adoptada por el College Inglés en Douai, y el 20 de diciembre de 1576 George Godsalf debió haber sido el primer sacerdote ordenado que haya ofrecido la misa de acuerdo al misal reformado.¹⁷

Han habido revisiones desde la reforma de san Pio V, pero como explica Fortescue, hasta su tiempo en 1917, estas han sido precisamente para mantener al misal en la línea de la reforma de 1570. Durante los años de Clemente VIII (1592-1605) los impresores habían corrompido el texto de muchos modos. El trabajo de la comisión designada por Clemente VIII “fue solo para corregir estas corrupciones, las cuales no afectaban de ningún modo a la Misa... Benedicto XV (1740-1758) que tanto hizo por la reforma de la liturgia no revisó el Misal”.¹⁸ Fortescue analiza todas las reformas posteriores a Trento hasta el momento en que escribe y concluye que:

“Desde el Concilio de Trento la historia de la Misa no tiene nada que ver con la composición y la aprobación de nuevas misas. El esquema y todas las partes fundamentales permanecen las mismas. Nadie ha pensado en tocar la liturgia venerable de la Misa Romana a excepción del agregado de nuevos Propios”.¹⁹

Las reformas de Pio XII van bastante más allá de lo recién mencionado respecto a los servicios de la Semana Santa. Aunque un análisis objetivo de sus reformas las encontrará totalmente conformes con los principios expuestos en el capítulo IX, y no es necesario aclarar, la misma Misa no fue cambiada en nada. Fortescue escribe:

“En esencia el Misal de san Pio V es el Sacramentario Gregoriano, que a su vez está formado del libro Gelasiano que depende de la colección Leonina. Podemos encontrar

las plegarias de nuestro Canon en el tratado “*De Sacramentis*” y alusiones a ellas en el siglo IV. Por lo que nuestra Misa se remonta sin cambios esenciales a la época de su primer desarrollo en el origen de la liturgia más antigua. Incluso todavía guarda la fragancia de esa liturgia de los días cuando de cuando el Cesar gobernaba el mundo y a través de él se podía dar la impronta a la Fe de Cristo, cuando nuestros padres se congregaban antes del amanecer y cantaban un himno a Cristo como su Dios. El resultado final de nuestra indagación es que a pesar de problemas irresolutos, a pesar de los últimos cambios, no hay en la Cristiandad otro rito tan venerable como el nuestro”.²⁰

Y de nuevo:

“El Misal de san Pio V es el que todavía utilizamos. Las revisiones posteriores son de poca importancia. Sin duda en cada reforma se puede encontrar algo que uno hubiera preferido que no se cambie. Aún así, una mirada justa y razonable convendrá en que la restauración de san Pio V fue en su totalidad eminentemente satisfactoria. El criterio de la Comisión (designada por el Papa) fue la antigüedad. Abolieron la ornamentalidad de caracteres tardíos y la hicieron (a la liturgia) más simple sin destruir todos aquellos elementos pintorescos que añadían belleza poética a la severa Misa Romana. Se expulsaron las huestes de largas secuencias que continuamente llenaban la Misa, guardándose, sin titubear, las mejores cinco; redujeron las procesiones y los ceremoniales muy elaborados pero conservando lo realmente importante de las ceremonias, candelas, cenizas, salmos, y los bellos ritos de la Semana Santa. Ciertamente, en occidente debemos estar felices de tener el rito Romano en la forma del misal de san Pio... Hay muchos días todavía en los cuales decimos la Misa tal como fue dicha en los días de los libros Gelasiano y Leonino. Y en cuanto a las nuevas Misas estas solo están afectadas en el Propio. Nuestro Canon está inmodificado y así también todo el esquema de la Misa. Nuestro Misal es todavía el de Pio V. Deberíamos estar muy agradecidos que esa Comisión

fuera tan escrupulosa en conservar y restaurar la antigua tradición Romana”.²¹

La antigüedad de la Misa Romana es algo que debe ser enfatizado. Hay, como dice Fortescue, un “prejuicio que supone que todo lo Oriental debe ser antiguo”. Esto es un error y no hay una liturgia Oriental con una historia de uso continuo en el tiempo que se remonte tan lejos como la Misa Romana”.²² Y esto es particularmente en relación al Canon Romano. Dom Cabrol o.s.b. “padre” del movimiento litúrgico moderno, observa que: “El Canon de nuestro rito Romano, es el ejemplo más antiguo y más venerable de todas las plegarias Eucarísticas en uso hoy”.²³

De un modo similar, el P. Louis Bouyer, uno de los líderes del movimiento litúrgico moderno, escribe:

“El Canon Romano, tal como está hoy en día, se remonta a San Gregorio Magno. Ni en Oriente ni en Occidente existe alguna plegaria Eucarística que permanezca en uso actualmente que pueda jactarse de semejante antigüedad. Así pues ¿de arrojarlo por la borda la Iglesia Romana no estaría negando todo lo que afirma, aún más allá de decirse la verdadera Iglesia Católica a los ojos no solo de los Ortodoxos sino también de los Anglicanos e incluso de los Protestantes que todavía tengan algún afecto por la tradición?”.²⁴

No hay ninguna exageración en destacar la importancia del Misal Romano tradicional. El Dr. Antón Baumstark (1872-1948) posiblemente el liturgista más grande del siglo, manifestó esto mismo cuando escribió que todo creyente tiene parte en esta liturgia.

“Se siente (el creyente) estar vinculado con aquellos que antes que él, desde los más remotos días de la Cristiandad, ofrecieron plegarias y sacrificios, y con aquellos que en el futuro también ofrecerán las mismas plegarias y el mismo sacrificio, mucho después que el último vestigio de su cuerpo mortal desaparezca entre las cenizas”.²⁵

Aquellos que reflexionen sobre la naturaleza del misterio de la Misa se asombrarán como es que alguien se atreve a celebrarla, como un sacerdote se atreve a pronunciar las palabras de la Consagración que renueva el sacrificio del Calvario, incluso como el hombre más santo se atreve a pisar el lugar en donde este sacrificio es ofrecido. *Terribilis est locus iste: hic domus Dei est, et porta coeli; et vocabitur aula Dei.* (“Terrible es este lugar: ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo y se debe llamar el palacio de Dios”).²⁶

Es natural que la Iglesia, la cuidadora de estos santos misterios, los vista con los más solemnes y bellos ritos y ceremonias posibles. Del mismo modo es natural que el libro que contiene estos ritos se apropie de algo de la asombrosa veneración evocada por los propios misterios sagrados. Esta veneración por el Misal tradicional fue explicada por Dom Cabrol como sigue:

“Estando el Misal relacionado directamente con la Misa y la Santa Eucaristía, que es el principal de los Sacramentos, tiene el derecho a nuestra veneración, junto con el Pontifical y el Ritual, porque estos tres formaron en la Iglesia primitiva un solo volumen, así como hemos visto al hablar del Sacramentario. La Iglesia misma parece enseñarnos por sus acciones la reverencia en que se debe tener al Misal. En la celebración de la Misa Solemne es traído (el Misal) por el diácono en procesión solemne para leer el Evangelio del día, lo incienso como signo de respeto, y es besado por el sacerdote ya que contiene la misma palabra de Dios.

En la Edad Media toda clase de arte era volcado sobre él. Era adornado con delicadas miniaturas, con la más hermosa escritura, y las letras se cubrían con marfil o incluso con plata y oro, incrustándoseles joyas como a preciosos relicarios.

En el curso de los siglos el Misal ha sido especialmente guardado por la Iglesia a fin de que no se deslizara en su interior ningún error, siendo una síntesis de la auténtica enseñanza de la Iglesia que revela el verdadero significado del misterio que se alcanza en la Misa y de las oraciones que usa la Iglesia”

Dom Cabrol también elogia la incomparable belleza del Misal desde el punto de vista literario y estético. Destaca que no se trata de una cuestión de mero “amor al arte”:

“Sabemos que la verdad no puede existir sin la belleza... la belleza de la plegaria consiste en la verdadera y sincera manifestación de un sentimiento profundo. La Iglesia nunca ha desdeñado esta belleza de forma que esta resulta en consecuencia de la verdad; las grandes catedrales en donde en tiempos pasados se prodigaban todas las maravillas del arte son un testimonio de esto mismo”.

El valor histórico del Misal como un vínculo vivo con las más antiguas y constitutivas raíces de la civilización Cristiana en Europa es otro punto sobre el que pone atención Dom Cabrol.

“Su antigüedad no es una mera cuestión arqueológica, si ese fuera el caso no nos extenderíamos mucho más sobre el tema porque la importancia es otra, la antigüedad prueba la perpetuidad de la Iglesia y la continuidad de sus enseñanzas. Tenemos vida por nuestra tradición, pero la Iglesia Occidental nunca ha confundido la fidelidad a la tradición con la afición a las antigüedades; vive y crece con el tiempo, siempre avanzando hacia su objetivo; la liturgia del Misal con sus cambios y desarrollos a lo largo de los siglos es una prueba de esto; lo que prueba también que la Iglesia no niega su pasado; posee un tesoro de donde obtiene lo nuevo y lo antiguo; y este es el secreto de su adaptabilidad, reconocida incluso hasta por sus enemigos. Aunque adopte ciertas reformas, nunca olvida su historia pasada y guarda cuidadosamente sus reliquias antiguas.

Así es como se explica el creciente respeto por la liturgia, y de este gran renacer litúrgico que se ve en estos días. Aquello que podríamos llamar los “arcaísmos” del Misal son la expresión de fe de nuestros padres, la cual es nuestro deber custodiar y pasar a la posteridad”.

Ese fue el espíritu auténtico del movimiento litúrgico Católico, en un todo conforme con los principios descritos en el capítulo IX, y en un contraste total con el espíritu

manifestado por los Reformadores Protestantes. Era por sobre todo el contenido teológico del Misal el que se ganó el elogio de Dom Cabrol, que eran precisamente las razones que lo hacían inaceptable a los Reformadores. Escribe en la introducción a su Misal diario:

“Un papa en el siglo V, en el curso de una famosa controversia, pronunció las siguientes palabras que deben ser tenidas, desde entonces, como un axioma de teología: *Legem credendi lex statuat supplicandi* (que sea la ley del que reza la que establezca la ley de la fe), en otras palabras, la liturgia de la Iglesia es una guía segura para su enseñanza.

Por sobre todo la Iglesia aprecia mucho la integridad de su fe de la que es guardiana: no podría por lo tanto permitir que sus plegarias oficiales y el culto estuvieran en contradicción con su doctrina. Así, es como siempre ha estado sobre las fórmulas de su liturgia con el mayor de los cuidados, corrigiendo o rechazando aquello que parecía de algún modo teñido de error.

Los libros litúrgicos son por consiguiente una expresión auténtica de la fe Católica, y son, de hecho, una fuente de la cual los teólogos pueden, con total seguridad, extraer sus argumentos en defensa de la fe. La liturgia mantiene un lugar importante entre el *loci theologici* (las fuentes teológicas), y en este respecto su mayor exponente es el Misal, el cual no es por supuesto un manual de Teología Dogmática, sino que está vinculado con el culto a Dios y no con cuestiones debatibles. No obstante es verdad que en el Misal tenemos una magnífica síntesis de la doctrina Cristiana, de la Santa Eucaristía, el Sacrificio, de las plegarias del culto Cristiano, de la Encarnación y de la Redención, de hecho, en el Misal todos los dogmas de la Fe encuentran su expresión”.

No debería sorprendernos que cuando san Pio V finalmente codificó el rito de la Misa Romana haya guardado esta joya de nuestra fe de un modo que superase la perfección humana en un velo místico digno del misterio divino que guardaba. Hubiera sido en cambio sorprendente que esto no hubiera sucedido con la liturgia que rodea el acto sagrado sobre el cual se apoya el corazón de la religión fundada por Dios Hijo

para gloria de Dios Padre, guiado e inspirado por el Espíritu Santo.

“La predominante influencia del Espíritu de Dios, que dirige incluso hasta en materias secundarias las cuestiones de la Iglesia visible, en ningún lugar parece más evidente y pautaada como en el arreglo del rito de la Santa Misa que... en su estado presente guarda semejante belleza, perfección en su todo, es efectivamente, una obra magnífica, que motiva la admiración de cualquier persona reflexiva. Aún los más amargos adversarios de la Iglesia no podrían negarlo, una apreciación estética desprejuiciada admitiría que más allá de sus gustos personales la Misa debe tenerse como una de las obras maestras más grandes jamás creadas”.²⁷

En su libro, “Esta es la Misa”, Henri Daniel-Rops escribe:

“El Catecismo del Concilio de Trento declaró que ninguna parte del Misal debe ser considerada vana y superflua; ya que ni la menor de sus frases puede pensarse como carente de importancia o insignificante. La brevedad de sus formularios, las frases que no toman más que de unos pocos segundos en pronunciarse, forman las partes que integran el todo que expresan los dones de Dios, el sacrificio de Cristo y la gracia que se nos regala. Toda esta concepción tiene en vista un tipo de sinfonía espiritual en la que todos los temas son tocados como siendo expresados, desarrollados, y unificados bajo la guía de un propósito”.²⁸

La belleza, el valor, y la perfección de la liturgia Romana de la Misa, son a tal punto reconocidos universalmente y admirados, que el P. Faber describe como “la cosa más hermosa de este lado del cielo”, y continua:

“Viene de lo más íntimo de la Iglesia, y nos pone fuera de la tierra y fuera de nosotros mismos, nos envuelve en una nube de mística dulzura y ante una sublimidad mayor que la liturgia angélica, nos purifica casi sin la necesidad de nuestra intervención, cautivándonos con celestial encanto, de modo tal que nuestros sentidos parecen

encontrar una visión, sonido, fragancia, gusto y tacto más allá de lo que la tierra pueda dar”.²⁹

Esta obra maestra divinamente inspirada, con algunas pocas variaciones sin importancia, era la liturgia que fue objeto de la furia de la revolución descrita en el capítulo VIII. Los detalles de su destrucción se relatan entre los capítulos XI y XIII.

Cuando Lazlo Toth atacó la Piedad de Miguel Angel en 1972 el mundo quedó horrorizado. Tanto creyentes como no creyentes se unieron en un mismo sentimiento ante el ultraje. “¿Cómo alguien podría levantar la mano contra algo tan bello?” era lo que se preguntaba todo el mundo. Como hombres que son sacerdotes e incluso obispos pudieron levantar sus manos para destruir “la cosa más bella a este lado del cielo” es una pregunta que no puede responderse en términos humanos. Aunque fuera el *Sarum* y no el rito de la Misa Romana el que Cranmer destruyó, ambos ritos eran idénticos no solo en esencia sino en innumerables particularidades.

El Introito para la Fiesta de los Mártires Ingleses y Galeses comienza con un verso del Salmo 28: “Oh Dios, los paganos han entrado en tu heredad: han desafiado tu santo templo, han hecho de Jersulem un frutero”. Hay poco que agregar salvo observar que esa fiesta del 4 de mayo está seguida el 5 de mayo por la de san Pio V en cuya oración colecta se da gracias a Dios: “que para desbaratar a los enemigos de tu Iglesia, para restaurar el culto divino, te dignaste elegir Sumo Pontífice a S. Pio”.

¹ TM, p. 208.

² Idem. ps. 204-5.

³ Idem. ps. 205-6.

⁴ Idem. ps. 206-7

⁵ “The Tablet”, 24 de julio de 1971, p. 724.

⁶ TM, p. 172.

⁷ EBCP, p. 197.

-
- ⁸ TM, p. 173.
- ⁹ Idem. ps. 183-4.
- ¹⁰ Idem. 184.
- ¹¹ Idem, p. 305.
- ¹² TCC, p. 1056.
- ¹³ DCD, Cap. V, Secc. III, I, ps. 185-6.
- ¹⁴ TM, p. 184. La difusión del Rito Romano y la incorporación de elementos Galicanos es discutida con mayor detalle en los capítulos XI y XII.
- ¹⁵ TM, p. 225.
- ¹⁶ “Intinéraires”, Nro. 162, p. 40.
- ¹⁷ TM, p. 202n.
- ¹⁸ Idem. ps. 208-9.
- ¹⁹ Idem. p. 211.
- ²⁰ Idem. p. 213.
- ²¹ Idem. p. 208, y p. 213.
- ²² Idem. p. 213n.
- ²³ Introducción a la edición preparada por Cabrol al Misal Romano.
- ²⁴ Citado en “A sharp critique” (Ogilvie Foundation, Edinburgh, 1970), p. 3.
- ²⁵ Citado en “A shorter history of the western liturgy”, T. Klauser, p. 18.
- ²⁶ Común de la Dedicación de una Iglesia.
- ²⁷ Dr. J. H. Oswald, citado por N. Gehr en “The Holy Sacrifice of the Mass” (St. Louis, 1908), p. 337.
- ²⁸ H. Daniel Rops, “This is the Mass” (London, 1959), p. 34.
- ²⁹ Op. cit., nota 27.

Medidas Preparatorias

“La iconoclasia fue el sacramento central de la reforma...”

Eamon Duffy

El primer paso de la Reforma Inglesa no fue provocado por la herejía, como fue el caso en Alemania, sino por la insistencia del Rey en llevar adelante su impronta en esta “gran materia”, sin importar sus consecuencias para la fe -a la que había defendido y por ello honrado por el Papa.

Aunque repudiar la autoridad papal constituye herejía, Hilaire Belloc está en lo cierto cuando afirma que lo que tuvo lugar bajo Enrique VIII podría ser descrito como un “cisma”.

“No se caracterizó tanto por su empeño en una herejía doctrinal sino más bien por crear una Iglesia Nacional idéntica -o virtualmente idéntica- en lo moral y doctrinario con la Iglesia universal, separada de esta última... aunque el período de 1533-1547 en retrospectiva no puede ser tenido por otro que no sea el comienzo de la Reforma Inglesa, aunque no haya sido afín a la Reforma en su comienzo.

Insisto: no era un movimiento herético según el significado corriente del término, esto es, no combatía ninguna de las doctrinas principales como si sucedía y de modo violento en el continente Europeo. Se negó, efectivamente, la autoridad del Papa, y esto no solo no causó que se negara la transubstanciación, la Misa, y todo el sistema sacramental sino que se lo afirmó tenazmente. Podríamos decirlo de este modo para el hombre común en su vida diaria y en relación a sus deberes religiosos semanales las cosas parecían no haber cambiado en nada. La destrucción de los monasterios no tenía nada que ver con la doctrina. El voto del celibato no solo seguía vigente sino que se impusieron penalidades más graves ante su violación, y aunque había muchos Protestantes, no fueron sino una minoría los perseguidos,

tanto o quizá más que sus colegas en otras partes de la Cristiandad”.¹

Enrique VIII fue extremadamente conservador en materia litúrgica. Los misales en latín que era utilizados en diferentes diócesis de Inglaterra y Gales no fueron modificados durante su reinado. Monseñor Philip Hughes nos da una excelente imagen de la vida religiosa del pueblo en Gran Bretaña en las vísperas de la Reforma, y lo que escribió en relación a la misa puede ser aplicable extensivamente hasta la fecha que asume el joven Rey Eduardo VI, en 1547:

“Todos los domingos, en los días de fiesta, en los días de la Semana Santa (de donde viene nuestra palabra “holiday”: día de fiesta, “holy day”), todos estos Católicos iban a sus iglesias parroquiales y asistían al rito de la Eucaristía que era la parte central de su religión, el servicio llamado la Misa, un servicio por cierto de alabanza y oración y acción de gracias, pero esencialmente una acción, verdaderamente ofrecida por el sacerdote cuyo ofrecimiento hacía en nombre de la Iglesia, como también ofrecida por él como el agente humano del oferente real, el sacerdote divino, el Mismo Jesucristo: un sacrificio en el que la víctima era Jesucristo. La misa era el ofrecimiento una vez más de Cristo el Mismo al Padre como acto propiciatorio por los pecados del mundo, no en orden a merecer el perdón por ellos como en el Calvario, en la Cruz, sino en orden a proveer en particular a cada hombre de modo que haga propio ese perdón, en orden a que los méritos ganados por la Cruz puedan serle aplicados. El domingo, desde los tiempos más antiguos, ha sido para los Católicos lo que para los Judíos el Sabat, el día del Señor, consagrado por el testimonio de toda la comunidad presente en el ritual del culto, absteniéndose cada uno del trabajo de todos los días. Descuidar la asistencia a misa los domingos y en esos días especiales de fiesta era tenido como un pecado serio, como también lo era descuidar la observancia de la ley que prohibía el trabajo ordinario en todos esos días. Alrededor de la iglesia estaban las estatuas de los santos, y pintadas en las paredes, escenas que narraban los grandes eventos de la escrituras o de la vida de los

santos. Un tema favorito era el Juicio Final, Cristo al fin de los tiempos juzgando a toda la humanidad. Destacable entre los santos era el patrono de una iglesia en particular o pueblo, los santos tradicionalmente asociados con la campiña, y por sobre todos, Maria, la made del Dios-Hombre, Jesucristo. Estas iglesias, generalmente, eran el orgullo del pueblo, por sus estatuas y pinturas y las cedas destinadas para alguna vestimenta especial, o para el cáliz u otros vasos sagrados”².

El esplendor de los santuarios en Inglaterra fue uno de los más notables en Europa, y las peregrinaciones a estos eran una parte importantísima del entramado social del país como habían sido desde la época en que los peregrinos de Chaucer partían a Canterbury. Hugh Ross Williamson cita el testimonio de un piadoso visitante Veneciano sobre el pueblo Inglés:

“Todos asisten a misa cada día, y dicen muchos Paternosters en público. Las mujeres llevan largos rosarios en sus manos, y el que puede leer toma el Oficio de Nuestra Señor con ellos y con alguna otra compañía lo recita en la iglesia verso por verso, en voz baja, como la hace el clérigo. Los domingos siempre escuchan misa en su iglesia parroquial y son liberales en sus limosnas”.³

Sería, sin embargo un error presentar una escena idealizada de la Iglesia de la Pre-Reforma en Inglaterra que fue deficiente al dejarse dirigir por una minoría del clero. La crítica al clero debe remontarse más allá de la Reforma, antes, en los textos de Chaucer o Langland. Pero estos textos no escandalizaban a los laicos ya que hacían una distinción muy clara entre la Iglesia y los hombres de la Iglesia.

John Colet, el Dean de San Pablo, fue un sacerdote de cuya ortodoxia y devoción, “*The Catholic Encyclopedia*” nos asegura no puede haber ninguna duda.⁴ En 1511 dijo un sermón condenando los errores de los Lollardos. En lugar de atacar a los herejes su objetivo fueron las faltas del clero que según refirió eran la fuente de todas las herejías. Condenaba a aquellos clérigos que anteponían a sus deberes de oficio la ambición mundana, la diversión, y la codicia.⁵ Denunciaba

que semejante secularización era indigna de la tarea sublime del oficio sacerdotal:

“Primero, la dignidad del sacerdocio es deshonrada, la cual es más grande que la del rey o el emperador: y es en cambio igual a la dignidad de los ángeles. Pero el brillo de esa dignidad es severamente ensombrecido cuando los sacerdotes se ocupan de cosas terrenales en vez de tener la cabeza puesta en las cosas del cielo”.⁶

Colet fue el consejero espiritual de santo Tomás Moro quien a su vez fue un crítico severo de las faltas del clero durante el reinado de Enrique VIII, pero al mismo tiempo incondicional, a veces el único, defensor laico de los derechos de la Iglesia cuando Enrique obligó ir al cisma a sus súbitos. En un análisis detallado que hizo el Cardenal Gasquet de los escritos de Moro en este tema, mostró que rechazaba cualquier sugerencia en torno a que fuera el clero un cuerpo corrupto.⁷ Esta es la conclusión que sostiene uno de los mejores intelectuales modernos que ha probado cuan lejos de la realidad es la posición que interpreta enteramente Protestante a la Reforma Inglesa. Esa interpretación se basa en lo escrito por John Foxe la cual supone que porque sucedió la Reforma Protestante luego ella debió ser necesaria y querida. Por el contrario, tal como este capítulo lo desarrollará, la Reforma Protestante sucedió solo porque fue impuesta como un acto de estado.

“Con un alto nivel de reclutamiento de sacerdotes, un mercado de libros religiosos considerable, y más y más altares e imágenes que llenaban las iglesias, la piedad católica estaba floreciente en los años inmediatamente anteriores a la Reforma”.⁸ Los laicos se involucraban con fervor en la vida de la Iglesia a través de innumerables comunidades y confraternidades religiosas florecientes.⁹ El Profesor J. J. Scarisbrick considera la magnitud sin precedentes de iglesias y sus mejoras son una de las circunstancias más significativas:

“Las iglesias parroquiales medievales son una de las glorias de Inglaterra. Ningún otro país esta tan ricamente dotado de ellas. Dentro de los ciento cincuenta años, o más, anteriores a la Reforma, la altas torres de estilo

perpendicular, en un promedio de cada tres, dos, al menos formaban parte de un programa de ampliación ya sea que se trate de iglesias rurales o de grandes templos en las ciudades. Aquellos que creen en la decadencia de la Iglesia en la baja Edad Media tienen que explicar esta entusiasta reconstrucción”.¹⁰

Al margen de la remarcable piedad del laicado inglés este no dudó en criticar las faltas del clero. Estaban menos preocupados en las pequeñas faltas morales, “que eran muy raras”, que en la falta más frecuente de la avaricia. Las quejas tenían su origen en el rechazo de algunos sacerdotes de dar el servicio de entierro antes de recibir una donación, no administrando el sacramento cuando les era solicitado.¹¹ Aunque recientemente un análisis hecho en torno a las visitas episcopales ha mostrado que semejantes abusos eran mucho menos extendidos que lo pretendido por los historiadores Protestantes:

“Sobre la temática de la educación clerical, moralidad, y cuidado pastoral, ha sido demostrado en un considerable número de estudios regionales que fueron exageradas las deficiencias por los historiadores más antiguos y que en cambio la conducta regular del clero era aparentemente satisfactoria para los feligreses... por cada Cardenal Wolsey y por cada Prior More de Worcester hubo cientos de curas muy trabajadores y pobremente-pagos.”¹²

Estos sacerdotes eran como el “párroco pobre” de ciudad que describió Chaucer en el Prologo a los “Cuentos de Canterbury”:

“Nos acompañaba también un hombre religioso y bueno, Párroco de una ciudad, pobre en dinero, pero rico santas obras y pensamientos. Era, además, hombre culto, un erudito que predicaba la verdad del Evangelio de Jesucristo y enseñaba con devoción a sus feligreses”.¹³

El párroco pobre era querido porque no perseguía a los feligreses que no podían pagar el diezmo, sino que compartía lo poco que tenía con los pobres. Y aunque la parroquia comprendiera una extensa área nunca dejaría de visitar los

hogares más alejados, así lloviera o cayeran truenos, y se esforzaría aún más si se enfermara o sufriendo por alguna dolencia pasajera. Daba el ejemplo a sus feligreses practicando en su vida personal lo que predicaba en los sermones. (“A su grey le daba el hermoso ejemplo de practicar, luego predicar”) Este tipo de sacerdote no buscaba hacerse de una posición más lucrativa como los capellanes de los gremios y las cofradías, sino que permanece junto a su rebaño para que ningún lobo pueda hacerle daño: “Era un pastor de ovejas no un sacerdote mercenario”. Pero a pesar de su virtud no despreciaba al pecador, hacía todo lo posible para guiarlo al cielo a través de la ecuanimidad y el buen ejemplo, pero si un pecador era obstinado, no importaba cual fuera su posición social, “no dudaba en propinarle una severa amonestación. Me atrevería a decir que no existe en parte alguna mejor sacerdote. Nunca buscaba ser objeto de ceremonias o especial deferencia, y su conciencia no era excesivamente escrupulosa. Enseñaba, es verdad, el Evangelio de Jesucristo y sus doce Apóstoles; pero él era el primero en cumplir al pie de la letra”.¹⁴

Como será explicado en el capítulo XVI la principal debilidad de la Iglesia de la pre-Reforma fue el grado en que muchos obispos se veían antes que cualquier otra cosa como agentes oficiales de la corona (“royal officials”) más que pastores espirituales.

“Tomas Moro rechazaba la falta de criterio para la elección del clérigos, y tenía esto como uno de los principales abusos de la Iglesia de Inglaterra. El alto clero carecía de las cualidades necesarias a su estado. A partir de Enrique VIII el obispo se convirtió en un agente oficial de la corona que obtenía una pensión de las rentas de la Iglesia, su capacidad llegaba a los oídos del rey y este decidía su ascenso pasando a servirlo en la Corte ya sea en alguna embajada o en misiones diplomáticas. Su propia diócesis nunca lo llegaba a ver salvo cuando envejecía, anciano, o en desgracia”.¹⁵

La capitulación de los obispos ante Enrique VIII, a excepción de san Juan Fisher, probó que el Dean Colet había sido profético al advertir en su sermón del año 1511 sobre aquellos sacerdotes que se vuelven débiles espiritualmente

cuando “bajo la investidura y el hábito de un sacerdote hacen llanamente la vida de un laico”, llegando eventualmente al punto en donde “no dicen ni hacen otra cosa que saben que es del agrado de sus príncipes”.¹⁶

La disolución de los monasterios

Aunque, como observó Belloc, durante el reinado de Enrique VIII para el hombre común la práctica diaria de su religión no parecía haber cambiado de lo que era antes, pero la vida religiosa en Inglaterra no había salido ilesa de las reformas hechas por ese rey. En 1533 el rey nombró a Tomas Cromwell, un laico sin ningún título universitario, que sin embargo vino a ostentar el de “vice-gerente real, vicario-general, y comisario principal, con toda la autoridad espiritual perteneciente al rey como cabeza de la iglesia, para la debida administración de la justicia en todos los casos relativos a la jurisdicción eclesiástica, y a la reforma de la piedad y corrección de todos los errores, herejías y abusos en la dicha iglesia”. Enrique se hizo de todos los impuestos que antes pagaba la Iglesia al Papa, y Cromwell le prometió que lo convertiría en el príncipe más rico de la Cristiandad. Lo cual planeó saqueando a la Iglesia.¹⁷

Los agentes de Cromwell comenzaron su visita a las comunidades religiosas en el verano de 1535 terminando el trabajo en febrero de 1536. Tuvieron que reconocer que en los monasterios más grandes la religión era observada correctamente, “en diversos, grandes y solemnes, monasterios del reino, (gracias a Dios) la religión es guardada y bien observada”.¹⁸ Como la religión estaba bien conservada en esos monasterios uno se pregunta porque fueron suprimidos entre el invierno de 1537 y el 10 de abril de 1540. Los visitantes explicaron que la religión no era observada en los monasterios más pequeños. Se trataba de las casas monásticas para hombres y mujeres “que no tienen tierras, propiedades, diezmos, herencias, más allá del valor de doscientos pounds”.¹⁹ Los visitantes de Cromwell dijeron que habían encontrado un “pecado manifiesto, y una vida carnal y abominable” en estas casas religiosas más pequeñas y que pronto eso sería un escándalo público.²⁰ Así fueron suprimidos, sus miembros dispersados entre los monasterios

más grandes y sus rentas y propiedades confiscadas para el Rey.

“¿Cuánta verdad pudo haber en esos cargos contra los monjes? En primer lugar, los visitantes eran testigos muy poco confiables. Algunos de ellos eran de una mala vida notoria, como el Dr. John London, del New College de Oxford, quien ya había hecho pública su doble adulterio, y estaba por morir en la prisión de Fleet mientras esperaba que se dictara su sentencia por falso testimonio. No hace falta negar que eventualmente haya habido algún escándalo serio en algunos monasterios y que el sistema necesitaba ser reformado. Pero ningún historiador serio hoy en día cree que los cargos hechos por los visitantes de Cromwell eran verdaderos, o que el motivo del rey en suprimir los pequeños monasterios se originaba en un deseo sincero de reformar la religión. Las acusaciones de inmoralidad y de relajación no eran sino un mero pretexto. Cromwell sabía que el rey necesitaba urgentemente dinero y que la manera más fácil de tenerlo en efectivo era en los monasterios. Así fueron cerrados los más pequeños y sus propiedades confiscadas en la espera de un rápido beneficio”.²¹

Maurice Powicke sostiene que “la disolución de los pequeños monasterios que siguió a las inspecciones de Cromwell fue la expresión más drástica que nunca se haya visto en Inglaterra de la nueva teoría del estado secular”.²² Monseñor Hughes evalúa el significado de esta disolución:

“Pobres, y efectivamente muy pobres, la mayoría de estos monasterios “menores” tenían una renta mínima en la porción total de la riqueza de los monasterios, y lo que sucedió fue tan perturbador y en tal escala, a saber, que en el curso de tres meses 244 instituciones que habían existido por cientos de años, elementos permanentes en la vida social, fueron destruidas por el Rey en el parlamento; comunidades rotas, edificios destruidos, campos tomados, mobiliarios puestos a la venta”.²³

Sin embargo por mucho que en el pasado sus vecinos pudieran haber criticado a los monjes y monjas, no querían

que se fueran todos al norte.²⁴ El pueblo sabía que había una sola razón para su supresión: la avaricia del Rey. La supresión de los monasterios más pequeños y la cancelación de muchos días de fiesta populares fue uno de los factores que contribuyó con la “Peregrinación de la Gracia”, en donde el pueblo inglés protestó contra la Reforma de Enrique VIII, fue esencialmente un levantamiento religioso que podría haber sido exitoso de no ser por la ingenuidad de sus líderes en creer las promesas hechas por Enrique cuando vio que no podía derrotarlos. Pagaron esa confianza con la vida una vez que la aglomeración de gente se dispersó. La represión de la Peregrinación habilitó a Cromwell a proceder con la supresión de los monasterios más grandes sin resistencia, poniendo sus propiedades en manos del Rey y de sus herederos. Muchos abades y monjes fueron acusados de complicidad con el levantamiento y ejecutados como traidores. Los abades de Jervaulx y Fountains, y el Prior de Bridlington fueron ejecutados en Tyburn. El abad de Sawley y Whalley encadenados y ahorcados en las afueras de sus monasterios. No todos los monasterios fueron implicados en la Peregrinación pero todos sufrieron el mismo destino. Cuando la Abadía de Waltham fue disuelta en 1540 no quedaba ya más ninguna casa religiosa en Inglaterra.

La ascensión de Eduardo VI

El historiador Protestante Maurice Powicke da una explicación que se aplica tanto al reinado de Enrique VIII como de Eduardo VI e Isabel I:

“Una cosa cierta se puede decir sobre la Reforma de Inglaterra es que se trató de un acto de Estado. El Rey se transformó en la cabeza de la Iglesia, el Rey en el Parlamento dio sanción a la orden de revisar la organización, formularios, liturgia, y en algún grado también la doctrina de la Iglesia. El Concejo del Rey y los Ministros tomaron en su poder los temas eclesiásticos. El Rey co-operaba con los obispos, y los convocaba en el gobierno de la Iglesia, y nombraba comisiones para las apelaciones en casos eclesiásticos. Todo esto devino en una revolución”.²⁵

La muerte de Enrique VIII y la ascensión de un enfermizo niño de nueve años, el rey niño Eduardo VI en 1547 dio a los Reformadores Ingleses la gran oportunidad que estaban esperando para remover lo que Cranmer había descrito como las raíces del papismo “la doctrina papista de la transubstanciación, de la presencia real de la carne y sangre de Cristo en el sacramento del altar (así era como la llamaban) y el sacrificio y la oblación de Cristo hecha por el sacerdote para la salvación de vivos y muertos”.²⁶

La remoción de la jurisdicción papal de Inglaterra no modificó demasiado la vida religiosa del campesino humilde, que tan vivamente describió Monseñor Hughes, como tampoco satisficieron por completo las pretensiones de Cranmer y de otros clérigos cripto-Protestantes que por temor a ser muertos escondieron prudentemente sus puntos de vista a la mirada del Rey Enrique.

Cranmer incluso condenó a Protestantes a arder en la hoguera por tener las mismas creencias que él compartía con ellos. Como lo explica el Profesor Bindoff, bajo el reinado de Enrique “mientras hombres y mujeres morían por creer en lo mismo que creía el Arzobispo en privado, éste suscribía a la ortodoxia y se las exigía a los demás”.²⁷ El repudio del Papa no satisfacía del todo a Cranmer mientras los papistas seguían sin ser molestados y por papistas tanto él como sus compañeros Reformadores querían decir “la Misa”. Con el fin de abolir la Misa y todo lo que en ella existiera de fe Católica, los Reformadores adoptaron un acercamiento estratégico. Aunque durante el período de Eduardo VI, tenían un control político y efectivo del reinado lo que sucedió fue la implementación de un conjunto de medidas para preparar al pueblo a que reemplazara la Misa Latina tradicional por un servicio de Comunión en lengua vernácula.

La Prensa

Era tan obvio para los Reformadores el apego de los fieles comunes a la Misa que cualquier ataque frontal que intentaran podría volvéseles en su contra. Los Reformadores tenían la suerte de contar con un fuerte respaldo en la clase alta, los mercaderes, y de muchos nobles interesados en la

Reforma después de comprar las propiedades de la Iglesia a precios muy bajos bajo el reinado de Enrique VIII. La abolición de la Misa fue preparada a través un hábil uso de la prensa. Las publicaciones que atacaban la doctrina católica de la Eucaristía, por lo general importadas del continente, hicieron su primera aparición en el reinado de Enrique VIII y a su muerte en 1547 le siguió de inmediato una campaña de prensa contra la misa, en donde se alegaba, entre otras cosas, por citar a John Hooper, que la misa “blasfemaba contra Dios, porque rendirle honor al pan en vez de a Dios no es menos idolatría que hagan del sol su Dios, o de las estrellas”.²⁸

Stephen Gardiner, el obispo de Winchester de mentalidad Católica, no obstante haber capitulado ante Enrique VIII reconociendo su Supremacía Real no quería abandonar la Misa durante el reinado de Eduardo VI. Por lo que fue hecho prisionero en la Torre y privado de la vista. Se reconcilió con la Iglesia durante el reinado de Maria, que lo hizo su Lord Canciller. Gardiner protestó al comienzo del reinado de Eduardo de que “algunos impresores, actores, predicadores actúan como si no supiéramos de que se trata todo esto como si no supiéramos cuales fueron los sacramentos que deberíamos tener”²⁹. Las autoridades políticas expresaban en publico su desaprobación pero no tomaban ninguna medida para suprimir la literatura anti-Católica dejando en claro en donde depositaban sus simpatías. Hacia finales de 1547 se abrieron las compuertas y las publicaciones empezaron a salir llenas de acusaciones de abuso relativas a todo lo que fuera católico –incluso dedicadas al mismo Rey y al Lord Protector, Edgard Seymour Duque de Somerset, hermano de Jane Seymour, la tercer esposa de Enrique VIII y madre de Eduardo VI. Somerset estaba decidido a imponer el Protestantismo sobre el pueblo Inglés.

El Santísimo Sacramento es descrito en una de estas publicaciones polémicas como “un criatura que hace de creador, una galleta vil que hace de Dios y Hombre”, y la misa como el culto del “Dios de harina”.³⁰ Muchos de estos libros y tratados fueron escritos por los Reformadores continentales, entre ellos Lutero, Zwilingo, Calvino, Melanchaton, Bullinger, Urbanus Regius, Osiander, Hegendorp, y Bodius.³¹ El ataque a la misa scandalizó e indignó a los fieles comunes y a los curas párrocos, pero causaron una gran impresión entre

aquellos que se consideran parte de la elite más educada e iluminada en sintonía con las nuevas ideas –y estos eran en su mayoría gente de de influencia en alguna u otra esfera. Aquellos que deseaban defender la misa se vieron con la dificultad que los Reformadores tenían el control total de los medios de comunicación:

“Aquí o allí, se imprimía algún libro con el nombre de un autor y de impresores que pudieran desagradar a Cranmer o al Consejo real, pero no cabía dudas respecto a que no corrían ningún riesgo. Y de hecho si uno revisa la bibliografía de esos años difícilmente pueda encontrarse algún libro o folleto en defensa de las antiguas doctrinas en la prensa inglesa. Tales tratados y los de Gardiner y Tunstall en defensa del Sacramento debían ser impresos en el extranjero, en Inglaterra solo se podía imprimir en secreto.

Por otra parte el país fue inundado de textos, traducciones de las obras de los Reformadores extranjeros, o composiciones originales que atacaban furiosamente al Catolicismo y en especial a la misa. Estas por lo general llevaban el nombre de sus autores e impresores siendo en general folletos extremadamente baratos con el fin evidente de favorecer su circulación masiva en el pueblo. Resulta claro en este punto el nivel de connivencia del gobierno con ese tipo de literatura cuya abundancia no podía escapar a su voluntad -que en realidad representaba más allá de cuestionar sus deseos e intenciones. Pero el problema no era la circulación de una literatura grosera, ni tampoco el de su prohibición, ni la falta de moderación de las muchas proclamas de esa época, sino el expreso visto bueno dado a los impresores por tales obras”.³²

Richard Smith, el primer profesor regio de “Divinidad” en Oxford, y después el primer presidente del seminario en Douai, escribió sobre el ataque directo y abusivo que hacían estos textos a la doctrina Católica de la Eucaristía:

“En el pasado... no era tolerable, que ya sea con etiqueta o en harapos, ilustrados o desilustrados, ancianos o jóvenes, sabios o tontos, chicos o adultos, maestros y

hombres, pensadores y marineros, un pastor inglés y un perro de la calle, fueran encasillados y burlados... ni que se escatimara la distribución de cualquier sacramento de la Iglesia... ahora por la predicación y la enseñanza (si a eso ha de llamarse enseñanza), el juego, la escritura, el dibujo, el canto y (Oh buen Señor) de tantos otros modos, se instruye para que no se tema hablar y escribir en contra del excelso sacramento del altar realmente la sangre y el cuerpo de nuestro Santísimo Salvador y redentor Jesucristo, (para ser tenido) solo como un signo mínimo, un símbolo, un memorial, un ídolo y todo eso sobre la idolatría”.³³

Los sermones

Otro efectivo medio de propaganda de las ideas revolucionarias fueron los sermones –dados por predicadores que con el permiso de Cranmer podían ir de ciudad en ciudad atacando las creencias que en teoría él mismo sostenía. Mientras el Consejo del Rey prohibía los ataques ofensivos contra el Sacramento, y daba una lista de sanciones para aquellos que los cometieran, en la práctica esto era un chasco, mero palabrerío.

Uno de estos predicadores con la licencia otorgada por Cranmer, Thomas Hancock, fue arrestado después de decir, entre otras cosas, “que lo que el sacerdote sostiene sobre su cabeza y ante lo cual te arrodillas, ves y rindes honor es un ídolo y tu el más horrible de los idólatras”.³⁴ Fue liberado por el mismo Protector de Somerset y sin que recibiera ninguna sanción.

Solo Cranmer tenía el poder de otorgar estas licencias para predicar, y se puede apreciar su actitud en una instrucción emitida por el Comité Asesor del Rey relativa a las licencias para predicar que data de junio de 1548, en donde se les prohíbe “despreciar lo que haga o permita el príncipe y todo aquello que lo pueda hacer sufrir”, pero al mismo tiempo se permite “la enseñanza animada de la palabra de Dios mediante sermones inspirados por el Espíritu Santo en la mente del predicador”.³⁵

En su famoso “Sermón del Arado” predicado en Saint Paul el 18 de enero de 1548, Latimer atacó abiertamente las

prácticas Católicas antes de entrar en la corte, declarándolas igual que la misa, la obra del Diablo, quien era, dijo, “el predicador más diligente en todo el reino”:

“El siempre está con su arado: no es ajeno a ningún señorío ni al merodeo (con fines delictivos), siempre está aplicándose en su negocio, se los advierto nunca lo encontrarán inactivo. Y su trabajo es el de obstaculizar a la religión para conservar la superstición, favorecer la idolatría y enseñar toda clase de cosas papistas. Está listo para salir a arar y crear tantos caminos como pueda para desfigurar y oscurecer la gloria de Dios. Ahí en donde reside el diablo y tenga su arado se acaban los libros y se encienden velas, se acaban las biblias y se prefieren las camas, se acaba la luz del Evangelio y se opta por la luz de las velas en pleno mediodía. En donde el diablo hace su residencia prevalecerá la superstición y la idolatría, el quemar incienso, la pintura de las imágenes, velas, ramas (del Domingo de ramos), cenizas, agua bendita y los nuevos servicios que invente el hombre, como si el hombre pudiera inventar un camino mejor que el de rendir honor a Dios más que con lo que el mismo Dios ha señalado. Dejando de lado la cruz de Cristo y poniendo en su lugar los dineros recaudados para el purgatorio, si, el purgatorio papista, quiero decir. Nada de ayudar a los desposeídos, a los pobres e impotentes, en cambio, si, adornar las imágenes, y adornar alegremente los objetos y las piedras, poner la importancia en las tradiciones del hombre y en sus leyes, dejar a un lado a las tradiciones de Dios y su santa palabra. Dejan a un lado el antiguo honor debido a Dios, y ponen en su lugar el nuevo honor de dios. Y que todo se haga en latín: nada que no sea en latín”.³⁶

Evidentemente Latimer supuso prudente pasar por alto el golpe más grande que se haya dado en toda la historia de Inglaterra a las obras de caridad cuando se disolvieron los monasterios. Los ricos se beneficiaron y se hicieron más ricos, y los más pobres de los pobres fueron aún más pobres.

Las innovaciones litúrgicas

La política de apoyar en teoría la fe tradicional, mientras se permitía al mismo tiempo que fuera menospreciada en la práctica, fue extensiva a las innovaciones litúrgicas. “Por un lado el Consejo (Real) emitía ordenes para frenar las innovaciones en la liturgia, por otro lado se daba a entender que tales innovaciones no les disgustaba”.³⁷

El programa de Cranmer para destruir la liturgia establecida tuvo cuatro etapas. Ya se explicó en el capítulo VIII porque pensaba que era imprudente llevar adelante los cambios de una sola vez. El primer paso consistió en lograr que algunas partes de la misa tradicional (aún) no-modificada fueran dichos en lengua vernácula. El segundo paso fue la introducción de material nuevo en la misa, un tipo de material que desde un punto de vista Católico no podía ser catalogado específicamente de herético.

El tercer paso fue el reemplazo de la misa con un servicio de Comunión Inglés transitorio de naturaleza ambigua, “destinado a dar lugar a una obra que estuviera alterada de un modo más radical”.³⁸ El cuarto y último paso fue el reemplazo del servicio transitorio por otro que fuera específicamente Protestante y que no pudiera ser interpretado de otra manera.

Como se mostrará en el capítulo XVI la psicología de este proceso fue muy astuta. Muy pocos tuvieron el coraje de ser mártires, y aún aquellas convicciones fuertes aceptarían el *compromiso* hasta donde fuera posible y no se opusiera abiertamente a sus creencias más profundas. Tal compromiso fue posible con las tres primeras etapas de Cranmer –y una vez que el proceso de un compromiso empezó a instalarse luego se perpetuó. El hombre que haya empezado el proceso de hacer continuas concesiones que debiliten la expresión de su fe, aunque no la rechace, es improbable que continúe en su fe cuando alcance el punto en que sucediera ese rechazo. En ese momento es más probable que diga: “Es muy tarde ahora” que “Esto es demasiado ya no más”. La más destacable de las innovaciones litúrgicas que allanaron el camino o que acompañaron la aparición del *Prayer Book* de 1549 fue la introducción de la lengua vernácula, la completa audibilidad de la liturgia, la inserción

de un nuevo orden de Comunión en la misa tradicional, y la Comunión bajo ambas especies.

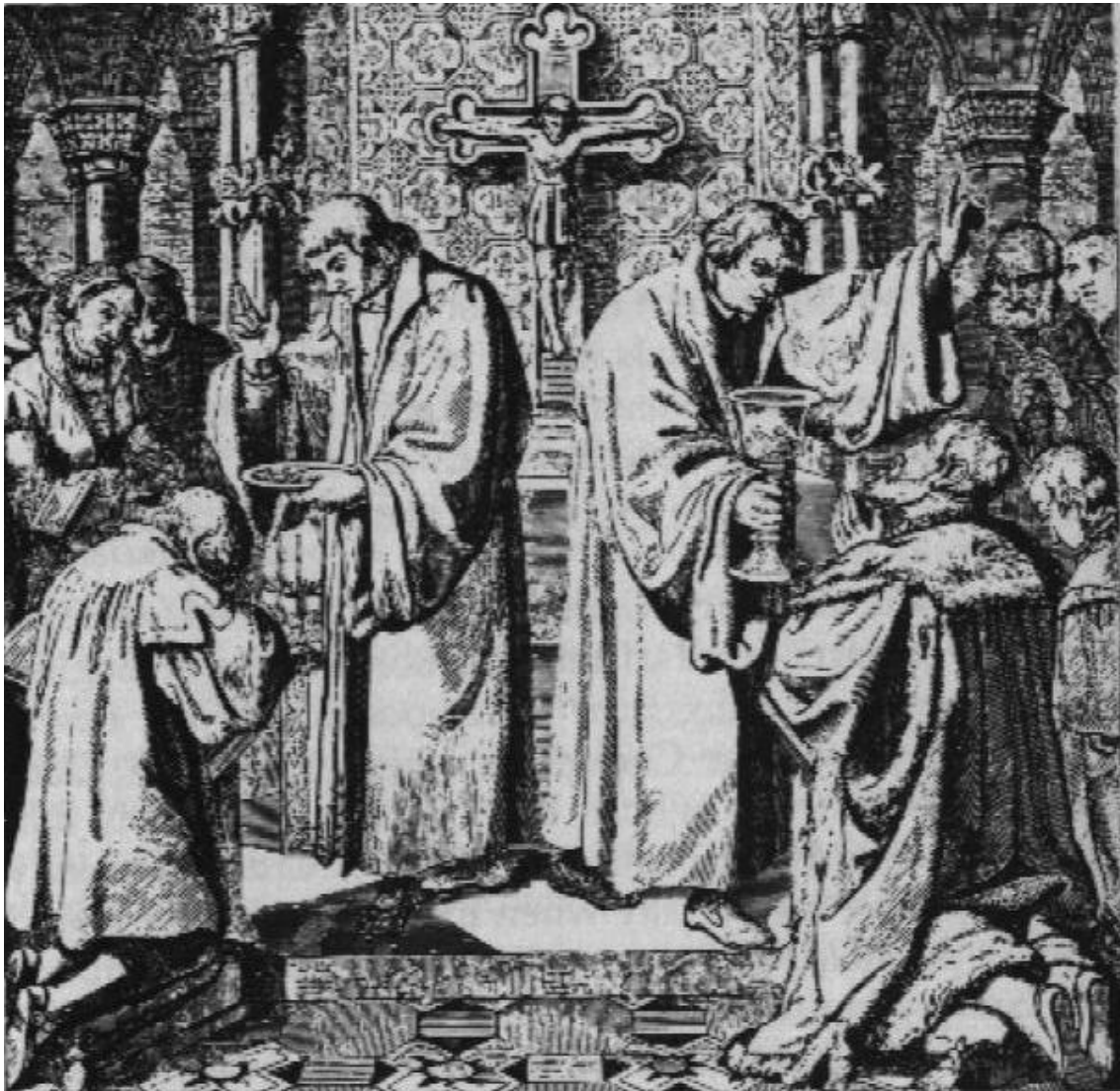
La vernácula y la audibilidad

Aunque un gran número de Reformadores comenzaron usando una liturgia tradicional en latín modificada, pronto se convirtió en el Protestantismo en una condición esencial, excepto para algunos Luteranos, que el culto fuera exclusivamente en vernácula. La introducción de la vernácula incluso antes de la imposición de los nuevos servicios fue en si misma “por cierto una revolución”.³⁹ Cambió por completo el rasgo distintivo de la Misa, y probó ser un instrumento efectivo para el cambio revolucionario, así como familiarizó a la gente con la idea de que los cambios radicales podían ser hechos en el culto. La característica principal de la liturgia Católica había sido la estabilidad.

Las maneras de celebrar la Misa efectivamente fueron pasibles de diferentes desarrollos pero estos tuvieron lugar de un modo imperceptible a lo largo de los siglos, y los misales en uso en Inglaterra y en toda Europa en el siglo XVI habían permanecido sin cambios por lo menos unos cuantos siglos. Los fieles daban por sentado que por más modificaciones que se hicieran nunca se cambiaría la Misa.

En lo que concernía a los Católicos comunes, la celebración de las partes de toda la misa tradicional en inglés fue mucho más sorpresiva que la imposición de un nuevo servicio de Comunión en vernácula en 1549. Douglas Harrsion, el Deán Anglicano de Bristol, acepta que con la introducción del inglés en la liturgia, “Cranmer, claramente, estaba preparando todo para el día en que pudiera ser posible una revisión litúrgica”.⁴⁰ Ya el 11 de abril de 1547, el oficio de Completas había sido cantado en ingles en la capilla real. La primer apertura del Parlamento del reinado de Eduardo fue la ocasión de una novedad más que relevante, mayor a la de haber modificado el ritual de la misa. El Rey montó a caballo desde su palacio en Westminster hacia la iglesia de san Pedro, en donde se hallaban todas las autoridades espirituales y terrenales del reino, para escuchar una misa en donde el Gloria, Credo y Agnus Dei fueron cantados en inglés.⁴¹

Aún los obispos más conservadores estaban ahora dispuestos a aceptar que aunque el uso del latín todavía debía ser la regla para la misa, especialmente “en los misterios, sin embargo ciertas plegarias debían ser hechas en la lengua madre para instrucción y aumento de la devoción del pueblo que es lo que se pensó más conveniente”.⁴²



La recepción de la Comunión bajo ambas especies era el *sine qua non* de toda la liturgia Protestante. Este grabado nos muestra a Lutero administrando el cáliz al elector de Sajonia John Frederick, mientras que el Dr. Bugenhagen parte el pan.

Para el 12 de mayo de 1548 fue posible la Misa en Westminster totalmente en inglés, incluida la consagración.⁴³

El profesor A.L. Rowse, que es Protestante, escribe al respecto:

“Es difícil para cualquiera que no tenga un acercamiento a la antropología poder apreciar enteramente la increíble audacia, la profunda conmoción al nivel del inconciente que vivió la sociedad cuando se sustituyó en la liturgia el antiguo y muy utilizado latín en el rito de la cristiandad occidental por el inglés... nadie puede negar esta audacia revolucionaria, pues hablamos del subconsciente, del elemento ritual en la vida”.⁴⁴

Además de insistir en la utilización de la lengua vernácula los Reformadores querían que todo el servicio fuera audible a la congregación. Una rúbrica en el servicio de Comunión de 1549 requiere que el sacerdote “debe decir, o cantar, de manera explícita y clara (“plainly and distinctly”) la plegaria que sigue”: a saber, el Canon.⁴⁵ En su sesión 22, el 17 de septiembre de 1562, el Concilio de Trento anatematizó a aquellos que sostenían la siguiente proposición:

“Si alguno dijere que el rito de la Iglesia Romana por el que parte del canon y las palabras de la consagración se pronuncian en voz baja, debe ser condenado; o que sólo debe celebrarse la Misa en lengua vulgar, o que no debe mezclarse agua con el vino en el cáliz que ha de ofrecerse, por razón de ser contra la institución de Cristo, sea anatema”.^{46*}

La comunión bajo ambas especies

Una de las innovaciones más importantes de Cranmer fue la imposición de la práctica de la Comunión bajo las dos especies para los laicos hacia fines de 1547. Muchos Católicos, tanto en Inglaterra como en el extranjero cometen el error de aceptar este cambio sin mayor oposición para no crear alboroto.

* El anatema debe ser interpretado estrictamente. Este anatema no excluye la introducción de la vernácula o la posibilidad de una consagración audible en el rito Romano, pero anatematiza a aquellos que condenan la consagración en silencio o sostienen que la misa deba ser celebrada solo en lengua vernácula.

“Fue, después de todo, solo un tema de disciplina eclesiástica, aunque algunos innovadores querían que se piense en cierta incompletud del Sacramento cuando se lo administraba en una especie, dando un giro doctrinal a la cuestión que terminó en una herejía. La gran ganancia que significó para los innovadores la adopción de la Comunión bajo ambas especies en Inglaterra fue la oportunidad de poder así romper con el antiguo misal”.⁴⁷

Cada ruptura con la tradición amortiguaba el impacto que le seguía, así cuando se introdujeron cambios que no eran meras cuestiones disciplinarias la posibilidad de resistencia se redujo considerablemente. Durante el Concilio de Trento algunos Católicos creían que debía hacerse una concesión a los Protestantes en relación al Cáliz con la esperanza de restaurar la unidad. San Pedro Canisio, uno de los teólogos jesuitas más grandes, fue de los primeros y favoreció una política de cierta tolerancia hacia la Comunión bajo las dos especies para los laicos, pero cambió de opinión al convencerse que una concesión llevaría a conceder luego cualquier cosa. Su biógrafo, el Padre James Brodrick, s.j., explica que san Pedro se dio cuenta que la Comunión bajo las dos especies no podía ser separada de la trama completa de otros cambios:

“Hubo cambios tales como la liturgia en vernácula, la abolición de los ayunos legales, la remoción de las estatuas, y otros menoscabos hacia el Catolicismo tradicional. En donde este proceso se pararía, si alguna vez eso sucediera, solo el Cielo lo sabe. En opinión de san Pedro, la gran necesidad de la Iglesia Católica no era la de relajarse sino la de endurecer su posición, para impedir mayores consecuencias de la herejía, disciplinar a sus propios niños y asegurar mediante una legislación rigurosa que solo la práctica Católica reconocida tuviera lugar en los centros de educación Católicos. “Mejor”, escribió, “conservar a unos pocos Católicos, fieles y sinceros en su religión, a que puedan, siendo muchos, desear, como sucedió, confabularse con los enemigos de la Iglesia en conformidad con los enemigos declarados de nuestra fe”.⁴⁸

El Nuevo Orden de la Comunión

La impresión de “El Orden de Comunión” –un folleto de solo tres o cuatro hojas- fue finalizado el 8 de marzo de 1548.⁴⁹ El rito de 1548 no debe ser confundido con el, totalmente nuevo, servicio de Comunión comprendido en el *Prayer Book* de 1549. Se lo pensaba insertar en la misa tradicional que todavía seguía sin modificarse y en latín. El rito de 1548 contenía exhortaciones dirigidas a aquellos que recibieran el Sacramento, que de acuerdo a Monseñor Hughes:

“En la manera de discurrir hay ambigüedades sobre la presencia de Nuestro Señor en el sacramento destinadas a hacerlo un rito que pudiera ser utilizado concientemente por aquellos que no creían que El solo estuviera presente para los que comulgan al momento de recibir la Santa Comunión, y para aquellos que creían que la presencia incluso en ese momento no estaba en lo que se recibía sino solo en “el corazón” de quien recibe”.⁵⁰

Este folleto también incluyó un ritual para la administración de la Comunión bajo ambas especies y sus plegarias, con algunas modificaciones, que fueron incorporadas en el “*Book of Common Prayer*” de 1549. El historiador Protestante S. T. Bindoff, también nota el doble sentido:

“El nuevo servicio contenía poco y nada claramente inconsistente con la doctrina Católica. En los puntos cruciales su fraseología era ambigua, y el estatuto utilizado renunciaba explícitamente a la intención de condenar ritos de cualquier otro lugar”.⁵¹

El servicio también incluye un intento evidente de socavar el sacramento de la Penitencia desalentando la confesión privada aunque sin prohibirla, sugiriendo que una “confesión general” para todos los comulgantes debía ser la regla y en cambio la confesión privada la excepción. Aquellos que “piensen necesario o conveniente por la propia tranquilidad de sus conciencias mostrar sus pecados al Sacerdote” son reprendidos a no “sentirse ofendidos por ellos los cuales son

perdonados mediante su humilde confesión a Dios, y la confesión general de la Iglesia”.

También hay un rito modificado de la confesión en los *Prayer Books* de 1549 y 1552 en relación a la “visita de los enfermos”, pero Monseñor Hughes dice que no está claro “en las plegarias que acompañan la absolución si los pecados que son retenidos son perdonados por esta absolución”.⁵² En las plegarias se pide a Dios que no “impute” los pecados anteriores al pecador.⁵³ El uso de la palabra “impute”, nota Monseñor Hughes, “tiene ciertamente el sabor de las nuevas teorías Germanas sobre el tema”.⁵⁴ Monseñor Hughes también nota que en el nuevo *Prayer Book* “no hay nada que indique que el matrimonio cristiano sea tenido como un sacramento”.⁵⁵

Lo mucho que agradó al Protestantismo el rito de Comunión de 1548 fue manifestado por Miles Coverdale, que lo tradujo en latín y le envió una copia a Calvino, comunicándole que eran “los primeros frutos de santidad (ahora el Señor quiere que su religión reviva en Inglaterra)”.⁵⁶

En su discurso para dar efecto legal al nuevo servicio, el Rey amonestó a los Protestantes radicales como Coverdale “para que se calmen y no se interpongan en nuestra dirección, ni se adelanten, ni que su imprudencia los transforme en los obstáculos más grandes que tengamos”. Pero al mismo tiempo habló del “más serio intento de trabajar mucho más por la reforma y de poner en camino tales órdenes divinas”.⁵⁷ Los radicales no tuvieron que esperar demasiado, pues al año siguiente se iban a imponer más “órdenes divinas”.

El Cardenal Gasquet sintetiza como sigue el impacto en la vida religiosa de Inglaterra de los primeros dos años del reinado de Eduardo VI:

“En esos años de 1547 y 1548, la mentalidad popular fue agitada con cambios en las antiguas ceremonias instituidas, con novedades introducidas en los servicios, mediante predicaciones desaforadas y libritos profanos desparramados por todo el país que atacaban groseramente y de modo abusivo lo que hasta ese momento se había enseñado al pueblo en relación a lo Más Santo”.⁵⁸

La abolición de las antiguas ceremonias

El modelo tradicional de vida religiosa en las parroquias fue objeto de ataque desde un primer momento durante el reinado de Enrique VIII con un decreto, que firma el Rey el 11 de agosto de 1536, aboliendo algunas fiestas religiosas. Se argumentó que el decreto tenía su origen en la gran cantidad de feriados que hacían perder las cosechas y los alimentos, y que era pernicioso para el alma de los hombres fomentar la pereza, el ocio y los pecados de los excesos y el amotinamiento.

Se manifestó una particular preocupación en relación a los efectos de los feriados religiosos y las cosechas, así todos los que cayeran entre el 1 de julio y el 29 de septiembre fueron abolidos con algunas pocas excepciones como la fiesta de los Apóstoles o de la Santísima Virgen. Las fiestas patronales, y la fiesta de la dedicación de la iglesia parroquial ambas tan caras a los corazones de los fieles ya no fueron más días de fiesta. Todas las parroquias del país debieron celebrar su dedicación el primer domingo de octubre. Se le permitió al clero celebrar las fiestas tradicionales derogadas pero con menor solemnidad que en el pasado y no podía exigirse que esas fiestas fueran observadas como antes.⁵⁹ El Dr. Eamon Duffy comenta:

“Este decreto constituye el primer ataque abierto del régimen de Enrique al modelo tradicional de observancia religiosa en las parroquias, destinado a tener un gran impacto. Al primer golpe la Corona arrasó con el año litúrgico, no solo borrando una gran cantidad de fiestas locales sino removiendo muchas acotaciones principales del calendario del (rito) Sarum”.⁶⁰

El 18 de enero y el 6 de febrero de 1548 las intimaciones emitidas por el Concejo Real hicieron opcionales la bendición de las velas en el día de la Candelaria, las cenizas el Miércoles Santo, las ramas el Domingo de Ramos y “allegarse de rodillas a la Cruz” el Viernes Santo. Nadie podía ser sancionado por su no observación.⁶¹ Pero en una carta dirigida a Bonner el 27 de enero, Cranmer deja muy en claro que para él esas ceremonias deberían ser abolidas:

“Mi Lord Protector Grace, con el consejo de otros que pertenecen al Consejo Privado de su Honorable Majestad el Rey ha resuelto por completo la cuestión, que ninguna vela deba tenerse en la mano el día de la Candelaria; ni tampoco de aquí en adelante las cenizas ni las ramas serán más utilizadas”.⁶²

En una visita que hizo Cranmer a su propia diócesis dio por hecho que esas ceremonias habían sido derogadas:

“Quería saber si las derogaciones de las fiestas y de los ayunos habían sido observadas, si había alguna otra luz en la iglesia que no sean las dos del altar mayor, y si el nombre del Papa y de los servicios de santo Tomás habían sido removidos de los libros. Preguntó si algunas de las ceremonias derogadas –candelas, cenizas, ramas– habían sido utilizadas ese año, e incluyó entre las ceremonias prohibidas el sepulcro de Pascua”.⁶³

A propósito de la prohibición de estas antiguas ceremonias, el Cardenal Gasquet remarcó el efecto que esto produjo entre los fieles comunes:

“Incuestionablemente se trata de ritos a los que la mentalidad popular estaban profundamente ligados... por lo tanto la abolición de estas observancias en el pueblo que no estaba acostumbrado sino a los ritos católicos no fue sino un brutal desarraigo de los antiguos hábitos y asociaciones vinculadas con todo aquello que era lo más sagrado en sus vidas”.⁶⁴

La destrucción de las imágenes

Durante el reinado de Enrique VIII, Cranmer se las había ingeniado para que en 1536 y 1538 fueran ordenadas las intimaciones legales (“Injunctions”) que mandaban reducir lo que él consideraba “superstición e hipocresía”. Su deseo era el de abolir las imágenes por completo, pero como sabía que esto no iba a ser posible mientras Enrique fuera Rey, teniendo que contentarse con la acotación de que las imágenes eran legales solo como un recuerdo de los santos

que representaban lo que en efecto es lo que dice la buena doctrina Católica.

Con el decreto de 1538 pudo ir más allá y establecer que cuando las devociones fueran ocasión de superstición, santuarios, estatuas, imágenes, reliquias, debían ser completamente destruidos en nombre del Rey, quien, por supuesto, “se esfuerza graciosamente por el bien común de las almas de sus súbditos, tiene en parte la responsabilidad y el trabajo de la abolición de tales imágenes, como sean ocasión de tan gran ofensa a Dios, y de tan gran daño a las almas de sus amados súbditos”.⁶⁵

“El gobierno real dio la mejor evidencia de lo que significaban estas intimaciones haciendo pedazos ese verano, santuarios que por siglos habían sido centros de peregrinación, el de Nuestra Señora de Walsingham en Norfolk, por ejemplo, y el de santo Tomás de Canterbury. De este último todas las piedras preciosas, joyas, plata, fueron arrancadas y llevadas a engrosar el tesoro del Rey, mientras que las reliquias de los santos fueron quemadas. La joya más grandiosa hasta entonces conocida: el gran rubí de Francia, dado para el santuario por el Rey de Francia, que era descendiente de un rey santo, fue tomada por Enrique VIII para ponerla en su anillo que en adelante adornaría su mano sacrílega”.⁶⁶

Las intimaciones (“Injunction”) no solo criminalizaron las peregrinaciones sino la mayoría de las manifestaciones populares de piedad, como encender velas delante de las imágenes. Las candelas todavía eran permitidas ante el crucifijo, el Santísimo Sacramento, y el sepulcro de Pascua. A pesar de la destrucción de los principales santuarios, las intimaciones fueron ampliamente ignorados, particularmente en la parte oeste del país de donde se reportó “que en la parte occidental de Sarum (Salisbury) las intimaciones no habían sido observados”.⁶⁷ En noviembre de 1538 Enrique emitió una proclama que seguramente debió haber animado a los sacerdotes que querían conservar sus imágenes condenando a aquellos que intentaran abolir las costumbres y ceremonias religiosas tradicionales “hasta el momento en que su majestad cambie o las derogue”.⁶⁸ Esto explica porque la mayoría de las imágenes, sean estatuas, en vitraux, pintadas

en las paredes, todavía estaban en su lugar hasta la asunción de Eduardo VI. Cranmer no podía tolerar esto. El Dr. Duffy resume su objetivo, el de sus socios Reformadores en el Consejo Real, y el del episcopado:

“En el corazón de la reforma Eduardiana estuvo la necesidad de destruir, cortar, martillar, borrar o diluir en el olvido los monumentos papistas, para que las doctrinas que encarnaban cayeran en desuso. La iconoclasia fue el sacramento central de la reforma, y como programa de los líderes devino más radical entre los años 1547 y 1553, pretendían con gran urgencia la celebración de este sacramento del olvido en cada parroquia del país. Los relatos de los laicos que colaboraban en las parroquias, en ese período, testimonian la remoción indiscriminada de las imágenes, vestimentas, y vasos sagrados que habían sido el asombro de los visitantes extranjeros y en los cuales la memoria colectiva de las parroquias estaba literalmente venerada”.⁶⁹

En julio de 1547 se promulgaron una serie de “intimaciones en materia de piedad” bosquejadas “por el consejo de muchos obispos y otros muy ilustrados hombres del reino”.⁷⁰ Parecía tratarse de una simple repetición de aquellas intimaciones impuestas por Enrique VIII en 1536 y 1538, pero las últimas iban más allá prohibiendo todas las peregrinaciones, no solo aquellas “que fueran centro de abusos supersticiosos”. Las imágenes que fueran objeto de abuso supersticioso debían ser removidas, y se prohibieron las velas delante de cualquier imagen lo que indica que el mandato emanado de las intimaciones de 1538 había sido ampliamente ignorado. La Epístola y el Evangelio debían ser leídos en inglés en la Misa Solemne, se condenó la recitación del Rosario, y todas las procesiones fueron prohibidas tanto adentro como fuera del templo incluidas las fiestas de Corpus Christi y la de “los Tres días de ruego”*. “La intimación que declara ilegales las procesiones del domingo da un golpe directo al corazón de una de las expresiones principales de la vida religiosa de la

* N. del T.: se trata de una súplica hecha por el pueblo tres días antes de la fiesta de la Ascensión en donde tienen lugar procesiones solemnes y cantos.

comunidad en la Edad Media, y una de las características más importantes del culto en las parroquias inglesas”.⁷¹ En septiembre de 1547 empezó una expedición oficial para implementar estas intimaciones que duró hasta el año siguiente. En febrero de 1548 el Concejo observó que se había originado una tensión muy fuerte en torno al requerimiento de la intimación legal que exigía la remoción “de imágenes, peregrinaciones, y el incienso”. Se explicó “que no habrá tranquilidad en ninguna parte del reino sino cuando las imágenes sean sacadas y derribadas”.⁷² El Consejo ordenó la destrucción total de todos los sagrarios, imágenes y vitraux “para que no quede recuerdo de tales paredes, vitraux, en donde sea dentro de sus iglesias o casas; y exhortarán (el clero) a todos los parroquianos a hacer lo mismo en sus propias casas”.⁷³ Destruyendo la herencia irremplazable de los vitrauxs de Inglaterra, los iconoclastas ingleses fueron aún más lejos en su fanatismo que Zwilingo y sus socios que permitieron que se conservaran los vitraux.⁷⁴

Las leyes sobre las Capellanías de 1547

En 1545 debido a las necesidades de la guerra con Francia, se aprobó un ley por la cual se establecía que en general las donaciones hechas para decir misas estaban mal aplicadas y que pasarían al tesoro del Rey mientras viviera, pero esto no parecía significar sin embargo la prohibición total de esa clase de donaciones durante el reinado de Enrique.⁷⁵ En diciembre de 1547 una nueva ley sobre las Capellanías suprimió 2.374 capellanías y cofradías (creadas para velar por el sufragio de las almas). Su propósito era acabar con las “prácticas supersticiosas y los errores que tocan a la salvación de los hombres” que han llevado a “inventar y fantasear opiniones vanas sobre el Purgatorio y de Misas que pudieran ayudar a los que murieron”. El Rey iba a tener y a “disfrutar los bienes, joyas, mobiliarios, plata y ornamentos” que pertenecían a las donaciones hechas a los institutos educativos pertenecientes a las capellanías y todos los estipendios de los sacerdotes que servían en estos lugares. Al margen del aspecto religioso de la supresión de las donaciones para decir misas, tuvo lugar la ruina de

innumerables escuelas del tipo de las que hoy serían escuelas de enseñanza inicial y media.

“La donación, era básicamente un dinero dado al sacerdote para que se comprometiera en decir Misas por el alma de una persona cuya última voluntad había sido precisamente que un sacerdote rezara estas Misas por él. Y muchas veces, ciertamente, se estipulaba el encargo a un sacerdote a mantener en funcionamiento un colegio. Cerca de doscientas escuelas superiores (media), se ha calculado fueron abolidas o empobrecidas por la ley sobre Capellanías –había algo así como doscientas donaciones para sacerdotes en total. Las muchas instituciones que llevaron el nombre de “Escuelas de gramática Eduardo VI” (enseñanza primaria) son tenidas como fundadas por la impronta pionera y real de la educación libre cuando en realidad se trata de escuelas mucho más antiguas que se las ingeniaron para no ser confiscadas por los agentes del reino. Los registros del Consejo Privado nos dan la razón respecto a la ley sobre Capellanías de 1547, el país necesitaba urgentemente dinero. El preámbulo de la norma no dice nada de esto, pero se explaya sobre la creencia de que las almas de los cristianos muertos pueden ser ayudadas a través del Sacrificio de la Misa como supersticiosa y un “obstáculo” a la verdadera y perfecta salvación lograda a través de Jesucristo”. Haciéndose referencia también a que la nación utilizararía los dineros de las donaciones para construir nuevas escuelas y mejorar las universidades”.⁷⁶

La vinculación financiera que Monseñor Hughes ve detrás de la supresión de las donaciones para decir misas (por las almas de los cristianos) nos suministra un buen recordatorio del grado en que la avaricia fue el factor motivador en el éxito de la Reforma Protestante en Inglaterra. Reformadores como Cranmer, Latimer, Ridley y Hooper fueron ciertamente sinceros en sus creencias, pero nunca habrían podido imponerlas sobre la nación sin el apoyo de una nobleza que debe su origen y su riqueza al apoderamiento que hicieron de las propiedades de la Iglesia. Incluso Maria Tudor sabía que el precio de restaurar las propiedades de la Iglesia era mayor que su propio trono.

El Dr. Duffy observa con gran percepción que la abolición de las donaciones marcó el final de la participación activa del laicado en la religión Cristiana en Inglaterra:

“Fue diseñada (la ley sobre Capellanías) para eliminar el marco institucional que todavía permanecía y en que se apoyaba la rutina diaria de intercesiones por los muertos en muchas parroquias. Al mismo tiempo, disolviendo todas las cofradías religiosas y despojando a las cofradías de artesanos de toda propiedad que fuera destinada a que se rezaran misas por los agremiados fallecidos, la ley destruyó la principal forma de organización de la actividad religiosa realizada por laicos. En este proceso se privó también a todas las parroquias en Inglaterra de clero auxiliar que por lo común suministraban una colorida liturgia, y del control laico sobre ellos que era una característica común en la cultura medieval. La ley puso fin a las misas de difuntos, a las misas ofrecidas en honor a Nuestra Señora, y a la multitud de capellanes que asistían en el coro durante los servicios del domingo y fiestas, a quienes leían las Epístolas o el Evangelio durante los días solemnes, y quienes ayudaban al vicario en las confesiones de Pascua. En la parte oeste del país “a pesar de las justas palabras de la ley” los hechos fueron totalmente negativos, no fue una reforma sino una abolición, y poco y nada se hizo para reemplazar los servicios pastorales suministrados por los muchos sacerdotes de esas capellanías que ahora eran disueltas. Algunas comunidades fueron devastadas por su desaparición”.⁷⁷

Aunque la riqueza confiscada a las capellanías se suponía que sería aplicada a propósitos públicos y de caridad un extenso volumen de esta fortuna encontró su destino en los bolsillos de los consejeros de Eduardo VI. Solo se otorgaron las pensiones para los sacerdotes de las capellanías.⁷⁸ El Profesor C. H. Williams desde una perspectiva Protestante aceptó en 1967 que efectivamente las investigaciones contemporáneas prueban que casi toda la riqueza de las capellanías “fue tragada por ministros y cortesanos rapaces que mediante regalos, compras o apropiaciones ilegales absorbieron la mayor parte de los ingresos de las capellanías

incluso antes de que lleguen al tesoro real”.⁷⁹ Las donaciones a las capellanías habían sido queridas por Católicos piadosos para asegurarse las misas para el reposo de sus almas, y para beneficiar a sus conciudadanos menos afortunados. J. A. Froude, también desde un punto de vista Protestante, resume esta disposición en una sentencia brutalmente honesta: “Tiraron el cuerpo al medio del campo y buitres de toda clase y orden se amontonaron para disfrutar el banquete”.⁸⁰

Altare reemplazados por mesas

El reemplazo de los altares por mesas fue otro paso dado directamente en la línea de las políticas litúrgicas de los Reformadores continentales, cuyo remate final es el servicio de Comunión de Estrasburgo después de 1530 cuando la influencia de Bucer era dominante. “Así, la misa, el sacerdote, y el altar fueron reemplazados por la “Cena del Señor”, el ministro y la “Santa Mesa”, y la posición hacia el oeste reemplazó la orientación este del celebrante”.⁸¹ Calvino sostenía que dado que Cristo llevó a cabo su sacrificio de una sola vez y para siempre, Dios “nos ha dado la mesa ante la cual tenemos que festejar, y no un altar sobre el cual se deba ofrecer una víctima: él no ha consagrado sacerdotes para ofrecer sacrificios, sino ministros para distribuir el banquete sagrado”.⁸²

La destrucción indiscriminada de altares en Inglaterra no tuvo lugar sino después de la imposición del *Prayer Book* de 1549, aunque un comienzo ya había sido iniciado con los altares de las capellanías que había suprimido Cranmer. Después de 1549 los altares de piedra sobre los cuales el Sacrificio de la Misa había sido ofrecido por siglos fueron reemplazados por mesas de madera puestas en el presbiterio (antealtar). El 27 de noviembre de 1548, John Ulmis escribió a Bullinger:

“En este preciso momento aquellos altares mayores están demolidos por completo en gran parte de Inglaterra, y con el consenso de las clases altas lo serán todos. ¿Qué más puedo decir? Ahora esos altares idólatras se han

transformado en pocilgas (*arae factae sunt harae*) que es donde habitan los cerdos y las bestias”.⁸³

En 1549 el obispo Rugg de Norwich de orientación Católica renunció en protesta de “La Primer Ley de Uniformidad” impuesta por el nuevo *Prayer Book*. La silla continuó vacante por un año, y abusando de su autoridad primada, Cranmer instituyó una expedición oficial de la que resultó la destrucción de la mayoría de los altares. El nuevo obispo, Thomas Thirlby, también se opuso a esta ley pero la terminó aceptando. Más tarde fue hecho prisionero por rechazar el “Juramento de Supremacía” bajo Isabel I. Después de tomar posesión de su nueva sede obispal en 1550 había observado que: “La mayoría de los altares dentro de mi diócesis fueron desmontados por los inspectores a la orden de mi Señor de Canterbury durante su última visita oficial a esta diócesis que desde entonces está vacía”.⁸⁴ En una serie de sermones de cuaresma predicados ante el Rey y el Consejo, Hooper incitó a la completa abolición de los altares y su reemplazo por mesas, porque solo habría tres formas de sacrificio que los Cristianos podrían ofrecer y estas no requerían un altar. Estos eran los sacrificios de acción de gracias, de benevolencia y liberalidad para con los pobres, y la mortificación del cuerpo:

“Si no nos dedicamos diariamente a ofrecer estos sacrificios a Dios entonces no somos Cristianos. Siendo que los Cristianos no tienen otro sacrificio que el que debe realizarse sin altares, no debe haber entre los Cristianos altares... De haber algunos todavía entonces los magistrados deberán transformarlos en mesas de acuerdo a la primera institución de Cristo, para arrojar lejos la falsa persuasión del pueblo de que tengan que ofrecer sacrificios sobre los altares; pues en tanto los altares sigan estando, tanto el pueblo ignorante como los malvados-sacerdotes persuadidos por el diablo, seguirán soñando siempre con sacrificios. Por lo tanto sería lo mejor que los magistrados remuevan todos los monumentos y den una señal contra la idolatría y la superstición, luego la verdadera religión de Dios tomará pronto su lugar”.⁸⁵

El 27 de marzo de 1550 después del nombramiento de Ridley en la sede (obispal) de Londres que siguió a la expulsión de Bonner, Hooper escribió a Bullinger:

“Tengo la esperanza que él destruya los altares de Baal tal como lo hizo antes en su iglesia cuando era obispo de Rochester. Apenas le puedo manifestar mi querido amigo bajo cuantas dificultades y peligros estamos trabajando y esforzándonos para que el ídolo de la misa sea tirado a la basura”.⁸⁶

Y fue capaz de agregar: “Muchos altares han sido destruidos en esta ciudad (Londres) desde que he arribado”. Las expectativas de Hooper sobre Ridley probaron estar bien fundadas. En el plazo de tres meses intimó la remoción de los altares de todas las iglesias de su diócesis.⁸⁷ Los altares eran “en cada rincón del país monumentos demasiado afincados en la creencia antigua del sacrificio de la misa. La demolición de los altares ya era el sello propio de la Reforma en el continente, en donde la práctica había sido consecuencia de la abolición de la misa”.⁸⁸ El 24 de noviembre de 1550, el Concejo del Rey ordenó la destrucción de todos los altares del reino. En el futuro la Cena del Señor iba a ser celebrada sobre una mesa cubierta por un mantel de lino.⁸⁹ En una carta de esa fecha enviada por el Consejo a Ridley en nombre del Rey, y firmada por Somerset y Cranmer, entre otros, se explica que el reemplazo universal de los altares por mesas de madera removerá una fuente “de enfrentamiento y contienda”:

“Muy reverendo padre en Dios, justo, leal y bienamado, os saludamos. Según lo que se nos ha informado la mayoría de los altares del reino, de acuerdo a buenas y divinas consideraciones, han sido sacados, sin embargo quedan algunos altares que son objeto de las más variadas controversias levantadas entre nuestros súbditos, por lo que de no tomarse una buena medida al respecto podría engendrar daños e inconveniencias; le pedimos que use de su ingenio para hacer que terminen todas las ocasiones de disputa, que muchas veces tienen su origen en la diversidad, considerando que perteneciendo a la corona y a la curia nos debemos

mantener la calma en nuestro reino; hemos pensado bueno, conforme el aviso de nuestro consejo, solicitarle que evite todas esas materias de enfrentamiento y contienda sobre la permanencia o la supresión de los altares para dedicarse a una orden sustancial que atañe a toda vuestra diócesis, para que con toda diligencia todos los altares en cada iglesia o capilla, como también en los lugares licenciados y no, dentro de la dicha diócesis tuya, sean demolidos y en lugar de ellos se ponga una mesa en algún lugar conveniente del presbiterio, dentro de todas estas iglesias o capillas destinadas a servir la administración de la santa comunión. E intentándose que esto mismo sea llevado a cabo sin que se ofenda a tales queridos súbditos en tanto no han sido del todo persuadidos como deseáramos, os enviamos desde aquí algunas consideraciones recolectadas y reunidas a tal fin, las cuales, y como otras tantas que vos pensarás servirán para persuadir a los débiles para que abrasen nuestros procedimientos en esta parte, os pedimos que inspiréis al pueblo mediante algunos predicadores discretos, en los lugares que vos ya tendrás pensado antes de la demolición de los dichos altares; ya que las conciencias débiles deben ser instruidas y satisfechas tanto como se pueda, y queremos que esto sea ejecutado lo más tranquilamente posible. Para llevar a cabo mejor todo esto os requerimos que leas ciertas consideraciones en esta nuestra iglesia catedral en persona, en lo posible, o sino por su canciller, o por algún otro predicador severo tanto ahí como en otros puntos de la ciudad como mercados y los lugares más notables de vuestra diócesis que pienses que así lo requieran”.⁹⁰

En seis de las “citadas consideraciones” que acompañaban la carta, no hay dudas, escribe Monseñor Hughes, “que en la mente de aquellos que ordenaron el cambio, una religión está siendo sustituida por otra”.⁹¹. Esto queda muy claro en la primera de las *“Razones de porque la Tabla del Señor debe tener la forma de una Mesa más que de un Altar”*:

“Primero, la forma de la mesa mueve mejor a los simples de sus opiniones supersticiosas sobre la misa papista a la utilización justa de la Cena del Señor. Pues el uso de un

altar es para hacer sobre él un sacrificio: el uso de la mesa en cambio es para que los hombres coman sobre ella. Ahora ¿Cuándo nos acercamos a la tabla del Señor para que vamos? ¿Para sacrificar a Cristo de nuevo, y para crucificarlo de nuevo, o para alimentarnos de él que fue solo una vez crucificado, y que se ofreció por nosotros? Si venimos a alimentarnos de él, si comemos espiritualmente su cuerpo, y espiritualmente bebemos su sangre, entonces ningún hombre puede negar sino que la forma de la mesa es más afín a la tabla del Señor que el altar”.⁹²

Los altares consagrados del sacrificio Cristiano fueron sacados y destruidos en todo el país. El Padre T.E. Bridgett observa que tal era el odio al santo sacrificio de la Misa por parte de los “sacerdotes apostatas que trajeron, o, cooperaron con la Reforma del siglo XVI” que solo “quedan unos pocos recordatorios de aquella antigua piedad”:

“En todos los registros llevados por laicos ayudantes de la parroquia se encuentran hechos similares a los de Burnham en Buckinghamshire: “Rufianes pagados destruyeron catorce altares de la iglesia”. Con estos retazos de historia podemos reconstruir y poblar con nuestra imaginación el interior de las desoladas iglesias antiguas en donde tantas misas fueron una vez ofrecidas”.⁹³

El Padre Bridgett no exagera cuando menciona el odio a la Misa manifestado en la instrucciones expedidas por Edmund Guindal, Arzobispo de York, a sus ayudantes en 1571, durante el reinado de Isabel I. No solo insistía en la destrucción o desafectación de cualquier objeto que pudiera evocar el recuerdo de la misa, y la remoción de todos los altares restaurados durante el reinado de Maria Tudor, sino que ordenaba la remoción de cualquier rastro que indicara que en el lugar haya habido alguna vez un altar:

“Que los ayudantes del templo vean si en sus iglesias y capillas todos los altares han sido completamente destruidos y claramente removidos incluso desde sus cimientos, y si el lugar en que se encontraban fue

rellenado, y la pared a la que se hallaban adosados está ahora blanca y lisa, de modo tal que no se vea ninguna ruptura o quebradura. Y que las piedras del altar sean rotas, mutiladas, y destinadas a algún uso común.

Que los ayudantes de la iglesia y ministros vean si hay antifonarios, misales, cálices, libros de procesión, manuales, colección de leyendas, y todos los libros relativos a estas cosas que hayan pertenecido a su iglesia o capilla, y que sirvan para el servicio supersticioso en latín, deben ser mutilados por completo, vendidos y abolidos. Y que todas las vestimentas, albas, túnicas, estolas, manípulos, copones, medallas, campanillas, incensarios, crismatorios, cruces, velones, agua bendita o tinas, imágenes, reliquias y monumentos de la superstición y la idolatría deberán ser completamente mutilados, rotos, y destruidos.

Que cada seis meses deben presentar ante el ordinario del lugar los nombres de personas que sean favorecidos por los Romanistas y el poder extranjero, los que escuchen o digan misas o cualquier servicio en latín... los que reciban en sus casas a sacerdotes papistas vagabundos o a otro perturbador de la verdadera religión”.⁹⁴

En muchas iglesias antiguas y catedrales de Inglaterra la losa del altar fue utilizada para pavimentar el acceso al templo de modo tal que los feligreses al entrar necesariamente lo pisen. Solo en Cambridgeshire se utilizó la losa de mas de treinta altares para pavimentar con ellas las entradas, losas que todavía hoy pueden reconocerse a quien se acerque.⁹⁵ Un descendiente del obispo Ridley escribió en la biografía de su ancestro reformista que la destrucción de los altares fue considerada como un sacrilegio por el pueblo, motivo que radicalizó aún más a los reformistas, constatándose aquello que sostenía Monseñor Hughes que una religión reemplazó a otra. J. G. Ridley comenta:

“La remoción de los altares puso en evidencia que el objeto central que permanentemente estuvo en las iglesias por cientos de años, apreciado con reverencia y temor cada domingo desde la niñez, de pronto era condenado como idolátrico y sacado desdeñosamente por

los adherentes de la nueva religión que se había hecho lugar a la fuerza”.⁹⁶

La utilización de la palabra “altar” en algunas rúbricas del *Prayer Book* de 1549 haría pensar en cierta inconsistencia con las doctrinas de los Reformistas. Pero este punto es aclarado en la segunda de las consideraciones que acompañan la orden emanada del Concejo del Rey para destruir todos los altares:

“*Item*, cuando se diga que el “*Book of Common Prayer*” hace mención a un altar y que por lo tanto no sería legal abolir lo que aquel libro permite, esto se responde de la siguiente manera: el “*Book of Common Prayer*” llama a la cosa en donde la Cena del Señor es administrada sin importar que se trate de una mesa, un altar, o de la tabla del Señor, sin prescribir ninguna en especial, ya se trate de una mesa o de un altar: por lo que si la tabla del Señor tiene la forma de un altar o de una mesa, el “*Book of Common Prayer*” se refiere tanto a un altar y a una mesa. Así pues, llama altar, en donde tiene lugar la Cena del Señor, una mesa, y la tabla del Señor; así se dice mesa al lugar en donde se distribuye la santa Comunión con alabanzas y acción de gracias al Señor, un altar: pues se ofrece ahí mismo el sacrificio de alabanza y acción de gracias. Y así entonces parece que no hay nada que entre en contradicción con el “*Book of Common Prayer*”.⁹⁷

La publicación en 1552 del *Prayer Book* removi6 la palabra “altar” por completo de las rúbricas y desde entonces no ha sido restaurada.

La posición de Northward

Las rúbricas del Servicio de Comunión en el *Prayer Book* de 1549 dejaban en claro que se concebía un altar en la posición tradicional, delante del cual se paraba el sacerdote ofreciendo la Misa mirando al este conforme a la antigua tradición tanto de oriente como de occidente. Por ejemplo, se especificaba que el servicio debía comenzar del siguiente modo:

“El Sacerdote de pie y humildemente frente a la mitad del Altar dirá las plegarias del Señor con su (oración) colecta”.⁹⁸

El sacerdote y el pueblo de rodillas todos juntos de cara al altar para hacer la confesión general antes de la Santa Comunión:

“Luego el Sacerdote deberá pararse y volviéndose hacia el pueblo, dice lo siguiente. Dios Todopoderoso, etc.”⁹⁹

En el *Prayer Book* de 1552 no solo se omite por completo la palabra “altar” sino que contiene una rúbrica estableciendo que:

“Al momento de la Comunión la Mesa tendrá un lino blanco limpio, que la cubrirá, la misma estará ubicada en el cuerpo de la Iglesia, o en el presbiterio, ahí en donde tienen lugar las plegarias de la mañana y de la noche. Y el Sacerdote parado hacia el lado norte de la mesa deberá decir la plegaria del Señor con la (oración) Colecta que siga”.¹⁰⁰

La mesa, frecuentemente una mesa-caballote esta ubicada a 90 grados de la orientación Este que tenía el antiguo altar. El ministro podía estar en el medio de uno de los lados de la mesa que mire hacia el sur, y los que comulgaban podían mirarlo desde el lado sur. Así ni el celebrante ni los feligreses miraban hacia el este, la dirección del sacrificio. Alrededor de 1636 el Arzobispo Laud ordenó que la mesa de comunión estuviera en la dirección del altar contra la pared este.¹⁰¹ Laud, que fue nombrado como Arzobispo de Canterbury en 1633, tomó la decisión de separar la mesa de Comunión del resto en la iglesia con barandas a los lados como respuesta a la indiferencia y la irreverencia que sobrevino como legado de la reforma litúrgica de Cranmer.

Cuando el Arzobispo Laud visitó las iglesias encontró que las mesas de comunión habían sido groseramente mancilladas y profanadas como consecuencia de la laxitud del gobierno y el estímulo que había recibido el Puritanismo del propio George Abbot que fuera el predecesor de Laud. Las mesas de comunión eran el lugar en donde los empleados del templo

hacían sus transacciones comerciales, los niños aprendían a leer y a escribir y dejaban sobre ellas sus sombreros y libros; durante el sermón eran empleadas como asientos; los perros las profanaban; tanto fue el descuido que había y la irreverencia que sucedió que un perro se fue con todo el pan sacramentado, y en otros lugares el vino fue llevado a la santa mesa en pintas y botellas.¹⁰²

La posición ping-pong

La mesa de Comunión ubicada en contra de la pared Este dio lugar a la extraña anomalía de hacer “pender de un extremo (de la mesa)” la posición del celebrante de la Santa Comunión, o lo que fue conocido como la “posición ping-pong” cuando este tenía un asistente. Porque como la mesa ahora estaba ubicada en contra de la pared Este los celebrantes ya no podían estarse a lo largo, y a diferencia de lo que requerían las rúbricas anteriores sobre la orientación hacia el norte, el clero más puritano insistía en ubicarse en el extremo final de la mesa, y si había algún ayudante este podía estarse al otro extremo sobre el lado sur de cara al celebrante. De aquí el nombre de posición “ping-pong”. Esta postura incongruente fue alabada como un indicador de la pureza evangélica por el clero de mentalidad-Protestante desde 1636 hasta la actualidad.¹⁰³

¹ GC, Prefacio, ps.VII-VIII.

² PHR, ps. 37-8.

³ Hugh Ross Williamson, “The Beginning of the English Reformation” (London, 1957), p. 13.

⁴ CE, vol. IV, p. 98.

⁵ GC, p. 18.

⁶ EHD, p.655. (N. del T.: la frase final es “...whose conversation ought to be in heaven”, literalmente “cuyas conversaciones deben estar en el cielo”, tiene su origen esta expresión en la sentencia latina: “*nostra conversatione in coelo est*”).

⁷ A. Gasquet, “The Eve of the Reformation” (London, 1900), p. 136.

⁸ ERR, p.8.

⁹ SA, capítulo 4.

¹⁰ REP, p. 13.

¹¹ ERR, p. 3.

¹² GC, p.15.

¹³ Chaucer, “Cuentos de Canterbury”, Ediciones Cátedra (1997) Madrid; p. 76.

¹⁴ Chaucer, ob.cit., p. 77.

¹⁵ GC, ps. 57-8.

¹⁶ EHD, p. 655.

¹⁷ Cul. p. 28.

-
- ¹⁸ PHR, p. 204.
¹⁹ POW, p. 25.
²⁰ Cul. p. 29.
²¹ Idem.
²² Pow, p. 25.
²³ RIE, vol. I, ps. 294-5.
²⁴ Cul, p. 29.
²⁵ Pow, p. 1.
²⁶ CW, vol. I, p. 6.
²⁷ TE, p. 152.
²⁸ J. Hooper, "Early Writings" (PS Cambridge, 1843), p. 139.
²⁹ EBCP, p. 120.
³⁰ Idem., p. 123.
³¹ Idem., p. 125.
³² Idem., p. 118-9.
³³ Knox, p. 58.
³⁴ EBCP, p. 105-6.
³⁵ EBCP, ps. 108-9.
³⁶ J. H. Latimer, "Works", vol. I (PS Cambridge, 1844), ps. 70-1.
³⁷ EBCP, p. 102.
³⁸ RIE, vol. II, p. 122.
³⁹ Idem., p. 113.
⁴⁰ FSPB, Introducción, p. x.
⁴¹ EBCP, p. 64.
⁴² Idem., p. 89.
⁴³ Idem., p.102.
⁴⁴ A. L. Rowse, "The England of Elizabeth: the Structure of Society" (London, 1951), p. 17.
⁴⁵ FSPB, p. 79.
⁴⁶ D. 956.
⁴⁷ EBCP, p. 79.
⁴⁸ J. Brodrick, "Saint Peter Canisius London" (London, 1935), p. 608.
⁴⁹ TL, ps. 3-8.
⁵⁰ RIE, vol. II, p. 102.
⁵¹ TE, p. 153.
⁵² RIE, vol. II, p. 108.
⁵³ FSPB, p. 263.
⁵⁴ RIE, vol. II, p. 108.
⁵⁵ Idem.
⁵⁶ OL, vol. I, p. 32.
⁵⁷ TL, p. 2.
⁵⁸ EBCP, p. 128.
⁵⁹ RIE, vol. I. p. 353n.
⁶⁰ SA, p. 395.
⁶¹ EBCP, p. 98-9.
⁶² EBCP, p. 99.
⁶³ SA, p. 461.
⁶⁴ EBCP, p. 100.
⁶⁵ RIE, vol. I, p. 361.
⁶⁶ PHR, p. 211.
⁶⁷ SA, p. 410.
⁶⁸ Idem., p. 411.
⁶⁹ Idem., p. 480.
⁷⁰ EBCP, p. 52.
⁷¹ SA, p. 452.
⁷² EBCP, p. 101.
⁷³ RIE, vol. II, p. 94.
⁷⁴ SA, p. 451.
⁷⁵ ODCC, p. 266.
⁷⁶ PHR, ps. 219-220.

-
- ⁷⁷ SA, ps. 454-5.
⁷⁸ ODCC, p. 266.
⁷⁹ EHD, p. 53.
⁸⁰ JAF, p. 44.
⁸¹ FSPB, p. VI.
⁸² J. Calvin, "Institutes of the Christian Religion", Book IV, XVIII, n. 12 (London, 1838), vol. II, p. 526.
⁸³ OL, vol. II, p. 384.
⁸⁴ EBCP, p. 256.
⁸⁵ OL, vol. II, p. 488.
⁸⁶ OL, vol. I, p. 79.
⁸⁷ ESR, p. 188.
⁸⁸ Idem., p. 187-8.
⁸⁹ RIE, vol. II, p. 121.
⁹⁰ CW, vol. II, p. 524.
⁹¹ RIE, vol. II, p. 121.
⁹² CW, vol. II, ps. 524-5.
⁹³ T. E. Bridgett, "A History of the Eucharist in Great Britain" (London, 1908), p. 63.
⁹⁴ Idem., p. 63.
⁹⁵ Idem., p. 63.
⁹⁶ J. G. Ridley, "Nicholas Ridley" (London, 1957), ps. 218-9.
⁹⁷ CW, vol. II, p. 525.
⁹⁸ FSPB, p. 212.
⁹⁹ Idem., p. 224.
¹⁰⁰ Idem., p. 377.
¹⁰¹ RMP, vol. II, p. 219.
¹⁰² J. P. Lawson, "Life and Times of William Laud", vol. II, ps. 71-2. citado en RMP, vol. II, p. 387n.
¹⁰³ C. Buchanan, "What Did Cranmer Think He Was Doing?" (Bramcote, Notts, 1977), ps. 29-30.

Un Ingenioso Ensayo de Ambigüedad

“Aunque por completo en lengua inglesa, este libro de plegarias (Prayer Book) se erige como una obra maestra del compromiso, también lo es de una estudiada ambigüedad. Mientras no niega específicamente la doctrina Católica, sus frases ambiguas eran comprendidas por su autor en un sentido Protestante y buscaban facilitar su uso a los Protestantes sin que ello les trajera problemas de conciencia”.

A. G.

Dickens¹

En su vindicación de la Bula “*Apostolicae Curae*”, los obispos Católicos ingleses impulsaron la comparación del Misal con el *Prayer Book* de 1549 de Cranmer, lo cual revelaría una serie de omisiones “cuyo propósito evidente era la eliminación de la idea del sacrificio”.² Cranmer intituló su nuevo servicio de Comunión: “La Cena del Señor y la Santa Comunión, comúnmente llamada la Misa”.

Este título es una descripción acabada del nuevo servicio que intentó claramente ser una “conmemoración” Protestante de la Última Cena, aunque sin contener nada específicamente herético y pudiéndoselo interpretar como una Misa. La palabra “Misa” fue descartada del título del servicio en el *Prayer Book* de 1552 que viene a concluir la cuarta y última etapa de la revolución litúrgica de Cranmer, la imposición de un servicio que solo podía ser interpretado solo como una conmemoración Protestante.

La ambigüedad es analizada por el Dr. Francis Clark, una voz autorizada en historia de las doctrinas Eucarísticas de los Reformadores Protestantes:

“No se puede decir que el primer *Prayer Book* de Eduardo VI sea herético, pues estaba hábilmente enmarcado y no negaba expresamente la doctrina de la pre-Reforma. Era, como dijo un intelectual Anglicano, “un ingenioso ensayo de ambigüedad”, redactado a propósito de tal manera que permitiera a una mentalidad conservadora reconciliar su conciencia con su utilización, mientras que por su lado los Reformadores lo interpretarían a su modo

reconociéndolo como un instrumento para impulsar la siguiente etapa de la revolución religiosa”.³

El historiador Protestante, el profesor S. T. Bindoff, comenta:

“Su nota clave fueron las concesiones, y en ellas se reflejaron fielmente la personalidad de su autor principal. También reflejó una decidida maestría con el lenguaje. Melachthon una vez le dijo a Cranmer que “en la iglesia es mejor llamar espada a la espada que arrojar expresiones ambiguas a la posterioridad”.⁴

Son varios los documentos analizados en el capítulo VIII que demuestran como las liturgias “reformadas” en general y el *Prayer Book* de 1549 en particular, tienen un rasgo en común en lo que rechazaban de la Misa de tradición latina: “en donde todo apesta a oblación” como decía Lutero.⁵ Francis Clark explica que:

“La liturgia del “*Book of Common Prayer*” de 1549 había sido exhaustivamente estudiada y en general se está de acuerdo en que la diferencia más significativa en comparación con el rito latino al que reemplazó es la omisión del lenguaje sacrificial”.⁶

Esto puede verse más claramente examinándose con mayor detalle el servicio de Comunión de Cranmer:

La Cena del Señor y la Santa Comunión, comúnmente llamada la Misa (1549)

El Cardenal Gasquet observa que:

“Un análisis en detalle del nuevo texto no detectaría ninguna incongruencia con la negación de la idea sacrificial de la misa de Lutero. Evaluando las características del nuevo servicio Anglicano en contraste por un lado con el antiguo misal, y por el otro con las liturgias Luteranas, no cabe duda que comprende una misma clase con estas últimas y no con el primero”.⁷

Por esta razón es más apropiado referirnos a las innovaciones litúrgicas de Lutero mientras analicemos los servicios de Cranmer.

(a) La primer parte de este nuevo rito se corresponde muy de cerca con la Misa Latina de Lutero de 1523: *Formula Missae et Communione pro Ecclesia Vuittembergensi*.⁸ Lutero estipuló que se siguieran utilizando las mismas vestimentas (litúrgicas) en uso hasta el momento, y retuvo la palabra “Misa”, como también fue el caso de su liturgia vernácula de 1526: *Deutsche Messe und ordnung Gottis dienstes*.⁹ El servicio de 1523 comenzaba con el Introito (se cantaba todo el salmo). El *Judica me*, con su referencia al sacerdote acercándose “al altar de Dios”, y el *Confiteor* fueron abolidos.¹⁰ La confesión de los pecados a Nuestra Señora, los Santos y a los Angeles y la solicitud de su intercesión era obviamente incompatible con la doctrina Protestante de la justificación, y que desde la perspectiva Luterana fue tenido como “una preparación sacerdotal para el sacrificio”.¹¹ Cranmer siguió a Lutero en mantener las vestimentas litúrgicas, en usar la palabra “Misa” y en abolir el *Judica me* y el *Confiteor*.

(b) Lutero retuvo el *Kyrie*, el *Gloria*, las antiguas (oraciones) colectas (“dada su piedad como casi todas aquellas para los días domingos”), la Epístola, el Gradual, el Evangelio, y el Credo Niceno.¹² Cranmer abolió el Gradual pero en el resto se adecuó al esquema de Lutero.

(c) Lutero decía que el sermón debía predicarse antes de la Misa o después del Credo. Cranmer siguió esta ultima sugerencia, y agregó dos exhortaciones a la Santa Comunión tomadas del Ordo de Comunión de 1548 citado en el capítulo XI. Haciéndose ciertas modificaciones en estas exhortaciones para hacer aún más clara su importación Protestante.

(d) Después sigue en la Misa Romana lo que Lutero describió como “toda esa abominación llamada el ofertorio. En donde no hay sino hedor a oblación. En consecuencia arrójese lejos todo ese sabor a oblación con el canon entero, consérvense solo aquellas cosas que son puras y santas”.¹³ Por lo tanto Lutero barrió por completo el rito del Ofertorio, y Cranmer siguió con una versión abreviada del Misal de Sarum:

“El “Ofertorio” ahora se ha transformado en una mera colecta de dinero para “las cajas de los pobres” y los

sueldos de la iglesia. Desapareciendo todas las plegarias e invocaciones del anterior rito latino relativas al sacrificio que tenían lugar sobre el altar”.¹⁴

La Antífona de Comunión todavía seguía siendo cantada o rezada “conforme a la duración del tiempo empleado por el pueblo en su ofrecimiento”. Y no había rastros de plegarias como la que sigue extractada del Misal de Sarum:

“Recibe, Oh, Santo Padre, esta oblación, que Yo indigno pecador ofrezco en Tu honor, y en honor de la Santísima María y de todos Tus santos, por mis pecados y ofensas, y por la salvación de los vivos y de todos los fieles que murieron. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo sea este sacrificio recién hecho aceptado de Dios Todopoderoso”.

(e) El *Orate frates* y la “Oración Secreta” fueron abolidos tanto por Lutero como por Cranmer. Ambos indicaron que después de realizarse la preparación del pan y el vino el ministro debía comenzar con la secuencia dialogada del *Sursum corda* precediendo el Prefacio. La forma del diálogo y el Prefacio del rito Romano fueron conservados por Lutero y Cranmer, y en el rito de Cranmer esta similitud fue intensificada con el mantenimiento del *Sanctus* en su forma tradicional. Lutero lo postergó hasta después de las Palabras de la Institución aunque esto no fuera siempre lo observado.

(f) La diferencia más rutilante entre la Misa de Lutero de 1523 y el *Prayer Book* de 1549 es que este último mantenía una versión del Canon mientras que Lutero lo había abolido por completo. Más allá de lo que haya conservado Cranmer de la Misa Sarum extirpó con precisión quirúrgica cada frase que pudiera indicar o implicar que lo que el sacerdote estaba ofreciendo era un sacrificio, o el Cuerpo y la Sangre de Cristo realmente presente sobre el altar, que un sacrificio estaba teniendo lugar. El Cardenal Gasquet explica que:

“Lutero barrió todo el Canon y mantuvo solo las palabras esenciales de la Institución. Cranmer lo sustituyó por una plegaria nueva con más o menos la misma extensión del antiguo Canon, dejando alguna pizca del texto antiguo pero despojándolo de su carácter de sacrificio y oblación.

Un análisis en detalle del nuevo texto no detectaría ninguna incongruencia con la negación de la idea sacrificial de la misa de Lutero”.¹⁵

A continuación algunos ejemplos de la minuciosa técnica de Cranmer:

(i) La plegaria de apertura del Canon Romano, el *Te igitur*, pide a Dios, “que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas, y estos santos y puros sacrificios”. Cranmer pide a Dios “que recibas estas nuestras plegarias, que ofrecemos a vuestra divina Majestad”.

(ii) En la plegaria *Hanc igitur*, antes de la Consagración, se pide a Dios aceptar “te dignes admitir favorablemente esta ofrenda en testimonio de nuestra dependencia y de toda tu familia”. Cranmer reemplaza esto por una referencia al “sacrificio pleno, perfecto y suficiente, oblación, y satisfacción de los pecadores de todo el mundo que Cristo realizó sobre la Cruz”.

(iii) Antes de las palabras de la Consagración, Cranmer pide a Dios “que bendiga y santifique estos dones, y creaturas de pan y vino, que sean para nosotros el cuerpo y la sangre del más dilecto y amado hijo Jesucristo”. Hugh Ross Williamson ha observado que hay una frase similar en una plegaria antes de la Consagración en el Canon Romano (*Quam oblationem*) en donde le solicitamos a Dios que la ofrenda “se convierta para nuestro provecho en el Cuerpo y Sangre de su muy amado hijo Jesucristo, nuestro Señor”. Explica que:

“Aquí el sentido es inequívoco, porque la transubstanciación ha sido preparada por los magníficos “Te igitur”, “Memento Domine”, y “Hanc igitur”, en donde “los dones, estas ofrendas, y estos santos y puros sacrificios” son descriptos en los términos adecuados al cambio que tendrá lugar en el Cuerpo y Sangre de los que somos indignos beneficiarios”.¹⁶

El Dr. E. C. Messenger subraya el hecho que el “Canon” de Cranmer dice “que sean para nosotros” (“may be unto us”) mientras que el Canon Romano dice, “fiat”, a saber, “se convertirán”, “sean hechos para”.¹⁷

Claramente la primera intenta excluir la idea del cambio, pero incluso “fiat” podría fácilmente ser interpretada en un

sentido Protestante si no fue preparada por esas plegarias a las que hace referencia Ross Williamson. La ofrenda (*Quam oblationem*) sería el Cuerpo y la Sangre de Cristo en un sentido Protestante, habiendo cambiado mediante la fe de los congregados que podrían alimentarse espiritualmente recibéndolo como comida y bebida. En respuesta a Gardiner, que insistía en interpretar el rito de 1549 en un sentido ortodoxo, Cranmer explicó que:

“En el libro de la santa comunión no pedimos para nada que el pan y el vino sean hechos el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que serán en nosotros en ese santo misterio, lo que quiere decir, que podemos dignamente recibir el mismo cuerpo y sangre de Cristo del que somos parte, y que con este en espíritu y en verdad podamos ser alimentados espiritualmente”.¹⁸

(iv) Además del hecho que las palabras de la Consagración han sido codificadas por el Concilio de Florencia, Cranmer no duda incluso en hacer cambios sobre estas¹⁹. En el Apéndice III se hace una comparación detallada de las dos formas. Entre los cambios más importantes que hizo Cranmer está el añadido “que es dado para ustedes (*quod pro vobis tradetur*), hagan esto en recuerdo de Mi”, después de la consagración del pan; la remoción de las palabras *mysterium fidei* de la consagración del vino; y la traducción de *benedixit*, “lo bendijo”, por “bendijo y dio gracias”. La palabra *benedixit* fue muy importante para los Reformadores en tanto que creían que una traducción literal de *benedicere* como “bendecir” implicaba claramente la transubstanciación. Como lo explica Ridley: “Inocencio, obispo de Roma no hace mucho, y Duns (Scoto) (como ya se mencionó) atribuyen ciertamente la palabra (“transubstanciación”) incluida en la palabra *benedixit*, “bendice”.²⁰ Los obispos ingleses más conservadores también pusieron el énfasis en la traducción de *benedicere* como “bendecir”. “Worcester me dijo una vez”, escribió Latimer, “que (la palabra) ofrecer estaba contenida en *Benedicere*, lo cual no es cierto, porque *Benedicere* es dar gracias”.²¹

El hecho que la palabra *benedixit* no sea esencial para la validez de la consagración no es un punto sobre el que nos explayaremos aquí. Lo que importa es el significado que le

atribuyen los Reformadores, y la acción que toman en consecuencia. En el *Prayer Book* de 1549 se tradujo como “lo bendijo y dio gracias”, y en el *Prayer Book* de 1552 las palabras “lo bendijo y” fueron completamente omitidas. Nunca fueron restauradas (ver Apéndice III).

(v) La plegaria *Unde et memores* que sigue a la Consagración en el rito Romano fue re-escrita en el servicio de Cranmer para excluir la mención a la *hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*. De modo similar, el vínculo entre la Misa y los sacrificios más importantes del Antiguo Testamento, como el de Abel y Melquisedec en la plegaria *supra quae* también fue removido.

(vi) También hubo una versión Protestantizada de la oración de los *Communicantes* en donde también se haya cierta referencia (cambiada) a Nuestra Señora y los santos:

“Y aquí te damos gracias y te alabamos, y agradecemos de corazón por la hermosa gracia y virtud manifestada en todos los santos desde el comienzo del mundo: Y principalmente en la gloriosa y más bendita virgen Maria, madre de tu hijo Jesucristo nuestro Señor y Dios, y de los santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Mártires ejemplos (Oh Señor) de fidelidad en vuestra fe, y guardando los santos mandamientos que nos distes para que los cumplamos”.

La versión Protestantizada consistió en la remoción de la referencia a que a través de los méritos y súplicas de los santos podemos ser defendidos y asistidos en todo momento mediante la protección de Dios, reemplazando esto por una simple expresión de acción de gracias por sus vidas y ejemplos que le pedimos a Dios que nos ayude a seguir. Messenger es extremadamente crítico con el término “Virgen Maria” en referencia a Nuestra Señora como opuesto al “siempre-Virgen” del Canon Romano. El hecho que la referencia a la perpetua virginidad de Nuestra Señora haya sido removida en el momento en que esa doctrina era cuestionada por los Protestantes podría ser interpretado como una duda sobre la legalidad de esta doctrina.²² Luego sigue una conmemoración por los muertos que es muy parecida a la del Canon Romano que para el caso su redacción no sigue una enunciación que pudiera entrar en

conflicto con la doctrina Protestante de la *justificación por la sola fe*.

(vii) Una de las innovaciones más significativas del “Canon” de Cranmer fue la introducción de una epiclesis. La epiclesis es, como ahora se la entiende, una invocación al Espíritu Santo para que cambie el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es típica de las liturgias orientales y no hay ninguna plegaria claramente de esa naturaleza en el Canon Romano.²³ Se han suscitado bastantes discusiones entre los historiadores de la liturgia sobre si algunas plegarias del Canon Romano podrían ser una epiclesis, o, si por el contrario ninguna de ellas, o si alguna vez existió una epiclesis que luego haya sido removida. La que enseña la Iglesia Católica en el Decreto Armenio del Concilio de Florencia es que la forma de ese sacramento consiste en “las palabras con que el Salvador realizó ese sacramento, por lo que los sacerdotes realizan ese sacramento diciéndolo en la persona de Cristo”.²⁴ El Decreto explica que las palabras de la consagración están dirigidas a la consagración del pan y el vino en verdadero Cuerpo y la Sangre de Cristo. La forma de la Consagración fue especificada, como se dice abajo, en el Canon Romano.²⁵

En 1822 el Papa Pio VII ordenó que nadie, ni siquiera un obispo o patriarca, se atreviera a defender la posición de que la epiclesis es necesaria para una consagración válida. El Papa Pio X encontró necesario repetir esta instrucción en 1910.²⁶ Efectivamente la epiclesis se encuentra en los ritos Católicos orientales y no es objeto de ninguna crítica. El problema teológico con que tuvieron que lidiar los papas fue un problema doctrinario sobre si era necesaria la epiclesis para la validez de la consagración. El tema aquí es la introducción artificial de la epiclesis en un rito que no la contenía previamente. En el apartado (iii) se hizo referencia a una plegaria que es la epiclesis de Cranmer. A continuación el texto completo de esa oración:

“Escuchadnos, oh Padre misericordioso, os lo suplicamos, y, con vuestro Espíritu Santo y vuestra Palabra, dignaos bendecir y santificar vuestros dones y criaturas de pan y vino que están aquí para que sean para nosotros el

cuerpo y la sangre de vuestro hijo amadísimo, Jesucristo”*.

El Cardenal Gasquet considera que la introducción de esta plegaria en las liturgias griegas ciertamente sugiere la invocación del Espíritu Santo.²⁷ No es necesario aclarar que en la nueva epiclesis de Cranmer no hay más que una presencia espiritual de Cristo en el pan y en el vino recibidos en la santa comunión. Está bien claro cual era su motivo al introducir la epiclesis.

(viii) Hay una conspicua diferencia entre Cranmer y Lutero en cuanto a que el primero prohíbe cualquier elevación. En la rúbrica correspondiente a las palabras de la Institución en el rito de 1549 se lee:

“Deben decirse las palabras vuelto todavía hacia el Altar sin hacer ningún tipo de elevación, o mostrando el Sacramento al pueblo”.²⁸

Lutero mantuvo la elevación por un tiempo y nunca llegó realmente a prohibirla. Esta elevación es conservada en su “Misa Latina” de 1523 y todavía se la prescribía en el ordo de Wittenberg de 1533. Lutero parece haberla abandonado por el año 1539, y en 1542 le dijo a un correspondiente que podía conservarla si le complacía.²⁹

(ix) Otro cambio que muestra cuán meticuloso fue Cranmer en la remoción del lenguaje sacrificial es el reemplazo de la frase del *Supplices te* que se refiere a “que todos cuantos, comulgando en este altar, recibiéremos el santo Cuerpo y la Sangre de tu Hijo...” Cranmer cambió esto por: “que todos cuantos comulgando *de tu santa comunión* podamos dignamente recibir el preciosísimo cuerpo y sangre de tu hijo Jesucristo”.

(x) Las señales de la Cruz fueron tenidas por los Reformadores como inductoras de superstición removiéndolas por consiguiente de la liturgia. Había veintiséis Señales de la Cruz en el Canon de Sarum y en otros misales galeses anteriores a la reforma inglesa. Cranmer las redujo a dos en el servicio de Comunión de 1549, en la plegaria que

* El texto original de Cranmer: "He are us (o merciful father) we besech thee; and with thy holy spirite and words vouchsafe to blesse and sanctifie these thy gyftes, and creatures of bread and wyne, that they maie be unto us the bodye and bloude of thy moste derely beloved sonne Jesus Christe."

comienza “Oh Dios padre celestial” que precede a las palabras de la Institución. Pero incluso esta concesión a la tradición provocó la cólera de Martín Bucer que en su “Censura” manifestó la esperanza por que “esas pequeñas cruces negras que están pintadas en el libro fueran retiradas”.³⁰ ¡Y así sucedió!.

(g) Lutero conservó el *Pater noster* con la introducción tradicional, pero omitió el *Libera nos* con su invocación a la intersección a Nuestra Señora y los santos. También omitió la Fracción de la Hostia. Cranmer hizo lo mismo.

(h) Lutero especificó que el *Agnus Dei* debía cantarse durante la comunión. Cranmer hizo lo mismo.

(i) Lutero había mantenido la primera de las oraciones preparatorias para la comunión en el rito Romano, a saber, la oración por la paz y la unidad comenzaban *Domine Jesu Christe, qui dixisti*, que no hacen ninguna referencia al sacrificio ni a la Presencia Real; pero la Presencia Real es afirmada específicamente en las otras dos oraciones que comienzan *Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi, y Perceptio Corporis tui*, Lutero omitió las dos. La primer oración no está en el Misal de Sarum aunque tiene formas idénticas a la segunda y tercer oración, y Cranmer las omitió. En lugar de la oración por la paz y la unidad del Misal Romano, el Misal de Sarum tiene dos bellas oraciones que fueron excluidas por Cranmer por obvias razones:

“Oh Señor, Padre Santo, todopoderoso y eterno Dios, concédeme recibir con dignidad este preciosísimo Cuerpo y Sangre de Tu Hijo, nuestro Señor, Jesucristo, para que pueda por ellos ser digno de obtener la remisión de todos mis pecados y llenado del Espíritu Santo, y nadie hay además de Ti cuyo reino y glorioso señorío dure para siempre. Amen”.

En la segunda oración el sacerdote habla de la carne de Cristo “que indigno tengo en mis manos”.

(j) El servicio de Cranmer tiene un rito penitencial antes de la comunión con un *Confiteor* seriamente truncado en donde las referencias a Nuestra Señora y los santos y ángeles fueron removidas.

(k) Las oraciones del celebrante de la comunión son omitidas en el rito de Cranmer: las del Misal de Sarum eran incluso menos aceptables que las del Romano:

“Aclamada sea eternamente, la santísima carne de Cristo, por sobre todas las cosas el sumo deleite. Que el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo me sea de provecho que soy un pecador en el camino de la vida”.

Sin embargo Cranmer incluyó una oración para ser dicha por el sacerdote en su propio nombre y del pueblo con frases que podían ser interpretadas de un modo Católico:

“Concédenos por lo tanto (gracioso señor) así comer la carne de tu amado hijo Jesucristo, y beber su sangre en estos santos Misterios, para que podamos habitar en él, y él en nosotros”.

La oración nos suministra otra prueba de que el hecho que los Reformadores utilizaran una terminología eucarística realista no implica que aceptaran la enseñanza Católica, como ya se mostró en el capítulo VII. El uso de la palabra “espiritualmente” es un excelente ejemplo. Con perfecta ortodoxia se puede hablar de la Santa Comunión como nuestro “alimento espiritual” pero también esta interpretación puede ser utilizada en un intento de excluir la enseñanza Católica como lo hizo Cranmer cuando escribió:

“Porque figurativamente él esta en el pan y el vino, y está espiritualmente en aquellos que comen y beben dignamente el pan y el vino; pero realmente, carnalmente, y corporalmente (él) solo está en el cielo, desde donde vendrá para juzgar vivos y muertos”.³¹

(l) En relación a la administración de la Santa Comunión, fue dada bajo ambas especies. Este ha sido uno de los primeros cambios por el que lucharon los Reformadores en el Parlamento. Aunque la recepción de la Comunión bajo una especie era, ciertamente un tema disciplinario dentro del rito Romano, la imposición de la Comunión bajo las dos especies –que fue analizado en detalle en un capítulo anterior- era precisamente el tipo de ruptura abrupta con la tradición

establecida condenada por los obispos Católicos ingleses en su “Vindicación de la Bula *Apostolicae Curae* (ver capítulo VIII).

Cranmer retuvo la forma tradicional del pan-de-altar, pero una rúbrica del *Prayer Book* de 1549 ordenaba que “no debía tener ningún tipo de forma plana, y (debe ser) algo más largo y grueso de lo que era, para que pueda ser dividido en diversas piezas: y que cada una pueda a su vez ser dividida en dos piezas, más o menos a discreción del ministro, y así distribuidas”. Este cambio en los panes-de-altar lo hace más cercano al tipo de pan que se come en una comida común viniendo a acentuar el aspecto de banquete de la Eucaristía.



Grabado típico que muestra la purga de elementos “Romanistas” de la iglesias de Inglaterra.

(m) Después de la Comunión, Lutero omitió las abluciones aunque permitió que se dijeran las plegarias: *Quod ore sumpsimus* y *Corpus tuum*. La oración *Corpus tuum* no estaba en el Misal de Sarum pero si *Quod ore* seguida de otra plegaria que Cranmer consideró igualmente inaceptable.

(n) La menos aceptable de las plegarias después de la Comunión para todos los Reformadores era el *Placeat tibi* y resulta sorprendente como todos ellos la abolieron en sus nuevos ritos:

“Séate agradable, Trinidad Santa, el homenaje de mi ministerio, y ten a bien aceptar el Sacrificio que yo, indigno, acabo de ofrecer en presencia de tu Majestad, y haz que, a mí y a todos aquellos por quienes lo he ofrecido, nos granjee el perdón, por efecto de Jesucristo Nuestro Señor. Amen”.

(o) Ambos, Lutero y Cranmer finalizaron sus servicios con una bendición y omitieron el Ultimo Evangelio.

La distribución de la Santa Comunión

1. La Comunión en la mano.

Es interesante notar que el *Prayer Book* de 1549 ordena que el pueblo reciba la Santa Comunión de rodillas y de la manos del sacerdote. Una rúbrica al final del servicio de Comunión explica:

“Y aunque se lea en escritores antiguos que el pueblo, hace muchos años en el pasado, recibía el Sacramento del cuerpo de Cristo en sus propias manos, y que no hay ninguna orden de Cristo para hacer lo contrario: sin embargo dado que durante muchos años se mantuvo la misma práctica y habida cuenta de los muchos abusos por superstición y maldad: para que esto no suceda y porque debe existir un uso uniforme en todo el Reino: se pensó conveniente que el pueblo reciba comúnmente el Sacramento del cuerpo de Cristo en la boca de la mano del Sacerdote”.³²

El *Prayer Book* de 1552 cambio esta práctica tradicional y ordenó que el ministro entregara el pan “al pueblo en la mano y de rodillas”. El trasfondo del cambio es muy interesante. En *Apostolicae Curae*, el Papa Leon XIII, analizando las intenciones de los Reformadores ingleses en la compilación de

sus nuevos libros litúrgicos, puso un particular énfasis en las opiniones heterodoxas que habían invocado los Reformadores Anglicanos. La más influyente de estas era la de Martin Bucer, un ex Dominicano alemán. Bucer rechazó cualquier tipo de presencia Eucarística de Cristo en o bajo las formas del pan y el vino. Estaba obsesivamente preocupado en asegurarse que ninguna reforma litúrgica conservara una sola palabra, gesto o rúbrica que pudieran interpretarse como indicios de una creencia en tal presencia.

Después de recibir insistentes invitaciones de Cranmer, Bucer arribó a Inglaterra en abril y se hospedó en Lambeth y en Croydon. Ambos fueron descriptos como compañeros inseparables.³³ Bucer fue nombrado Profesor Regio de “Divinidad” en Cambridge en donde se involucró con debates en contra de la Presencia Real y la Misa. Preparó un tratado sobre ordenación, basado en su propio rito de ordenación compuesto veinte años atrás en Estrasburgo. Esta fue la fuente principal del rito de ordenación escrito por Cranmer en 1550³⁴. Cranmer había invitado a su amigo para que examinara su *Prayer Book* de 1549 y para escuchar sus críticas y mejoras. Bucer respondió con su extensa “Censura” en donde atacó a viva voz “ese sacrificio de la misa, repleto de abominaciones, que nunca será suficientemente aborrecido, y esa adoración del pan (artolatreia) llena de insulto contra Dios”.³⁵ Al menos dos tercios de sus críticas fueron tomadas en cuenta en la edición del *Prayer Book* de 1552, que fue una confirmación dramática de la magnitud de su influencia sobre Cranmer.³⁶

Bucer censuró varios aspectos del rito de Comunión que temía que pudiera ser interpretado en un sentido Católico. Por ejemplo, cuestionó el uso de obleas, a pesar de la variedad tenida en cuenta para los panes de altar ordenada en el rito de 1549, finalmente en 1552 se ordenó que se utilizara el pan ordinario.

“Y para acabar con la superstición, que tienen algunas personas, o pueden tener en el pan y el vino, sea suficiente que el pan sea como el que usualmente es comido en la Mesa con otras comidas, aunque sea el mejor y el más blanco que se tenga. Y si algo del pan y del vino sobran, el vicario lo tomará para su propio uso”.³⁷

Bucer insistió especialmente en que el pan no debiera ser puesto en la boca de los comulgantes sino en sus manos:

“No puedo ver como pueda ser consistente la sección séptima que requiere que el pan del Señor no deba ser ubicado en la mano sino en la boca del que recibe. Ciertamente la razón dada en esa sección, dice, que no se permita que aquellos que reciben el pan del Señor no lo coman sino que secretamente se lo saquen de la boca para hacer de él un mal uso supersticioso o de horrible maldad, esto no me parece tan así; pues el Ministro puede fácilmente ver cuando el que recibe el pan en su mano lo come o no. De hecho no tengo dudas que la costumbre de no poner este sacramento en las manos de los fieles fue introducida por una doble superstición, primero el falso honor que ellos desean mostrarle a ese sacramento, y segundo la malvada arrogancia de los sacerdotes que se dicen más santos que el pueblo de Cristo en virtud del óleo de consagración. No cabe duda que el Señor les dio sus sagrados símbolos a los apóstoles en sus manos, y nadie que haya leído los registros antiguos puede tener alguna duda de que esta fue la costumbre observada por la Iglesias hasta el advenimiento de la tiranía de la Roma del Anticristo.

Por lo tanto cada superstición de la Roma del Anticristo debe ser detestada, y debe recordarse en cambio la simplicidad de Cristo y de los Apóstoles, y de las Iglesias antiguas, desearía que se les ordenara a los pastores y los maestros del pueblo, pues ambos son dignos de hacerlo, a que enseñen a su pueblo que es supersticioso y malvado pensar que las manos de aquellos que verdaderamente creen en Cristo son menos puras que sus bocas, o que las manos de los ministros son más santas que las manos de los laicos, por lo que sería malvado, o menos apropiado, tal como fue antes erróneamente creído por la gente común, para los laicos recibir estos sacramentos en la mano: por lo tanto todo aquello que se vincule con esta malvada creencia debe ser removido, como esto de que los ministros puedan tomar con sus manos los sacramentos y no permitirle a los laicos hacer lo mismo, y por eso ponerle los sacramentos

en la boca: lo cual no solo es ajeno a lo que fue instituido por el Señor sino ofensivo a la razón humana.

De este modo los hombres buenos fácilmente se acercarán al lugar en donde todos reciben los sagrados símbolos en la mano, y los recibirán de modo tal que se evitará así cualquier abuso furtivo contra los sacramentos.

Aunque se puede conceder un tiempo mientras tanto a los más débiles en la fe (se habitúan) dándoseles los sacramentos en la boca cuando lo pidan, pero si se les enseña esmeradamente pronto se acomodarán al resto de la Iglesia y tomarán los sacramentos en la mano”.

La objeción de Bucer al modo tradicional de dar la Santa Comunión es por lo tanto doble. Ella perpetua la creencia en que hay una diferencia esencial entre el sacerdote y el laico, y entre el pan distribuido en la Comunión y el pan ordinario. Su solución fue la imposición de la Comunión en la mano aunque de modo opcional al principio y luego confirmada con una campaña de propaganda destinada a lograr una rápida conformidad. En su libro “The Mass of the Roman rite” (La Misa del rito Romano), el Dr. Joseph Jungmann explica que fue el creciente respeto al Santísimo Sacramento, más que el temor a su mal uso, la razón principal del reemplazo de la Comunión en la mano por la Comunión en la boca.³⁸ Esto fue un desarrollo lógico e inevitable plenamente de acuerdo al principio de *lex orandi, lex credendi*. Bajo la guía del Espíritu Santo se fue teniendo una mayor comprensión de la naturaleza de la Eucaristía que redundó en una expresión doctrinaria más precisa reflejada luego en la liturgia que incrementó el respeto y la reverencia debida al Santísimo Sacramento. De este modo remontándose a una práctica antigua muy puntual los Reformadores Protestantes invistieron a la práctica de la Comunión en la mano con un significado anti-Católico para rechazar las enseñanzas Católicas sobre la Eucaristía. Desde ese momento la recepción de la Santa Comunión en la lengua significó la creencia en el sacerdocio ministerial y en la Presencia Real y la recepción en la mano significó su rechazo.

2. La Comunión de rodillas

Más allá de la implementación que hiciera Cranmer en su *Prayer Book* de 1552 de la mayoría de las censuras de Bucer será objeto de un particularmente virulento ataque de parte de un particularmente virulento Reformador: John Knox, por retener la tradición de la recepción de rodillas de la Comunión. El *Prayer Book* revisado iba a implementarse el “Día de Todos los Santos” del año 1552, pero la publicación del nuevo libro fue suspendida el 27 de septiembre a causa de la tormenta desatada por Knox. El Consejo Real ordenó a Cranmer reconsiderar la cuestión y éste respondió el 7 de octubre “A mis muy Buenos Señores del Rey el muy honorable Consejo”, no ocultando su disgusto ante la campaña llevada a cabo para que formulara cambios en su libro en una etapa tan avanzada, dijo:

“Habida cuenta Señores de vuestra sabiduría, confío en que no seáis movidos por algunos espíritus exaltados e inquietos que no logran sino poner en marcha sus propios caprichos y no cesan de provocar problemas y ansiedad cuando las cosas están bien y en su lugar. De estos hombres se puede escuchar que aunque el libro sea renovado cada año no debieran sin embargo haber faltas en su opinión”.³⁹

Cranmer insistió en que el libro que había sido aprobado por el Parlamento y recibido la autorización del Rey no podía ser modificado sin la intervención del Parlamento. El tema era aún más urgente porque el libro ya había empezado a imprimirse en agosto solucionándose el problema con un típico compromiso de Cranmer. Una orden del Consejo del 27 de octubre de 1552 (solo cuatro días antes a la fiesta de Todos los Santos cuando el libro debía ponerse en uso) dirigida al Lord Canciller el Obispo Goodrich, “para ser adjuntada más tarde al libro del *Common Prayer* cierta Declaración firmada por su Majestad el Rey y enviada a su señoría, relativa a la recepción de rodillas de la Comunión”.⁴⁰ Esta “cierta Declaración” que debía agregarse al libro de 1552

es una evidente “Rúbrica Negra”[†], y el añadido fue emprendido con tal diligencia que solo unas pocas copias de la edición original se hallaban sin la “Declaración”. Solo en pocos casos se pudo integrar la “Declaración” al grueso del libro como parte del texto, en la mayoría se trató de una hoja insertada separada de la narración. Siendo pegada cuando el libro ya había sido encuadernado. El texto de la “Rúbrica Negra” es el siguiente:

“Para que la acción de arrodillarse no sea pensada o tomada de otro modo, declaramos que no significa, en consecuencia, que tenga lugar ninguna adoración, o que deba hacérsela, ya sea ante el pan o vino Sacramental corporalmente recibidos, o ante alguna presencia real y esencial del cuerpo y sangre naturales de Cristo. Porque en lo concerniente al pan y el vino Sacramental estos permanecen todavía en sus sustancias naturales, y por lo tanto no deben ser adorados, pues esto sería Idolatría que ha de ser aborrecida por todos los fieles cristianos. Y en lo concerniente al cuerpo y la sangre naturales de nuestro salvador, Cristo, está en el cielo y no aquí. Porque es contra la verdad del verdadero y natural cuerpo de Cristo estar en varios lugares al mismo tiempo”.

Es interesante notar la correspondencia entre esta rúbrica y las doctrinas condenadas en dos cánones de la sesión XXIII del Concilio de Trento el año anterior en 1551. No cabe duda que la redacción de la “Rúbrica Negra” repudió y desafió la enseñanza del Concilio.

“*Canon* 1. Si alguno negare que en el santísimo sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo y, por ende. Cristo entero; sino que dijere que sólo está en él como en señal y figura o por su eficacia, sea anatema”.

[†] La expresión “Rúbrica Negra” data recién del siglo XIX, cuando se introdujo la práctica de imprimir el “Book of Common Prayer” con rúbricas rojas, y el hecho de que la “Declaración” no era realmente una rúbrica fue especificado por su impresión en negro. En las impresiones modernas en dos colores del BCP se la encontrará impresa en rojo.

*“Canon 6. Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, Hijo de Dios unigénito, y que por tanto no se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adoradores son idólatras, sea anatema”.*⁴¹

Cranmer tomó nota cuidadosamente de las enseñanzas de Trento en ese momento, y en marzo de 1552 escribió a Calvino:

*“Nuestros adversarios están teniendo sus concilios en Trento para la implementación de sus errores... están tal como se me ha informado, haciendo decretos respecto del culto a la hostia; por lo que no debemos dejar una sola piedra sin cambiar, ya no solo que debemos guardar a los otros de la idolatría sino que nosotros mismos debemos arribar a un acuerdo sobre la doctrina de este sacramento”.*⁴²

Se puede encontrar la respuesta de Cranmer al Concilio de Trento en los “Cuarenta y dos Artículos” de 1553 que fue básicamente obra suya.⁴³ Un pasaje del artículo XXIX es más que significativo en referencia tanto a la “Rúbrica Negra” como a la sección XIII del Concilio de Trento.

El Dr. E.C. Gibson, un historiador Anglicano que intenta interpretar los “Artículos” de un modo Católico está forzado a conceder que el Artículo XXIX refleja la opinión de John à Lasco que influyó sobre Cranmer y cuya “enseñanza sobre la presencia en la Eucaristía, si no es efectivamente Zwilingiana está peligrosamente cerca”.⁴⁴

La doctrina de Wycliffe de que el cuerpo de Nuestro Señor está en el Cielo y en ningún otro lugar está explicitada también en el Artículo XXXIX:

“La transubstanciación, o el cambio de la sustancia del pan y el vino en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo, no puede ser probada por las santas escrituras, sino que es repugnante ante las palabras llanas de las

Escrituras, y han dado ocasión a muchas supersticiones. Dado que la verdadera naturaleza de los hombres requiere que un mismo cuerpo no pueda estar en un tiempo en diversos lugares sino que necesita y debe estar en un solo lugar cierto: Así el cuerpo de Cristo no puede estar presente en un mismo tiempo en muchos y diversos lugares. Y porque (como lo enseñan las santas Escrituras) Cristo subió al cielo, y ahí permanecerá hasta el fin del mundo, un hombre fiel no debe, ya sea creer o confesar abiertamente la presencia real y corporal (tal como ellos la nombran) de la carne y la sangre de Cristo en el Sacramento de la Cena del Señor. El Sacramento de la Cena del Señor no fue mandado a través de ordenes de Cristo para ser guardado, elevado, ni adorado”.⁴⁵

El Dr. Gibson acepta en su historia de los “Treinta y nueve Artículos” que:

“No cabe muchas dudas respecto a que en 1552 y 1553 las fórmulas de la Iglesia en este país intentaban (por decirlo levemente) ser aceptables a aquellos que simpatizaban con la escuela de los Reformadores suizos en relación a la Eucaristía, y que sostenía que la Presencia era meramente figurativa”.⁴⁶

En la nueva edición del *Prayer Book* publicada en 1559 se omitió la “Rúbrica Negra” pero fue restaurada en 1662 en lo que un historiador Anglicano, J. T. Tomlinson, describe como “alteraciones verbales”⁴⁷ menores. El mismo cita otros historiadores Anglicanos que también insisten en que “con las alteraciones de 1662 no hubo ningún cambio significativo”⁴⁸ y destaca la fidelidad a las doctrinas de Wycliffe:

“La sentencia principal sobre la que pende inmodificada toda la Declaración, es a saber, que el cuerpo de Cristo que *está* en el Cielo *no está aquí*. Eso fue, y es, absolutamente fatal para cualquier teoría de la “presencia” en el sentido de una residencia dentro de los elementos. No se trataba de una mera *manera* de presencia corporal (que ningún Romanista a sostenido

jamás) sino *cualquier presencia corporal* la que es expresamente rechazada”.⁴⁹

Algunos Reformadores como John Knox y John Hooper, el obispo de Gloucester, consideraban la recepción de rodillas de la Comunión algo intolerable sin importar lo que pueda decir la “Rúbrica Negra”.⁵⁰ Para ellos, ponerse de rodillas podía implicar adoración, y cualquier cosa que incluso de manera indirecta implicara adoración debía ser abolida. En el continente no había uniformidad entre los Protestantes sobre la postura correcta al momento de recibir la Comunión. En las iglesias Luteranas los que comulgaban se arrodillaban, de pie en Estrasburgo y sentados en Génova.⁵¹

Las vestiduras del sacerdote

Aunque Cranmer había seguido a Lutero en la conservación de las vestimentas en su *Prayer Book* de 1549, luego cedió a las censuras hechas por Bucer que especificaban que las vestimentas son “una fuente de creencia supersticiosa”, y así en el *Prayer Book* de 1552 una rúbrica instruye en que no debe haber ninguna diferencia en el atavío del sacerdote que use para el servicio de Comunión como para las oraciones de la mañana o de la tarde:

“El ministro durante la Comunión y en cualquier otro momento en su ministerio no debe usar el alba, ni las vestiduras (del sacerdote), ni la capa pluvial: salvo que se trate de un arzobispo u obispo, este deberá tener y usar un amito, tratándose de un sacerdote o diácono deberán usar solo la sobrepelliz”⁵².

El Calendario

Al margen de los cambios en el Ordinario de la Misa tradicional realizados para hacer compatible el *Prayer Book* de 1549 con la creencia Protestante, los Propios fueron sistemáticamente despojados de la terminología sacrificial y el calendario fue modificado de modo tan drástico que sería más apropiado hablar de una destrucción más que de una revisión. El Dr. Eamon Duffy comenta:

“El ciclo tradicional de las fiestas y de los días de ayuno a partir de las medidas de 1536 fue hecho pedazos. El calendario del nuevo libro simplemente saca como con una pala excavadora la mayoría de los rasgos distintivos del año litúrgico, quedando apenas las grandes fiestas de Navidad, Pascua, y Pentecostés (cortando las octavas que las extienden y profundizan), y un puñado de días de santos bíblicos, los Apóstoles, los Evangelistas, el Bautista, y Maria Magdalena”.⁵³

La lengua Vernácula

La destrucción desatada por la Reforma sobre la herencia cultural del pueblo de Inglaterra y Gales ha sido estimada elocuentemente por el Profesor J. J. Scarisbrick:

“Entre 1536 y 1553 tuvo lugar en Inglaterra la destrucción y el pillaje de bellos objetos sagrados, irremplazables a una escala de la que probablemente jamás se haya tenido testimonio antes o desde entonces... Como resultado miles de altares ya no existen, incontables vitraux, estatuas y frescos desaparecidos, numerosas bibliotecas y coros fueron dispersados. Miles de cálices, custodias, cruces, vendidos o “desfigurados”... y un indecible número de preciosas vestimentas desgarradas o confiscadas”.⁵⁴

El cambio del latín por una liturgia totalmente en lengua vernácula fue el ítem cultural más serio de la devastación en tanto aisló al pueblo Católico por completo de la herencia musical de la liturgia del Cristianismo occidental. Eamon Duffy explica:

“El paso del latín al Inglés dejó de inmediato obsoleto todo el repertorio musical de la catedral, la capilla, y la iglesia parroquial. Uno de los primeros sacudones que trajo el *Prayer Book* en Pentecostés de 1549 debió haber sido el silencio, escuchándose apenas a un puñado coreutas, y la reducción de la liturgia de una de las

fiestas más grandes del año a un diálogo monótono entre el sacerdote y su ayudante”.⁵⁵

¹ A. G. Dickens, “The English Reformation” (London, 1964), p. 219.

² VAC, p. 54.

³ ESR, p. 182.

⁴ TE, p. 154.

⁵ ESR, p. 183.

⁶ Idem.

⁷ EBCP, p. 224.

⁸ El texto completo disponible en U. S. Leupold (ed.) “Luther’s Works”, vol. 53 (Philadelphia, 1965), ps. 15-40.

⁹ Idem., texto completo disponible en ps. 53-90.

¹⁰ RMP, vol. I. En el capítulo VII de este libro se hace una comparación detallada entre la reformas de Lutero y Cranmer.

¹¹ EBCP, p. 220n.

¹² Idem., p. 221.

¹³ Idem.

¹⁴ ESR, p. 184.

¹⁵ EBCP, ps. 223-4.

¹⁶ H. Ross Williamson, “The Modern Mass” (Devon, 1969) ps. 25-6.

¹⁷ RMP, vol. I, p. 389.

¹⁸ CW, vol. I, p. 79.

¹⁹ D. 715.

²⁰ N. Ridley, “Works”, (PS Cambridge, 1841), p. 26.

²¹ Idem., p. 111.

²² RMP, vol. I, p. 387.

²³ TM, p. 402.

²⁴ D. 698.

²⁵ Idem., 715.

²⁶ CDT, vol. II, ver la voz “Epiklesis”.

²⁷ EBCP, p. 204n.

²⁸ FSPB, p. 223.

²⁹ RMP, vol. I, p. 118. Ver también EBCP, ps. 222-3.

³⁰ Bucer, p. 60.

³¹ CW, vol. I, p. 139.

³² FSPB, p. 230.

³³ ESR, p. 122.

³⁴ Idem.

³⁵ E.C. Whitaker, “Martin Bucer and the Book of Common Prayer” (London, 1974), contiene el texto completo de la “*Censura*” en latín e inglés.

³⁶ ESR, p. 123.

³⁷ FSPB, p. 392.

³⁸ J. Jungmann, “The Mass of the Roman Rite” (London, 1959), p. 510.

³⁹ “Domestic State Papers”, Edgard VI, vol. XV, Nro. 15, citado en PBAH, p. 257.

⁴⁰ PBAH, p. 258.

⁴¹ D. 883 & 888.

⁴² CW, vol. II, ps. 432-3.

⁴³ TNA, p. 12.

⁴⁴ Idem. p. 28.

⁴⁵ Idem., ps. 83-4.

⁴⁶ Idem., p. 645.

⁴⁷ PBAH, p. 645.

⁴⁸ Idem., p. 264n.

⁴⁹ Idem., p. 265.

⁵⁰ Idem., p. 255.

⁵¹ FSPB, p. xiv.

⁵² Idem., p. 347.

⁵³ SA, p. 465.

⁵⁴ REP, ps. 85, 87.

⁵⁵ SA, p. 465.

El Sacerdocio y el Rito de Ordenación

“Pronunciamos y declaramos que las ordenaciones hechas en rito anglicano han sido y son absolutamente inválidas y totalmente nulas.”

Papa Leon XIII, “Apostolicae Curae”, 1896

La negación de la naturaleza sacrificial de la Misa, explícita en las enseñanzas de los Reformadores e implícita en el *Prayer Book* de 1549, fue lógicamente seguida, como el Dr. Messenger explica, por “la abolición de la antigua concepción del sacerdocio Católico, con sus siete grados y su reemplazo por un ministro Protestante en tres grados” (obispos, sacerdotes y diáconos).¹ Esto ya ha sido analizado en la conclusión del capítulo VII.

En lo que respecta a los Reformadores no existía realmente un estatus sacerdotal al cual se pudiera ingresar a través del sacramento del orden. En sus ideas, la fe no nos es comunicable por un concepto visible del cuerpo, la Iglesia no está gobernada por una autoridad instituida por Cristo, y la gracia no es dada al hombre sobre la base de signos exteriores sino por una fe confiada. Los Reformadores por lo tanto no reconocían ningún estatus específico instituido por Cristo para el ministerio de su gracia. Desde el momento en que no reconocen el Sacrificio de la Misa no necesitan tampoco un sacerdocio sacrificatorio.

El Concilio de Trento enseñó en contra de los Reformadores en su sesión XXIII, el 15 de julio de 1563, que:

“El sacrificio y el sacerdocio están tan unidos por ordenación de Dios que en toda ley han existido ambos. Habiendo, pues, en el Nuevo Testamento, recibido la Iglesia Católica por institución del Señor el santo sacrificio visible de la Eucaristía, hay también que confesar que hay en ella nuevo sacerdocio, visible y externo, en el que fue trasladado el antiguo [Hebr. 7, 12 ss]”.²

Se pronunció el anatema sobre cualquiera que negara esto.³
El Concilio también enseñó que:

“Mas como sea cosa divina el ministerio de tan santo sacerdocio, fue conveniente para que más dignamente y con mayor veneración pudiera ejercerse, que hubiera en la ordenadísima disposición de la Iglesia, varios y diversos órdenes de ministros [Mt. 16, 19; Lc 22, 19; Ioh. 20, 22 s] que sirvieran de oficio al sacerdocio, de tal manera distribuidos que, quienes ya están distinguidos por la tonsura clerical, por las órdenes menores subieran a las mayores [Can. 2]. Porque no sólo de los sacerdotes, sino también de los diáconos, hacen clara mención las Sagradas Letras [Act. 6, 5; 1 Tim. 3, 8 ss; Phil. 1, 1] y con gravísimas palabras enseñan lo que señaladamente debe atenderse en su ordenación; y desde el comienzo de la Iglesia se sabe que estuvieron en uso, aunque no en el mismo grado, los nombres de las siguientes órdenes y los ministerios propios de cada una de ellas, a saber: del subdiácono, acólito, exorcista, lector y ostiario. Porque el subdiaconado es referido a las órdenes mayores por los Padres y sagrados Concilios, en que muy frecuentemente leemos también acerca de las otras órdenes inferiores”.⁴

Se pronunció el anatema sobre quien sostuviera que “Si alguno dijere que, fuera del sacerdocio, no hay en la Iglesia Católica otros órdenes, mayores y menores, por los que, como por grados, se tiende al sacerdocio”⁵

El nuevo Rito de Ordenación

Este nuevo rechazo al concepto Católico del sacerdocio se hizo explícito con el reemplazo del “Pontifical Católico” “por un nuevo ritual basado en el germano Luterano, de completa inspiración Protestante”.⁶ Martín Bucer tuvo una marcada influencia sobre muchas partes de este ritual.⁷ Ningún lector imparcial que examine la evidencia dudaría un momento en concluir que este rito de ordenación no intenta ordenar sacerdotes sacrificadores con el poder de consagrar y ofrecer el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Sacrificio de la Misa. La mayoría de los ministros Anglicanos hoy en día no consideran

que hayan sido ordenados sacerdotes sacrificadores en el sentido Católico, e insistirían en que no hay ninguna base en las escrituras para semejante concepto. No sería harmónico con el objeto del presente estudio indagar precipitadamente sobre las deficiencias del rito de ordenación Anglicano. En mi libro “El Orden de Melquisedec” se provee de un detallado examen de la cuestión. El profesor S. T. Bindoff evalúa del siguiente modo el rito de ordenación de Cranmer:

“El cambio más significativa fue la transformación del sacerdote habilitado con la gracia divina con el poder de ofrecer el sacrificio en un ministro nombrado para predicar, enseñar y conducir el culto. Esta fue, por supuesto, la contraparte de la conversión de la Misa en la Comunión”.⁸

Los obispos Católicos en su “Vindicación” sostuvieron:

“Dado que en el rito de ordenación no hay insertado ninguna mención clara del sacrificio y del sacerdocio, sino que por el contrario el esfuerzo está centrado en hacer desaparecer todas esas referencias presentes en las plegarias que tomaron del antiguo rito, dado que, incluso, sabemos por sus escritos, y por los textos de sus principales líderes religiosos (Anglicanos)... que estas omisiones y supresiones fueron hechas intencionalmente, y desde un comienzo en abierto odio para con las ya mencionadas doctrinas lo que ha sido una característica típica de vuestra Iglesia en todas partes: ¿Acaso puede encontrarse alguna falta en la intervención de Leon XIII en cuanto a estimar que en vuestro rito de ordenación nada hace pensar en una transmisión del sacerdocio sacrificial, y por lo tanto no puede ser un rito válido a tal fin?”.⁹

El juicio que el Padre Francis Woodlock, s.j., sobre el nuevo rito de ordenación y el servicio de Comunión es una excelente síntesis de lo que resulto de un determinado proceso revolucionario –proceso que fue bosquejado en los capítulos anteriores:

“Compárese la Misa y el rito de ordenación Católico con el servicio de Comunión Anglicano y el rito de ordenación Anglicano y encontrará 40 lugares en donde algo fue cortado, y ese algo tiene que ver con la Presencia Real o el Sacrificio de la Misa. Véanse ambos y compárenselos: resultará evidente lo que ha sucedido. La doctrina Católica de la Presencia Real y el Sacrificio han sido recortados con el mismo cuidado que tiene en una operación un cirujano en quitar un tumor canceroso. Cranmer hizo su trabajo tan bien que el rito de ordenación se erige en su contexto histórico como un ritual mutilado con el propósito definitivo de excluir al sacerdocio sacrificatorio de la Iglesia Reformada de Inglaterra. Y excluyendo al sacerdocio sacrificatorio excluyó la función primaria y esencial del sacerdocio, y por eso a juicio de la Iglesia Católica los ministros Anglicanos de hoy no son reales sacerdotes.

El obispo Ryle de Liverpool (Anglicano) dijo una gran verdad al referirse que: “Los Reformadores encontraron el Sacrificio de la Misa en nuestra Iglesia. Lo sacaron como si fuera una “fábula blasfema y un peligroso engaño” y llamaron a la Cena del Señor un sacramento... los Reformadores encontraron altares en nuestra Iglesia. Ordenaron que fueran quitados, sacaron por completo la palabra “altar” de nuestro *Prayer Book* y solo hablaron de la “Mesa del Señor” y de la “Tabla del Señor”. Los Reformadores encontraron en nuestro clero sacerdotes sacrificadores e hicieron de ellos lectores de plegarias, ministros para la predicación: ministros de la palabra de Dios y los sacramentos. Los Reformadores encontraron en nuestra Iglesia la doctrina de una real Presencia corporal de Cristo en la Cena del Señor, bajo la forma del pan y el vino, y lucharon toda su vida contra eso. Jamás permitirían que la expresión “presencia real” tuviera lugar en nuestro *Prayer Book*.¹⁰

El obispo Anglicano Knox escribió:

“Nadie que lea el rito romano de ordenación puede dudar de la plena intención de ordenar sacerdotes sacrificadores. Nadie que lea el rito inglés de ordenación puede sospechar que exista tal cosa. Sobre el sacrificio no

hay una sola palabra desde el primer renglón hasta el último. Ni tampoco en la consagración del obispo existe algún viso de que los obispos ordenen sacerdotes sacrificadores”.¹¹

La invalidez de las Ordenes Anglicanas

Cuando Inglaterra volvió a unirse a la Santa Sede durante el reinado de la Reina Maria y el Cardenal Pole que vino al país como legado papal, dio con el urgente problema pastoral de obispos y sacerdotes ordenados durante el cisma que deseaban ser absueltos de su cisma y funcionar como obispos y sacerdotes Católicos. El problema evidente era si sus órdenes eran o no válidas. El Papa Pablo V se explicó sobre la materia en la Bula *Praeclara Charissimi* (1555) y en una breve declaración publicada el mismo año.¹²

La decisión del Papa contempló que aquellos que habían sido ordenados como sacerdotes u obispos usando el Sarum Pontifical, incluso por obispos cismáticos, tenían órdenes válidas y solo necesitaban ser absueltos del cisma. Aquellos ordenados con cualquiera de los ritos (de ordenación) de Cranmer eran todavía laicos y si después de su absolución por el cisma iban a actuar como sacerdotes u obispos debían ser ordenados. El juicio del Papa Pablo V fue confirmado por el Papa Leon XIII en 1896 después de una larga e imparcial investigación en la cual los Anglicanos que sostenían que sus órdenes era válidas en el sentido Católico tuvieron todas las oportunidades de explicarlo ante la comisión papal.¹³

El juicio del Papa que establece que “las ordenaciones realizadas con el Rito Anglicano han sido y son absolutamente inválidas y totalmente nulas” es irrevocable como lo puso de manifiesto en una carta al Cardenal Richard de Paris en la que escribe que la cuestión había “finalmente llegado a su término sin ninguna posibilidad de apelación”.¹⁴ Este juicio tiene estatus de hecho dogmático y es por lo tanto infalible.¹⁵

Edmund Bonner, más allá de su debilidad al aceptar la “Supremacía Real” había rechazado realizar cualquier compromiso sobre la Misa y la Presencia Real durante el reinado de Eduardo VI, puesto en prisión por su fidelidad a la enseñanza Católica. Se convirtió en obispo de Londres bajo la

Reina María Tudor y puesto en prisión (nuevamente) después de que asumiera Isabel porque había rechazado la “Supremacía Real” o comprometer la fe Católica. Murió en prisión en 1569 exhausto por el mal trato sufrido. En su *“Profitable and necessary doctrine”* (“Doctrina necesaria y provechosa”) publicada en 1555 evaluó las consecuencias del rito de ordenación de Cranmer, en ese estilo contundente que caracterizó su pluma, explicando que como los hombres ordenados con ese rito no eran sacerdotes, el pueblo había sido estafado tanto por el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor dado en la santa Comunión como por los frutos sacrificiales de la Misa:

“Los sacerdotes entre otras cosas son llamados para suministrar los sacramentos, y siendo el principal y más precioso de todos los sacramentos el del Altar, para su suministro los sacerdotes deben consagrar y ofrecer. Así los sacerdotes ordenados durante el tiempo del cisma bajo el nuevo esquema de ordenación no tienen ninguna autoridad para ofrecer en la misa el Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Cristo, pero aquellos que así se ordenaron (o más bien desordenaron) y sus órdenes cismáticas, también, desprecian por completo e impugnan no solo la oblación o el sacrificio de la Misa sino también la presencia real del Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Cristo en el sacramento del Altar; por lo tanto sostengo que toda esta repulsión y presuntuosidad ofenden al Todopoderoso Dios, así como también estafa tristemente al pueblo de este reino, que por esos medios fue defraudado respecto del Cuerpo y la Sangre santísima de nuestro Salvador Cristo, y de sus preciosos frutos, y por lo tanto también del sacrificio de la Misa y de los inestimables frutos que vienen con ella”.¹⁶

¹ RMP, vol. I, p. 564.

² D. 957.

³ Idem., 961.

⁴ Idem., 958.

⁵ Idem., 962.

⁶ RMP, vol. I, ps. 564-5.

⁷ ODCC, p. 206.

⁸ TE, p. 162.

⁹ VAC, p. 78.

¹⁰ F. Woodlock, “The Reformation and the Eucharist” (London, 1927), ps. 50-1.

¹¹ Idem., p. 51.

¹² Ambos textos disponibles en OM, Apéndice VI.

¹³ OM, ps. 32-4.

¹⁴ El texto completo de la Constitución “Apostolicae Curae” y la carta al Cardenal Richard, están incluidas en OM Apéndice VI.

¹⁵ Ver OM, p. 45, para una explicación del término “hecho dogmático”.

¹⁶ En OM, ps. 31-2 se incluye una cita más extensa de este mismo texto.

“Ordo Divino” o “Juego de Navidad”

“Así dice Yahvé: “Paraos en los caminos, y mirad; y preguntad por las sendas antiguas, cuál es el buen camino, y seguidlo, y hallaréis reposo para vuestras almas” (Jeremías, 6, 16)

La reacción que provocó la nueva liturgia ya fue mencionada en el capítulo VIII. Ahí se mostró como una gran parte del clero tendió a utilizar las ambigüedades del servicio de Comunión de 1549 en orden a interpretarlo de una manera ortodoxa. Esta reacción será analizada en detalle en los próximos dos capítulos.

Los fieles comunes en general no tienen la suficiente destreza en teología como para hacer una interpretación ortodoxa ahí donde se produce una ruptura radical con las tradiciones de sus antepasados. ¿Si los Reformadores no tenían la intención de modificar la doctrina tradicional de la Misa entonces para que cambiaron la liturgia tradicional? En muchos casos la simple intuición de los fieles probó ser más honesta y perceptiva que la de aquellos mejor instruidos. Intelectuales como Gardiner trataron de apaciguar sus conciencias interpretando la Cena del Señor de 1549 de Cranmer como si fuera la Misa, una palabra que todavía aparecía en su título, cuando evidentemente se trataba de un intento de Protestantizar el servicio de Comunión. Gardiner tuvo que haber sabido las verdaderas creencias y doctrinas de Cranmer al imponer un nuevo rito. Tal como lo expresa un historiador Anglicano, J. T. Tomlinson, “El primer “Prayer Book” fue tenido en su tiempo como algo meramente provisional hasta que los Reformadores ingleses pudieran dar plena cabida a sus propias inclinaciones”.¹

Los cambios en la política religiosa hechos durante el reinado de Enrique VIII angustiaban de una u otra manera a los fieles comunes aunque la tranquilidad venía con que la fe que encarnaba en su parroquia el culto era todavía la fe de sus antepasados. Tal como los explica el Profesor C. H. Williams, Enrique había roto con Roma pero “a la Iglesia de la cual él

era cabeza después de 1530 no se le permitió romper con la doctrina de Roma a pesar de una independencia tan violentamente impuesta”.² En su discurso de coronación de Eduardo VI, Cranmer exhortó al rey de nueve años a emular a su predecesor Josías Rey de Juda, y ver: “a Dios verdaderamente adorado, y a la idolatría destruida, a la tiranía de los obispos de Roma desaparecida de tus súbditos, y a las imágenes removidas. Estos son los signos del segundo Josías, que reformó la Iglesia de Dios en sus días”.³ Cranmer no perdió tiempo en la implementación de este programa para eliminar los últimos vestigios de Catolicismo del país, usando para esto una serie de intimaciones (legales) para lograr el objetivo:

“Ordenaron la destrucción de todas las imágenes, incluidas aquellas pintadas en las ventanas, cancelaron todos los ayunos y días de fiesta, condenaron cualquier forma de recitado del Rosario y prohibieron el encendido de velas salvo las dos del altar: esta última intimación o mandato comprendió la destrucción de las figuras de Cristo, María, y san Juan en la mampara que separa el coro de la nave* y fue el fin de las sociedades pías encargadas de encender las velas; restaba un solo paso para la destrucción de la misma mampara y provocar un cambio radical en la apariencia de todas las iglesias: se les ordenó a los sacerdotes que exhortaran a su pueblo para que tiraran las imágenes de sus propia casas”.
“Aún más radical todavía fue la abolición de todas las procesiones mandadas por estas Intimaciones, no solo las procesiones parroquiales que precedían a la Misa de los domingos, sino todas, tanto adentro como afuera de la

* N. del T.: se trata de lo que arquitectónicamente en inglés se denomina: “rood screen”, una mampara-galería de piedra o madera que separaba usualmente el area cercana al altar o coro de la nave. Ricamente adornada la mampara sostenía a medio camino entre ambos lados del templo una gran cruz, o a veces otras figuras como en este caso, Ntra. Señora, san Juan. Se podría pretender cierta analogía con el iconostasis del rito de la Iglesia Oriental aunque sin determinar una separación tan categórica en términos litúrgicos entre nave y presbiterio. Cabe mencionar que no quedan ninguna de estas piezas originales (“rood screen”) en pie en las iglesias del Reino Unido, la mayoría fueron deliberadamente destruidas durante la Reforma Inglesa y la Guerra Civil Inglesa, hoy en día solo pueden apreciarse algunos de los escalones iniciales de esta mampara-galería, en donde también solían ubicarse cantores, se leían los relatos de la Pasión, etc.)

iglesia, incluidas las procesiones de la fiesta del Corpus Christi y de los “Tres días de ruego”.⁴

Todas estas medidas incluida la abolición de las capellanías, tanto para quedarse con su dinero como para echar mano de la doctrina del purgatorio, trajo a cada parroquia la verdadera naturaleza del Protestantismo. La imposición de la “Cena del Señor/Misa” de 1549 demostró ser la gota que rebalsó el vaso en muchos casos provocando varios levantamientos armados. Como todos los reformadores, aquellos que habían dispuesto e impuesto la nueva liturgia estaban convencidos que sabían que era lo mejor para el pueblo. “Los servicios deben ser entendidos por el pueblo y apropiados por la congregación, el pueblo debe ser cambiado de espectador atento a sus devociones privadas a participante activo”.⁵ Es interesante notar como el repudio al Papa no había sido aparentemente una causa de mayor preocupación para los católicos en general viendo que los signos externos de su fe seguían intactos. Los campesinos y los trabajadores de las ciudades no eran letrados y lo que pasaba más allá de la cerca de sus parroquias y del vecindario más cercano tenía pocas consecuencias para ellos. El Papa era una figura extranjera remota de quien se sabía muy poco. De lo que si se preocupaban era efectivamente en lo relativo a la Misa. Sir Maurice Powicke escribe:

“La causa de la unidad de la Cristiandad no fue abandonada sin testigos, sin embargo debe observarse que con dos grandes excepciones, solo un puñado de monjes quisieron morir por ello... las dos grandes excepciones al beneplácito de los laicos y del clero fueron el Obispo Fischer de Rochester y Tomas Moro”.⁶

Sir Maurice explica con admirable claridad porque el servicio de 1549 probó ser para muchos Católicos humildes la gota que rebalsó el vaso:

“La causa real de la oposición entre el clero del país y los campesinos de Devonshire fue la prueba de que el “Prayer Book” iba a terminar después de todos esos años de agitación y cambio en una división entre el pasado y el presente, y que lo que iba a tener lugar era lo extraño,

extranjero, lo impuesto... vieron como se acababa con los monasterios, vieron como las comisiones reales rompían imágenes conforme a las Intimaciones de 1547 y las órdenes del Concejo de 1548; en ese momento las capellanías, testigos en casi todas las parroquias del desvelo de los vivos por los muertos, del religioso lazo fraternal en cada gremio y fraternidad, fueron destruidas, y sus recursos, las donaciones de la piedad local, confiscadas por la corona”.⁷

Esto mismo es suscripto también por Eamon Duffy que explica:

“El hombre y la mujer Tudor han padecido estoicamente muchos cambios religiosos en el reinado de Enrique. Vieron como se clausuraban los monasterios y los conventos, el pillaje sobre los santuarios, apagarse las luces en los santuarios, insultado el nombre del Papa o recortado de los libros litúrgicos de las parroquias incluso de las propias impresoras, y la abolición de muchas fiestas tradicionales. Había predicadores Protestantes que incluso en algunos lugares quebraban y quemaban imágenes. Pero esos primeros cambios Eduardianos fueron reconocidos como algo nuevo, algo diferente. Los asistentes Marianos de Standford en el Valle de Berkshire, habían inventariado seis años de destrucción, y articulado una percepción compartida y generalizada al fechar “el momento del cisma cuando este reino se separó de la Iglesia Católica” no por la ruptura con Roma en los tempranos años de 1530 sino en el “segundo año del Rey Eduardo el sexto”, cuando “todas las ceremonias piadosas & las buenas costumbres fueron sacadas de la Iglesia de este Reino”.⁸

La nueva Misa o servicio de Comunión se convirtió en obligatorio el 9 de junio de 1549, domingo de Pentecostés. “El clero de Oxfordshire se rehusó a usar el nuevo “Prayer Book” y muchos de ellos sufrieron la muerte como rebeldes en las conmociones de la época”.⁹ La nueva Misa Inglesa intentó dar un rol participativo y activo a la congregación en la liturgia, pero la actividad de la congregación que provocó no fue ciertamente la que había pretendido Cranmer, en especial lo

que sucedió en la aislada villa de Sampford Courtenay cerca de Okehampton en la cuesta de Dartmoor en Devonshire. Incluso hoy en día el lugar pasa inadvertido con una población que apenas supera los cinco mil de 1549. La iglesia parroquial de Saint Andrew es extremadamente bella, las elevadas agujas de sus torres están salpicadas de un líquen naranja que la hace brillar continuamente con ese color. Aunque la iglesia se recuesta sobre una depresión de tierra, su torre majestuosa puede ser vista desde varios lugares de la parroquia.

Obediente a la autoridad, el cura párroco de setenta años, William Harper, dijo el nuevo servicio el domingo de Pentecostés. Los sacerdotes eran objeto de penas severas si rechazaban usar el libro:

“El “Prayer Book” fue aprobado por las dos cámaras del Parlamento el 21 de enero de 1549. El 4 de marzo recibió el consentimiento real. En adelante el sacerdote que rechazara utilizar el “Book” recibía una multa sobre sus beneficios durante un año, a la segunda vez le eran retirados todos sus beneficios y puesto en prisión por un año, a la tercera vez pasaría toda su vida en prisión. En cuanto a los laicos, cualquiera que atacare al libro o procurase que un sacerdote hiciera uso de otra forma para el culto sufriría una multa conforme a una escala aumentada, y perdería todas sus propiedades a la tercera vez que perpetrara esa ofensa”.¹⁰

Sir Maurice Powicke sintetiza la consecuencias de la ley con bastante perspicacia: “En tanto se procedía de acuerdo a la “Ley de los Seis Artículos” se iba contra los innovadores, y procediendo de acuerdo a la Ley de 1549 se iba contra aquellos que resistían la innovación y se aferraban a los libros y prácticas que tienen un historia inmemorial”.¹¹

Como Católicos obedientes, los parroquianos del Padre Harper se hicieron presente, en Saint Andrew iba a ser la primer ocasión en que un rito distinto al de la Misa Latina dicha siempre en ese suelo consagrado iba celebrarse. Escucharon el nuevo servicio, lo discutieron, y decidieron que no les gustaba. Ese lunes a la mañana de Pentecostés un gran número de pobladores guiados por el sastre de la villa, Thomas Underhill, entraron en la sacristía en donde estaba el

Padre Harper vistiéndose y le preguntaron por la forma del servicio que iba a celebrar. “En obediencia a la ley sancionada debo decir el nuevo servicio”, contestó.

“¡Eso es lo que no hará!” –exclamó Underhill.¹² El pueblo de Sampford Courtney, le prohibió al Padre Harper que volviera a usar el nuevo servicio y le dijeron que estaban resueltos a conservar la fe de sus antepasados. Fue llegando más gente que insistía de modo unánime para que el sacerdote utilizara el antiguo Misal “y diga la Misa a la que habían estado acostumbrados toda su vida”.¹³ El Padre Harper “se flexibilizó ante la voluntad de la gente y de inmediato se calzó el viejo atavío y dijo la Misa y todos esos servicios a los que se estaba acostumbrado en el pasado”.¹⁴ El “levantamiento del oeste” hoy en día sería conocido como la reacción de “origen rural” contra la nueva Misa Inglesa. Dada la avenencia del Padre Harper en usar el nuevo servicio, como de la mayoría del clero, resulta irónico el hecho que el Consejo del Rey haya culpado a los sacerdotes de haberlo provocado, quienes con “una intención malvada en la mente” incitaron al pueblo “ya sea en la confesión o de algún otro modo a desobedecer y empecinarse contra los divinos procedimientos judiciales de su Majestad”.¹⁵

La noticia de la restauración de la antigua Misa se difundió rápidamente entre las parroquias vecinas, por lo que empezaron a reunirse los pobladores en Sampford Courtenay. Un hombre de la zona bien intencionado, Hugh Pollard de King’s Nympton viajó al pueblo con la esperanza de persuadir a los parroquianos para que aceptaran el nuevo servicio antes que la protesta alcanzara el grado en donde la intervención legal fuera inevitable. Pero los parroquianos no querían ningún acuerdo:

“Tenían una justa sospecha de lo que podían esperar de Pollard: una apelación a mantener la calma y evitar hacer algo tonto: a confiar en los aristócratas y el gobierno que en su sabiduría había mandado una forma mejorada del servicio más conforme con el espíritu de los tiempos que los antiguos ritos Latinos, y que los hombres razonables aceptarían si hicieran un juicio justo. Finalmente se les recordaría de su lealtad al Rey y de las consecuencias de la rebelión. Pero los parroquianos ya se habían hecho una idea de todo esto y no aceptarían lindas palabras”.¹⁶

Los juzgados de paz locales amonestaron a los rebeldes pero no lograron nada. Escuchando de estos intentos los líderes campesinos se reunieron para fijar que se iba a hacer, y estando “tan atraídos y ligados a sus locuras es que resolvieron todos atrevidamente en mantener lo que con malicia habían comenzado”.¹⁷ Un juez que faltó de tacto se apareció por la casa parroquial, al momento de retirarse, bajando las escaleras dio con un campesino llamado Lithibridge que al reconocerlo le pegó con una podadera en el cuello, “y de inmediato entre lamentos vio caérsele encima unos cuantos apoyos (de la escalera) que la tiraron abajo y se cortaron en pequeños pedazos”.¹⁸ Estos hombres de la parte oeste del país no tenían humor para argumentar. Ni eran muy competentes para hacerlo. Y estaban sosteniendo una postura en lo que para ellos era un tema muy serio, convencidos de que hacían lo correcto porque lo que estaba en cuestión era algo que tenía que ver con sus raíces y su destino eterno. Seguramente pocos serían ilustrados, Cranmer se burlaría de ellos, pero no son siempre los más capaces de exponer con elocuencia y habilidad un caso los que tienen la razón. Las noticias empezaron a correr “como una nube arrastrada por un viento fuertísimo y como un trueno sonando en todo el país: y al pueblo común tanto le gusta estas cosas que aplaudían alegres y acordaban en un solo pensamiento diciendo que sucedía lo mismo en sus parroquias”.¹⁹ Ciertamente sufrían “lo mismo”, y la Misa tradicional se restauró en la parroquia vecinas.

La reacción inicial del Lord Protector de Somerset fue la de intentar una solución pacífica, debido tanto a su propia inclinación de buscar la conciliación más que el conflicto y porque admitir que un levantamiento armado había tenido lugar y que amenazaba el gobierno sería un duro golpe contra su credibilidad. J. A. Froude explica que: “para él (Lord Protector de Somerset) una insurrección religiosa era algo imposible. Y que estaba convencido que la masa del pueblo simpatizaba con los cambios que se habían empezado a introducir”.²⁰ Sir Gawen Carew y su nieto, Sir Peter, miembros de una de las más antiguas familias de Devonshire fueron enviados con instrucciones de Somerset para lograr una conciliación. Sir Peter tenía una experiencia considerable en campañas militares en Europa. Se les habló a los rebeldes

a través de una proclama escrita por Somerset, pero en nombre del Rey, que decía:

“Estamos de buen talante para asumir que lo que ha sucedido hasta aquí fue hecho más por ignorancia que por malicia, y debido a la motivación y luz de algunas personas pícaras que por alguna maldad que puedan tener nuestros amados súbditos para con nosotros o nuestros procedimientos. Y por lo tanto ante el humilde pedido de disculpas formulados por los señores es que por la presente se perdonan todas los desprecios y ofensas acaecidas en el pasado hasta el día de hoy. Así los dichos ofensores a partir de ahora no causarán problemas ni serán molestados a causa de cualquier ofensa que hayan producido en el pasado a condición de que se comporten para con nosotros conforme al deber propio de súbditos queridos y obedientes, obedeciendo las leyes relativas a la piedad y los estatutos (hechos por nuestro parlamento) y promulgados por nuestra autoridad y puestos a implementarse. Con esto que promulgamos y declaramos queremos encomendarlo directamente a cada uno de ustedes y a todos aquellos que después de nuestra declaración intente rechazar o resista a nuestros mandatos legales en materia de piedad promulgados por nosotros y nuestro Parlamento, ya sea a través de rumores, reuniones o realizando asambleas, o de cualquier otro modo. Y esto con el fin de ver a las leyes debida y severamente ejecutadas contra los tales ofensores según el caso”.²¹

Para el 21 de junio los rebeldes habían ocupado la pequeña ciudad de Crediton, situada a ocho millas de Exeter, en donde era evidente que estaban organizándose para marchar sobre la ciudad. Carew cabalgó para enfrentarlos con alrededor de doscientos hombres, “ahí conferenciaría y discurriría con la gente común... así luego de suponerse que los persuadiría con buenos discursos y conferencias amables la gente común daría la vuelta y se irían persuadidos”.²² Pero los “buenos discursos y las conferencias amables” eran contrarios al punto de vista de Carew en lo relativo a tratar con campesinos. “Un Protestante de ideas avanzadas, incapaz de apreciar el profundo apego que tenía esa gente a la fe

papista, y su lenguaje ignorante y rústico”.²³ Enfurecido por el rechazo de los rebeldes a escuchar incluso lo que tenía para decirles lanzó de inmediato un ataque sobre ellos, y después de una retirada inicial, los sacó de la ciudad prendiendo fuego a los techos de los establos. La victoria de Carew fue un éxito hueco. Se encontró en posesión de una ciudad que quedó vacía con excepción de un puñado de ancianos:

“La pelea había sido ganada, pero no había quedado nadie para hablar en el lugar, ya no quedaba nada que hacer ni volverse a Exeter “sin nada en concreto... dejando todas las cosas, como ellos pensaban, en silencio”. No se emprendió ninguna persecución, en especial porque caía la noche y porque se asumió que los campesinos se escabullirían de sus casas y no se atreverían a hacerle frente al aristócrata de nuevo.



Sir Peter Carew

Carew no podría haber cometido un error de cálculo más grande. Aunque los insurgentes habían sido dispersados no logró ni pacificarlos ni castigarlos. Lo sucedido en Crediton llegó a oídos de todo el condado. El informe dice: “fue un correo veloz, y como si hubiera sido cuestión de un segundo llegó a todas partes a lo ancho del país”.²⁴

El día era una festividad religiosa, y Sir Walter Raleigh de Budleigh Salterton, padre del famoso caballero con el mismo nombre, atravesaba a caballo el diminuto pueblo de Clyst St. Mary, a solo dos millas de Exeter, cuando vio a una anciana rezando el rosario mientras iba a Misa. La amonestó

severamente diciéndole que no debía permitirse más esas locuras, que eran tiempos de cambio y que la ley había cambiado, y que debía vivir como un Cristiano o le sucedería lo peor. La pobre señora quedó aterrorizada y cuando llegó a la iglesia interrumpió la Misa diciendo en voz alta que el Rosario y otras tradiciones estaban ahora prohibidas: “Tendremos que dejarlo todo o el aristócrata quemará nuestras casas delante de todos”.²⁵ La noticia de la quema de los establos en Crediton respaldaba su preocupación. La gente del pueblo salió de la iglesia en seguida. Algunos juntaron árboles para hacer barricadas en el camino a Exeter, otros corrieron a Topsham y fueron por el cañón de unos de los barcos amarrados al muelle. Se encontraron con Raleigh en el camino, lo atraparon y lo sometieron de manera ruda y probablemente lo hubieran matado de no haber intervenido un marinero.

Las noticias de los eventos en Clyst pronto llegaron a los Carews en Exeter, y al otro día, domingo, mandaron su ejército encontrando que el puente estaba protegido por un cañón “que podría haber disparado por la malicia de Sir Peter en lo que hace a la religión y por los incendios de Crediton” lo que no se llevó a cabo dada la insistencia de uno de los apostados en el sitio. Los parroquianos no confiaban en los Carews, pero permitieron que un corregidor de Exeter entrara en el pueblo para escuchar sus quejas. Este explicó la oferta de un perdón generalizado si solo aceptaban el *Prayer Book*, las negociaciones llevaron todo el día, pero los rebeldes no hicieron ninguna concesión. Los campesinos prometieron finalizar la rebelión si se les aseguraba que “el Rey y el Consejo no modificaban la religión y la volvían al mismo estado a como la dejó el Rey Enrique VIII, hasta antes que él muriera”²⁶, dejando así en claro que la única razón del levantamiento fue la defensa de la fe tradicional. Sir Peter estaba indignado, echaba humo por la nariz, y se enfureció cuando se le informó en Exeter que esa noche no habría calma en Devonshire a menos que la religión quedase tal como estaba antes de la muerte de Enrique VIII.

“En un ataque de cólera Sir Peter llamó a los ciudadanos traidores y cobardes. Traería todo el ejército del país, dijo. Llegaría con cada aristócrata leal a su posición, y degollaría a los perros rebeldes en sus madrigueras.

Cuando amaneció se dio cuenta que había sido más fácil decirlo que hacerlo. Diez mil pobladores de Cornwall estaban marchando desde Tamar. Las rutas que van a Exeter estaban rodeadas, Walter Raleigh fue de nuevo hecho prisionero, y los aristócratas de todas partes se escondían en árboles y cuevas”. Lo único que podía hacer era escapar y avisar a Lord Russell. El alcalde y el regidor, aunque rechazaban los cambios religiosos tan profundamente como los rebeldes, habían prometido mantener la ciudad para el rey en tanto tuvieran provisiones para mantenerse con vida. Carew se escabullo entre callejuelas y pasadizos a Somersetshire”.²⁷

Lord Russell, un Lord con sello propio, recibió la orden de aplastar a los rebeldes, y encontrar a Carew en Tauton, capital del condado de Somerset. Russell no era sino un pequeño terrateniente cuando empezó su carrera en el servicio real. El 4 de julio Enrique le dio el monasterio Cisterciense de Dunkeswell y los campos de la rica abadía de Tavistock. El pueblo de Devon tenía buenas razones para detestarlo porque la iglesia de Tavistock contenía la tumba de su patrono, St. Rumon, destruida producto de las reformas, sus ornamentos de plata y oro mandados al Rey y el resto profanado. Al cierre de la Abadía siguió la abolición de la fiestas de los tres días de fiesta dedicados al santo desde la vigilia del 29 de agosto.²⁸ Dicho en términos suaves se puede asumir que Russell tenía mucho interés en el triunfo del Protestantismo. Era conocido como un soldado muy duro indigno de sus oponentes, poseedor de una brutalidad reconocida incluso en los períodos de guerra.²⁹

El Lord Protector de Somerset estaba furioso por el cambio de los acontecimientos, y culpaba a Carew por la rebelión, diciendo que la falta de tacto de este caballero había convertido una simple reyerta en una revuelta a gran escala, porque llegaban continuamente informes de levantamientos similares en Yorkshire, Northamptonshire, Norfolk, Suffolk, Oxfordshire y Buckinghamshire, ¡pero no puede considerarse a Carew la causa de todos estos levantamientos!. El Lord de Somerset se dio cuenta que o abandonaba la Reforma y les otorgaba al pueblo el derecho a rezar la antigua Misa, o los reprimía usando los mercenarios que había reunido para

aplastar una posible invasión de Escocia. Inglaterra no tenía en ese tiempo una armada regular, las únicas fuerzas permanentes de la Corona eran la guarnición militar de Berwick-on-Tweed y Calais que no estaba disponible para cualquier servicio, y las pocas guarniciones de algunas recientemente erigidas fortificaciones para la defensa costera que por lo general no llegaban sino a un puñado de hombres.³⁰ Cuando se requirió el uso de la fuerza militar se llamó a nobles y aristócratas, se ordenaron impuestos especiales, y requirió por ley a cada hombre robusto de entre dieciséis y sesenta años para engrosar el servicio militar. Lord Grey de Wilton fue enviado con un ejército de mercenarios para asistir a Lord Russell en el oeste, pero el primero aplastó la revuelta en Oxfordshire que había sido provocada por la predicación radical de Peter Martyr en la misma Oxford:

“El pueblo no estaba organizado para resistir las tropas regulares y (la Corona) se reservó el castigo en especial para sus instigadores. Fue implementada la horca para reforzar los argumentos de Peter Martyr, produciéndose a lo largo y ancho de los pueblos el ahorcamiento de líderes y vicarios dejándose colgados sus cuerpos en las torres de las iglesias. Las campanas que habían sido utilizadas para animar a los campesinos fueron bajadas y vendidas en beneficio del gobierno “quedando solo las más pequeñas” para llamar débilmente al rezo de las plegarias Inglesas. Habiéndose restaurado el orden en Oxfordshire, Grey se apresuró en ir a Honiton en donde su visita era vista con gran preocupación”.³¹

Los campesinos de Devonshire se unieron a los pobladores de Cornish quienes se habían levantado por su cuenta, con otras tantas razones para no querer el *Prayer Book* de Cranmer, la principal que la mayoría de ellos no hablaba inglés, siendo que el idioma nativo en Cornish era una lengua derivada del Celta similar al Galés. Un considerable número de aristócratas de Devonshire se unieron a los campesinos, entre ellos destacan Sir Thomas Pomeroy y Humphrey Arundell. Sir Thomas era el único con título nobiliario, que descendía de una familia adinerada y respetada de los estados de Devon y Conrwall. Era un hombre muy estimado

por sus servicios militares, contándose entre los más valientes que estuvieron en la guerra con Francia³².

Con un caballero para que los guiara, los rebeldes lograrían convertirse en una fuerza organizada, así con un ejército disciplinado y un cañón estaban determinados a tomar Exeter. Los rebeldes lograron hacerse del control efectivo de la parte oeste del país y podrían haber tomado Londres con un liderazgo competente. No había fuerzas entre ellos y la capital, el Lord Protector de Somerset tomó la precaución de ordenar la destrucción del puente sobre el Támesis en Staines, cortando así la ruta principal hacia Londres desde la parte oeste. Esta orden no se cumplió debido a una vehemente oposición de los habitantes de Staines que decían que eso los acabaría económicamente.

Pero una debilidad fatal minaba la causa de los hombres de la parte oeste del país pues aunque era una cuestión de conciencia desobedecer al rey en el tema de la Misa ellos aceptaban ser sus súbditos. No eran revolucionarios organizados deseando la deposición del rey. Reconocían a Eduardo VI como su monarca, y querían demostrarle que podían ser súbditos suyo y no por eso tener que abandonar la fe tradicional. El rechazo a obedecerlo en ese particular no implicaba el repudio de su autoridad. Los rebeldes eran hombres humildes que se habían levantado espontáneamente para defender la fe de sus padres, y no tenían ninguna ambición más allá de ese objetivo –lo que significaba que su derrota era inevitable. El gobierno al que ellos no querían derrocar tendría todo el tiempo necesario para organizar un ejército y aplastarlos.

El historiador Protestante, W. G. Hoskins, no puede contener su admiración al describir la marcha sobre Exeter:

“Con el estandarte de las Cinco Llagas de Cristo en alto flameando ante ellos, y un copón cubierto de un rico palio, y cruces, estandartes, candeleros, incensarios balanceándose, y el pan santo y el agua “para defenderse del poder maligno y perverso”, la procesión de campesinos y trabajadores de Devon y Cornish, y a la cabeza algunos pocos aristócratas, sin saberlo echándose todo el poder del estado encima, marcharon sobre Exeter detrás de sus sacerdotes, cantando mientras

iban avanzando: una rebelión patética, fútil y aguerrida”.³³

¿Fútil?, si probablemente a los ojos del mundo ¿pero *sub specie aeternitatis*?

“No sabemos cuantos hombre de la parte oeste del país conservadores, intransigentes, marcharon en esa rebelión sin esperanza probablemente: algunos miles. Sin duda hablaron y pelearon por diez mil que no querían y detestaban los cambios. Pero en la mayoría de las parroquias el párroco y su pueblo aceptaron las órdenes dadas más arriba y se conformaron a ellas externamente”.³⁴

Incluso en Exeter la mayoría, incluido el alcalde y los ciudadanos principales, rechazaban las reformas, pero como fue el caso de los Católicos en Inglaterra a lo largo de las persecuciones, hacían frente a una opción agónica entre los dictados de la religión y una obligación, que en si misma veían como una obligación religiosa: la obediencia a la corona.

Un historiador Protestante del siglo XVI, John Hooker, cuyo relato muy parcial del levantamiento, en “History of Exceder” es nuestra principal fuente llega a conceder que el partido “de las antiguas estampitas de la religión Romana” era más grande que el grupo Protestante en Exeter, pero que los “magistrados y los principales de la ciudad, a pesar de que no les interesaba demasiado los temas de la religión y si les interesaba la obediencia al Rey y al bien común, y rechazaban cualquier cosa que tenga que ver con una rebelión”.³⁵ Estos eran hombres que tenían en gran estima la obediencia a la autoridad como la principal obligación de un ciudadano, aún cuando esa autoridad tomara medidas que pudieran minar la Fe. Pero había en Exeter Católicos que no se quedarían en silencio, aunque fueran incapaces de sobreponerse a la determinación del alcalde.

“Richard Tailor, un fabricante de paños, tiró una piedra a unos reformistas fanáticos; y caminaban por las calles en procesión clamando: “Que salgan los herejes, donde están los hombres del librito de dos peniques, por las llagas y la

sangre de Dios, no nos van a encerrar para que sirvamos al cambio, nos iremos de aquí con nuestros vecinos, ellos son honestos y buena gente”.³⁶

La referencia al “librito de dos peniques” posiblemente se refiera al “*Book of Common Prayer*”. Tan popular era el apoyo a los rebeldes que incluso aquellos que carecían del coraje para unírseles no querían pelear en su contra. Lord Russell encontró casi imposible imponer gravámenes locales para combatir a los hombres de Devon y Cornwall, no solo en esos condados sino también en Somerset, Dorset y Wiltshire. La fuerte simpatía Católica del pueblo de Somerset se evidencia en una carta del Consejo del Rey a Lord Russell que le sugiere un particular método para vencer la resistencia:

“Vos decís que muy poco es capaz de hacer el recaudador de impuestos en Somersetshire debido a la mala inclinación del pueblo, y que hay entre ellos otros que no se atreven a decir abiertamente esas palabras de traición contra el Rey, y que están de parte de los rebeldes traidores. Cuelga dos o tres y ejecútalos como ha traidores. Y eso será el mejor apoyo para dialogar”.³⁷

Los historiadores Protestantes aceptan que la “Rebelión del Oeste” fue genuinamente religiosa, un hecho que también fue concedido por el Consejo. El Lord Protector de Somerset habló de un intento de instigación por “sacerdotes sediciosos, que buscan restituir los viejos litigios”.³⁸ Hooker acepta que la causa de la rebelión “solo se trató de una cuestión relativa a la religión”.³⁹ Charles Wriothesley, otro historiador Protestante escribió sobre la rebelión que “los hombres de Devonshire y Cornish llegaron a la insurrección en contra de los procedimientos del Rey para conservar la Misa y las ceremonias de la ley Papal”.⁴⁰ Los rebeldes fueron atacados tanto por una esmerada campaña de propaganda como por fuerza militares. La propaganda del gobierno advirtió a la gente de la parte oeste del país que estaban siendo engañados por los sacerdotes, “cachorros de la basura Romanista”.⁴¹ Russell fue instruido para que diga que habían sido admirablemente abusados “y solo por la provocación de unos pocos sacerdotes papistas, que lograban lo que hacían con otros tantos rumores sediciosos y no pretendían sino

someter el pueblo al papa”.⁴² Pero de hecho habían sido los laicos quienes forzaron y reprocharon a sus sacerdotes para que mantuvieran la Fe. Es una interesante anticipación de la guerra psicológica del siglo XX, circularon historias horribles desde el gobierno alegando atrocidades terribles cometidas por los rebeldes. Historiadores del *establishment* como Hooker y Richard Carew sostienen que los rebeldes utilizaron la intimidación para ganar reclutas, pero el historiador Protestante J. Cornwall acepta que esto no habría sido necesario cuando “casi nadie apoyaba al gobierno”. Y agrega: “las auténticas atrocidades cometidas por los rebeldes fueron pocas y muy esporádicas; el gobierno, por el contrario practicó el terrorismo sistemático para conservar la autoridad”.⁴³

Nicholas Udall, un intelectual Protestante que había ganado el favor de Eduardo VI a través del patrocinio de Catalina Parr, ridiculizó a los rebeldes por sus pronunciamientos en contra de las innovaciones litúrgicas, las que, decía, no entienden. Los cambios, insistía, estaban basados sobre los “más divinos consejos... producto del mucho estudio y trabajo de los más ilustrados obispos, y doctores del reino”.⁴⁴ De haber tenido los rebeldes la instrucción o las habilidades para el debate de santo Tomás Moro podrían haber señalado que por cada obispo que se opuso a la religión tradicional había cientos de santos, en contra de cada una de las órdenes del parlamento pudiendo haber apelado a los concilios generales de cientos de años.⁴⁵

La naturaleza religiosa de la rebelión se manifiesta claramente en las quince demandas que formularon de las que se cita a continuación las más típicas:

“Estos son nuestros Artículos, firmados por nosotros campesinos de Devonshire y Cornwall, y de los diversos campos de Este a Oeste de Exeter.

Primero queremos tener todos los santos decretos que observaron nuestros antepasados, conservarlos y practicarlos, quien de nuevo esté contra ellos, lo tendremos por Hereje.

Item habremos de tener la Leyes de nuestro Soberano Señor el Rey Enrique el VIII en lo concerniente a los seis artículos, que deberán estar vigentes de nuevo, como lo estaban en su tiempo.

Item habremos de tener la misa en Latín como era antes, celebrada por un Sacerdote sin ningún hombre o mujer participando con él.

Item habremos de tener el Sacramento sobre el altar mayor, y será adorado como acostumbrábamos a hacer, y aquellos que no lo consientan así de aquí en adelante, les daremos muerte como a herejes que van contra la Santa fe Católica.

Item habremos de tener el santo pan y el agua bendita cada domingo, Ramos y cenizas en las fiestas acostumbradas, Imágenes a colocarse de nuevo en cada iglesia, y todas las antiguas Ceremonias utilizadas hasta aquí por nuestra santa madre la Iglesia.

Item no aceptaremos el nuevo servicio porque parece más bien un juego de Navidad, sino que habremos de tener nuestros antiguos servicios de Maitines, misa, Canciones nocturnas (Compleatas) y procesiones en Latín tal como fue antes. Y así los hombres de Cornwall (algunos de nosotros no comprendemos el Inglés) rechazamos por completo vuestro nuevo (servicio) en Inglés.

Item habremos de tener a cada predicador en su sermón, y cada Sacerdote en su misa, rezando especialmente por las almas del purgatorio como lo hicieran nuestros antepasados.

Item que la mitad de la tierras de las Abadías y de las Capellanías, en posesión de hombres que no las habían tenido antes serán devueltas en dos áreas, a las dos Abadías más importantes de cada condado, así esa mitad será devuelta y se establecerá un lugar para las personas devotas, que rezarán por el Rey y el bien común, y lo mismo tendremos para las almas de la Iglesia que han luchado durante estos siete años”.⁴⁶

Los artículos fueron firmados por: “Humfrey Arundell, Berry, Thomas Underhyll, John Sloeman, William Segar, Chife Captaynes, John Tompson Pryeste, Henry Bray, Mayor of Bodma, Henry Lee, Mayor of Torriton, Roger Barret, un Sacerdote, y los cuatro gobernadores de los Campos”.⁴⁷

Igual que Nicholas Udall, Cranmer se divirtió ridiculizando a los rebeldes en lo que él suponía su ignorancia:

“Cuando leí por primera vez sus requerimientos, ¡Oh, hombres ignorantes de Devonshire y Cornwall! Me vino de inmediato a la mente, la solicitud que Santiago y Juan le hicieran a Cristo, a la que Cristo contestó: “Ustedes preguntan como, no, que”. Aunque pensé tan pronto como escuché sus artículos que estaban siendo engañados por algún astuto papista, que escribié estos artículos para ustedes para hacerles preguntar el como y no el que”.⁴⁸

En su muy extensa –de hecho verborrágica- respuesta a las quince demandas de los rebeldes el mismo se mostró como indignado por el tono de las demandas.⁴⁹

“¿Es esta la manera en que los súbditos deben hablar a su príncipe, “que hemos de tener”? ¿Fue esta forma de discurrir en algún momento utilizada por los súbditos a su príncipe desde el comienzo del mundo? ¿Acaso los súbditos verdaderos no utilizan esta otra forma de dirigirse a su soberano señor: “Muy humildemente implora vuestro fiel y obediente súbdito”? Aunque los papistas se hayan abusado de la ignorancia de ustedes proponiendo esos artículos, los que ustedes no entienden, no escarmientan de ser llevados de la nariz para olvidar el deber de fidelidad debido a su señor soberano, dirigiéndose a él: “Esto habremos de tener”, con el arnés en la espalda y las espadas en sus manos”.⁵⁰

Cranmer consideró la petición de volver al Latín como particularmente ridícula. Había impuesto la lengua vernácula en beneficio de los fieles comunes y estaba indignado de que rechazaran lo que suponía algo bueno para ellos:

“Pues todo lo hecho es en función del pueblo y pertenece al pueblo, como también al sacerdote. ¿Y es razonable que el sacerdote hable por ustedes, en nombre de ustedes, y ustedes le respondan individualmente; pero sin embargo nunca entienden ni una sola palabra, ni lo que él dice, tampoco lo que dicen ustedes mismos?... ¿Querrían ser como urracas o loros entrenados para hablar, y no entender una sola palabra que dicen, o más

bien verdaderos hombres Cristianos, que oren a Dios de corazón y en la fe?”.⁵¹

El Cardenal Gasquet señala cuan equivocada es la noción de que el servicio en latín es un libro cerrado para los iletrados en los países Católicos:

“Las palabras en latín pasaron muchas a formar parte de la cotidianeidad al punto que ellas mismas se sugerían en las ocurrencias de la vida diaria. Por lo tanto considerar una sustitución repentina del latín por el inglés en todos los servicios públicos de la Iglesia debió tener en cuenta que para un gran número de personas esta medida, lejos de gratificar su sentimiento religioso, era algo con lo que tenían que reconciliarse”.⁵²

El Cardenal también cita la opinión de un intelectual Anglicano imparcial que de cuyos viajes por países Católicos concluyó que los fieles comunes seguramente siguen las partes audibles de la Misa “tan bien como los ingleses generalmente siguen el *Prayer Book*”.⁵³

Los rebeldes del oeste habían pedido que aquellos que rechazaran sus demandas deberían “(tener) muerte como a herejes que van contra de la Santa fe Católica”. En el transcurso de los eventos, obviamente, fueron los rebeldes los que murieron cuando la rebelión fue aplastada, principalmente debido a la presencia de mercenarios comandados por Lord Russell y Lord Grey de Wilton. Pues estas eran las únicas tropas en las que podía confiar la corona: italianos, españoles y germanos. Muchos de los cuales eran Católicos, que no comprendían la naturaleza religiosa del conflicto y que cuando más tarde se enteraron de lo que habían hecho se quedaron tan angustiados que buscaron ser absueltos.⁵⁴

La primer batalla en serio de la campaña tuvo lugar el 28 de julio en Feniton o en los puentes de Fenny cerca de Honiton. La disciplina y el equipamiento superior de las fuerzas dirigidas por Russell que contaba con soldados profesionales fue el factor decisivo, y aunque los rebeldes pelearon bravamente fueron corridos del puente con la pérdida de trescientos hombres. A esto se agrega las perdidas de la armada real, especialmente en el contra-ataque de 250

robustos hombres de Cornish, y hay cierta base de credibilidad en la leyenda del “prado ensangrentado” cerca del puente: un lugar inundado en sangre.⁵⁵ Con temor a un ataque en su retaguardia, Russell decidió no perseguir al ejército rebelde.

El sábado 3 de agosto, Russell acampó con sus mercenarios en un baldío gris de Woodbury arriba de Clyst St. Mary. Los hombres de la parte oeste del país se indignaron al enterarse que la corona había acudido a mercenarios extranjeros para aplastarlos. Cuando descubrieron que Russell estaba acampando en las tierras comunales de Woodbury se lanzaron al ataque la mañana siguiente. El primer ataque fue rechazado pero los rebeldes renovaban su asalto una y otra vez. Hooker escribió que “no obstante tener un estómago fuerte y de lo valiente de la incursión al final fueron sobrepasados y aniquilados”.⁵⁶ Incluso el muy amargo historiador anti-Católico J. A. Froude, que siempre diviniza a Cranmer, casi no puede reprimir la simpatía que le despiertan los rebeldes:

“Nunca antes los gobiernos ingleses habían acudido a soldados extranjeros en contra de súbditos ingleses; y apenas fueron divisados por los pueblerinos de Clyst se lanzaron con furia sobre estos. Se podría desear que la mejor causa había encontrado a sus mejores defensores. Los mal armados campesinos de Devonshire estaban pobremente equipados contra las tropas disciplinadas y entrenadas. Pocos de los que subieron a la montaña pudieron volver (vivos); cayeron al comienzo del verano como hombres valientes de buen espíritu por sus fogatas y altares. Miles Coverdale, traductor de la Biblia y futuro Obispo de Exeter predicó un sermón de acción de gracias entre cuerpos de labios rígidos y rostros mirando al cielo”.⁵⁷

En su libro “Revolt of the Peasantry” (“La revuelta de los campesinos”) J. Cornwall señala sarcásticamente:

“No hay ningún registro de lo que los Católicos entre los mercenarios hubieran hecho de haberse enterado lo que estaba sucediendo. Cualquiera fuera su confesión, una homilía en lengua extraña difícilmente haya despertado

demasiada emoción; muchos probablemente se hayan encogido de hombros ante la fortuna variante de la guerra, o ante el incomprensible Inglés”.⁵⁸

Las batallas decisivas de esta campaña acontecieron en los siguientes dos días en Clyst St. Mary, al otro lado del río Clyst en Clyst Heath.⁵⁹ Durante un momento en el ataque sobre Clyst St. Mary, los rebeldes pusieron en retirada a toda la armada real, incluidos los mercenarios. Si los hombres del oeste del país hubieran poseído un puñado de caballos habrían logrado alcanzar a las fuerzas enemigas de Russell en retirada y ciertamente haber obtenido la victoria, pero incapaces de perseguirlos los capitanes de la armada real pudieron reorganizarse y volver con un segundo ataque sobre Clyst, en donde se peleó por cada metro, cada casa se había convertido en una batalla particular:

“Las tropas avanzaron lentamente prendiendo fuego a las casas que dejaban atrás. Una tras otra incendiadas y cuando salían sus defensores los recibían con el fuego de los mosquetes, heridos y abandonados en el suelo en donde los alcanzaban las llamas y se quemaban vivos. Pronto la resistencia se volvió imposible y los habitantes del pueblo tuvieron que retroceder cruzando el río. Se formó una retaguardia esforzada en el medio del pueblo para cubrir la retirada. Sucedió una lucha sangrienta hasta que los hombres del oeste cayeron abatidos, muchos con la espada en la mano, a lo cual se suma el número de aquellos muertos por el fuego en sus casas. Otros arrojados al río –la marea era alta- hundidos por el peso del arnés mientras trataban de nadar. Miles perecieron ese día... Muchos fueron tomados prisioneros. El fracaso de Russell no podía ser más claro”.⁶⁰

Después de la batalla los prisioneros fueron masacrados sin piedad. Haywad, el cronista del reinado de Eduardo VI, dio el número de nueve mil.⁶¹ Semejante atrocidad es una mancha en la historia del ejército real que aún hoy sus historiadores se ven obligados a admitir.⁶² La batalla continuó un día más. Aunque los rebeldes ya no tuvieran la posibilidad de ganar siguieron una batalla desesperada hasta que “un puñado o ninguno quedó vivo”.⁶³ Lord Grey de Wilton nunca antes

había peleado contra hombres ingleses y Hooker dijo que estaba maravillado de su “fuerza y valor”:

“Valiente y corajuda fue su incursión y no cesarían hasta que la vida y los miembros se lo permitieran, y aún así al final se los venció y un puñado o ninguno quedó vivo. Grande fue la matanza y cruel la pelea, y tal el valor y la fiereza de sus hombres que Lord Grey dijo que nunca en todas las guerras en las que había estado había visto algo semejante ni estado en una refriega tan sangrienta”.⁶⁴

Para la corona la victoria significó que Exeter había sido liberada. Aunque todos los intentos y los propósitos de la rebelión fueron derrotados todavía estaban lejos de ser acallados. La batalla final en Devonshire tuvo lugar el 17 de agosto en Sampford Courtenay, en donde la “Rebelión del oeste” había empezado. Dos mil hombres del oeste del país, incluido mil galeses que era la primera vez que peleaban, lucharon con sumo coraje contra una armada real cuatro veces mayor que ellos, muriendo inevitablemente tantos como ciento veinte rebeldes. “No se rendirían para no persuadirnos”, escribió Hooker, “muchos resistían varonilmente en la lucha: y no acabarían hasta que no quedaran más de los suyos en la ciudad y en el campo”.⁶⁵ Entre los muertos se encontraba Thomas Underhill, el sastre de Sampford Courtney, que el domingo de Pentecostés había increpado al Padre Harper para que se pusiera las vestimentas tradicionales y ofreciera la antigua Misa en latín en lugar de la nueva Misa en inglés.⁶⁶

Todavía quedaban en el campo de batalla algunos grupos de rebeldes batiéndose contra las fuerzas reales retirándose hacia Somerset; teniendo lugar la batalla final el 29 de agosto en Kings Weston.

“Exhaustos por los ataques no estaban en condiciones de seguir haciéndoles frente a los soldados de Carew. Después de una “gran carnicería y ejecución” fueron sobrepasados, quedando ciento cuatro prisioneros, colgados de a uno o en pares en Bath, Frome, Wells, Glastonbury, Ilminster, Dunster, Milverton, Wivelicombe y en otras ciudades de Somerset”.⁶⁷

Al final 5.000 hombres de la parte oeste del país murieron por la Misa tradicional en manos de la armada real, una cifra muy elevada para la época.⁶⁸ El *Prayer Book* de Tomas Cranmer había recibido su bautismo de sangre. “A finales de agosto concluyó todo” escribió el profesor Bindoff. “Miles de familias enterraron a sus comprovincianos masacrados en el campo de batalla, y algunos cientos expiraron su traición en las horcas de docenas de condados”.⁶⁹

El Cardenal Gasquet escribe:

“La imposición del libro del nuevo servicio fue posible solo con la matanza de muchos miles de Ingleses por un gobierno Inglés ayudado de mercenarios extranjeros. Los viejos tiempos de temor y persecución sobre los peregrinos de la Gracia fueron renovados, los mismos métodos deshonestos se emplearon para alcanzar el éxito, la misma cruel carnicería sobre los vencidos. El terror en todas partes a la vista del pueblo, fijaron los días de las ejecuciones los mismos en que la gente iba al mercado, pudiéndose ver sacerdotes colgados de los campanarios de sus parroquias, y las cabezas de laicos ubicadas en los lugares más visibles de las ciudades”.⁷⁰

Entre los sacerdotes ejecutados más prominentes estaba Robert Welsh, cuyo cuerpo, el mismo Lord Russell tomó entre sus manos para mostrarlo a los que estaban con vida en la iglesia de St. Thomas en Exeter. El virulento y anti-Católico Hooker, que lo conocía bien, describe al sacerdote como poseedor de algunas buenas características:

“Este hombre tenía algunas buenas cualidades. No era de gran estatura pero bien plantado y compacto; era un muy buen luchador, disparaba bien tanto con el arco como con la ballesta, y manejaba muy bien un arma de mano; era muy buen leñador...un compañero en cualquier ejercicio o actividad y de una conducta cortés y gentil”.⁷¹

La actuación de Welsh como capellán de los rebeldes no le impidió intervenir para prevenirlos de atacar Exeter con bombas incendiarias que hubieran devastado la ciudad en pocas horas, siendo que la mayoría de las construcciones en esa época eran principalmente de madera. “Hagan lo que

puedan hacer mediante la política, y el golpe o la fuerza de la espada para tomar la ciudad”, rogaba el sacerdote, “y me uniré a ustedes y haré lo mejor que pueda, pero incendiar la ciudad será doloroso para todos y bueno para nadie, nunca lo consentiré, y me opondré a ustedes aquí con todo mi poder”. Si los rebeldes hubieran tenido la misma furia que Russell al incendiar Clyst, la ciudad hubiera caído y el resultado de la rebelión también habría sido diferente. Pero el hecho que salvara Exeter de la destrucción no le ayudó al Padre Welsh después de su captura. El principal cargo del que se lo acusaba era su “vigorosa oposición a la religión reformada, como se evidenció de su predicación exitosa en contra de esta y el rechazo a abandonar los ritos y ornamentos papistas”.⁷²

Un Protestante fanático llamado Bernard Duffield fue comisionado para dictar la sentencia. Bajo sus directivas se montaron las horcas en lo más alto de la iglesia de Welsh, y el vicario vestido con sus vestimentas para dar Misa, con el cubo de agua bendita y el hisopo, las campanas del “Sanctus”, rosarios, “y otras basuras papistas por el estilo” fueron amarradas a su cintura, y colgado con cadenas, a la vista de todos como advertencia. Y hasta el final mantuvo un silencio desafiante.⁷³ “Ahí está colgado”, comenta Froude, “hasta que se pudran sus ropas y las aves de rapiña lo picoteen hasta dejar de él un esqueleto; abajo en la iglesia de St. Thomas reinó el orden, y un vicario nuevo dijo la liturgia en inglés”.⁷⁴

Aún antes que los líderes rebeldes fueran ejecutados, Lord Russell distribuyó los campos de aquellos entre sus seguidores.⁷⁵ El último acto en la tragedia del oeste fue la ejecución de los líderes en Tyburn el 27 de enero de 1550. Humphrey Arundell y otros tantos líderes estaban encarcelados en Londres aguardando el juicio, a los escoltas se les ordenó matarlos antes que permitir que los rescaten. En cada cruce a lo largo de Devon debieron ver angustiados una horca con el cuerpo putrefacto de Católicos humildes que habían liderado la lucha por la Misa antigua, un horrible recordatorio del precio que tuvieron que pagar por atreverse a oponerse al nuevo Ordo Divino de Tomas Cranmer. Los líderes rebeldes fueron primero confinados en la “Prisión de la Flota” y más tarde en la Torre de Londres. Fueron juzgados igual que santo Tomás Moro, en Westminster Hall, y la sentencia estaba tan predeterminada como la del santo.

Debían permanecer detenidos en la Torre hasta el 27 de enero en que serían arrastrados por toda la ciudad de Londres hasta el patíbulo de Tyburn y “suspendidos en esas horcas, y mientras permanezcan con vida serán luego lanzados al suelo y serán tomadas las tripas de cada uno y quemadas delante de su vista mientras sigan vivos, y sus cabezas cortadas de raíz y sus cuerpos serán divididos en cuatro partes para ser distribuidos a voluntad del Rey”.⁷⁶ Fue voluntad del Rey que sus cabezas y sus partes fueran después expuestas en las entradas de la ciudad de Londres. Tanto en sus vidas como en la muerte mostraron que para ellos lo que realmente importaba era la Misa. No deja de ser irónico que la última víctima de la rebelión de 1549 fuera Edward Seymour, Duque de Somerset, ejecutado en 1552, fue desplazado y reemplazado como Protector por John Dudley, conde de Warwick y después duque de Northumberland. Uno de los principales cargos formulados contra Somerset fue su debilidad en aplastar la rebelión de 1549.⁷⁷ Incluso circulaban rumores de que deseaba liberar a Gardiner y a Bonner de la prisión “y traer de nuevo la Misa antigua”.⁷⁸

El embajador de Venecia informó que: “de tener el pueblo de este país solo un líder, aunque fueron de nuevo tan penosamente castigados volverían a levantarse”.⁷⁹ Se dio la orden de recoger y quemar los “libros de misa del antiguo servicio supersticioso”, y garantizar que los magistrados implementen el uso del *Prayer Book*.⁸⁰ Las campanas de las iglesias, que como dijo Russell, habían sido utilizadas en cada parroquia por los rebeldes del condado de Devon “para agitar a la multitud y llamarla”⁸¹ debían ser removidas con excepción de las más pequeñas que podían conservarse “para llamar a los parroquianos a los sermones y a los servicios divinos”.⁸² De este modo fueron inducidos a aceptar los campesinos del oeste “el muy divino ordo publicado por orden del parlamento para la plegaria común en la lengua madre”. Un comentario del Padre Philip Caraman resulta el epitafio más ajustado del “Levantamiento del Oeste”:

“La historia del Levantamiento, con toda la evidencia que hay, viene a mostrar como los cambios en la religión durante el reinado de Eduardo VI fueron tan poco queridos como el gobierno que los impuso. Y podría

decirse que por un error fatal de los líderes rebeldes, su mala suerte y la falta de una caballería, la historia de la religión en Inglaterra podría haber sido diferente”.⁸³

¹ PBAH, p. 19.

² EHD, p. 57.

³ CW, vol. II, p. 127.

⁴ PC, ps. 7-8.

⁵ TR, p. 118.

⁶ Pow, ps. 3-4.

⁷ Idem. p. 86-7.

⁸ SA, p. 462.

⁹ Pow, p. 81.

¹⁰ PC, ps. 24-5.

¹¹ Pow, p. 86.

¹² RT, p. 133.

¹³ RP, p. 65.

¹⁴ RT, p. 134.

¹⁵ PC, p. 19.

¹⁶ RP, p. 66.

¹⁷ RT, p. 134.

¹⁸ Idem., ps. 135-6.

¹⁹ RT, p. 136.

²⁰ JAF, p. 102.

²¹ RT, ps. 140-1.

²² RP, p. 74.

²³ Idem., p. 75.

²⁴ Idem., p. 76.

²⁵ JAF, ps. 105.

²⁶ RT, p. 150.

²⁷ JAF, p. 105.

²⁸ PC, ps. 17-18.

²⁹ RT, p. 154.

³⁰ RP, p. 90.

³¹ JAF, p. 112.

³² RT, ps. 98-9.

³³ DEV, p. 233.

³⁴ Idem, p. 234.

³⁵ RT, ps. 182-3.

³⁶ JAF, p. 113.

³⁷ TUD, p. 141.

³⁸ Idem., p. 57.

³⁹ PC, p. 2.

⁴⁰ Idem., p. 2

⁴¹ TUD, p. 57.

⁴² RT, p. 163.

⁴³ RP, p. 123.

⁴⁴ TUD, p. 58.

⁴⁵ POW, p. 4.

⁴⁶ RT, ps. 492-4.

⁴⁷ Idem., p. 494.

⁴⁸ CW, vol. II, p. 163.

⁴⁹ Idem., ps. 163-187.

-
- ⁵⁰ Idem., p. 164.
⁵¹ Idem., p. 169.
⁵² EBCP, p. 238.
⁵³ Idem.
⁵⁴ RIE, vol. II, p. 169. RT, p. 236n.
⁵⁵ RT, p. 260.
⁵⁶ Idem, p. 266.
⁵⁷ JAF, ps. 115-6.
⁵⁸ RP, p. 180.
⁵⁹ PC, ps. 88-90.
⁶⁰ RP, p. 184.
⁶¹ PC, p. 90.
⁶² RT, p. 274.
⁶³ RP, p. 186.
⁶⁴ PC, p. 92.
⁶⁵ RT, p. 299.
⁶⁶ PC, p. 100.
⁶⁷ Idem., p. 101.
⁶⁸ RT, p. 408.
⁶⁹ TE, p. 157.
⁷⁰ EBCP, p. 254.
⁷¹ PC, p. 75.
⁷² RP, p. 190.
⁷³ Idem.
⁷⁴ JAF, p. 121.
⁷⁵ PC, p. 95.
⁷⁶ RT, p. 348.
⁷⁷ ODCC, p. 1290.
⁷⁸ RT, p. 368.
⁷⁹ TUD, p. 55.
⁸⁰ RP, p. 189.
⁸¹ RT, p. 374.
⁸² Idem., p. 373.
⁸³ PC, p. 2.



Ejecuciones Tudor. Los condenados son arrastrados sobre un cáñamo hasta la horca en donde eran colgados, luego mientras aún permanecían con vida eran partidos en cuatro pedazos.

“Creemos como lo han hecho tus antepasados”

“Mediante la perversa obstinación y la rebeldía hipócrita de muchos de los sacerdotes inferiores y ministros de las Catedrales y otras iglesias del reino, se ha provocado un cisma maravilloso y la variedad de formas en la celebración del servicio común y en la administración de los sacramentos y otros ritos y ceremonias de la Iglesia. Pues algunos celosamente permiten los procedimientos del rey y los siguen alegremente, de la misma manera otros que no los admiten tan de buena gana, aunque disimuladamente y parcialmente hacen uso de estos, pero muchos, a la ligera desprecian a todos (los ritos reformados) y quisieran todavía seguir con sus acostumbradas prácticas papistas”.

Foxe, “Actos y Monumentos”¹

La rebelión del oeste representa la reacción más dramática y heroica de los fieles comunes al nuevo *Prayer Book*. Aquellos que lucharon y murieron por la Misa antigua lo hicieron, como explica el profesor Hoskins, “por decenas de miles, no cabe duda de que no querían y detestaban los cambios”. Otro historiador Protestante, el profesor Owen Chadwick, concede que hacia el final del breve reinado de Eduardo:

“La Reforma en Inglaterra había captado una lealtad genuina solo en algunos pocos teólogos instruidos y algunos comerciantes ilustrados y en otros miembros de la clase media, particularmente en Londres, y apoyada por motivos menos puros por nobles ricos”.²

Bucer se quejaba de aquellos cuyo apoyo a las reformas no era más que “la avaricia de hombres por adueñarse de la riqueza de la Iglesia”.³ Hubo una gran cantidad de dinero disponible como resultado de la Reforma para aquellos con inclinación a hacer algo por ella. El Dr. John Ponet atacó a los que se oponían a la Reforma en un sermón predicado ante el Rey y la corte en 1550. Iba contra aquellos que pisoteaban las más santa palabra de Dios bajo sus pies: “Creemos, dicen, como lo han hecho tus antepasados antes que vos”, y se quedan rígidamente en esta idea sugiriendo que la adopten todos los hombres y la conserven sin buscara más allá”. Esto,

se molesta, implicaría aceptar “la misa papista y todas las baratijas por el estilo”. Continuó el Dr. Ponet:

“Y esta es la cuestión: ¿Por qué medios han sido difundidas estas habladurías tan rápido entre el pueblo? Ciertamente a través de los jueces en sus circuitos y los juzgados de paz afectos al papismo, por obispos y sus oficiales en sus sínodos y en otras reuniones de personas eclesiásticas, por maestros de escuela en sus escuelas primarias, por los comisarios cuando custodian sus cortes, por los sacerdotes cuando escuchan las confesiones, y por aquellas mentes que no piensan sino en planear la subversión del reino de Cristo y toda la doctrina cristiana, e instalar de nuevo la doctrina del reino de la Roma del anticristo para gran deshonor de Dios... los obispos y sus oficiales persuaden a los sacerdotes de los condados para que sigan la costumbres y los usos antiguos en la iglesia, y crean y hagan tal como la iglesia cree y les ha enseñado, entendiendo por “iglesia” la iglesia de Roma, aunque ellos no lo digan expresamente... Es tan así que los maestros de escuela primaria escuchando esto lo verterán en los oídos de los alumnos. ¡Oh! Que daño hacen estos maestros de escuela papistas. Desfiguran al más noble príncipe, envenenando los oídos de los niños con papismo en su juventud”.

Agrega que el celo de estos maestros de escuela papistas es tan grande que apenas descubren que el padre de uno de los alumnos apoya las reformas los pobres niños son azotados “tres veces”.⁴

Otro conocido personaje Protestante, Bucer, se pregunta por la falta de apoyo que tienen las reformas. Es interesante notar su ajustada comprensión en la perspectiva de lo que hoy llamaríamos la sociología de la religión cuando explica la locura de imponer cambios radicales sobre el pueblo que no los comprende y que no está preparado para ellos. En una carta al Rey en 1551 escribe:

“Su Santísima Majestad sabe por la experiencia cuan graves son los males que se suceden cuando arroja lejos por la fuerza el culto falso de vuestro pueblo sin una suficiente instrucción previa. Los instrumentos de la

impiedad han sido arrebatados a ellos con proclamaciones, y la observancia de la verdadera religión ha sido impuesta por una orden del rey. Algunos a causa de esto han cometido una horrible sedición, otros provocado peligrosas disidencias en el estado, y al día de hoy en donde sea pueden causar nuevos problemas o aumentar los que ya existen. Algunos vuelven a las formas del servicio prescriptas cometiendo un abuso papista. Aunque ahora esté en lengua vulgar, los “sacrificadores” lo recitan intencionalmente sin diferencia de modo que no pueda entenderse, mientras que el pueblo rechaza entender o escuchar. No son pocos los sacerdotes que muestran la sagrada comunión de Cristo como la misa papista y el pueblo está presente con la única intención de asistir a la mismísima misa. Difícilmente alguien tome el Sacramento de la mesa del Señor excepto el sacerdote o el sacristán, e incluso a veces este lo hace tan a su pesar”.⁵

Esta forma que podría denominarse de resistencia pasiva a la innovación litúrgica ha sido evidente durante el reinado de Enrique VIII en momentos tales como en la prohibición de encender velas ante las imágenes. Eamon Duffy ha registrado lo que llama la “resistencia muda” ante la trágica reducción de fiestas de santos en 1536:

“En los años que comprenden la década que se inicia en 1540 las autoridades de Enrique se encontraron con una resistencia muda ante la remoción de esas fiestas del calendario, y el Obispo Vesey se quejaba que “los pescadores y los que viven del mar” en la parte oeste del país “no irán a pescar al mar para ganarse el sustento con tantas fiestas que hay de santos”. Los herreros no pondrán una sola herradura “a ningún caballo ignorando la necesidad que acontezca” el día de san Luís, “tampoco los que cargan heno u otras cosas necesarias para el hombre lo harán ese día”.⁶

El hecho que los Reformadores habían esperado encontrar una oposición más fuerte al *Prayer Book* de 1549 está reflejado en la “Ley de Uniformidad” que prohibía “cualquier descanso, juegos, canciones, ritmos o cualquier otra tipo

discurso que hable de derogar, o de la perversión, de este mismo libro; o de cualquier cosa que este contenga”.⁷ Otro testimonio de la magnitud de la resistencia conservadora viene de Pedro Martyr:

“Muchas son las cosas que quedan por hacer porque hay más en la cabeza que en los hechos. La perseverancia de los obispos es increíble. Se nos oponen con toda su fuerza; no obstante algunos de ese rango, aunque muy pocos, son favorables a nuestra empresa. El trabajo del muy reverendo arzobispo de Canterbury (Cranmer) hecho hasta ahora no puede ser expresado con palabras por todo lo que les ha arrebatado a aquellos y esto solamente debido a nuestra industria y actividad y a la persistencia del prelado, estas circunstancias nos animan aún más, en tanto que siempre algo queda por hacerse para agregar a lo que ya obtuvimos”.⁸

Los campeones de la antigua fe estaban al tanto del carácter equívoco del nuevo *Prayer Book* y rápidamente pusieron de relieve sus omisiones más significativas –en especial “la omisión de todo el lenguaje sacrificial”.⁹ El Consejo del Rey tomó noticia de inmediato de esta oposición. Bonner, el Obispo conservador de Londres era una piedra intragable para los Reformadores. A veces suele criticársele su implacabilidad en la persecución de los Prottestantes durante el reinado de Maria Tudor, pero deberían también tenerse en consideración las humillaciones y persecuciones que tuvo que soportar bajo Eduardo VI.

En una carta dirigida a Bonner el 25 de julio de 1549, el Rey y el Consejo se quejan de que el nuevo *Prayer Book* “siga sin usarse en muchos lugares de este nuestro reino ya sea porque no tienen idea de este para nada, o, porque directamente no lo utilizan”, o que si es usado el pueblo “no tiene la delicadeza espiritual que pertenece a los buenos cristianos”.¹⁰

El 10 de agosto de 1549 Bonner fue convocado ante los Lords del Consejo en donde se lo intimó a que cambiara de orientación. Se le reprochó que “en varios sitios de nuestra ciudad de Londres y en otros tantos lugares dentro de vuestra diócesis se congrega muy rara vez la gente y menos veces que antes para la Plegaria Común y la Santa

Comunión”. Más aún “esa diversidad que se ve tanto en Londres como en otras partes de vuestra diócesis de ritos extranjeros y misas no está permitida según lo dispuesto en nuestro reino, y se menosprecia y se abstienen de alabar a Dios y orar por su majestad en esos ritos y ceremonias lo cual es debido por ley en nuestro reino”.¹¹ Bonner no prestó atención a estas advertencias y el 13 de septiembre fue sumariado ante una Comisión Eclesiástica que le inició una acción en su contra conforme a los dichos de Latimer y Hooper, que lo acusaban de “inconformista”¹². Una de las acusaciones esgrimidas dice:

“Item, que es sabido, o se ha escuchado decir que ciertas personas dentro de su diócesis, en el tiempo en que le fueron notificadas las mencionadas intimaciones ha escuchado, estado, o celebrado misa, o incluso cantado en la lengua Latina, y habiendo también, después realizado otras prácticas similares según el antiguo rito en vez de atenerse al libro de su majestad el Rey”.¹³

Eventualmente el 15 de septiembre de 1549 el Obispo Bonner sintió que había fracasado en hacer pública y explícita una protesta contra las reformas, “pudiendo para algunos ser una concesión para con las doctrinas heréticas”. Había sido obligado a permitir que un Protestante predicara en su propia Catedral de San Pablo, y cuando en su sermón, el predicador gritó “en contra del Santo Sacramento, negando la verdad de la presencia del verdadero cuerpo y sangre de Cristo” el obispo se levantó de su sitio y dejó la iglesia. Cuatro días más tarde explicó a Cranmer “tres cosas debo tener el tino de saber, que tengo pocos bienes, una pobre carcasa por cuerpo y mi alma: las primeras dos las puedes tomar (aunque ilegítimamente), pero mi alma no la tendrás *quia anima in manibus meis semper*”.¹⁴ Esa misma noche fue confinado a la prisión de Marshalsea.¹⁵

Después de la imposición de la “nueva orden de uniformidad” del culto en el verano de 1549, y la supresión de los levantamientos populares, el paso del movimiento Protestante se aceleró.

“Una Ley del Parlamento, reforzada por un decreto real, ordenó el llamado a la destrucción de todos los libros de

misa, que siguieran usando los recalcitrantes; los obispos reformistas buscaron diligentemente lo que quedaba de “superstición papista” en la liturgia; las iglesias fueron despojadas de sus vestimentas, y se pintaron en las paredes frases en contra de la Presencia Real y la Misa”.¹⁶

Esa fase de la Reforma Eduardiana es descrita por un historiador Protestante, Bindoff, como “puramente destructiva”:

“Se ordenó la supresión de todos los libros del servicio que no sean el primer *Prayer Book* de Enrique VIII, y la destrucción de las estatuas religiosas que todavía quedaban como así también las pinturas. “Todos los libros denominados antifonarios, misales, procesionales, manuales, leyendas, custodias, cartillas en latín o inglés, publicaciones” así se determinó que estas finas flores de la fe medieval y el arte medieval fueran “abolidas, extinguidas y prohibidas para siempre” en beneficio de la austeridad del *Book of Common Prayer*. Y el frenesí acabó con mucho más de lo que se había pretendido en una agenda de destrucción de por sí bastante amplia. En Oxford, el vicescanciller Richard Cox se ganó el apodo de “Cancelador” por el celo en proscribir liturgias condenadas, libros y manuscritos invaluable rotulados de “superstición” solamente por tener letras coloreadas en rojo o ser embellecidos con motivos geométricos”.¹⁷

En este capítulo ya se hizo referencia a la queja de Bucer ante la forma en que el clero conservador celebraba el nuevo servicio de Comunión como si fuera la misa. Y el más Protestante de los obispos Eduardianos, Hooper, expresó su indignación por esa práctica en una carta a su amigo Bullinger. Así lo manifestaba:

“Los altares aquí fueron cambiados en muchas iglesias en mesas. La celebración pública de la Cena del Señor está muy lejos de corresponderse con el mandato y la institución de Nuestro Señor. Aunque sea administrada bajo ambas especies, todavía en algunos lugares la Cena es celebrada tres veces en el día. En donde ellos acostumbraban hasta aquí celebrar de mañana la *misa*

de los apóstoles, ahora tienen la *comuni3n* de los ap3stoles; en donde tenían la *misa* de la santa virgen, ahora tienen la comuni3n que llaman *comuni3n* de la virgen; en donde tenían la misa principal o misa solemne, ahora tienen, tal como la llaman, la comuni3n solemne. Ellos todavía conservan sus vestimentas (litúrgicas) y las velas ante los altares; en las iglesias siempre cantan las *horas* y otros himnos relativos a la cena del Se3or, pero en nuestra lengua. Y no perderán todo ese papismo, y las misas-sacerdotales, a menos que sean obligados a dejar de usar la lengua latina, aunque observando cuidadosamente el mismo tono y manera de canto al que hasta aquí estuvieron acostumbrados en el papado. Dios sabe a que peligros y ansiedades estamos expuestos en raz3n de los hombres de esta clase”.¹⁸

Escribe el Cardenal Gasquet:

“No solamente la celebraci3n de la comuni3n era como una Misa en su apariencia exterior, sino que la antigua Misa en si misma continuaba siendo dicha por sacerdotes en secreto. Bernard Gilpin, sobrino nieto del Obispo Tunstall, incluso cercano a la administraci3n del Rey Eduardo, habilitado con una licencia como predicador general de la doctrina reformada, todavía “de vez en cuando decía la misa; aunque raramente y en privado”. Si esta era la pr3ctica de un adherente al partido de los innovadores, lo mismo ciertamente se puede decir que habrá sido el caso de los que eran celosos de las antiguas doctrinas”.¹⁹

Un testimonio esclarecedor del grado en que muchos clérigos seguían fieles a las prácticas tradicionales se encuentra en los textos relativos a las inspecciones practicadas en la Diócesis de Londres, dirigidas por Nicholas Ridley en el cuarto a3o del Rey Eduardo VI, dos a3os antes de la imposici3n del primer *Prayer Book*. Los visitantes (inspectores) eran instruidos para buscar “debilidades humanas” entre el clero reformado y descubrir:

“Si alg3n ministro o cualquier otra persona ha cometido adulterio, fornicaci3n, incesto, alcahuetería, o sospechado

vehementemente de lo mismo, bebedor, reñidor, dado a juramentar y blasfemar del santo nombre de Dios”.

También eran instruidos para descubrir:

“Si sus ministros celebran osada y obstinadamente algún otro rito, ceremonia, mandato, forma, o manera de la comunión, maitines, o incluso canto, administración de los sacramentos, o plegarias, en vez de lo estatuido en el libro de las plegarias comunes (Prayer Book)...

Si alguno acostumbra a conservar los días de fiesta abolidos o los días de fiesta privados (de los gremios), como los de los panaderos, zapateros, cerveceros, fundidores y tantos otros.

Si alguno acostumbra bendecir agua, pan, sal, campanas, o velas el día de la Candelaria, cenizas el Miércoles de Cenizas, Ramas el Domingo de Ramos, la fuente de agua bendita la noche de Pascua, el fuego en Pascua, o algún sepulcro el Viernes Santo...

Si hay alguna imagen en sus iglesias, tabernáculos, santuarios, velos que cubran los santuarios, velas, cirios de cera, o falsos milagros en sus iglesias o casas privadas”.²⁰

Durante el reinado de Eduardo VI el clero común sentía de una manera y actuaba de otra. El profesor W.G. Hoskins analiza un registro parroquial en donde se puede apreciar el verdadero sentimiento de este clero común. Los cambios religiosos reflejados en los relatos de una parroquia de Morebath, en Devon, en donde Christopher Trychay fue vicario de 1520 hasta 1573, no necesitan mayor explicación:

“Vemos como la Reforma afectó a su parroquia que no sufrió un cambio de párroco, ni la llegada de alguien con ideas nuevas. Sino que lo encontramos, a él, comprando una nueva vestimenta negra (para requiems) en Exeter, en donde estas eran bendecidas, en algún momento en 1547, compró a crédito con los pocos dineros que tenía de sus feligreses, y dio gracias a ellos y a Dios: por no tener indicios de cambios y tener que romper con ellos. La gran cruz era dorada y las imágenes limpias. Entonces, hacia fines de 1547 lee un relato de tres hombres y “del gran

Alcalde” cabalgando hasta Tiverton para encontrarse con los comisionados del rey “para responder sobre las propiedades de las capellanías”. En 1548 las vestimentas (litúrgicas) son guardadas, no vendidas o destruidas, sino distribuidas entre los principales granjeros de la parroquias para mantenerlas a salvo. Se compra el “libro de erasmus”, y el “primer libro de comunión” en 1549. Muchos viajan a Tiverton y a Exeter “para responder sobre cuestiones que preocupan al rey”. En 1551 se le paga a John Lowsmpre tres chelines para que saque los altares laterales y el desván del crucifijo, el oro en las imágenes que tenían las imágenes de la iglesia de Exeter es vendido a un brasero de Exeter. Luego vienen los tiempos de alivio del reinado de Maria Tudor: retornan las vestimentas de las granjas a la iglesia, las imágenes son traídas de los lugares en donde se las había escondido, y el vicario que no se había permitido una sola palabra de lamento en sus informes en los que se detallaba el despojo de su iglesia año tras año: ahora habla con el corazón sobre la restauración de la Fe Católica: “Ítem de John Williams de Bery hemos recibido de nuevo una imagen de Maria y en lo concerniente al rey y la reina una de san Jorge. Y de William Morsse de Lighten recibimos una imagen de Juan. Y de la viuda Jurdyn rosarios. Otras tantas personas han rescatada libros, estandartes de procesión como otras tantas cosas relativas a nuestra galería con la Cruz (“rood-loft”). Como pueblo Cristiano verdadero y fiel todo esto fue restaurado para esta iglesia, que haciéndolo, muestra que quiere buenos hombres Católicos”.

Esto sucedió en 1555. Al año siguiente se restituye el altar lateral dedicado a san Sidwell, se vuela a colocar la galería con la Cruz. Luego, en 1562 de nuevo las modificaciones de la Reforma y a lo largo de las décadas de 1560 y 1570 vemos que tienen lugar unos pequeños cambios que producirán la “Iglesia de Inglaterra”: se ordena la distribución de la comunión a ambos lados del altar en 1558 -conforme a las disposiciones para la mesa de comunión de 1570- ya no habría más altar mayor con su cruz dorada y la custodia, ahora había que comprar el libro del Dr. Jewel, la traducción inglesa de su “Apología pro Ecclesia Anglicana”, y vincularse a esa obra. El viejo

vicario seguía dormitando en su vicaría, y deambulaba a lo largo de la iglesia realizando sus deberes y esa es la única cosa que no cambió en medio siglo. Huelga especular sobre lo que habrá reflexionado en su ancianidad”.²¹

Monseñor Philip Hughes agrega:

“El clero que rechazó usar el *Prayer Book* de 1549, que lo criticó, o que usó otro (incluso en capillas privadas) perdería un año de sueldo y pasaría seis meses en prisión; ante una segunda reprensión perdería todos sus beneficios e iría a prisión por un año; ante una tercera vez, prisionero de por vida. Un laico que criticara, o que pretendiera que se celebrasen otros ritos, u ocultado el nuevo, era pasible también de multa y prisión: £10 o tres meses de prisión la primera vez; £20 o seis meses de prisión la segunda vez; pérdida de todos sus bienes y prisión de por vida la tercera vez. La nueva “Ley de 1552” comenzaba lamentándose de que a pesar “del Ordo Divino publicado e instituido por el Parlamento para la plegaria común (“Prayer Book”) en la lengua madre” para vivir Cristianamente, “un gran número de gente en diversas partes de este reino... rechaza ir a sus iglesias parroquiales y otros lugares en donde el “Prayer Book”... es utilizado. Dada esta anomalía en la asistencia a los servicios del domingo, y de celebración especial, “habrá que respetar la ley que ordena asistir ordenada y sobriamente durante el momento de la plegaria común” cuya ausencia de gente resulta una ofensa que los obispos están autorizados a castigar con medidas como la excomunión conformes a las “leyes eclesiásticas del rey”; así las penas de 1549 se aplicaban ahora al *Prayer Book* de 1552, descrito como el libro más antiguo “explicado y perfeccionado por completo”. Aún más, se crea una nueva ofensa: cualquiera que estando presente en los servicios de plegaria (común) que “administrar los sacramentos, ordenar ministros en la iglesia” o realice cualquier otro rito de otro modo que no sea el implementado por el *Prayer Book* resulta pasible de prisión por seis meses ante la primera vez que sea encontrado objeto de esta ofensa, un año a la segunda vez, y de por vida la tercera.

Estas son las primeras penalidades promulgadas en Inglaterra *por el nuevo crimen de escuchar Misa, o recibir los sacramentos de la misma manera en que habían sido recibidos desde que san Agustín llegó para convertir Inglaterra, mil años atrás.* (cursiva del autor)".²²

Ya se hizo referencia al principio del capítulo IX a la apreciación de Mons. Hughes sobre el estado de la religión en Inglaterra a comienzos del reinado de Eduardo VI. A continuación el profesor Chadwick explica el significado de este reinado de cambios religiosos:

“Bajo el protectorado del Duque de Northumberland, el partido de la reforma Inglesa logró entre 1550 y 1553 hacer todo aquello que los Germanos o en Suiza ya habían hecho. Se compuso una liturgia simplificada en vernácula, con la doctrina suiza de la Eucaristía, se publicó un programa doctrinario conforme por lo menos en líneas generales a la teología Suiza (los “Cuarenta y dos Artículos de 1553”), despojaron las iglesias de imágenes y altares laterales, reemplazaron el altar mayor por una mesa, prohibieron toda ceremonia que no fuera la que expresamente se suministraba en el *Prayer Book*; y se apropiaron para el uso secular de una gran proporción de las propiedades de la iglesia. Debilitaron la autoridad de los obispos ampliando la de Enrique VIII hasta reemplazarla directamente con el ejercicio de la supremacía real. Los obispos que rechazaron acompañar la reforma fueron removidos de sus sedes: Bonner en Londres, Gardiner en Winchester, Tunstall en Durham, Day en Chichester, Heath en Worcester: todos fueron reemplazados”²³.

La escasa simpatía popular que despertaba la junta Protestante que gobernaba en nombre del enfermizo niño-rey quedó manifiesta cuando el Protector Northumberland intentó colocar a Jane Grey en el trono como una reina marioneta, suponiendo que esa usurpación arrancaría algún tipo de entusiasmo entre el pueblo convencido de la superioridad del nuevo ordo divino. Durante más de cincuenta años Inglaterra había estado sumergida en un conflicto armado por el trono, pero, explica Bindoff, aún en

ese momento crítico no tuvo lugar una sola batalla: “La enclenque capacidad militar de Northumberland no se compara con los miles que apoyaban a Maria Tudor que significó una demostración de lealtad nunca antes vistas para con los Tudor”.²⁴

Observa Bindoff que prontamente después de la asunción de Maria Tudor al trono:

“El gobierno en seguida animó a los sacerdotes a revivir los ritos Católicos provocando dos o tres peleas, especialmente en Londres, pero pronto la Misa fue celebrada en las iglesias de Londres “no solo por mandato legal sino por la devoción del pueblo” y no llegó ninguna noticia de oposición a lo largo del país”.²⁵

El Catolicismo floreció una vez más durante el reinado de Maria Tudor:

“Altars, imágenes, crucifijos, candelabros, fueron restaurados rápidamente en las iglesias, y la magnitud de la inversión local en proporcionar este equipamiento sugiere más un entusiasmo religioso que un conformismo poco entusiasta... los pronósticos para el futuro parecían buenos. Al menos en las iglesias parroquiales, el daño hecho por la Reforma fue reparado, hubo muchas vocaciones sacerdotales como no las había desde 1520. Desesperados, los escritores Protestantes en el exilio llamaron a la rebelión para derrocar el régimen de Maria Tudor antes que la reconstrucción del Catolicismo fuera irreversible”.²⁶

Incluso después de la reimposición del Protestantismo bajo Isabel I, el pueblo todavía era Católico en su corazón, no solo los feligreses humildes sino también los más ilustrados de Oxford y Cambridge. John Jexel se quejaba en 1559:

“Nuestras universidades están tan deprimidas y en ruinas que en Oxford apenas hay dos individuos que piensen como nosotros, y aún estos son tan débiles y quebradizos en espíritu que no pueden hacer nada. Ese despreciable fraile de Soto, y otros monjes españoles, no se quienes, han roto las raíces que Peter Martyr había

plantado de una manera tan exitosa, al punto que han reducido la viña del Señor a un desierto. No se puede creer cuanta desolación ha podido efectuarse en tan poco tiempo (se refiere al gobierno de la Reina Maria Tudor)".²⁷

En 1569, veinte años después del levantamiento del oeste, el pueblo de la parte norte del país se rebeló intentado valientemente, aunque destinados a fracasar, restaurar la fe Católica:

“Cuando el levantamiento llegó hasta Durham y se restauró ahí brevemente la antigua religión, volvieron a su lugar las losas de los altares y las fuentes de agua bendita que habían sido sacadas por segunda vez al comienzo del reinado de Isabel, y la Misa fue dicha una vez más en la catedral de Durham y en las iglesias vecinas”.²⁸

El efecto general del trastorno religioso sobre la vida de la nación fue una deplorable decadencia en sus costumbres y moral. Algunos Protestantes prefirieron considerar eso como un legado del pasado, pero como explica Bindoff:

“Los hechos son innegables. En donde quiera que se mire, desde la Corte Real y los círculos de gobierno hasta los pueblos, y parroquias, y cualquiera sea la evidencia que elijamos, desde las discursos de denuncia de Latimer para barrer con todo hasta los hechos más detallados y los números (estadísticas) de los registros reales y de las inspecciones diocesanas, damos con el mismo cuadro desesperanzador de irreligión, irreverencia e inmoralidad a una escala terrorífica”.²⁹

¹ FAM, vol. V, p. 720.

² TR, ps. 122-3.

³ EBCP, p. 300.

⁴ Idem., ps. 257-8.

⁵ Idem., ps. 299-300.

⁶ SA, p. 162. (N. del T.: resulta llamativa también la legislación iniciada durante el reinado de Enrique VIII obsesionada con la represión de los vagabundos que “capaces de trabajar serán atados a la parte

trasera de un carro y azotados hasta que mane la sangre, tras lo cual deberán prestar juramento de que regresarán a su lugar de procedencia y se pondrán a trabajar, una nueva ley establecerá más tarde que en caso de ser arrestados por segunda vez y tras ser flagelados de nuevo les sea cortada media oreja y a la tercera serán ejecutados, Eduardo VI establece que quien rehúse trabajar será entregado como esclavo a su denunciante, el cual podrá forzarlo a poner manos a la obra con el uso de cadenas y látigo si es preciso; si se escapa más de quince días será condenado a la esclavitud de por vida y el dueño podrá venderlo, alquilarlo o legarlo; si se escapa por segunda vez será condenado a muerte; *quien sea descubierto holgazaneando durante tres días será marcado con una V...* cualquiera tiene derecho a quitar a un vagabundo sus hijos y tomarlos como aprendices; los amos podrán poner a sus esclavos argollas en el cuello, los brazos o las piernas para verificarlos mejor". Fernadez Enguita, Mariano, Revista de Cs. Sociales Aguafuerte Nro. 2, Buenos Aires, Mayo 1988. La constatación de los "tres días" como marca para medir la vagancia curiosamente nos trae a la memoria los tres días de fiesta, prohibidos por la legislación de Enrique VIII a instancias de los Reformistas, conocidos como "*the three rogation days*", evento religioso varias veces mencionado por Davis en esta obra).

⁷ EBCP, p. 236.

⁸ Idem., p. 256.

⁹ ESR, p. 182.

¹⁰ PBAH, p. 23.

¹¹ FAM, vol. V, p. 729.

¹² PBAH, p. 23. (N. del T.: El término en inglés es "nonconformity" que implica la acusación de estar por afuera de la Iglesia -Anglicana).

¹³ FAM, p. 763.

¹⁴ Idem., p. 784.

¹⁵ Idem., p. 787.

¹⁶ ESR, p. 187.

¹⁷ TE, p. 161.

¹⁸ OL, vol. I, p. 72.

¹⁹ EBCP, ps. 270-1.

²⁰ N. Ridley, "Works", (PS Cambridge, 1841), Suplement, ps. 530-2.

²¹ DEV, ps. 235-6.

²² RIE, vol. II, p. 126.

²³ TR, p. 120.

²⁴ TE, p. 166.

²⁵ Idem., p. 168.

²⁶ ERR, p. 9.

²⁷ J. Jewel, "Works", vol. IV (PS Cambridge, 1850), p. 1212.

²⁸ REP, p. 107.

²⁹ PE, p. 164.



Eduardo VI

Durante su breve reinado (1547-1553) solo hubo destrucción y saqueos de las cosas sagradas más bellas e irremplazables de Inglaterra a una escala que probablemente nunca antes y después se haya visto.

El Modelo del Compromiso

“Hay algunos que pretenden tener Misas en sus casas, los cuales raramente o nunca vienen a la iglesia...los que tienen, como era antes, en sus casas escuelas de papismos, en donde ridiculizan y se burlan de nuestra religión y por consiguiente de sus Ministros lo que es un increíble error de los amados súbditos de su Majestad la Reina en este país... confieso no ser capaz de reformar esto, excepto que fuera apoyado fuertemente por vuestra honorable autoridad”.

El Obispo de Heresford al Concejo Real, 1564.

Se ha mostrado en capítulos anteriores que la mayoría del clero de orientación Católica había preferido interpretar el servicio de Comunión de Cranmer de una manera ortodoxa más que oponérsele abiertamente. Un ejemplo típico de esta actitud fue apuntada en el capítulo XV con el relato del vicario Christopher Trychay de Morebath. Obviamente que sería erróneo levantar un juicio sobre estos sacerdotes. Es fácil pensar en retrospectiva. “¡Ningún compromiso!” suena bien como un eslogan, ¿pero cuantos Católicos hoy pueden honestamente decir que ellos habrían actuado de otro modo? Los mártires son la excepción más que la regla. Será Dios quien juzgue a estos sacerdotes, y estamos seguros que El es misericordioso. Aunque no hagamos un juicio sobre aquellos que se comprometieron es más que legítimo analizar el modelo del compromiso en si mismo y sus consecuencias.

Un factor que debe ser evaluado con mucho cuidado en relación al clero Eduardiano es el de la obediencia a la autoridad legalmente constituida. La voluntad del rey era considerada la voluntad de Dios. Incluso cuando había un evidente choque de intereses entre la Iglesia y el Estado la tendencia entre la mayoría de los clérigos de todos los rangos desde la edad media en adelante era la de secundar la decisión del rey. El Papa estaba bastante lejos, en Roma, y el rey apoyado por el brazo del poder secular era alguien que estaba muy cerca. Santo Tomás Becket se dio cuenta que hacer de una sociedad divina como la Iglesia la sirvienta del poder secular sería violar su constitución. Y murió por sostener esto, pero fue la excepción a la regla. El último gran

hombre de la iglesia de la Pre-Reforma en rechazar a comprometer los derechos y privilegios de la Iglesia fue Roberto Grosseteste, elegido Obispo de Lincoln, la diócesis más grande del país, en 1235:

“En caso de un conflicto jurisdiccional o político, los ministros de Dios, y particularmente los obispos, no deberían dudar sobre el curso que tienen que tomar. Ellos mismos deben conservar su libertad y de acuerdo con el derecho canónico, no involucrarse en negocios seculares”.¹

La defensa inflexible de los derechos de la Iglesia provocó poca simpatía entre sus compañeros obispos. Maurice Powicke sintetiza bien la mentalidad de aquellos:

“El esfuerzo por mantener el sistema eclesiástico sin compromisos fue desesperado. Para sus colegas, hombres hábiles y prácticos, como lo eran la mayoría, esta era una rigidez fastidiosa. ¿Por qué preocuparse por estos dilemas en un mundo tan complicado? Al fin y al cabo se trata de dos poderes en la tierra que trabajan para el bien, trabajando juntos al servicio de Dios. ¿Por qué un obispo no podría actuar como un juez secular? ¿Por qué el Papa no favorecería a un servidor real que velara bien por el Rey y estuviera en necesidad de ese beneficio? Si por alguna razón la ley que era definida por la corte real fuera inconsistente con la ley canónica administrada por las cortes eclesiásticas, ¿Por qué no se podría arribar a algún tipo de acuerdo, para que las controversias en torno al derecho real de nombrar un prelado en una zona determinada, o los diezmos, o la legitimidad y los testamentos y cualquiera sea el caso, cesen? No se trata de una cuestión de herejía; Inglaterra estuvo bastante ajena y libre de los peligros incesantes que prevalecían de tanto en tanto en las tierras del Rhin en el norte de Italia, en la Champaña, y en el sur de Francia”.²

El Padre G. Constant deja en claro que durante el reinado del primer rey Tudor este modelo de compromiso había alcanzado el grado de un completo servilismo para con la voluntad real:

“Tomas Moro se quejó de la falta de discreción en la elección de clérigos, y exponía este problema como uno de los principales abusos de la Iglesia en Inglaterra. El alto clero no se preocupaba de poseer las cualidades necesarias para su estado. Desde los tiempos de Enrique VIII un obispo se transformaba en un oficial real con una pensión de las rentas de la Iglesia, su ingenio le posibilitaría hacerse conocer del rey, y preferiría a este que a cualquier autoridad de la Iglesia, continuando su carrera al servicio de aquel en la Corte, ya sea a cargo de embajadas o misiones diplomáticas. Su propia diócesis nunca le vería la cara, salvo que cayera enfermo, anciano o en desgracia”.³

No hay un ejemplo más evidente de un hombre de iglesia secularizado que el Cardenal Wolsey. Su amor por las riquezas estuvo subordinado solo a su amor por el poder, y su emplazamiento en la más alta escala principesca comprendía ochocientos individuos.⁴

Wolsey estaba preparado para hacer a un lado cada uno de los derechos de la Iglesia para complacer a su patrón real. “Un hombre de Estado más que hombre de iglesia, Wolsey dedicó su vida al engrandecimiento de su rey y país fomentando el absolutismo real tanto en materia política como eclesiástica”.⁵ El servilismo de Wolsey no lo salvó cuando fracasó al alcanzar el objetivo que quería el rey. Su último y más abyecto sometimiento lo demostró al aceptar que el Rey estuviera facultado para citarlo ante un tribunal secular, a pesar que cada clérigo tenía el derecho de ser juzgado solo por una corte eclesiástica.

Monseñor Philip Hughes remarca el significado de esta capitulación:

“El Cardenal podría haber rechazado comparecer, negando la jurisdicción del Rey sobre un hombre con órdenes sagradas, incluso más debería haber rechazado que un hombre pudiera ser hecho responsable ante una corte Inglesa por actos realizados en virtud de su personería diplomática con estatus cuasi-soberano como legado *a latere* del Papa. En su lugar, fue el primer antecedente de capitulación en gran escala de la *ecclesia*

anglicana. Como si el *privilegium fori* nunca hubiera existido, Wolsey, reconocía el derecho del Rey para tratarlo y hacerlo comparecer ante una corte con el fin de defenderse de los cargos de los que era acusado y por los cuales fue castigado a prisión de por vida y olvidado del favor del Rey. Y no se trató de cualquier hombre de iglesia el que realizó esta gran capitulación sino el legado, el *alter ego* del Papa, traicionando de este modo el más espectacular de todos los actos de jurisdicción papal. El enviado de la Silla Apostólica era el que ahora admitía que los dichos de un laico sean como los de un juicio clerical; los dichos de un laico, efectivamente para juzgar lo que conforme a las leyes papales y las prácticas, él, un laico, debía obligarse. El *alter ego* aceptaba la sentencia de que el Papa no tenía el derecho de nombrar a quien quiera para gozar de los bienes del clero en Inglaterra, ni tampoco de tener el derecho a decidir estas materias en las cortes de la Iglesia y por el derecho canónico. La capitulación fue un gran fracaso, todo lo contrario a lo hecho por santo Tomas de Canterbury y por un clero enérgico durante más de quinientos años. Esto también fue por cierto una caída, la caída real de Wolsey que cayendo arrastró consigo a todo un orden establecido, rechazado quizás, y temido, pero mirado hasta ese momento como sacrosanto e intangible”.⁶

En su últimos días Wolsey se dio cuenta del error de haberse puesto al servicio del rey más que al de Dios, aceptando lo ocurrido sobre su persona como el justo juicio de Dios. Quedó convencido que de haber servido a Dios “tan diligentemente como lo hice con el rey no me hubiera abandonado en mis vejez. Sin embargo esta es la justa recompensa que debo recibir por mis aflicciones y preocupaciones mundanas que he puesto a su servicio solo para satisfacer sus vanos placeres no mirando por mis deberes divinos”.⁷

Más allá de las herejías de Wycliffe y de los Lollardos ninguna de estas habían sido un problema serio en Inglaterra. Como observa Powicke, el país estaba ajeno y libre del peligro incesante que prevalecía en algunos países del continente Europeo. Pero cuando la herejía se convirtió en un tema importante al proclamarse Enrique cabeza de la Iglesia, y al

no variar el compromiso. El conflicto que había sido evitado por décadas dejando que el rey hiciera lo que quisiera tampoco se modificó en algo cuando el problema dejó de ser una cuestión de jurisdicción, para transformarse en un cisma bajo Enrique VIII y en una revolución doctrinaria y litúrgica bajo Eduardo VI. Ciertamente está en lo correcto Powicke cuando observa que:

“Resulta difícil resistirse a la conclusión de que la facilidad con que fue realizada esta revolución se debió al sistema de compromiso que prevalecía *y no a la difusión de una creencia en la necesidad de cambio*”. (cursiva del autor).⁸

Intelectuales como santo Tomás Moro pudieron hacer una diferenciación vital entre los deberes que pertenecían al Cesar y los deberes pertenecientes a Dios. Tal distinción no parecía tan evidente al clero común de las parroquias, en especial cuando veían en sus obispos como competían en su ardor por traicionar el *fortaleza*, como había dicho san Juan Fisher. (“La fortaleza ha sido traicionado incluso por aquellos que debían haberla defendido”).

El *Prayer Book* de 1549 fue impuesto con la autoridad del Rey. Cualquier resistencia abierta habría sido tomada como un acto de rebelión y divisor de la nación. El Cardenal Gasquet comenta:

“En el reinado de Eduardo el resultado de tales principios indujo a aquellos que tenían una posición pública a realizar la mejor interpretación posible de cada medida, sin embargo muchos deberían haber resistido su imposición y rechazado su propósito”.⁹

El compromiso en materia de principios es siempre un error. Obispos y sacerdotes como Gardiner habían abandonado su Catolicismo por aceptar la Supremacía del Rey. Para ser Católico es necesario estar en comunión con la Santa Sede. Una vez que se llevó a cabo un compromiso el que sigue es más fácil, pues cualquier compromiso en materia de principios involucra un grado de decepción, autodecepción, y una vez que se entra en este proceso solo resta la auto perpetuación de la decepción.

Los historiadores Católicos y los obispos citados en este estudio condenan el nuevo servicio de Comunión como inaceptable en razón de sus gravísimas omisiones en relación a la Misa tradicional. Las omisiones fueron diseñadas para hacer posible una interpretación del nuevo rito en una manera que se correspondiera con una negación de la doctrina Católica del sacrificio y la Presencia Real. El hecho que el servicio no contenga una herejía formal o que no niegue explícitamente la doctrina Católica es considerado irrelevante. Lo que no es afirmado es tenido por negado. Gardiner ciertamente debió haberse dado cuenta de esto claramente, y en una crítica que le formula Messenger, crítica oponible a todo el clero comprometido que cayeron en la trampa puesta por los Reformadores, manifiesta:

“En orden a aprobar el *Prayer Book*, le atribuyó la doctrina Católica ortodoxa sobre la Presencia Real forzando unas cuantas frases ambiguas, a las que ya hemos aludido. Ignoró que estos pasajes se orientaban claramente en una dirección contraria”.¹⁰

Monseñor Hughes insiste que a más allá de las ambigüedades a las que se aferró Gardiner, el *Prayer Book* de 1549 deja en claro que se está imponiendo una nueva religión:

“El *Prayer Book* de 1549 era un signo evidente que se había intentado una revolución doctrinaria y que efectivamente estaba en progreso. Una vez que estos nuevos ritos sacramentales, por ejemplo, se convirtieran en habituales para el pueblo inglés la sustancia de la doctrina reformista, victoriosa por ese entonces en el norte de Europa, transformaría también Inglaterra. “De un modo apenas perceptible, según pasaban los años, las creencias legadas de antiguo vivas en la cabeza y en el corazón del pueblo por los ritos que ahora están en desuso desaparecerían: sin la necesidad de ningún esfuerzo misionero sistemático que se proponga una prédica en su contra”.¹¹

El hecho que las mutilaciones y los cortes tengan una significancia doctrinaria mayor que la mera ausencia en el

rito de una expresión clara de la doctrina es algo reconocido incluso por el “Church Times” de la Iglesia Anglicana:

“Es cierto que los Reformadores Anglicanos no solo hicieron silencio en el rito de Ordenación respecto de cualquier intención de conferir el poder de sacrificar sino que de hecho se borró la referencia al sacrificio que estaba presente en la fórmula más antigua. *Borrar es una acción más significativa que la de abstenerse de poner algo*”. (cursiva del autor)¹²

Cuando se impuso el *Prayer Book* de 1552 fue totalmente imposible interpretarlo de otro modo que no sea en el sentido Protestante. Bindoff comenta:

“Los cambios más importantes fueron de nuevo los concernientes a la Eucaristía. Ya no fue posible para las mentes conservadoras dar al servicio de comunión esa interpretación Católica que había reconciliado a Gardiner con las versiones anteriores hasta la de 1549. La Comunión ahora iba a celebrarse en una mesa, no en un altar; se iba a usar pan común, y lo que quedara sería consumido por el ministro; el celebrante ya no podía utilizar vestimentas especiales ni hacer gestos de devoción; y el ordo del servicio fue cambiado para evitar la última fuga a través de la cual alguien pudiera atisbar la prohibida visión del sacrificio”.¹³

Pero el modelo del compromiso había echado raíces tan profundas que la aceptación del *Prayer Book* de 1552 fue virtualmente universal. Los sacerdotes que habían aceptado la introducción del idioma inglés en la liturgia en 1547; de nuevos elementos en la Misa tradicional en 1548; y de elementos ambiguos en el servicio de 1549, terminaron diciendo “ahora ya es muy tarde” en vez de “Basta, esto es demasiado”, o “Hasta acá llegamos”.

Este modelo de compromiso había llegado al extremo que en 1559, después del retroceso del Protestantismo bajo Isabel y en el breve retorno a la Iglesia bajo Maria Tudor, el clero parroquial no hizo ninguna objeción, no opuso ninguna resistencia directa al cambio. Al menos “tres cuartas partes de esos sacerdotes ahora abandonaban la Misa y al Papa

como esos sacerdotes de hace veinticinco años atrás habían abandonado la supremacía de Roma”.¹⁴

Sin embargo hay que señalar que de los obispos que venían de la época de Maria Tudor solo dos de diecisiete apostataron: Kitchen de Llandaff y posiblemente Stanley de Sodor y Man. Diez de las veintisiete sedes de Inglaterra y Gales ya estaban vacantes. Morgan de St. David murió antes que pudiera ser arrestado.

Antes de asumir Maria Tudor: catorce obispos, doce deanes, quince jefes de *colleges* y entre doscientos o trescientos clérigos dimitieron sus oficios o fueron privados de ellos.¹⁵

De los catorce obispos fieles Scott de Chester y Goldwell de St. Asaph se exiliaron, Watson de Lincoln murió, y los once restantes murieron en prisión. La antigua jerarquía Católica de Inglaterra y Gales se extinguió. La fidelidad de los obispos del reinado de Maria Tudor es objeto de azoramiento para los Anglicanos que tratan de demostrar la continuidad entre la religión Protestante establecida por la Reina Isabel y la antigua Iglesia Católica en Inglaterra. Los once obispos que murieron en prisión fueron tenidos como mártires por los Católicos del siglo XVI, pero, inexplicablemente, permanecen virtualmente desconocidos, no se tiene memoria de ellos y ciertamente no son venerados por los Católicos hoy.*

Monseñor Hughes resume el efecto de la reimposición del Protestantismo bajo Isabel:

“En donde ha triunfado el nuevo cristianismo desapareció por completo la idea de un sacrificio real, así como la idea de que la Iglesia de Cristo fue fundada para ser la maestra infalible del hombre. Lo que quedó, como el sacramento de la Cena del Señor, fue un ejercicio devocional de preparación para el feligrés que iba a recibir el signo recordatorio que conmemoraba el sacrificio de Nuestro Señor ofrecido por El mismo en la Cruz por nosotros, y en el momento en que el feligrés

* A continuación el listado de los once obispos que murieron en las prisiones Isabelinas y la fechas de sus respectivos decesos: Cuthbert Tunstall, Obispo de Durham, y Ralph Bayne, Obispo de Lichfield, ambos murieron el 18 de noviembre de 1559; Owen Oglethorpe, Obispo de Carlisle, el 31 de diciembre de 1559; John White, Obispo de Winchester, 12 de enero de 1560; Richard Pate, Obispo de Worcester, 23 de noviembre de 1565; David Poole, Obispo de Peterborough, mayo de 1568; Edmund Bonner, Obispo de Londres, 5 de septiembre de 1569; Gilbert Bourne, Obispo de Bath y Gales, 10 de septiembre de 1569; Thomas Thirlby, Obispo de Ely, 26 de agosto de 1570; James Turbeville, Obispo de Exeter, 1 de noviembre de 1570; Nicholas Heath, Arzobispo de York, diciembre de 1578. (G. E. Philips, “The Extinction of the Ancient Hierarchy” (London, 1905), p. 23).

recibía el pan y el vino consagrados significaba que Cristo era recibido misteriosamente en su corazón, “después de hacerlo de una manera celestial y espiritual”.

Resulta todavía difícil para un Católico hacerse a la idea que esas teorías y ritos fueron, en gran medida al menos, el logro de hombres que habían sido sacerdotes, que no solo habían recibido los sacramentos Católicos sino que decían la Misa; y que ahora se satisfacían con esto, y sin ningún indicio de arrepentimiento o pena por lo que ya no podía ser.



Este es un grabado publicado en 1584 del fresco del Colegio Inglés de Roma en donde se muestra simbólicamente la prisión de los once obispos Isabelinos (que sufrieron y murieron en prisiones diferentes). La inscripción dice que murieron “por la confesión de su fe Católica, a consecuencia de su prolongado tiempo en prisión”. La parte inferior del dibujo muestra la muerte de una gran cantidad de sacerdotes mártires. El fresco fue destruido durante la ocupación Francesa de Roma en 1798.

Una cosa fue evidente de inmediato, que en la nueva religión la piedad colectiva de la Iglesia no iba a estar dominada por la Cena del Señor como sucede en la vida colectiva del Catolicismo que desde un principio estuvo centrada en la Misa... A los ojos de los Reformadores su nuevo rito nunca tuvo la importancia de la Misa para los Católicos. Nunca podría haberse dicho: “Es la Cena del Señor lo que importa”, de haberse escuchado tal aseveración, en el sentido de lo que clásicamente se dice de la Misa tan familiar a nosotros, hubieran sido los mismos Reformadores los primeros en negar tal posibilidad. Y como conocían muy bien la naturaleza de lo que habían ideado, también conocían el poder de lo que habían rechazado. De algún modo todavía le rendían más atención a la Misa que a sus propios ritos eucarísticos porque nunca dejaron de luchar en contra de la Misa; y así nunca cesó toda esa primera generación de la Reforma desbordada de amargura, y obsesionada incluso en mentir y producir una propaganda indecente en su contra y de la doctrina de la Presencia Real. Nadie fue más celoso en oponerse a los cambios de 1559, decía Jewel, que aquellos que regresaron al Catolicismo durante el reinado de Maria Tudor: *Tanti est semel gustasse de missa*; después del breve período de este reinado la estrategia más eficaz de todas fue la de atacar directamente a la Misa”.¹⁶

También estuvieron aquellos que rechazaron el compromiso como lo explica Chadwick:

“Un pequeño número no aceptó el cambio y prefirió mantener el culto tradicional en otras tierras. Estos hombres no fueron seducidos por el blanqueo y la destrucción, ni el espectáculo de las vestimentas, custodias, imágenes, copones, altares e incensarios vendidos en la feria”.¹⁷

Sobre todo fue el joven que yendo a los seminarios en Europa preservó la Fe, en Bretaña, Ellos volvieron a dar Misas al pueblo, y muchísimas veces también la vida por la Misa, la Misa tradicional en Latín que se encuentra en el Misal de san Pio V. El Cardenal Newman remarca en uno de sus sermones

más conocidos, “The Second Spring” (“La Segunda Primavera”) que había sido el “gran decreto del cielo” que la majestuosidad del Catolicismo “fuera borrada” en Bretaña.

“Todo parece perdido; y se esforzaron durante un tiempo, y después sus sacerdotes fueron echados o martirizados. Hubo innumerables sacrilegios. Sus templos fueron profanados o destruidos; nobles ambiciosos se apropiaron de sus ingresos o los derrocharon entre los ministros de la nueva fe. La presencia del Catolicismo fue profundamente removida, su gracia cortada, su poder despreciado, su nombre a no ser por una cuestión histórica ignorado... la Iglesia Católica ya no estaba en el país; no, ya no más podría llamarse una comunidad Católica, a no ser por unos pocos adherentes a la Antigua Religión, moviéndose en silencio y atormentadamente, como el recuerdo de lo que habían sido. Eran los “Católicos Romanos”: no una secta, ni siquiera unos sujetos entusiasmados, no como lo conciben los hombres... sino un mero puñado de individuos que podrían ser contados como piedritas y detritus del gran diluvio... encontrados en las esquinas, pasajes, y en los sótanos, y en los tejados, o en los recovecos del país; arrancados del mundo popular de su alrededor, se los ve débiles, como a través de la niebla en la penumbra, como fantasmas moviéndose rápidamente de un lado a otro, por los sus señorías Protestantes: los señores de la tierra”.¹⁸

Pero este resto aborrecido supo tener un tesoro que negaron aquellos que miraban con desprecio la Misa de san Pio V, descrita por el Padre Faber como “la cosa más bella a este lado del cielo”.¹⁹ Esa fue la perla de carísimo valor por la que estaban preparados a pagar todo lo que tenían –y así lo hicieron sacerdotes y laicos, la esposa del carnicero y el maestro de escuela. Así los victoriosos construyeron iglesias y catedrales para la celebración de la Misa tradicional en Latín, y tuvieron la Misa porque era la Misa lo que importaba.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque a ellos pertenece el reino de los cielos. (Mat. 5: 10).

¹ Pow, p. 9

² Idem.,

³ GC, ps. 19-20.

⁴ John Lingard, "History of England" (London, 1930), p. 296.

⁵ ODCC, p. 1496.

⁶ RIE, vol. I, ps. 208-9.

⁷ P. Gwyn, "The King's Cardinal" (London, 1990), p. 637.

⁸ Pow, p. 2.

⁹ EBCP, p. 81.

¹⁰ RMP, vol. I, p. 414.

¹¹ RIE, vol. II, p. 111.

¹² Citado por "The Tablet", 28-11-1925.

¹³ TE, p. 164.

¹⁴ RIE, vol. III, p. 38.

¹⁵ TR, p. 132.

¹⁶ RIE, vol. III, ps. 89-90.

¹⁷ TR, p. 285.

¹⁸ J. H. Newman, "Sermons..." (London, 1907), ps. 8-11.

¹⁹ Citado por N. Gühr, en "The Holy Sacrifice of the Mass" (St. Louis, 1908), p. 337.

Apéndice I

El Opus Operatum

El sistema sacramental, el *opus operatum*, imparte la gracia directamente de Dios. Los sacramentos en si mismos son la fuente de la gracia que ellos transmiten cuyo suministro es administrado por ministros autorizados que pretenden hacer lo que hace la Iglesia, y observar el ritual correcto. A esta transmisión automática de la gracia a través de un sacramento correctamente administrado suele denominársela *ex opere operato*. Lo cual es posible porque El mismo Cristo es el verdadero ministro de todos los sacramentos, los ministros humanos actúan solo como Su instrumento. Recibimos la gracia de los sacramentos directamente de Cristo no importa cuan indigno sea el intermediario. Sería, por supuesto, un pecado grave de parte del ministro administrar un sacramento mientras sea conciente de un pecado mortal no absuelto, efectivamente esto sería un sacrilegio. Pero para el caso, por ejemplo, de un sacerdote que ofrece la Misa o escucha confesiones en estado de pecado mortal esto no impide que los fieles reciban la gracia sacramental que viene para ellos de Cristo.

Aunque la gracia de los sacramentos se hace disponible automáticamente, *ex opere operato*, su provecho, en aquellos que hayan alcanzado la edad de la razón, será conforme al grado de su disposición. Como ya hemos dicho en relación a la plegaria “Lauda Sion”, la secuencia de Corpus Christi, el mismo sacramento puede provocar efectos opuestos, la vida para algunos y la muerte para otros. Esto lo enseña san Pablo: “Porque el que come y bebe, no haciendo distinción del Cuerpo (del Señor), come y bebe su propia condenación”. (1 Cor. 11:29).

La importancia de la disposición del receptor en relación a los frutos del sacramento suele denominarse como *ex opere operantis*. De ningún modo la gracia del sacramento es producida *ex opere operantis*; la disposición del receptor solo puede ayudar para determinar su efectividad. No es nunca la causa o la fuente de la gracia sacramental que viene directamente del Mismo Cristo.

Porque la Iglesia no es más que la extensión de la Encarnación a lo largo de los siglos y a lo largo de las naciones. Porque la Iglesia es Cristo salva y santifica a Sus elegidos, es claro que el Cuerpo Místico ha de ser el canal normal de la gracia por encima de los siete sacramentos. En la terminología específicamente teológica los sacramentos son “el medio ordinario de la salvación”. Pero Dios, que es omnipotente, no está sujeto al sistema sacramental, y puede transmitir Su gracia por medios “extraordinarios” a aquellos que no tengan acceso a los Sacramentos.

Apéndice II

El Artículo Treinta y Uno

El ofrecimiento de Cristo fue hecho una vez, es la perfecta redención, propiciación, y satisfacción por todos los pecados de todo el mundo, tanto el original como el actual, y no hay otra satisfacción para el pecado, sino solamente esa. Por lo tanto los sacrificios de las Misas, en los cuales es común decir que los Sacerdotes ofrecen a Cristo por los vivos y los muertos, para la remisión del dolor o la culpa, son una fábula blasfema y un engaño peligroso.

Artículo 31

El movimiento Anglo-Católico del siglo XIX deseaba restaurar la creencia y la práctica Católica de la Iglesia de Inglaterra, pero encontraban en los “Treinta y nueve Artículos” y en especial en el treinta y uno un gran obstáculo para lograr esa meta. Un historiador evangélico, J. T. Tomlinson, comenta al respecto:

“El lenguaje severo e inflexible de nuestro artículo treinta y uno ha sido siempre una espina para los orientados hacia Roma... Sin embargo, en el medio de funciones solemnes y del boato, no parecen lo suficientemente capaces como para despojarse en sus conciencias de que la Iglesia a la que juraron fidelidad haya dicho (de la misa) que es una “fábula blasfema y un engaño peligroso”.¹

En su estudio sobre el derecho canónico inglés, E. Garth Moore enfatiza:

“Es esencial recordar que ellos (los treinta y nueve artículos) demandan una interpretación estrictamente literal. Es esencial recordar que deben ser leídos conjuntamente con la “Declaración de Su Majestad”, que es el prefacio y que establece explícitamente “...ningún hombre de aquí en adelante podrá imprimir, o predicar, puede dejar de lado el “Artículo” de ningún modo, sino que se someterá a su significado llano y completo, por consiguiente: no opondrá el sentido propio o el

comentario del significado del “Artículo” sino que lo tomará en un sentido literal y gramático”.²

El intento más celebrado de interpretar el artículo 31 de un modo contrario al estilo “llano y completo” fue hecho por Newman. J.T. Tomlinson con razón comenta “como una interpretación tan artificial” pudo haber satisfecho a una mente sincera que haya intentado su comprensión”.³ Un hombre de la erudición e integridad de Newman, fue incapaz de seguir sosteniendo esa pretensión inaceptable concediendo luego que:

“No veo como sea posible negar que este Artículo llama al Sacrificio de la Misa en si mismo... en todas sus celebraciones diarias de año a año, *toto orbe terrarum*, una fábula blasfema”.⁴

No hace falta discutir la interpretación del Artículo 31 con detalle como ya lo ha hecho, y de un modo exhaustivo, el Dr. Francis Clark en “Eucharistic Sacrifice and the Reformation”. Pone especial atención en la teoría que supone que los Reformadores no rechazaron la doctrina de la Eucaristía tal como fue manifestada por el Concilio de Trento sino la variedad de “errores” corrientes en el siglo XVI. Clark documenta la historia de los alegados errores muy cuidadosamente, demostrando que esa teoría no tiene ninguna base fáctica. Prueba como los Reformadores comprendían claramente las enseñanzas Católicas y que las rechazaron en su totalidad. No existe ninguna diferencia entre la teología Eucarística de Trento y la pre-Tridentina del obispo san Juan Fisher quien reflejaba fielmente el consenso aceptado no solo del clero Inglés sino Europeo en general. Hubo, por supuesto, abusos vinculados con la Misa, pero que no involucraban ningún error teológico. Había avaricia de parte de algunos clérigos, y de parte de algunos fieles, la denominada, actitud de “un-penique-en-la-ranura” como el lugar que correspondía a los frutos de la Misa. Pero los Reformadores no estaban interesados en la corrección de los abusos, sino en rechazar la teología de la Misa. Querían abolir el mismísimo santo sacrificio. Esto se encuentra ampliamente respaldado entre los historiadores Anglicanos. Explicando desde una perspectiva Anglo-Católica en 1847,

Nicholas Pocock llamó a terminar con los “Artículos” que describe como “cuarenta fajas” y justamente insiste en que sugerir que los Reformadores rechazaban solo los errores de la pre-Reforma era inconsistente con su conocidos puntos de vista.⁵ Desde un punto de vista Evangelista en 1962, el Rev. Thomas Hewitt subraya que:

“Es imposible sostener la extraña teoría que los Reformadores en el Artículo 31 no se querían oponer al sacrificio de la misa tal como lo definía el Concilio de Trento, sino a los errores populares y a los abusos de la baja edad media, y que una doctrina menos cruda de la Misa-sacrificio hubiera sido aceptable para ellos”.⁶

En relación a la actitud de los Reformadores para con el Concilio de Trento, resulta significativo que cuando ese Concilio en su Canon IV de la sesión XXII anatematizó a aquellos que sostenían que “el sacrificio de la Misa constituye una blasfemia del sagrado sacrificio que Cristo ofreció en la Cruz”, la narración del Artículo 31 fue cambiada de su versión original en la que “los sacrificios de las misas” eran condenados como “fábulas falsas, y engaños peligrosos”, a su narración presente de “fábulas blasfemas y engaños peligrosos”. Hay otro ejemplo de cambios en el texto de los “Artículos” que pone de relieve el hecho que los Reformadores desaprobaban las enseñanzas de Trento.⁷ J. T. Tomlinson insiste en que la doctrina que los Reformadores se rehusaban a aceptar era “esa noción de la presentación sacerdotal sobre un altar en la tierra como el método divino para comunicar los beneficios de la Cruz. Este fue el mal contra el cual los Reformadores Ingleses deben combatir y que el Concilio de Trento tratará de reforzar”.⁸

Otro clavo al que algunos Anglo-Católicos suelen aferrarse, incluido el propio Newman durante un tiempo, es la idea absurda que el Artículo 31 se apoya sobre un significado especial al referirse a “sacrificios” en plural en vez de decir “sacrificio” en singular. Tanto Tomlinson como Clark, desde puntos de vista diferentes, muestran que ese detalle no tiene ningún sentido, tal como Newman más tarde lo aceptara. Es interesante notar que el término “sacrificios de Misas” se encuentra en numerosos Pontificales Ingleses de la pre-

Reforma. También fue utilizado por el Concilio de Lyon en 1274, y por el Concilio de Florencia en 1439.⁹ Clark apunta que:

“La interpretación de la actitud de los Reformadores hacia la Misa no depende de una frase en un documento. No se manifiesta de una sola vez sino en muchas ocasiones, por palabras, escritos, actos oficiales. Ya sea en lo particular como en lo general en lo que se refieran, rechazan las mismas cosas”.¹⁰

Parece innecesario dedicarle más tiempo a una teoría que si tuvo credibilidad alguna vez la perdió después de la publicación de “Eucharistic Sacrifice and the Reformation”, aunque todavía se apele a ella hoy en día. En la “Declaración del Acuerdo Escocés” (firmada por Católicos y Episcopalianos en 1973) se afirma que lo repudiado en el Artículo 31 “es algo que nunca ha sido parte de la auténtica enseñanza de la Iglesia de Roma”.¹¹ En la nota 7 se intenta justificar que el “Artículo” habla de “sacrificios” en plural y no del “sacrificio” en singular.¹²

¹ PBAH, p. 284.

² E. Garth Moore, “An Introduction to English Canon Law” (Oxford, 1967), p. 55.

³ PBAH, p. 285.

⁴ J. H. Newman, “Via Media”, vol. II (London, 1901), p. 316.

⁵ ESR, p. 34.

⁶ J. I. Packer (ed.), “Eucharistic Sacrifice” (London, 1962), p. 114.

⁷ Ver Capítulo XII.

⁸ PBAH, p. 306.

⁹ ESR, p. 217.

¹⁰ Idem., ps. 216-7.

¹¹ “The Ecclesial Nature of the Eucharist” (Glasgow, 1973), p. 13.

¹² Idem., p. 27.

Apéndice III

Los Cambios en las Palabras de la Consagración

Misal de Sarum

QUIEN EL DIA
ANTES QUE PADECIERA
TOMO EL PAN

EN SUS SANTAS Y
VENERABLES MANOS,
Y CON SUS OJOS
LEVANTADOS
AL CIELO
HACIO DIOS, SU
PADRE TODOPODEROSO,
DANDOTE GRACIAS A
TI BENDIJO

LO PARTIO
Y LO DIO
A SUS DISCIPULOS DICIENDO:

TOMEN Y COMAN DE EL
TODOS DE EL
PUES ESTE ES MI CUERPO

DE LA MISMA MANERA
DESPUES QUE HUBO
CENADO,
TOMO TAMBIEN ESTE
EXCELENTE
CALIZ

Prayer Book de 1549

Quien en la misma noche
en que fue traicionado:
tomó el pan,

y cuando hubo
(bendecido y*) dado
las gracias:
lo partió
y lo dió
a sus discípulos diciendo:

Tomen, coman,

este es mi cuerpo
que es dado por ustedes,
hagan esto
en recuerdo mio.
Del mismo modo
después
de cenar
tomó

la copa,

* “bendecido y” fue omitido del Prayer Book de 1552.

EN SUS SANTAS Y
VENERABLES MANOS,
Y TE DIO GRACIAS

LO BENDIJO
Y LO DIO A SUS
DISCIPULOS, DISIENDO
TOMEN
Y BEBAN
TODOS DE EL
PORQUE ESTE
ES EL CALIZ
DE MI SANGRE
DE LA
NUEVA Y ETERNA
ALIANZA:
EL
MISTERIO DE LA FE:
LA CUAL
SERA DERRAMADA
POR USTEDES
Y POR MUCHOS
PARA LA
REMISION
DE LOS PECADOS

CUANTAS VECES VOSOTROS
HICIERAN ESTAS COSAS
LAS HARAN
EN MEMORIA MIA.

y cuando hubo
dado las gracias

se lo dio
a ellos, diciendo:

beban
todos de el
porque esta

es mi sangre
de la
nueva
Alianza,

la cual
es derramada
por ustedes
y por muchos
para
la remisión de
los pecados:

háganlo cada vez
que lo beban

en recuerdo mio.



Engraved by G. Stodart

John Juss (1372-1452)

Su insistencia de que la Comunión siempre debía ser recibida bajo las dos especies fue tomada por todos los Reformadores Protestantes.

Apéndice IV

La Cuestión de la Validez

Aunque, como se explicó en el capítulo XIII, la Iglesia se ha pronunciado de manera definitiva sobre la invalidez de los órdenes Anglicanos no se hizo ninguna declaración en relación a los servicios de Comunión Anglicanos. Por otra parte, aunque la Iglesia acepta la validez de los bautismos y matrimonios Anglicanos nunca ha dicho que acepta la validez de los servicios de Comunión Anglicanos.

La cuestión nunca fue un tema problemático en tanto que los ministros ordenados con el rito Anglicano no tienen órdenes válidas en un sentido Católico luego no pueden realizar una consagración válida. Una sobrecogedora mayoría de ministros Anglicanos no desearían ser considerados como sacerdotes en un sentido Católico y ciertamente repudiarían cualquier sugerencia de hacer presente sustancialmente a Nuestro Señor durante el servicio de Comunión.

En nuestros tiempos el problema se limita a los sacerdotes Católicos apostatas que se unieron a la Iglesia de Inglaterra, o a los ministros Anglicanos que con dudas sobre la validez de sus órdenes fueron re-ordenados por antiguos obispos Católicos utilizando el antiguo rito de ordenación que es válido. Se ha alegado que en las ordenaciones Anglicanas han participado antiguos obispos Católicos, pero en tanto se haya utilizado el rito de ordenación Anglicano su presencia no podría cambiar el hecho que el rito de ordenación Anglicano es incapaz de conferir órdenes válidas. Incluso si los obispos Católicos trataran de hacer lo que hace la Iglesia utilizando el rito de ordenación Anglicano tampoco habría ordenaciones válidas debido a su intrínseca invalidez.

La cuestión de la validez de los servicios de Comunión Anglicanos es entonces un tema que se circunscribe a aquellos servicios celebrados por sacerdotes que han sido ordenados con el *Sarum Pontifical* y que utilizaron los ritos prescritos para los servicios de Comunión Anglicanos durante los reinados de Eduardo VI o Isabel I. No existe la menor duda que las fórmulas de consagración de 1549 y 1552 son adecuadas para la validez y por lo tanto la

presunción debe tener en cuenta que cuando estos hayan utilizado estos servicios y si se trate de sacerdotes válidamente ordenados, pretendiendo hacer lo que hace la Iglesia, entonces la consagración será válida. Como se dejó en claro en el capítulo XV, la aplastante mayoría de sacerdotes que optaron por los servicios de Comunión de Cranmer lo hizo solo para evitar las terribles penas impuestas sobre aquellos que rechazaran hacerlo, y ciertamente estos tenían la intención de estar haciendo lo que hace la Iglesia.

Parece que solo dos de los tantos escritores que debatieron sobre las innovaciones litúrgicas de los servicios de Comunión de Cranmer pensaron la cuestión de si los servicios de Comunión eran adecuadas para una consagración válida, y ambos afirman inequívocamente que cuando estos servicios son utilizados por un sacerdote válidamente ordenado que tenga la correcta intención de consagrar entonces la consagración será válida.

En 1873, Canon E. E. Estcourt sostenía que:

“Aquí no se trata de la validez del Sacramento. Porque como es la opinión generalizada entre los eclesiásticos que el recitado de las palabras de Nuestro Señor del Evangelio es suficiente para la validez, y está claro que los clérigos Anglicanos, si son verdaderos sacerdotes, y tienen recta intención, realmente dicen la Misa. No hay ninguna cuestión, entonces, sino que si tienen el sacerdocio tienen el Sacramento y el Sacrificio de la Santísima Eucaristía”.¹

Francis Clark comparte esta opinión:

“La única fórmula que infalible y necesariamente contiene el significado esencial para el sacramento son aquellas palabras que han sido canonizadas por ser instituidas por Cristo y Su Iglesia a tal propósito. Tales palabras, cuando son reproducidas exactamente, se sustraen del alcance de la ambigüedad o de las distorsiones personales. Así por ejemplo la fórmula del Bautismo y las palabras de la consagración en la Eucaristía son siempre y necesariamente una forma sacramental suficiente, aún si se incluye en un rito de una intención herética evidente. (No hace falta decir, que el uso de tales

fórmulas no garantizan necesariamente que el sacramento sea válido, porque todavía podría ser anulado por un defecto en la materia o en la intención ministerial)".²

Otro punto de interés relativo al uso del servicio de Comunión Anglicano por un sacerdote que haya sido válidamente ordenado sería lo que sucedería si este no creyera en la transubstanciación, o, de la divina institución de la Iglesia Católica. La respuesta sería que aún así estaría consagrando válidamente en tanto pretenda hacer lo que la Iglesia fundada por Cristo pretende hacer en ese sacramento, creyendo que la Iglesia de Inglaterra ha de ser esa Iglesia.

Santo Tomás de Aquino ha explicado que en orden a pretender hacer lo que hace la Iglesia no es necesario para el ministro del sacramento creer lo que cree la Iglesia, e incluso aunque crea que ningún efecto interior resulte de signos exteriores que él realice, aún así el sacramento será llevado a cabo válidamente. Así, en una emergencia el bautismo puede ser conferido válidamente por un ateo no bautizado que crea que las palabras que dice y que la acción que lleva a cabo no puedan tener ningún efecto. El Papa León XIII enseña en *Apostolicae Cuare* que:

“Una persona que haya correcta y seriamente utilizado la materia requerida y la forma para efectuar y conferir un sacramento se presume por esta razón que ha pretendido hacer lo que hace la Iglesia. Sobre este principio descansa la doctrina de que el sacramento es verdaderamente conferido por el ministerio sea hereje o no bautizado con tal que se utilice el rito Católico”.

La cuestión de la intención ministerial es analizada en detalle y a través de las enseñanzas de santo Tomás en el apéndice II de mi libro “The Order of Melchisedech” (ver bibliografía).

¹E. E. Estcourt, “The Question of Anglican Ordinations Discussed” (London, 1873), p. 279.

²F. Clark, “Anglican Orders and Defect of Intention” (London, 1956), p. 183.

Apéndice V

Personalidades de la Reforma

BONNER, Edmund (1500-1569), Obispo de Londres

Edmund Bonner capellán del Cardenal Wolsey, y permaneció fiel a él hasta su caída en desgracia, estando presente en su arresto y en su muerte. Además de su lealtad a Wolsey, fue subsecuentemente empleado por el Rey Enrique en un importante número de misiones diplomáticas. Bonner se sometió a la “Ley de Supremacía” y recibió una consagración episcopal cismática (pero válida). Como Obispo de Londres trató a los herejes conforme a la “Ley de los Seis Artículos” del Rey Enrique de 1539. A pesar de su servilismo par con el Rey se mostró celoso defensor de la doctrina Católica y un oponente de las innovaciones. Fue despojado de su sede y hecho prisionero en Marshalsea durante el reinado de Eduardo VI en castigo por sus creencias Católicas y por rehusarse a reconocer la supremacía real durante la minoridad del rey.

El Obispo se sometió con suma paciencia al mal trato sufrido en Marshalsea. En una ocasión el gobernador de la prisión, con la ilusión de poder extorsionarlo lo amenazó con sacarle la cama. “Si usted intenta semejante cosa yo sabré que hacer”, le respondió Bonner. “¿Qué va a hacer?”, le preguntó el carcelero, esperando que le dijera que se quejaría ante algún miembro del Consejo. Pero Bonner le respondió: “Me acostaré en el suelo”. Y esto es precisamente lo que hizo cuando le sacaron la cama, y no se quejó a nadie por esta injusticia.

Bonner permaneció en prisión hasta el ascenso de la Reina Maria Tudor en 1553, cuando fue liberado y restaurado en su obispado. Se puede apreciar su popularidad entre la gente de Londres en un relato contemporáneo hecho sobre su liberación:

“1553. El 5 de agosto, a las siete de la noche llegó a su casa Edmund Bonner, el Obispo, de la prisión de Marshalsea, como un obispo, con todo el pueblo dándole

la bienvenida a su casa, hombres y mujeres, muchas mujeres querían darle un beso: venían a (la catedral de) San Pablo, se arrodillaban y rezaban, y después el pueblo hizo retumbar las campanas de alegría”.

Restaurado en su sede, Bonner presidió un gran número de juicios contra los Protestantes (sobre 273 acusados 235 ejecutados, en general del área de Londres, aunque el total no provenía de esta jurisdicción). Fue particularmente odiado por John Foxe que en su famoso Libro de los Mártires, no dejaba pasar oportunidad para vilipendiarlo como el “Sangriento Bonner”:

“Este caníbal en el espacio de tres años
mató trescientos mártires.
Fueron su comida, amaba la sangre,
no tenía piedad de ninguno que lo conocía”.

El número de aquellos acusados por herejía pertenecientes a su jurisdicción ejecutados fue 120. Lejos de ser el monstruo sangriento descrito por muchos historiadores Protestantes, la evidencia disponible muestra que Bonner dirigió los juicios por herejía con gran paciencia, haciendo todo lo que podía a su alcance para persuadir a los Protestantes a renunciar a sus errores. Si se rehusaban no tenía más alternativa que dejarlo en manos de la autoridad civil para su ejecución de acuerdo con la normativa prevaleciente en toda Europa (en países Católicos y Protestantes) en ese tiempo. La adhesión de los ciudadanos a otra religión que no fuera la sostenida por el gobernante del Estado era visto como un peligro a la seguridad nacional, un principio que estaba formalizado en la sentencia *cuius regio eius religio*, incorporada a la “Paz de Augsburgo” en 1555. Durante el reinado de Enrique VIII, Cranmer, había puesto en manos de las autoridades civiles un gran número de Protestantes para que confesaran sus verdaderas creencias, las que él sostenía en secreto.

Al menos Bonner fue sincero en su aborrecimiento de las creencias que condenaba como heréticas, e incluso el relato de Foxe sobre los juicios que presidió Bonner deja en claro su diligencia en socorrer a aquellos que se le acercaban tanto por sus errores doctrinarios como para pedir la exoneración de los castigos aplicables por herejía. Una lectura cuidadosa

de Foxe nos revela que lejos del “sangriento Bonner, instrumento de Satán” de la mitología Protestante, la salvación de aquellos que se lo pedían era su principal preocupación. Los líderes Protestantes durante el reinado de Maria Tudor temían bastante su poder de persuasión, o, como lo llama Foxe, “las sutiles trampas de ese lobo sangriento”.

Un historiador Protestante del siglo XIX, Maitland, describe a Bonner como un hombre honesto, generalmente de buen humor, aunque algunas veces irascible, y cuyo principal deseo era salvar la vida de los prisioneros:

“Tal como lo hizo, procuró el mayor número de retractaciones, y reconcilió un gran número para la Iglesia de Roma, no tengo dudas.. No titubeo en manifestar que creo que Bonner no solo procuraba la abjuración de un gran número, sino que esa fue una de las causas del gran odio que le tuvieron los Puritanos”.

Las ejecuciones de Protestantes dio que hablar a Foxe que estaba furioso por el retorno de estos a Roma, y esa fue la verdadera razón de la especial animosidad que desplegó contra Bonner. Después de la ascensión de Isabel I en 1558, Bonner fue privado de su sede por rehusarse a recortar la celebración de la Misa en la Catedral de San Pablo. El 24 de junio de 1559, tanto la Misa como cualquier otro servicio que no estuviera en el *Book of Common Prayer* quedaron prohibidos. Rechazó obedecer tres órdenes específicas del Consejo de la Reina para remover la Misa y el Oficio Divino de su Catedral, rechazó el mismo año prestar juramento a la Isabelina “Ley de Supremacía”, hecho de nuevo prisionero en la cárcel de Marshalsea. Soportó la prisión con gran entereza e incluso alegría. Murió el 5 de septiembre de 1569, un obispo Católico valiente que comprometió su fe con un monarca pero más que redimido con lo que sufrió bajo los otros dos que le siguieron. No ha recibido el honor que merece entre las generaciones de Católicos que vinieron después, sin duda por la ampliamente aceptada imagen de él como “Bonner el sangriento” tan eficazmente difundida por Foxe.

BUCER, Martin (1491-1551), Reformador Alemán

Martín Bucer fue el más influyente de todos los Reformadores alemanes, después de Lutero y Melanchthon, es ciertamente el Reformador de Europa continental que más influenció en la reforma de la liturgia en Inglaterra. Ex dominico, Bucer fue excomulgado, en 1523, por el Obispo de Speyer por predicar el Luteranismo en Alsacia. Bucer hizo intentos que no tuvieron éxito en reconciliar a Lutero y Zwilingo. Después de la muerte de Zwilingo, Bucer se convirtió en el líder de las Iglesias Reformadas de Suiza y el sur de Alemania. Se casó dos veces: su primera esposa había sido monja y la segunda la viuda de otros tres Reformadores que también sobrevivió a él.



Martín Bucer (1491-1551)

Bucer arribó a Inglaterra en 1549 invitado por Cranmer, y es nombrado profesor Regio de “Divinidad” en la Universidad de Cambridge. Era tenido en gran estima por Cranmer y tuvo una considerable influencia sobre su Ordinal (rito de ordenación) de 1550. Escribió una crítica severa del *Prayer Book* de 1549, su “Censura”, y casi todas sus críticas fueron implementadas en el *Prayer Book* de 1552. Bucer murió en 1551, y su cuerpo fue exhumado y quemado en 1557.

Durante algunos años Bucer propagó la teoría de una presencia Eucarística similar al virtualismo de Calvino, esto es, que mientras el comulgante piadoso reciba el pan y el vino, los cuales son figuras que simbolizan el Cuerpo y la Sangre de Cristo, la virtud del Cuerpo y la Sangre actuales de Cristo es comunicada al receptor por el Espíritu Santo. Alrededor de 1550, aceptó el punto de vista de Zurich (Zwilinguiano) de que el pan y el vino son meros símbolos y que Cristo no está en ellos, tampoco al momento de su recepción.

BULLINGER, Johan Heinrich (1504-1575), Reformador Suizo

Bullinger devino Protestante bajo la influencia de Lutero, Melanchthon y Zwilingo. Se casó con una ex monja en 1529, y sucedió a Zwilingo como pastor principal de Grossmünster, Zurich en 1531, posición que mantuvo hasta el fin de su vida. Intentó sin éxito alcanzar un acuerdo con Lutero sobre la doctrina de la Cena del Señor, pero tuvo más éxito con Calvino. Con quien se unió para producir el “Consensus Trigurinus” en 1545.

Bullinger fue un escritor abundante de cartas, entre cuyos destinatarios tenía cabezas coronadas como la de Enrique VIII, Eduardo VI, e Isabel I, como también Jane Grey, y los líderes de la Reforma Inglesa. Se mostró muy hospitalario con los Reformadores Ingleses que pretendían refugiarse en Zurich durante el reinado de Maria Tudor. Cuando Isabel I fue excomulgada por san Pio V en 1570 esta le pidió a Bullinger que preparara una respuesta a la Bula (de excomunión).

COVERDALE, Miles (1488-1568), Reformador Ingles y Traductor de la Biblia

Miles Coverdale se hizo monje Agustino en Cambridge en 1514, pero luego se convirtió al Protestantismo. Tuvo que dejar Inglaterra en 1528 escapando de las acciones legales iniciadas en su contra a causa de sus opiniones Protestantes extremas, habiendo predicado en contra de la Confesión y de las imágenes. Durante su exilio tradujo la Biblia al inglés.

Coverdale volvió a Inglaterra después de la muerte de Enrique tomando parte de la represión del “Levantamiento del Oeste” en 1549, y en 1551 devino Obispo de Exeter. Fue al exilio durante el reinado de Maria Tudor, pero retornó a Inglaterra después de su muerte y se transformó en el líder del partido Puritano de la Iglesia de Inglaterra.

CRANMER, Tomas (1489-1556), Arzobispo de Canterbury

Tomas Cranmer fue enviado al “Jesus College”, en Cambridge a la edad de 14 años. Recibió su grado de Bachiller en Artes en 1511, y en 1515 se casó con una chica que encontró en Dolphin Inn en Bridge Street, probablemente la hija del dueño de esas tierras. La chica murió durante el parto. Cranmer desarrolló una creciente simpatía hacia el Protestantismo muy pronto después de ser ordenado sacerdote en 1523. Permaneció como becario del College en donde recibió su grado doctoral en 1526, ingresando como examinador universitario en “divinidad”. Atrajo la atención del Rey Enrique quien lo tomó en su servicio después de participar en los debates en Cambridge relativos a las “materias privativas” del Rey (la anulación de su matrimonio). También se convirtió en un gran amigo de la familia de los Bolena, familia que en gran medida le debe su rápido ascenso.

Mientras estaba en Europa representando al Rey en 1532, Cranmer se casó en secreto con la sobrina de Andreas Osiander, un ministro Luterano. Ocultó su matrimonio a Enrique ya que su descubrimiento habría acabado con su carrera, lo que significaba que a pesar de toda la devoción que le expresaba a Enrique lo estuvo engañando en una

materia muy seria a lo largo de toda su vida. En 1532 el Rey nombró a Cranmer Arzobispo de Canterbury. La aceptación de este cargo no solo fue anticanónica sino que él mismo cometió perjurio haciendo el juramente de lealtad acostumbrado al Papa. En 1533 declaró el matrimonio de Enrique con Catalina de Aragón inválido, y válido el matrimonio con Ana Bolena. Cuando Ana, y en consecuencia su familia cayeron en desgracia, Cranmer les dio la espalda. No tuvo ningún problema en declarar inválido el matrimonio con Ana Bolena, al que antes había declarado válido, para que el Rey se pudiera casar con Jane Seymour, que murió dando a luz al futuro Rey Eduardo VI. Más tarde ofició la boda de Enrique y Ana de Cleves, pero después la declaró inválida.

Mientras Enrique gobernaba, Cranmer se contentaba con quemar herejes por lo mismo que el sostenía en privado. Cuando uno de los “Seis Artículos” de 1539 instituyó la pena de muerte para los sacerdotes que se casaran mandó a su esposa a Alemania no llamándola hasta 1548 después que Eduardo VI accediera al trono. Sus puntos de vista sobre la Eucaristía viraron de la transubstanciación hasta adherir a Zwinglio.

Después de la muerte de Enrique, Cranmer se transformó en uno de los consejeros más influyentes del joven y enfermizo Eduardo VI. No perdió tiempo en mostrar su verdadero rostro invitando a Protestantes extremos como Bucer y Peter Martyr a Inglaterra para que lo aconsejaran, y para comenzar la destrucción a gran escala de imágenes, reliquias, ceremonias tradicionales, y sobre toda de la Misa que reemplazó por un servicio Protestante de Comunión que impuso en dos etapas, en 1549 y en 1552. El mayor éxito de Cranmer fue la composición de los libros litúrgicos impuestos durante el reinado de Eduardo VI, los cuales, desde un punto de vista literario constituyen la obra de un genio. El *Book of Common Prayer* (Libro de la Plegaria Común) en particular, está al nivel de Shakespeare y de la “Biblia del Rey Jacobo” entre lo mejor de la literatura Inglesa.

A la muerte de Eduardo VI en 1553, Cranmer reconoció a Jane Grey como Reina, lo cual constituyó una alta traición. Escribió una despreciable apología a la Reina Maria Tudor explicando que había sido obligado, quedando a disposición de la justicia. Fue acusado del cargo de herejía por atacar

públicamente a la Iglesia Católica. Cranmer repudió sus errores con la esperanza de salvar su vida, pero cuando se enteró que de todos modos sería quemado, retiró la retractación y murió con fiereza en la hoguera el 21 de marzo de 1556.

FOXÉ, John (1516-1587), Martirologista

El autor de “History of the Acts” y “Monuments of Matters Happening in the Church” (generalmente conocido como el “Libro de los Mártires de Foxe”). Evitó el “martirio” yéndose al continente durante el reinado de Maria Tudor. En 1560, Foxe, un rígido Calvinista, es nombrado Obispo de Londres.

Los historiadores Protestantes han dicho que las ejecuciones de los Protestantes en la época de la Reina Maria Tudor alejó al pueblo inglés de la religión Católica. Pero esa tesis es muy poco probable. Aunque no existen registros exactos, se puede decir que habrán habido alrededor de 1.000 ejecuciones cada año por cuestiones criminales en la Inglaterra Tudor, probablemente muchas más, pero en ese contexto debe también tenerse en cuenta la cifra de 273 ejecuciones por herejía durante los cinco años del reinado de Maria Tudor.

La herejía era una ofensa capital tanto en países Protestantes como Católicos en el siglo XVI, y es muy significativo que Foxe no registre más que los nombres y los datos de dos tercios de sus supuestos mártires a pesar del hecho de estar escribiendo su libro en el período (cinco años) en que tuvieron lugar los procesos judiciales y teniendo pleno acceso a todos los registros oficiales. La razón es que al menos dos tercios de los sentenciados a morir en la hoguera atribuidos al reinado de Maria Tudor ya habían sido ejecutados durante el reinado de un monarca Protestante. Así un héroe de Foxe como John Philpot expresaba su placer por aquellos Protestantes que diferían en algunos puntos con él y que habían sido condenados. La gran mayoría de estos ejecutados venían de los artesanos del sur-este de Inglaterra, especialmente de Londres, Kent, y Essex, un área con tradición Lollarda, y en donde los Anabaptistas, aborrecidos en todas partes, habían ganado bastante apoyo. En todo Gales hubo solo tres ejecuciones, y solo una en el norte de Inglaterra y otra en la parte oeste, lo que indica el completo fracaso del

Protestantismo para ganarse un mínimo apoyo durante el reinado de Eduardo VI.



John Foxe (1516-1587)

Durante el gobierno de Maria Tudor, en todo el país, la mayoría de los campesinos se alegró de la restauración de la fe Católica. Al grado que de haberse informado en detalle de las ejecuciones lo más probable es que la reacción hubiera sido de entusiasmo más que de indiferencia. Una de las solicitudes de los “rebeldes del Oeste” en 1549 había sido que aquellos que no aceptaran sus artículos murieran como herejes contra la santa fe Católica. Mientras que los Cristianos de cualquier creencia hoy en día rechazarían la práctica de ejecutar a una persona por su creencia religiosa es un error metodológico muy grande presumir que aquellos que vivieron en otra época y en otras sociedad necesariamente reaccionen de igual modo a que lo haríamos nosotros ante una eventualidad particular. Tanto Protestantes como Católicos en la Inglaterra Tudor disfrutaban de deportes como la riña de gallos o de echarle perros a un oso (bear-baiting) que nosotros veríamos como

una costumbre bárbara. Generaciones futuras quizás vean el deporte popular del boxeo de nuestra era también como cosa de bárbaros.

No fueron en si mismas las ejecuciones sino los relatos que de ellas hizo Foxe los que eventualmente crearon un sentimiento anti-Católica que predomina en Inglaterra hasta el presente y que está lejos de desaparecer. El vívido estilo del “Libro de los Mártires”, y sus descripciones de los sufrimientos de los Protestantes ejecutados bajo la Reina Maria Tudor, lo hizo universalmente popular, aunque su valor como obra de objetividad histórica sea muy limitado por la credulidad del autor, su rencor y su finalidad de insertar una polémica ahí donde no la había. Pero para el hombre inglés común el texto fue aceptado como un Evangelio, y fue efectivamente el libro más popular y leído en Inglaterra después de la Biblia por muchos siglos. Se debe a Foxe que la Reina Maria Tudor tuviera el apelativo de “sanguinaria” que es manifiestamente injusto y que no es sostenido por ningún historiador serio de hoy en día. Así un historiador lleno de rencor y anti-Católico como J. A. Froude se siente consternado al tener que admitir que “pocos hombres o mujeres han vivido tan incapaces de saber que hacían algo malo”.

GARDINER, Stephen (1483-1555) Obispo de Winchester

Stephen Gardiner fue maestro especializado en el Trinity Hall de Cambridge de 1525 a 1549, y alcanzó cargos más altos como resultado de su habilidad diplomática desplegada en relación a las “materias privativas” del Rey, progreso que tuvo lugar tanto antes y después de la caída del Cardenal Wolsey. Aceptó la Supremacía Real y escribió un tratado “De vera obedientia” argumentando que los reyes están habilitados para estar a la cabeza (suprema) de sus iglesias.

Se cree que “Los Seis Artículos contra el Protestantismo” (el “látigo de seis cuerdas”) promulgado en 1539 es obra suya. Después de la muerte de Enrique VIII, aunque técnicamente era un cismático, después de la aceptación de la “Ley de Supremacía”, Gardiner recordó la doctrina principal sobre la que se apoyaba la antigua religión y fue mirado por Cranmer y otros Reformadores como su más peligroso enemigo. Su

oposición a Cranmer produjo que lo despojaron del obispado y lo pusieran en la prisión de la Torre durante todo el reinado de Eduardo VI.

Gardiner escribió y debatió con Cranmer sobre temas tan controversiales en ese momento como la naturaleza del Santísimo Sacramento. Trató incluso de interpretar el rito de Comunión de 1549 en un sentido Católico, y es significativo que todas las palabras y acciones que citaba para justificar esta interpretación Católica fueran removidas de la versión de 1552.

Con la coronación de la Reina Maria Tudor fue nombrado Canciller. Aunque retratado como un monstruo por John Foxe en realidad hizo grandes esfuerzos por salvar a personalidades prominentes del Protestantismo, incluido Cranmer. Cuando en su lecho de muerte se le leyó la Pasión exclamó: *Negavi cum Petro, exivi cum Petro, sed nondum flevi cum Petro*: su expresión de dolor por la caída en el cisma.

HOOPER, John (1495-1555), Obispo de Gloucester

John Hooper nació en Somerset y fue ordenado como sacerdote Cisterciense de Cleeve. Influenciado por Zwilingo y Bullinger y difundió sus nuevas ideas. Después de una discusión con Gardiner se exilió en Estrasburgo para evitar el castigo bajo los términos de “Los Seis Artículos” por su opiniones heréticas. En Estrasburgo se casó con una mujer noble flamenca. Luego se va a Zurich en donde traba amistad con Bullinger, Bucer y John Laski (à Lasco). Vivió con Bulinger que bautizó a su hija Raquel. En 1549 vuelve a Inglaterra y es nombrado capellán y Lord Protector del Duque de Somerset. Tomó parte en el ataque y despojo de Bonner y se le ofreció el obispado de Gloucester en abril de 1550. Se rehusó a ser consagrado con las vestimentas propias de la ceremonia a las que consideraba como no-bíblicas, o a decir un juramento en donde se nombraran a los santos. Después de un período prolongado de discusión que incluyó una breve temporada en la prisión, acordó ser consagrado utilizando las vestimentas en marzo de 1551.

Aunque Hooper se hacía eco de los puntos de vista más extremos de los Reformadores continentales los excedió a todos con excepción de John à Lasco en su fanatismo,

desplegando un vehemente odio a la fe Católica, especialmente a la Misa, por naturaleza era un hombre amable, lleno de celo pastoral y con una gran preocupación por los pobres. Escribió un gran número de textos de polémica y pastorales.

John Hooper no fue válidamente consagrado como obispo, y murió en el fuego bajo Maria Tudor. Fue el héroe preferido de John Foxe y siempre ha sido reverenciado por los Protestantes Ingleses.

KNOX, John (1513-1572), Reformador Escocés

Knox fue probablemente ordenado sacerdote aunque no haya certeza sobre esto. Como refugiado de Escocia fue nombrado capellán de Eduardo VI en 1551, y ayudó en la preparación del *Book of Common Prayer* de 1552. Knox fue el principal responsable de la inserción de la “Rúbrica Negra” en el *Prayer Book*, y también ejerció una considerable influencia sobre Cranmer en la composición de los “Cuarenta y dos Artículos”, en especial el artículo 29, que asocia a la Iglesia de Inglaterra con la teoría eucarística de Zwilingo.

Huye a Ginebra ante el ascenso de la Reina María Tudor y vuelve en 1559 a Escocia en donde se convierte en el primer promotor de la Reforma Escocesa y el opositor más implacable de la Reina de los Escoceses. Isabel I no permitió su paso por Inglaterra camino a Escocia estando más que ofendida por su libro “The First Blast of the Trumpet against the Monstrous Regiment of Women” de 1558 (“El primer clamor que estalla contra el monstruoso régimen de una mujer”), en donde sostiene que el gobierno en manos de una mujer es contrario a la ley de la naturaleza y al mandato divino.

LASKI, John (1499-1560), Reformador Polaco

Más conocido como John à Lasco, Laski llegó al cargo de obispo en Polonia antes de adoptar puntos de vista Protestantes e ir a Holanda en donde sostuvo una posición Calvinista extrema. Se convirtió en un amigo muy cercano de John Hooper e iría a Londres invitado por Cranmer para

aconsejarle en sus reformas litúrgicas. Así como John Knox también ejerció una considerable influencia sobre la composición del *Prayer Book* de 1552, como en “Los Cuarenta y dos Artículos” de 1553, especialmente en el artículo 29 en el que Cranmer adoptó la teoría eucarística de Zwilingo. Pero volvió al continente europeo en 1553, ante el ascenso al trono de la Reina Maria Tudor, no retornó a Inglaterra.

LATIMER, Hugh (1485-1555) Obispo de Worcester

Hugh Latimer estudió en Cambridge, y después de su ordenación fue sospechado en varias ocasiones de herejía. En 1523 es acusado de sostener que Nuestra Señora era una pecadora, o de prohibir la invocación de los santos, negando también la existencia del purgatorio; dijo que todos los obispos y el clero de Inglaterra eran unos ladrones y que no había en el país suficiente cuerda como para colgarlos. Escapó de las sanciones sometiéndose por completo a las enseñanzas de la Iglesia. Latimer apoyo activamente la existencia de “materias privativas” del Rey, con el matrimonio de Ana Bolena ganó aún más consideración en la esfera real. Nombrado Obispo de Worcester en 1535 renunció a su sede cuando se promulgó el documento de “Los Seis Artículos” en 1535. Hecho prisionero en 1546 no fue liberado sino hasta el ascenso de Eduardo VI. No retomó su obispado pero disfrutó de bastante fama como predicador. Fue miembro de la comisión que condenó a Joan Bocher, un Anabaptista, a morir quemado en la hoguera. Pronto, después de la subida al trono de la Reina Maria Tudor se emitió el auto judicial de su captura. Se le notificó seis horas antes de la detención para que abandonara el país, pero tuvo el coraje suficiente de rechazar esa concesión. Y fue condenado por herejía y quemado en la hoguera con Ridley y Cranmer.

Latimer fue uno de los Reformadores Ingleses más influyentes. No se casó y su vida privada fue impecable, en contraste con la de otros Reformadores. Sus sermones eran vigorosos, directos, a veces vulgares pero nunca sosos. Carecía de balance y juicio, poseyendo en cambio una violenta animosidad anti-Católica.



Hugh Latimer (1485-1555)

Es más recordado en realidad por sus últimas palabras a Ridley en 1555 mientras ardían en la hoguera: “Estate tranquilo y se hombre. Iluminaremos este día como velas por la gracia de Dios a Inglaterra como nunca antes, creo que ha sucedido”. Estas palabras probaron ser proféticas, ya que a través de los escritos de John Foxe, las hogueras de Maria Tudor hicieron más por implementar el Protestantismo en Inglaterra entre las generaciones venideras que todas las medidas tomadas durante los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI.

MELANCHTHON, Philip (1497-1560), Humanista y Reformador Germano

Melanchthon nació como Philip Schwarzerd que significa “tierra negra”. Adoptó una traducción griega para su apellido. Empezó sus estudios en la Universidad de Heidelberg antes

de cumplir los trece años probando ser un estudiante de una habilidad excepcional. En 1514 fue el mejor calificado entre los estudiantes de la maestría, nombrado profesor de elocuencia expuso sobre Virgilio, Terencio, Cicerón y Livio. Melanchthon también estudió patrística y el Nuevo Testamento en su lenguas originales, y fue nombrado profesor de griego en Wittenberg en 1518. Se decía que el único en superarlo cuando fue recomendado al Elector de Sajonia era Erasmo. Sus conferencias sobre el espíritu del renacimiento ejercieron una gran influencia en Wittenberg. Melanchthon pronto sintió la influencia de la fuerte personalidad de Lutero, y terminó siendo de gran ayuda para Lutero en el arreglo de su todavía emergente teología sistematizándola y dándole una forma más racional.



Philip MELANCHTHON, (1497-1560)

Impulsado por Lutero se licenció y luego fue nombrado Profesor de Teología, pero no fue ordenado y rehusó predicar –solo sería disertador. Sus conferencias teológicas atrajeron un gran número de seguidores a veces hasta 1.500 estudiantes presenciarían sus exposiciones. Aunque sus deseos eran los de permanecer un humanista, y hacia el final de su vida precisamente profundizó el estudio de los clásicos, se transformó en el padre de la teología Evangélica. Su mayor

tratado "*Loci communes rerum theologicorum*" superó las 100 ediciones antes de su muerte.

Melanchthon fue la figura que lideraba la Dieta de Augsburgo (1530) y el autor principal de la Confesión de Augsburgo, que obtuvo la aprobación de Lutero. Melanchthon estaba realmente ansioso por alcanzar cierta clase de acuerdo con la Iglesia Católica. Se ocupó de presentar la doctrina de Lutero de un modo que tanto el emperador Carlos V y los príncipes Católicos encontraran aceptable. Así la posición Protestante fue enunciada en un lenguaje conciliador y ambiguo a fin de dar la impresión de que las innovaciones no eran más que un intento de reformar abusos que avanzaban lentamente en la Iglesia. Esta táctica provocó un considerable hostilidad hacia el interior del Luteranismo.

Cuando quedó claro que la Confesión no había logrado su objetivo, Melanchthon decidió "dejar de lado su moderación" y asumir las posición reformista abiertamente. Así lo hizo en su "Apología de la Confesión". Estaba dispuesto a aceptar una forma modificada del papado, y deploraba la política de insultos de Lutero hacia el papa y los obispos que a veces expresaba con un lenguaje obsceno.

Melanchthon fue siempre conciliador, algunas veces al extremo de aconsejar tanto a Enrique VIII y a Felipe de Hesse casarse con dos esposas. Después de la muerte de Lutero, Melanchthon se mostró favorable a hacer varias concesiones a fin de alcanzar un acuerdo con la Iglesia Católica aún incluso al punto de aceptar prácticas que sus compañeros Luteranos condenaban como el núcleo de la impiedad y la superstición.

Declaró que algunas prácticas Católicas eran "adiaphorou", esto es, indiferentes, ni buenas ni malas, no impidiendo el mantenimiento de las doctrinas correctas. Algunos Luteranos fanáticos lo atacaron como a un renegado, muchas veces de un modo grosero e insultante. Los últimos diez años de su vida dejó a un lado las riñas teológicas tratando de reconciliar diferencias entre los Reformadores. Unos pocos días antes de su muerte dijo que no le temía a la muerte que por lo menos con ella se liberaría de la furia de los teólogos (a rabie theologorum).

Los puntos de vista de Melanchthon en cuestiones teológicas atravesaron varias etapas que se pueden apreciar en las sucesivas ediciones de su "*Loci communes*". En sus últimos

años incluso abandonó la doctrina Eucarística de Lutero por una más afín a Calvino. Había sido muy devoto de la causa de la enseñanza en las escuelas superiores y en las universidades que usaban sus textos de estudio.

Tal fue su contribución a la causa de la educación que es conocido en Alemania como "*Praeceptor Germaniae*".

PETER MARTYR (1500-1562), Reformador Italiano

Peter Martyr es el nombre anglicanizado de Pietro Martire Vermigli. Nació en Florencia, Vermigli devino en monje Agustino y en abad. Influenciado por Bucer y Zwilingo, se encontraría con el primero en Estrasburgo y se casaría con una monja.

Invitado a Inglaterra por Tomas Cranmer es nombrado profesor regio en "Divinidad" en Oxford en lugar del Dr. Richard Smith de orientación Católica.

El nuevo profesor dio una serie de conferencias anti-Católicas hasta la irritación sobre la Eucaristía, en la primavera de 1549, en la universidad y en el país en general fue recibido con bastante hostilidad, incluso llegó a provocar un levantamiento armado. Se usó la horca para reforzar sus argumentos y una docena de líderes de la rebelión fueron ejecutados, incluidos cuatro sacerdotes que fueron colgados de las torres de sus parroquias. "Los papistas de Oxfordshire al fin fueron reducidos al orden", dijo John ab Ulmis, "muchos han sido capturados y algunos ahorcados y sus cabezas amarradas a las paredes".

Cranmer no perdía oportunidad de reunirse con Martyr lo cual satisfacía mucho a Calvino. Peter Martyr era miembro de las comisiones que bosquejaron el Primer y el Segundo *Books of Common Prayer*, y junto con John Foxe y John à Lasco, fue particularmente influyente en la redacción del documento de inspiración calvinista: "Cuarenta y Dos Artículos de la Religión". Hecho prisionero durante el reinado de Maria Tudor se le permitió volver a Estrasburgo. Más tarde tuvo que mudarse a Zurich porque sus puntos de vista sobre la Eucaristía no eran aceptables para los Reformadores de Estrasburgo.

RIDLEY, Nicholas (1500-1555), Obispo de Londres

Nicholas Ridley estudió en Cambridge, en la Sorbona y en Lovaina. Fue influenciado por Cranmer y Peter Martyr, y se convirtió en el secretario de Cranmer en 1537, y luego del Rey en 1541. Aunque sospechado de herejía se las ingenió para conservar su posición. Se lo nombró Obispo de Londres cuando lo despojaron a Bonner de su sede en 1549.

Ridley rechazaba la transubstanciación pero también la idea de Zwilingo de que el pan y el vino son símbolos. Siguió las ideas recepcionista o virtualista de Bucer de que el “poder y la fuerza interior” de Cristo eran recibidos con el Sacramento. Ridley mostró un especial celo en destruir altares y reemplazarlos por mesas, como así también en la destrucción de las imágenes. Era un hombre de temperamento amable y mostró bastante consideración para con la madre de Bonner después de haberlo reemplazado en el obispado de Londres. También como Cranmer apoyó el intento de usurpación de la corona por Jane Grey. Llevó una vida modesta, y cuando fue despojado de su cargo se lo juzgó por herejía y condenó a muerte junto con Latimer en 1555.

ZWILINGO, Ulrico (1484-1531), Reformador Suizo

Siete semanas más joven que Lutero, Zwilingo fue ordenado sacerdote en 1506 a los veintitrés años. Designado a la parroquia de su país en Glarus, dedicó su tiempo al estudio de los clásicos, la Biblia y los escritos de Erasmo para con quien tenía una devoción casi religiosa. Entre 1513 y 1515 sirvió como capellán militar de los mercenarios Suizos empleados por el Papa en las campañas italianas. Estuvo presente en la batalla de Novara y Marignan. Por ese tiempo Zwilingo era un devotísimo adherente del partido papal llegando a recibir una pensión de cincuenta florines del Papa Leon X.

En 1516 después de diez años en Glarus, Zwilingo acepta un cargo de predicador en Einsiedlen, que era un gran centro de peregrinaje. En 1518 su carrera hizo un salto aún más grande al ser elegido predicador del colegio universitario de la iglesia de Zurich, el Grossmünster. Todavía era nominalmente Católico, pero al año siguiente adoptó el

Protestantismo, proclamando a Lutero “el Elías de nuestros tiempos”. Renunció voluntariamente a la pensión papal en 1520, y por 1523 sucumbió ante su prédica poderosa, la ciudad de Zurich aceptó la versión Protestante de Zwilingo tal como la expuso en sus 67 tesis del mismo año. John Faber, vicario general de la diócesis, y Obispo de Viena observó “se ha originado un nuevo Lutero en Zurich”. Pronto la Reforma se difundió desde Zurich a toda Suiza. Como sacerdote Zwilingo hallaba la continencia sexual como un problema insuperable, y, aunque atormentado por sus faltas y a pesar del voto de no tener más relaciones con mujeres, perdió la esperanza de sobreponerse a su debilidad. Su nueva fe Protestante le permitió sobreponerse al problema casándose con una joven viuda.

La influencia de Zwilingo fue tan poderosa que para 1524 se abolieron las indulgencias y las peregrinaciones, el sacramento de la extremaunción rechazado, y las imágenes, estatuas, reliquias, altares, y órganos fueron destruidos sin tener en cuenta siquiera su valor artístico. Los vasos sagrados como el cáliz y la custodia de gran valor fueron fundidos para ser convertidos en monedas, y la propiedad de la Iglesia confiscada por el Estado...

Entre los textos más influyentes de Zwilingo está su “Comentarius de Vera et Falsa Religione”, publicado en 1525. Cuyo punto más comentado es su rechazo a cualquier forma de presencia Eucarística de Cristo, ya sea *en* el Sacramento (la transubstanciación, o, consubstanciación), o recibida *con* el Sacramento (virtualismo, o, recepcionismo). Su axioma fue que el pan y el vino eran solo símbolos (*corpus et sanguine nonnisi symbolicos accipi*). Se involucró en frecuentes disputas con otros Reformadores Protestantes, los Luteranos en particular, y esto impidió la unión efectiva de todas las sectas Protestantes. Felipe II de Hesse convocó a Lutero y a Zwilingo en su castillo de Marburgo en 1529 con la esperanza de que resolvieran sus diferencias pero el encuentro se convirtió en una amarga disputa teológica en que ambos Reformadores habían sido muy poco amables el uno para con el otro.

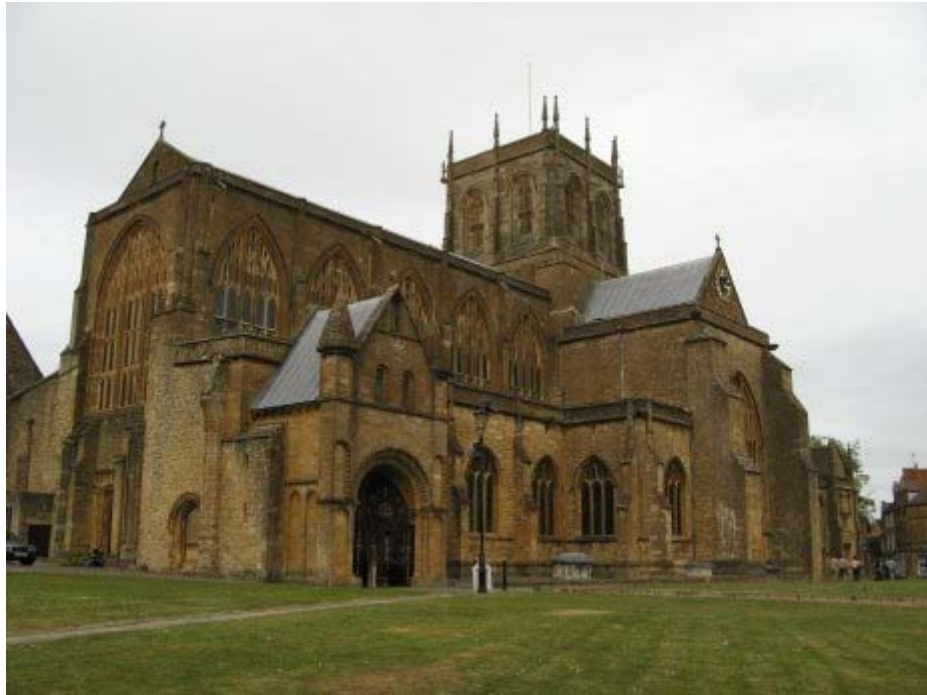
Zwilingo proclamaba a la Biblia como la única pauta de la fe, sufriendo las consecuencias de su afirmación cuando los Anabaptistas la interpretaron de un modo que él no aprobaba, cuestionando incluso la idea del Estado.



El Coloquio de Marburgo entre Lutero y Zwilingo (septiembre de 1529). Sus teorías relativas a la Presencia Eucarística de Cristo eran radicalmente incompatibles lo que hizo imposible cualquier unión de fuerzas Protestante.

Los persiguió sin misericordia, los puso en prisión, torturó, confinó y mató. Su líder, Felix Mainz fue ejecutado muriendo ahogado. Zwilingo intentó imponer por la fuerza el Protestantismo sobre los Cantones Católicos pero murió en una batalla librada contra estos en 1531 a la edad de cuarenta y siete años, cayendo con él Carlstadt y Pellican, otros dos Reformadores. Lutero no pudo reprimir su alegría ante la noticia: “¡Oh que triunfo este el que hayan muerto! ¡Que bien que hace Dios sus negocios!”

Zwilingo no visitó Inglaterra, pero su influencia sobre la Reforma Inglesa fue decisiva y su teología suministró la base a los Cuarenta y dos, y los Treinta y nueve Artículos sometiendo la enseñanza Eucarística oficial de la Iglesia de Inglaterra a su teoría de una presencia puramente simbólica.



Abadía de Sherborne en Dorset

La abadía de Sherborne fue salvada de la destrucción porque la gente de la ciudad la compró a £66 13s 4d (alrededor de \$100) para usarla como iglesia parroquial.

Apéndice VI

Tabla Cronológica de Eventos en la Historia de la Reforma

en relación a Inglaterra
y al “*Book of Common Prayer*”

1501

El Príncipe de Gales, Arturo, de 15 años, se casa con Catalina de Aragón de 16 años el 14 de noviembre.

1502

Muerte de Arturo el 2 de abril.

1503

Enrique VIII reacio a perder la dote de Catalina y la alianza con España se compromete a los 12 años de edad con Catalina de Aragón.

Elección del Papa Julio II cuyo objetivo principal es la extensión de su poder territorial en la parte central de Italia.¹

1509

21 de abril: Muerte de Enrique VII y ascensión de Enrique VIII de dieciocho años.

11 de junio: Matrimonio de Enrique con Catalina de Aragón. En 1504 el Papa Julio II había emitido una dispensa.

1513

Batalla de Flodden Field: Jacobo IV de Escocia es asesinado por los ingleses.

Elección del Papa Leon X, cuyo objetivo principal fue el engrandecimiento de su familia.²

Los portugueses llegan a Canton, en China.
Vasco Nuñez de Balboa descubre el Pacífico.

1515

10 de septiembre: Wolsey es nombrado cardenal.

1517

Martín Lutero clava en la puerta de la iglesia de Wittenberg su 95 tesis el 31 de octubre y comienza la Reforma.

1519

Elección de Carlos V, sobrino de Catalina de Aragón, como Emperador del sacro imperio romano.

1520

7 de junio: Encuentro de Enrique VIII y Francisco I de Francia cerca de Calais.

1521

Dieta de Worms: Lutero es condenado como hereje.

Enrique VIII publica su “Defensa de los Siete Sacramentos en contra de la herejía de Lutero” (*Assertio Septem Sacramentorum*). Es condecorado por el Papa Leon X con el título de *Fidei Defensor* (Defensor de la Fe). Este título pertenecía al rey personalmente y no es transmisible a sus sucesores, pero en 1543 fue anexado a la corona por el Parlamento y devino hereditario.³ Todavía lo ostentan y retienen los monarcas británicos, lo incorporan a la acuñación de moneda (usualmente abreviado como “F.D.”).

1 de diciembre: Muerte del Papa Leon X. Wolsey busca la tiara papal pero el Cardenal holandés Adrian Dedel es elegido por unanimidad como el Papa Adrian VI. Trató sin éxito romper con la

tradición de las intrigas papales, reformar la Iglesia y ponerle fin a la herejía Luterana.⁴

1523

Muerte del Papa Adrian VI. Elección del Papa Clemente VII que puso en primer lugar los intereses de su familia, después los intereses políticos de Italia y en último lugar a la Iglesia.⁵ Su pontificado de once años fue un extendido desastre.⁶

1524

Levantamiento campesino en Alemania. Pensaron que seguían a Lutero, pero él estaba del lado de los príncipes y justificó la represión brutal de la rebelión con un lenguaje de inexcusable crueldad.⁷

1527

Enrique VIII inicia los procedimientos tendientes a anular su matrimonio con Catalina de Aragón. El Cardenal Wolsey es instruido para encargarse de la anulación lo más rápido posible. Catalina siempre sostuvo, y no hay razón para dudar de su testimonio, que el matrimonio con Arturo no había sido consumado. La dispensa de Julio II fue en tal caso una formalidad acostumbrada, perfectamente válida, e inquebrantable en el derecho canónico. Clemente no podía a conciencia dudar seriamente de la validez del matrimonio ni tampoco podía enfrentar a Carlos V que no dejaría pasar ligeramente el repudio de su tía.⁸

1529

Wolsey fue despojado de su cargo como Lord Canciller por fracasar en obtener la anulación. Es reemplazado por Tomas Moro.

1530

Muerte del Cardenal Wolsey.

1531

Enrique VIII se proclama Cabeza Suprema de la Iglesia en Inglaterra.

1532

Renuncia de Tomas Moro.

Calvino inicia la Reforma Protestante en Francia.

Tomas Cranmer se casa clandestinamente con Margaret Osiander, nieta de Andreas Osiander, un reformador Luterano. Cranmer mantiene su matrimonio en secreto durante toda la vida de Enrique VIII. Cuando muere Warham Arzobispo de Canterbury el destino queda en manos del Rey que designa al obsecuente Cranmer como Arzobispo de Canterbury. Cranmer perjura haciendo el juramento acostumbrado de lealtad al Papa.

1533

25 de enero: Enrique VIII se casa con Ana Bolena que ya estaba embarazada.

30 de marzo: Cranmer es consagrado Arzobispo de Canterbury.

Febrero/marzo: El Estatuto de apelaciones prohíbe apelar a Roma en contra de la sentencia de cualquier tribunal eclesiástico inglés. Esto se suma a la denegación de toda autoridad papal e Inglaterra se separa de la unidad de la Iglesia Católica.

23 de mayo: Cranmer declara inválido el matrimonio con Catalina y ordena al rey separarse de ella.

28 de mayo: Cranmer declara el matrimonio con Ana como bueno y legal. (Antes de que Ana se transformara en señora del Rey su hermana ocupó ese lugar creando un impedimento que significaba que nunca podría contraer un matrimonio válido con Ana). Era esencial para Enrique que el hijo de

Ana naciera durante el estado de casado en orden a ser un heredero legítimo al trono.

1 de junio: Cranmer corona a Ana como Reina.

11 de julio: El Papa Clemente VII excomulga a Enrique y a todo aquel que tomara parte en los procedimientos de la corte de Cranmer. Declaró que las anulaciones de los matrimonios con Catalina y Ana Bolena eran ambas nulas e inválidas.

7 de septiembre: Nacimiento de la Princesa Isabel.

1534

Muerte del Papa Clemente VII y elección del Papa Paulo III que convocará el Concilio de Trento, sus primeras ocho sesiones tuvieron lugar entre 1545-1547.

Se aprueban leyes que prohíben el pago a Roma del “diezmo de Pedro”, y los ingresos del Papa, el primer año de los ingresos de un beneficio eclesiástico, y el pago de las rentas del Papa fueron transferidos a la corona. El derecho a nombrar obispos se reservó al Rey.

Las dispensas que antes eran dadas por el Papa ahora estaban reservadas al Arzobispo de Canterbury. Se gravan impositivamente los emolumentos, y la mayor parte deber ser pagada al Rey.

Abjuración de la autoridad papal en la Convocatoria de Canterbury (31 de marzo) y en York (5 de mayo).

Noviembre: “Ley de Supremacía” que designa a Enrique “la única y Suprema Cabeza sobre la tierra de la Iglesia de Inglaterra denominada *Anglicana Ecclesia*”. Quien rechace hacer este juramento es acusado de alta traición y punible con la muerte.

“Las lentas etapas que fueron sucediéndose a través de una disputa que se hizo cada vez más grande hasta llegar al cisma recibió su empujón con las propias vacilaciones de Clemente por intentar ser diplomático, que hicieron posible que muchas conciencias inquietas terminaran aceptando la versión de los hechos dada por el Rey rechazando la autoridad papal, tomando una decisión que nunca habrían imaginado realizar. Todos los obispos ingleses con excepción de las sedes obispales más pequeñas y pobres, en Rochester, san Juan Fisher, el resto se sometió al Rey. Y uno de los pocos laicos notables que resistió: fue santo Tomás Moro, el antiguo canciller”.⁹

San Ignacio de Loyola funda la orden Jesuita.

1535

21 de marzo: Thomas Cromwell, un laico, es designado Vicario General convirtiéndose en el principal consejero e instrumento del Rey en todos los asuntos eclesiásticos.

Se obliga a los obispos a dejar de lado las bulas papales que los asignaban a sus sedes y recibir a las comisiones del Rey para ser reasignados. Las comisiones como las licencias otorgadas debían conformarse a la (nueva) ley que establecía que “toda jurisdicción, ya se llame eclesiástica como secular, deriva desde su origen de la autoridad real como cabeza suprema”.

El nombre del Papa y el nombre y cargo de santo Tomas de Canterbury son sacados del Misal y de todos los libros de servicios.¹⁰

Tomas Moro, el Obispo Juan Fischer de Rochester, y algunos Cartujos de Londres son ejecutados por rehusarse a aceptar la “Ley de Supremacía”.

Enero: Muerte de Catalina de Aragón. Ana Bolena da a luz un niño muerto (un día 19 el mismo de su funeral). Mayo: se acusa a Ana de adulterio que implica un cargo de traición de parte de la Reina, muriendo decapitada en la Torre de Londres el 19 de mayo. Once días más tarde el Rey contrae matrimonio con Jane Seymour (que es válido dado que la Reina Catalina había muerto). Cranmer declara que el matrimonio de Ana nunca había sido válido. El Parlamento declara a la Princesa Isabel ilegítima.

Calvino publica su “*Christianae Religionis Institutio*” (Instituciones Cristianas). Convierte a Ginebra en ciudad-iglesia.

Cromwell aconseja a Enrique convertirse en el rey más rico de la Cristiandad destruyendo los monasterios y apropiándose de sus bienes. Supervisa la clausura de los pequeños monasterios en 1536 y de los más grandes en 1539, ganándose el nombre de *malleus monacharum* (“martillo de los monjes”).

Julio: Promulgación del documento de inspiración-Luterana: “Los diez Artículos”. Los sacramentos son reducidos a tres y la justificación es la traducción de una explicación que hizo Melanchthon; pero son conservadas las doctrinas de la Presencia Real y el Purgatorio, la intercesión de los santos, y las imágenes siguen siendo lícitas, pero solo como recuerdo de los santos y de sus vidas santas, también siguen siendo lícitos los usos y ceremonias del agua bendita, y la bendición de las cenizas y el pan.¹¹

Se decreta “la abrogación de ciertas fiestas (religiosas)”. Se reduce drásticamente el número de las festividades ante la consternación de los fieles. Esto constituye el primer ataque abierto bajo el gobierno de Enrique VIII al esquema tradicional de la observancia religiosa en las parroquias.¹²

Agosto: Se emite un paquete de intimaciones (legales) para reforzar la autoridad de los “Artículos”. El clero parroquial debía abastecer de Biblias en latín y en inglés y animar a sus feligreses a leerlas. Debían predicar sobre los “Diez Artículos”, y garantizar que las festividades derogadas no sean observadas. Se ataca el culto de los santos bajo el pretexto de acabar con la “superstición y la hipocresía”. El pueblo es impulsado a redirigir el dinero destinado a las peregrinaciones en gastos familiares y en limosnas para los pobres.¹³

Octubre: La Peregrinación de la Gracia: el pueblo de la parte norte del país se levanta, entre otras razones por la reducción de las festividades, la disolución de los monasterios más pequeños, y la propagación de la herejía en Inglaterra. Los rebeldes 30.000 hombres armados liderados por Robert Aske son demasiados para las fuerzas reales. Enrique se encuentra con Aske y le promete solucionar todo aquello de lo que se quejaban, confían en él y desmantelan el ejército que habían juntado.

1537

Enero: Un nuevo levantamiento en East Yorkshire excusa a Enrique de ignorar sus promesas, tomando una terrible venganza sobre los líderes de la Peregrinación de la Gracia. Aske y 200 rebeldes son ejecutados, “un espectáculo espantoso”. Los abades de Fountains, Jervaulx, Sawley, y Whalley, y el prior de Bridlington son ejecutados induciendo a otros abades a rendir “libremente” sus monasterios al Rey.¹⁴

Septiembre: Impresión del “*Libro de los Obispos*” (“*La divina y piadosa Institución del Cristiano*”) de 200 páginas que encarna la doctrina de inspiración-Protestante de “Los Diez Artículos”. No salió publicado por un decreto del Rey, que alegó

haberle faltado tiempo para examinarlo, pero si con su permiso real para ser leído en las iglesias los domingos y en los días de fiesta durante tres años.¹⁵

12 de octubre: cumpleaños del futuro Eduardo VI, y muerte de su madre Jane Seymour 12 días después.

Comienza la supresión de los 184 monasterios más grandes.¹⁶ Enrique necesitaba dinero urgente y dispuso en gran parte de las propiedades monásticas para pagar deudas contraídas con nobles, gente acomodada, mercaderes que pronto se convirtieron en las clases más ricas de Inglaterra que pasaron a tener un especial interés por la suerte de la Reforma.¹⁷

1538

Se implementa la Biblia Inglesa en todas las iglesias.¹⁸

30 de septiembre: Se promulgan intimaciones para acabar de modo radical con las prácticas de piedad popular, el culto de los santos, sus reliquias e imágenes. Esta van más allá de la condena de la “superstición” que mandaban las intimaciones de 1536, ahora se exigían medidas ejecutivas concretas. Las imágenes siguen siendo lícitas pero solo como recuerdo de los santos que representan, y en donde estas devociones son rotuladas de superstición, santuarios, estatuas, imágenes y reliquias, son mandados a destruir, incluso el santuario de Santo Tomas de Canterbury, y las reliquias del santo son quemadas.

1539

La ley confirma la clausura de los monasterios más grandes, su rendición al Rey, y la abolición de las órdenes religiosas en Inglaterra. Los abades Benedictinos de Reading, Glastonberry, y

Colchester son colgados por haberse rehusado a entregar sus monasterios.

Junio: “La Ley de los Seis Artículos” revierte la tendencia Luterana de los Diez Artículos, la Biblia Inglesa y las Intimaciones de 1536 y 1538. Reafirma fundamentalmente doctrinas Católicas, cuya negación constituye herejía, impuesta bajo amenaza de penas severas. Los artículos afirman: 1) la transubstanciación; 2) la Comunión bajo una sola especie para los laicos; 3) el celibato sacerdotal; 4) la inviolabilidad de los votos de castidad; 5) la necesidad de las Misas privadas; 6) la necesidad de la confesión auricular. La sanción para cualquiera que negara el primer Artículo, aún si se retractara le tocaría la hoguera; todos los que rechazaran los otros cinco son castigados con la horca. Conocido este documento como “El látigo de Seis Cuerdas”, llevó a Latimer a renunciar a su sede obispal y a Cranmer a enviar a su esposa e hijos a Alemania.¹⁹

1540

6 de enero: Cromwell negocia el desastroso matrimonio con la poco agraciada Ana de Cleves. Es arrestado y hecho prisionero por traición.

Rendición de la última Abadía del reino, en Essex, la Abadía de Waltham, el 23 de marzo.

9 de julio: divorcio de Ana de Cleves.

8 de agosto: Enrique VIII se casa con Catalina Howard.

1542

12 de febrero: Catalina Howard sentenciada y decapitada.

12 de julio: Enrique VIII se casa con Catalina Parr.

28 de julio: mueren tres herejes en la hoguera en Windsor en virtud de los Seis Artículos.

Guerra con Escocia. Jacobo V es derrotado en la batalla de Solway Moss y muere en esos días. La infanta Maria, se convierte en la Reina de los Escoceses. Enrique propone el matrimonio de su hijo Eduardo con Maria pero la corte Escocesa prefiere una alianza con Francia.

1543

A través de la influencia de Gardiner, el texto conservador del “*King’s Book*” (o “La Doctrina y Erudición necesaria para cualquier Cristiano”) reemplaza al muy poco ortodoxo “*Bishops’ Book*” muy a pesar de Cranmer. Enrique participó en la compilación del libro y probablemente haya escrito el prefacio.²⁰

Enrique VIII se alía a Carlos V en contra de Francia y Escocia.

1544

Se compone una versión inglesa de las Letanías autorizada por Cranmer. Sus fuentes incluyen las letanías latinas y letanías en latín de Lutero escritas en 1529.

1545

La Ley sobre las Capellanías de Donaciones a la Caridad habilita al Rey para confiscar todos los bienes de las obras de caridad ya sean hospitales, obras benéficas, gremios o colegios.

1546

16 de febrero muerte de Lutero.

16 de julio: la Protestante Anne Askew muere en la hoguera como hereje.

Enero: Muerte de Enrique VIII y ascenso de Eduardo VI un niño de nueve años. La Misa tradicional en latín es celebrada en el funeral de Enrique (por Gardiner) y en la coronación de Eduardo VI (por Cranmer).²¹ Edward Seymour, Duque de Somerset, hermano de Jane Seymour y tío del Rey se convierte en Protector del Rey, junto a Cranmer y otros cripto-Protestantes que dominan el Consejo del Rey utilizan al niño-rey para imponer sus doctrinas. Se revocan Los Seis Artículos. Se publica el libro de homilías de Cranmer abiertamente Protestante “Book of Homilies”, que presenta a la Justificación por la sola Fe como “la doctrina más completa y cierta de todo Cristiano”, enseñando también otras tantas doctrinas Protestantes en un lenguaje claro e inequívoco. Se le ordena al clero leerlo a los feligreses en las homilías durante las Misas solemnes de los domingos, y luego leerlo una y otra vez de domingo en domingo. Gardiner rechaza esas homilías “clasificándolas de herejías” y es puesto en prisión.²²

Cranmer recurre a los Reformadores continentales más extremos como consejeros, personajes como Martin Bucer, John à Lasco, y Peter Martyr Vermigli. Es considerable la influencia que ejercieron sobre los libros litúrgicos de Cranmer.

Julio: Se promulga un nuevo paquete de medidas o Intimaciones (“Injunctions”) que mandan la completa destrucción de todas las imágenes, incluidas las de los vitraux, se prohíben el Rosario y el encendido de otras velas que no sean las dos del altar, también se prohíben todas las procesiones adentro y afuera de la iglesia, incluidas las procesiones en las festividades de Corpus Christi y la fiesta del Ruego de los Tres días.

En septiembre de 1547 comienzan las inspecciones para verificar la ejecución de las Intimaciones, las que continúan en el año entrante.

El primer Parlamento de Eduardo VI se reúne en septiembre y revoca la ley de “Los Seis Artículos de la Religión” y la normativa correspondiente a *De Heretico Comburendo* de 1401 que exigía la hoguera para los herejes.

En diciembre una nueva ley sobre las Capellanías termina aboliendo las que habían sobrevivido a la apropiación de Enrique VIII. Su propósito es el de combatir las “prácticas supersticiosas y los errores que tocan a la salvación del hombre” que han “dispuesto y creado opiniones fantasiosas y vanas del Purgatorio y las Misas que son dadas para satisfacción de los que murieron”. El Rey “se quedará y disfrutará de los bienes, platería, joyas, muebles, ornamentos y otros enseres” que pertenezcan a todas las capillas y colegios de la caridad, y de todos los estipendios de los sacerdotes que sirven en estas caridades.

1548

Comienza el “Gran Saqueo”. La abolición y destrucción de las imágenes de las iglesias, hay una aniquilación masiva de santuarios, ornamentos, y vitrauxs. Abolición de los usos de velas benditas (del día de la Candelaria), cenizas, ramos.

18 de enero y 6 de febrero, se emite una Proclamación por la cual se prohíbe el uso de velas benditas el día de la Candelaria; se sacan todas las cruces e incluso las dos velas del altar durante la Misa; ninguna vela ni campanilla puede acompañar al sacerdote cuando de la Comunión a los enfermos o preceda el cuerpo de un muerto en un entierro en el cementerio; las cenizas del Miércoles de Cenizas, los ramos del Domingo de

Ramos, arrodillarse ante la Cruz (y besarla) los Viernes Santos, todo queda prohibido.

Se inserta un nuevo Ordo de Comunión en el Misal en Latín que hasta ese momento no había sido tocado. Se introduce la Comunión bajo ambas especies.

Una ley promulgada en las sesiones de 1548-9 autoriza el matrimonio para los clérigos y establece como “buenos y lícitos” a todos los matrimonios ya contraídos por clérigos, legalizándose por consiguiente el matrimonio de Cranmer. Tres años más tarde una segunda ley legitima los hijos de tales matrimonios.²³

1549

La primer Ley de Uniformidad (21 de enero) impuso el primer *Book of Common Prayer* para el domingo de Pentecostés (9 de junio) reemplazando a todos los libros en latín tradicionales.²⁴ Su nuevo servicio de “La Santa Comunión, comúnmente llamado Misa” hecho a andar el objetivo tan largamente esperado por Cranmer de reemplazar la Misa Católica con un servicio Protestante de Comunión. La parte oeste del país se levanta en armas para restaurar la Misa Latina brutalmente suprimida.

San Francisco Javier lleva el Catolicismo a Japón.

1550

Se impone el nuevo ordinal (rito de ordenación sacerdotal) de Cranmer.

Destrucción de los altares.

Es elegido el Papa Julio III. Vuelve a convocar al Concilio de Trento para las sesiones IX a XIV (1551-2).

Edward Seymour es removido del cargo de Protector y reemplazado por John Dudley, conde de Warwick, que es ascendido a Duque de

Northumberland en 1551. Northumberland apoya a la facción más radical del Protestantismo y pone a Inglaterra en la línea reformista que seguía Europa.

1551

Establecimiento de la primera de las tres comisiones encargadas de inventariar todos los bienes de la iglesia, platería, altares, vasos sagrados, vestimentas y joyas en cada iglesia del país que serán confiscados en beneficio del Rey. Se destinan otras comisiones para recaudar las rentas y confiscar las últimas propiedades que restaran de las donaciones a la caridad, junto con varios colegios, hospitales, y colleges: ostensiblemente con el fin de cubrir las deudas del Rey. El saqueo no solo despojó a las iglesias de sus tesoros y ornamentos sagrados sino que redujo al clero parroquial a la más extrema pobreza.

1552

22 de enero: Es ejecutado Edward Seymour.

21 de mayo: Northumberland casa a su segundo hijo, Lord Guildford Dudley con Jane Grey, nieta de la hermana de Enrique VIII, y tercera en la línea de sucesión al trono después de Maria Tudor e Isabel.

1 de noviembre: Imposición de la “Segunda Ley de Uniformidad” (aprobada el 14 de abril) ordena de forma intransigente la implementación del segundo y Protestante *Book of Common Prayer*. La inasistencia a la iglesia los días domingos y feriados se convierte en una ofensa punible, y la asistencia a una Misa Latina pasa a castigarse con prisión. Se ordena que la comunión sea en la mano y se añade la “Rúbrica Negra” al *Prayer Book*.

1553

Publicación del documento de Cranmer de los “Cuarenta y Dos Artículos de la Religión” que conforman la doctrina básica del Anglicanismo

más sujeta al Calvinismo que a la teología Luterana. Se requiere al clero y a todos aquellos con grado universitario que suscriban ese documento. El texto es luego reducido a “Treinta y Nueve Artículos” bajo Isabel I en 1563. Publicándose un Catecismo también Protestante.

6 de julio: Muerte de Eduardo VI. Northumberland se complota para hacer coronar a su nuera Jane Grey pero el intento colapsa ante el masivo apoyo popular de Maria Tudor “en la demostración de lealtad que jamás ha tenido un Tudor”.²⁵

19 de julio: Maria Tudor es proclamada Reina en Londres en medio de un arranque de alegría generalizada. En un acto de clemencia sin precedentes Maria permite solo tres ejecuciones, incluido Northumberland, que abrazó la fe Católica antes de su muerte.²⁶ Jane Gray es perdonada, Cranmer sentenciado a muerte por su parte en el complot pero es indultado y hecho prisionero en la Torre de Londres con Ridley. Comienza el proceso de anulación de la legislación Eduardiana y de restauración del Catolicismo como la religión del reino. Gardiner es nombrado Canciller y Bonner reemplaza a Ridley (que había ocupado su lugar) como Obispo de Londres.

1554

La rebelión de Wyatt intenta llevar al trono a Jane Grey con el apoyo de su esposo el Duque de Suffolk. La rebelión es completamente derrotada debido al coraje personal de la Reina Maria Tudor. Jane Grey y su esposo son ejecutados en la Torre de Londres.

25 de julio: La Reina Maria Tudor compromete su popularidad casándose con Felipe de España, después Felipe II.

Noviembre: El Cardenal Reginald Pole, legado papal, arriba a Dover. Pole absuelve al reino del

cisma, Inglaterra se reconcilia formalmente con la Santa Sede.

1555

Se revocan todos los estatutos en contra de la Santa Sede habidos desde 1529, aunque no se restauran las propiedades de los monasterios y sus propietarios son confirmados en su posesión. El Parlamento re-implementa el estatuto de 1401 sobre la ejecución de los herejes. La motivación principal de esta última normativa recae en los miembros laicos del Consejo del Rey. La Reina Maria Tudor declara que no desea “castigar a las personas que por ignorancia hayan sido engañadas” aunque no se siente capaz de oponerse a la voluntad de su gobierno. El obispo Bonner preside los juicios por herejía en Londres. Los conduce con gran paciencia haciendo todo lo posible por persuadir a los herejes a renunciar a sus errores. Entre los 273 ejecutados se encuentran Cranmer, Ridley y Latimer, de los cuales 235 provenían de una jurisdicción extraña a la de Bonner indicándose con esto el limitado alcance que tuvo el Protestantismo al procurarse capturar los corazones y las mentes de aquellos en las afueras de la parte sur-este de Inglaterra. No más que un 1% de la población son Protestantes convencidos.²⁷ Hay solo tres ejecuciones en todo Gales, y una sola en la parte Oeste de Inglaterra, y una sola en todo el Norte. Más tarde los propagandistas del Protestantismo utilizarán estas ejecuciones para hacer pasar al Protestantismo como la religión del pueblo de Inglaterra. El históricamente inexacto “Libro de los Mártires” de John Foxe devino en el libro más leído en Inglaterra después de la Biblia. En donde se describe a la Reina Maria Tudor y a Bonner como monstruos sedientos de sangre.

Paz de Augsburgo. Se les garantiza a los príncipes Protestantes dentro del Imperio Germano el derecho a obligar a sus súbditos a convertirse en

Protestantes de acuerdo al principio por el cual los súbditos deben adoptar la religión de sus gobernantes: *cuius regio eius religio*. Aquellos que no quisieran seguir la religión de sus gobernantes se les permite vender toda su propiedad y mudarse a otras tierras.

Es elegido el Papa Pablo IV que decide dedicarse por completo, exclusivamente, a la reforma de la Iglesia y hacer los que sus predecesores no se habían atrevido a emprender: luchar contra la corrupción en el episcopado y la curia. Es el primer papa de la Contra-Reforma reformador.

Carlos V abdica como Emperador y su hijo Felipe II se transforma en el Rey de España.

1556

El Cardenal Pole es ordenado sacerdote y consagrado Arzobispo de Canterbury después de morir Cranmer en la hoguera el 21 de marzo en Oxford. Pole es el último Arzobispo Católico de Canterbury.

1557

Inglaterra declara la guerra a Francia para beneficiar a España.

1558

La pérdida de Calais afecta la salud de Maria Tudor y es un severo golpe contra su popularidad. El 17 de noviembre mueren la Reina Maria Tudor y el Cardenal Pole. Durante ese año mueren siete obispos. Hay nueve sedes obispales vacantes.

Ascensión al trono de Isabel I. Hace el juramento de defender la fe Católica. El episcopado está justamente convencido que la Reina haciendo ese juramente está cometiendo perjurio y todos rechazan coronarla con excepción de Owen Oglethorpe, obispo de Carlisle, que acuerda officiar la coronación.

26 de diciembre: Es elegido el Papa Pio IV que vuelve a convocar al Concilio de Trento para sus sesiones finales, 15-25 (1562-3).

Se impone una Ley de Supremacía revisada. Isabel es “la única y suprema gobernadora del reino... como también en todos sus asuntos espirituales y eclesiásticos o causas temporales”. Esta legislación revive diez leyes que el Parlamento de Maria Tudor había revocado, nueve de Enrique VIII y una de Eduardo VI, rompiendo una vez más la unidad de Inglaterra con la Iglesia Católica.²⁸ La Ley va acompañada de un juramento que deben hacer todos los miembros del clero, la justicia, alcaldes, y otros tantos oficiales reales. Si alguien se rehusara a prestar ese juramento pierde el cargo, pero cuatro años más tarde esta misma sanción cambia por la pérdida de todos los bienes y la prisión ante la primera vez que alguien se rehúse, y a la segunda vez castigándose este rechazo con la muerte.²⁹ Todos los obispos, incluido Oglethorpe, rechazan prestar juramento y son privados de sus sedes y hechos prisioneros, con excepción de Kitchen de Llandaff y posiblemente Stanley de Sodor y Man. Esto es un cambio respecto a la situación vivida bajo Enrique VIII en donde un solo obispo, san Juan Fisher, se rehusó a prestar juramento. La destitución de toda la jerarquía por el poder civil es uno de los acontecimientos más importantes de la historia Inglesa.

Una tercera Ley de Uniformidad revoca toda la legislación producida durante el reinado de Maria Tudor y reimpone el *Prayer Book* de 1552 con algunas ligeras modificaciones. La ley es aprobada en la cámara de los lores por solo tres votos y habría sido rechazada a no ser por la vacancia de las nueve sedes obispales y al hecho que dos obispos estaban en prisión. Se imponen castigos severos a los miembros del clero que rechacen usar el *Prayer Book* y a los laicos que critiquen ese texto

o se rehúsen a presenciar el servicio.³⁰ Estas dos leyes hacen del Protestantismo la única forma legal de religión permitida en Inglaterra y Gales.

1563

Imposición de los “Treinta y Nueve Artículos”.

1566

Elección del Papa Pio V que tiene la tarea de trasladar la obra del Concilio de Trento de la teoría a la práctica, publicando el Catecismo del Concilio, y revisando el Breviario y el Misal. “El pontificado de san Pio marca la apertura de una nueva era en la historia del papado. Ya no habrán más esos papas renacentistas de morales perdidas o indiferentes, grandes príncipes de la Iglesia involucrados en los asuntos de sus familias más que en la capilla o el estudio”.³¹

1568

El Dr. William Allen abre un seminario en Douai para proveer de sacerdotes a Inglaterra.

1569

Se levanta la parte norte de Inglaterra.

1570

San Pio V excomulga a Isabel I con la Bula *Regnans in Excelsis*. Se promulga el Misal Romano revisado con la Bula *Quo Primum*.

1571

Batalla de Lepanto. La flota veneciana combinada con la papal bajo el mando de Don Juan de Austria derrotan a los Turcos comandados por Ali Pasha y concluye la amenaza turca por mar sobre Europa.

¹ “Popes”, p. 325.

-
- ² Idem., p. 327.
- ³ J. Lindgard, "History of England" (London, 1930), ps. 304-5.
- ⁴ "Popes", ps. 330-332.
- ⁵ Idem., p. 333.
- ⁶ P. Hughes, "A Popular History of the Catholic Church" (London, 1946) p. 179.
- ⁷ "Popes", p. 333.
- ⁸ Idem., p. 334.
- ⁹ Idem., p. 334-5.
- ¹⁰ EBCP, p. 4.
- ¹¹ PHR, p. 207.
- ¹² SA, ps. 394-5.
- ¹³ SA, p. 398.
- ¹⁴ Cul, p. 32.
- ¹⁵ RIE, vol. I, ps. 355-6.
- ¹⁶ Idem., p. 326-7.
- ¹⁷ Cul, p. 33.
- ¹⁸ PHR, p. 211.
- ¹⁹ Op.cit., nota 3, p. 324.
- ²⁰ ODCC, ps. 781-2.
- ²¹ PHR, p. 217.
- ²² Cul, p. 44; PHR, ps. 217-8; RIE, vol. II, p. 93.
- ²³ RIE, vol. II, p. 115.
- ²⁴ ODCC, p. 1407.
- ²⁵ TE, p. 166.
- ²⁶ Idem. anterior.
- ²⁷ RIE, vol. III, p. 50.
- ²⁸ Idem., p. 29.
- ²⁹ Cul, p. 72.
- ³⁰ RIE, vol. III, ps. 33-5.
- ³¹ "Popes", p. 351.

Bibliografía

Algunos de los libros referidos en las notas han sido abreviados del siguiente modo:

Bucer E. C. Whitaker, "Martin Bucer, and the Book of Common Prayer" (Alcuin Club, 1974).

CCT "Catechism of the Council of Trent", traducido por McHugh y Callan (New York, 1934).

CDT J. Crehan, ed., "A Catholic Dictionary of Theology" (London, 1962).

CT "The Church Teaches: Documents of the Church in English Translations", traducido por J. Clarkson y otros (TAN Books, Rockford, Illinois, 1973). Esta es versión en inglés del Denzinger citada en las notas aunque la traducción no es completa.

CE "Catholic Encyclopedia" (New York, 1913).

Cul G. Culkin, "The English Reformation" (London, 1954).

CW Thomas Cranmer, "Works", vol. I, "Writtings on the Lord's Súper", vol. II, "Miscellaneous Writtings and Letters", Parker Society, Cambridge, 1844 & 1846.

D H. Denzinger, "Enchiridion Symbolorum", Edición nro. 31.

DCD J. H. Newman, "Development of Christian Doctrine" (London, 1878).

DEV W. G. Hoskins, "Devon" (Newton Abbot, Devon, 1972).

DTC "Dictionnarie de Théologie Catholique".

EBCP F. Gasquet & H. Bishop, "Edward VI and the Book of Common Prayer" (London, 1890). En beneficio de la brevedad solo Gasquet es nombrado cuando se hace referencia a este libro.

EHD C. H. Williams (Ed.), "English Historical Documents", vol. V (London, 1967).

ERR C. Haigh (Ed.), "The English Reformation Revised" (Cambridge, 1987).

ESR F. Clark, "Eucharistic Sacrifice and the Reformation" (Devon, 1980).

FSPB D. Harrison, "The First and Second Prayer Books of Edward VI" (London, 1968).

FAM J. Foxe, "Acts and Momuments", 8 vols. Editado por J. Pratt (London, 1877).

GC G. Constant, "The Reformation in England" (London, 1934).

JAF J. A. Froude, "The Reign of Edward VI" (London, 1926).

Knox D. Broughton Knox, "The Lord's Supper from Wycliffe to Cranmer" (Paternoster Press, Devon, 1983).

ML A. Hilliard Atteridge, "Martin Luther" (London, 1940).

ODCC "The Oxford Dictionary of the Christian Church" (Oxford, 1977).

OL "Original Letters Relative to the English Reformation", 2 vols. (Parker Society, Cambridge, 1846 & 1847).

OM M. Davies, "Ther Order of Melchisedech" (Harrison, NY, 1993).

JAF J. A. Froude, "The Reign of Edward VI" (London, 1926).

PBAH J. T. Tomlinson, "The Prayer Book Articles & Homilies" (London, 1897).

PC P. Caraman, "The Western Rising: 1549" (Westcountrybooks, Devon, 1994).

PHR P. Hughes, "The Reformation: A Popular History" (London, 1957).

Popes E. John (Editor), "The Popes" (Roman Catholic Books, Harrison, New York, 1994).

Pow M. Powicke, "The Reformation in England" (Oxford, 1953).

PL *Patrologia Latina*.

PS Parker Society.

REP J. J. Scarisbrick, "The Reformation and the English People" (Oxford, 1984).

RIE P. Hughes, "The Reformation in England", 3 volúmenes (London, 1950).

RMP E. C. Messenger, "The Reformation, the Mass, and the Priesthood", 2 volúmenes (London, 1936).

RP J. Cornwall, "Revolt of the Peasantry: 1549" (London, 1977).

RS J. Hitchcock, "The Recovery of the Sacred" (New York, 1974).

RT F. Rose-Toup, "The Western Rebellion of 1549" (London, 1913).

SA E. Duffy, "The Stripping of the Altars" (New Haven, CT, 1992).

ST *Summa Theologica*.

TCC G. Smith (editor), "The Teaching of the Catholic Church" (London, 1956).

TE S. T. Bindoff, "Tudor England" (London, 1952).

TL "The Two Liturgies, A.D. 1549 and A.D. 1552", Parker Society, Cambridge, 1844.

TM A. Fortescue, "The Mass: A Study of The Roman Liturgy" (London, 1917).

TNA E. C. Gibson, "The Thrity-Nine Articles of the Church of England" (London, 1898).

TR O. Chadwick, "The Reformation" (London, 1972).

TUD A. Fletcher, "Tudor Rebellions" (London, 1973).

VAC El Cardenal Arzobispo y los Obispos de la Provincia de Westminster, redactan y firman el documento: "A Vindication of the Bull "Apostolicae Curae" (London, 1898).

Werke Martin Lutero, "D Martin Luthers Werke", Kritische Gesamtausgabe (Weimar, 1833).